EDURNE URIARTE

CONTRA EL FEMINISMO

Ahora que las mujeres pueden ser iguales, algunas no quieren serlo. El techo de cristal que lo impide no es el de los hombres, como denuncia el feminismo. Es el de las propias mujeres. El de las mujeres que quieren ser esposas de, hijas de, madres de, modelos, estrellas eróticas, musas. Las mujeres que desean gustar pero no quieren decidir. Las que quieren igualdad pero no responsabilidad.

El viejo feminismo estancado en el pasado alimenta las mentiras sobre la desigualdad. Manipula las causas del escaso poder femenino. Fomenta la dependencia y la debilidad, construye mitos sobre el pacifismo y la superioridad biológica, inventa liderazgos alternativos. Y, lo más extraño, cultiva la represión sexual de las mujeres, el último gran reducto de su desigualdad.

Edurne Uriarte

CONTRA EL FEMINISMO

ePub r1.1
Titivillus 28.09.18

Título original: *Contra el feminismo*
Edurne Uriarte, 2008
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1
¡Me discriminan!

La coartada de la discriminación

La escritora Lucía Echevarría afirmaba en 2005: «Yo tengo mala prensa y cuanto hago se me critica por ser mujer. Si fuera hombre, ya estaría en la Academia». Lo decía por las innumerables críticas recibidas por sus ya abundantes y probados plagios: el que perpetró, por ejemplo, de la escritora estadounidense Elizabeth Wurtzel para el libro que la hizo famosa, *Amor, curiosidad, Prozac, dudas*; o el del centenar de versos, metáforas y expresiones que extrajo de diversas obras del poeta Antonio Colinas para su libro de poesía *Estación de infierno*. La última copia documentada que conocemos de esta escritora es la de las quince páginas de un artículo del psicólogo Jorge Castelló para su libro *Ya no sufro por amor*.

Es una historia más de *jetas* infinitas, común, por otra parte, a tantos y tantos casos de plagios que se producen con un desparpajo y una impunidad casi totales en los medios culturales por ese llamativo valor social que dicta que el robo es un delito cuando se ataca cualquier propiedad, excepto la propiedad intelectual, que no le importa a casi nadie. Dados los hechos, el uso de la coartada de la discriminación en este caso tiene bastante de esperpéntica. Pero es significativa de lo que ha ocurrido en muchas ocasiones con la discriminación de las mujeres en los últimos

tiempos: que se ha convertido en coartada, en discurso político y en manipulación.

Más allá de la coartada y de las *jetas* infinitas, nos encontramos con la manipulación. La manipulación de la relación entre causa y efecto y la manipulación de los datos. Una cosa es que las mujeres, bastantes mujeres, tengamos la percepción de que nuestro trabajo es peor valorado en comparación con el de los hombres y otra que podamos extraer de esa percepción la causa y la explicación central de nuestra notablemente menor presencia en determinadas posiciones sociales.

Nos han contado hasta la saciedad la historia de aquella orquesta en la que la selección de mujeres aumentó ostensiblemente desde que las audiciones comenzaron a hacerse con los aspirantes tocando detrás de una cortina, de modo que los seleccionadores no pudieran ver el sexo del instrumentista. Es cierto, ha ocurrido y ocurre. Probablemente, si hiciéramos la misma prueba en periodismo, por ejemplo, con artículos de hombres y mujeres, y los sometiéramos a la consideración general en un experimento, mostrando, por un lado, el sexo de los autores y, por otro, ocultándolo, comprobaríamos exactamente lo mismo: que las mujeres sufrimos algo de carga negativa por el hecho de serlo. Como afirmaban las escritoras Juana Salabert y Ana María Matute en una entrevista en *El País* (6-VIII-2007), oficialmente, la discriminación no existe, pero por detrás sí: «Te toman menos en serio. Como si fuéramos las hermanas pequeñas».

Laurence Parisot, la primera mujer presidenta de la patronal francesa Medef, contaba al *Financial Times Magazine* (7/8-X-2006) que solo recientemente ha sido consciente de los efectos del sexismo en su carrera: «Había pensado que muchas de las dificultades que tuve se debían a que no era lo suficientemente buena, lo suficientemente competente, cuando, en realidad, se trataba muchas veces de misoginia. Me llevó mucho tiempo dar-

me cuenta de que, en efecto, es más difícil para una mujer que para un hombre». Parisot extendía su reflexión a lo que consideraba comentarios misóginos sobre Ségolène Royal en la campaña electoral francesa. Pero lo cierto es que la derrota de Royal en ningún caso se debió a su condición de mujer, y también es un hecho que Parisot, una mujer, está nada menos que en la cúspide del Medef.

Es decir, este vestigio del pasado no explica ni de lejos las cifras de nuestra diferencia de presencia en las posiciones de poder, sean las intermedias o las de las élites. O en las columnas de los periódicos. Ni puede servir de coartada para explicar nuestros fracasos o nuestras frustraciones, no solo en el caso de las *jetas* gloriosas como la mencionada más arriba, sino en el de todas nosotras en general. No caigamos en la *tentación de la inocencia* que tan bien expusiera Pascal Bruckner, la *ideología victimista* que este filósofo francés ha definido como la inversión de la teoría de la Mano Invisible y cuya definición merece la pena reproducir por su capacidad para explicar algunos de los malos usos del feminismo (y de otras ideologías): «Tras el caos de los hechos y de los acontecimientos hay un destino malvado empeñado en nuestra desgracia, que trata de herir y humillar a cada uno de nosotros en particular. Cuanto más libre se pretende el sujeto moderno y más trata de extraer exclusivamente de sí mismo sus razones de ser y sus valores, más propenso estará, para liberarse de la duda y de la angustia, a invocar un *fatum* cruel, un desorden premeditado que lo mantiene bajo su autoridad y lo destruye de forma subrepticia[1]».

Nuestras propias responsabilidades, nuestras decisiones y nuestras elecciones se diluyen en los agentes exteriores. Aquello que sale mal o lo que no se ha logrado, o, simplemente, lo que está por llegar, es culpa del otro. La relación causa/efecto puede convertirse en ocasiones en una interpretación disparatada. Tam-

bién para asuntos mucho más serios que los plagios de Lucía Echevarría y sus deseos de entrar en la Academia. Hasta para explicar un atentado. En el *Libro Negro de la Condición de la Mujer*, Stéphanie Le Bars explica que «la joven madre de Bachar, Reem al-Riyachi, pagó con su vida esta inquietante evolución[2]». ¿Y qué inmenso sacrificio hizo Reem al-Riyachi?, se preguntarán los lectores; ¿por quién dio su vida?, ¿qué ideas y principios defendió gloriosamente? Pues bien: el inmenso «sacrificio» de esta mujer palestina consistió en convertirse en terrorista suicida y asesinar a cuatro soldados israelíes en un puesto de control de la Franja de Gaza, accionando los explosivos que llevaba adheridos en el cuerpo cuando llegó cerca de los soldados.

El disparate es que la autora francesa explique este crimen terrorista como consecuencia de los crímenes de honor y de la discriminación de la mujer en Palestina. Sin tener siquiera datos concretos sobre la terrorista, de la que sí reconoce que estaba vinculada al movimiento terrorista Hamás, sugiere que corrían rumores de que habría cometido una falta y sus allegados la habrían convencido para inmolarse y reparar así su honor.

Las coartadas de la discriminación de los países desarrollados e igualitarios en las que pienso no se refieren a hechos tan terribles. Pero la coartada de la discriminación funciona. Y la lectura interesada, o muy poco objetiva, de los datos.

La ideología de la discriminación

Vayamos a los datos sobre la discriminación que nos relatan todo tipo de instituciones, informes, asociaciones o medios de comunicación en los últimos años. Por ejemplo, según el informe «Mujeres y hombres en España en 2006» del Instituto Nacional de Estadística, las mujeres españolas solo constituyen el 36 por 100 de las diputadas, el 35 por 100 del profesorado universitario, el 29 por 100 del empresariado y el 31 por 100 de los altos cargos de la Administración. Solo un 5 por 100 de los directivos de las

empresas que cotizan en el Ibex son mujeres y, en los periódicos nacionales, las directivas son un 10 por 100.

Además, las mujeres solo ocupan el 35,5 por 100 de los puestos de profesores universitarios. Y, «lo que es peor», añaden siempre quienes recuerdan estas estadísticas, únicamente obtienen el 12,7 por 100 de las cátedras universitarias. Los agravios en la educación son infinitos. Por ejemplo, en el curso 2003-2004, las mujeres constituían en España al menos un 40 por 100 de los nuevos matriculados en los estudios de matemáticas y casi un 60 por 100 de los nuevos titulados. Sin embargo, nos alertan, las catedráticas de universidad en el área de matemáticas son el 9,2 por 100.

Y, además, existe el problema de la diferencia de salarios. Según el Instituto Nacional de Estadística, los hombres españoles cobran de media un 40 por 100 más que las mujeres. Los datos de un estudio del INE realizado en 2005 indican que ellos ganan 22 169 euros brutos al año de media, mientras que ellas perciben 15 767. Las mujeres ganan menos en todas las ocupaciones. Por ejemplo, en la categoría de peones, ellos ganan de media un 4,9 por 100 más que las mujeres, y en los servicios de seguridad, un 18,9 por 100 más. Y ocurre lo mismo en todas las áreas, aunque el nivel de formación sea idéntico. Por ejemplo, los licenciados, ingenieros y doctores cobran un 51 por 100 más que ellas.

Más informes y más estudios sobre la discriminación. Un estudio del Consejo Social de la Universidad Complutense de Madrid realizado con más de cinco mil entrevistas entre licenciados universitarios muestra que cuando el sueldo no alcanza los 600 euros mensuales es más fácil encontrar mujeres (12 por 100) que hombres (8 por 100). En los salarios más altos, sin embargo, hay el doble de hombres. En los salarios medios, nos cuenta el informe, la presencia de mujeres y hombres es parecida.

La discriminación es comparable en otros países. Por ejemplo, un estudio de la Tuck School of Business, realizado entre los nive-

les jerárquicos de las mil empresas más grandes de Estados Unidos, ha mostrado que la mitad de las grandes empresas no tienen mujeres en la dirección y que solo un 7,2 por 100 tiene más de dos directivas. Además, según el Índice Spencer Stuart de consejos de administración 2006, las mujeres solo representan el 4 por 100 de los consejos de administración en Estados Unidos. Según un estudio de la Universidad San Pablo-CEU, realizado entre las mil empresas españolas más grandes, el porcentaje de mujeres en los consejos de administración en España es del 6,6 por 100.

Pero, lo que es más asombroso, estudios diversos denuncian que también hay discriminación en la Administración pública, en forma de diferencias de retribución. A finales de 2005, el propio Gobierno español lo denunciaba. Mejor dicho, se denunciaba a sí mismo y proclamaba que estaba discriminando a las empleadas públicas españolas, a las que pagaba menos debido a su género. El Gobierno español hacía público, a través del Ministerio de Administraciones Públicas, que las funcionarias tienen como media un salario inferior en 5000 euros al de los funcionarios y que esas diferencias superan el 30 por 100 en los ministerios de Presidencia, Asuntos Exteriores y Justicia.

Otras discriminaciones han sido denunciadas en España. Las imágenes de mujeres en las monedas, por ejemplo. A finales de 2006, el Partido Socialista presentó una proposición no de ley en el Congreso en la que pedía la inclusión paritaria de hombres y mujeres en la acuñación de monedas de euro. El PSOE recordaba que, desde que se eligió la peseta como unidad monetaria única de España en 1868, las imágenes de mujeres acuñadas en las monedas habían tenido únicamente un carácter alegórico. Y proponía que la primera mujer elegida para que su imagen se acuñara en las monedas fuera Clara Campoamor, artífice de la consecución del voto femenino en la Segunda República.

Las percepciones de los ciudadanos sobre la discriminación se corresponden con los datos. La mayoría afirma que sí, que existe o que percibe discriminación. Un Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas de marzo de 2006 mostraba, por ejemplo, que la mayoría de hombres (un 75 por 100) y de mujeres (83 por 100) está de acuerdo con la idea de que, en las mismas condiciones, la mayoría de las empresas prefieren a los hombres para cubrir los puestos de responsabilidad. Y también la mayoría de los hombres (66 por 100) y, sobre todo, de mujeres (85 por 100) piensa que las mujeres tienen que esforzarse más que los hombres para demostrar que pueden desempeñar un mismo puesto de trabajo.

Y la percepción de discriminación se extiende a toda Europa. En 2006, la empresa TNS realizó un estudio sobre las percepciones de discriminación en los países de la Unión Europea. Y mostró que un 40 por 100 de los entrevistados pensaba que existe una discriminación motivada por el género. Bien es cierto que este dato no se comprende adecuadamente sin tener en cuenta que las percepciones de discriminación de los europeos son muy amplias y, dentro de ellas, el sexo es concebido como el motivo menos importante de discriminación. Los europeos consideran como factor más importante de discriminación el origen étnico (un 64 por 100), seguido de la discapacidad física (53 por 100), la orientación sexual (50 por 100), la edad (46 por 100), la religión o las creencias (44 por 100) y, por último, el género (40 por 100).

Hasta aquí una pequeña muestra de los datos sobre la discriminación. Insisto sobre la discriminación porque todos los datos anteriores son presentados por medios de comunicación y por instituciones como datos probatorios de la discriminación, no de la disparidad de posiciones de hombres y mujeres en la sociedad. El epígrafe que presenta todas estas cifras es siempre la discriminación o, lo que es lo mismo, las cifras van acompañadas de una

editorialización en los titulares en ese sentido. Se da por supuesto que todas esas cifras son consecuencia del ejercicio de la discriminación, de una acción consciente o inconsciente contra las mujeres que habría impedido su entrada en determinadas posiciones profesionales o que les daría menos salario en las mismas condiciones de trabajo.

En realidad, la ideología ha sustituido los datos. En este terreno y en otros muchos, el feminismo ha prescindido de la sociología o de la ciencia política y el punto de vista meramente ideológico ha eclipsado el científico. Empecemos por las simplificaciones, manipulaciones y tergiversaciones más obvias, las de las cifras más citadas, las del porcentaje de mujeres en las diversas posiciones de poder, sea en la política, la empresa o en los medios culturales.

Se nos cuenta una y otra vez que, dado que las mujeres representamos el 50 por 100 de la población, el hecho de que no ocupemos este porcentaje de esas posiciones demuestra la discriminación. Se me ocurren algunos ejemplos para poner de relieve el absurdo intelectual de esa deducción. Por ejemplo, si el número de jóvenes de 25 a 35 años que está en posiciones de poder no corresponde a su porcentaje en el conjunto de la población, deberíamos concluir que se debe a la discriminación. O si el porcentaje de inmigrantes tampoco está equilibradamente representado en las posiciones de poder. O si las personas con nivel de educación elemental no tienen la misma presencia en las posiciones de dirección que la que correspondería a su peso demográfico en la sociedad.

Para hacer patente la discriminación tendríamos que demostrar, sin embargo, que en el proceso de competición que comienza desde la entrada en el mercado laboral, en el político o en el intelectual, las mujeres han sido discriminadas en los procesos de selección habiéndose presentado para esa selección en las mis-

mas condiciones y número que los hombres. Es decir, deberíamos ser capaces de demostrar que los partidos, por ejemplo, el Partido Socialista, impulsor de las cuotas por ley, han discriminado sistemáticamente a las mujeres en sus procesos de selección internos, han elegido a hombres y han impedido que las mujeres llegaran a ocupar las mismas posiciones que ellos.

Para evidenciar la discriminación tendríamos que demostrar, por ejemplo, que los tribunales universitarios han discriminado a las mujeres en los distintos procesos de oposición, sea de titulares de universidad o de catedráticos; es decir, que las mujeres no han sido elegidas en el mismo número que los hombres por el hecho de ser mujeres. Que las mujeres han competido por las cátedras universitarias con el mismo bagaje y ambición que los hombres y, sin embargo, han sido elegidas en muchas menos ocasiones que ellos por culpa de su condición femenina.

Para indicar la discriminación tendríamos que demostrar, entre otras cosas, que las empresas han minusvalorado a las mujeres en sus procesos de selección de directivos; que, a igualdad de currículum, de aptitudes y de objetivo, y, sobre todo, a igualdad de número de hombres y mujeres aspirantes en los últimos años, han preferido a los hombres en la mayoría de los casos. Es decir, que las mujeres potencialmente directivas de las empresas se quedaron en la cuneta de la selección a la que acudieron en el mismo número que los hombres.

Para exhibir la discriminación tendríamos que demostrar que las mujeres han sido rechazadas por las empresas periodísticas para dirigir los distintos medios de comunicación a pesar de haber aspirado a esa dirección en el mismo número que los hombres y con bagajes profesionales muy semejantes. O que las mujeres han sido rechazadas para escribir las columnas de los periódicos en un número enorme de casos y de ello se deriva que ellas no representen más del 20 por 100 de las columnistas de los pe-

riódicos a pesar de que las mujeres constituyan el 50 por 100 de la población española.

Si intentamos demostrar estas y otras muchas discriminaciones, nos encontraremos, sencillamente, con la conclusión de que la manipulación de los datos ha sido y es monumental en lo referente a la discriminación de género. O que la discriminación es un concepto que se blande sin ningún tipo de apoyatura en los datos que realmente la demostrarían, en los datos como los expuestos más arriba. Preguntémonos por los estudios que responden a las preguntas realizadas antes. Respuesta: ninguno. ¿Alguien conoce esos estudios referidos a la política, a la empresa, a la universidad o a los medios de comunicación? ¿Ha leído investigaciones que nos demostraran la eliminación de las mujeres en los procesos de selección de los partidos, de las empresas, de las universidades o de los medios de comunicación? ¿Se conocen informes sobre la disparidad del número de mujeres aspirantes a candidato a diputado, director general de una empresa, catedrático de universidad o director de periódico, y el número efectivo de mujeres en esas posiciones?

No se conocen porque no existen. El único estudio riguroso que conozco y que corresponde al terreno de la política demuestra precisamente lo contrario, que no existe esa discriminación en los procesos de selección de los candidatos al Parlamento. Se trata de una investigación dirigida por dos politólogas británicas en la década de 1990, feministas, por más señas, que realizaron el trabajo con numerosas entrevistas en el seno de los partidos políticos británicos y que demostraron, a través de la experiencia de las propias mujeres que habían pasado por esos procesos de selección, que esa discriminación no se producía[3]. Más tarde, una de las dos autoras, Pippa Norris, una de las politólogas más prestigiosas del mundo, extendió su estudio a varios países y, junto con varios colegas, realizó la misma investigación en Australia, Cana-

dá, Finlandia, Alemania, Japón, Holanda, Nueva Zelanda, Reino Unido y Estados Unidos. El resultado fue el mismo: una vez que las mujeres han tomado la decisión de competir por las posiciones de poder político, sus posibilidades de lograrlas son las mismas que las de los hombres[4].

No se ha realizado un estudio semejante en España, pero si se hiciera, la conclusión sería probablemente la misma: que ni el Partido Socialista ni el Partido Popular ni los demás partidos han discriminado a las mujeres en sus procesos de selección y que, a igual número de candidatas o de candidatos, no han elegido a los hombres con prioridad sobre las mujeres. Esa es la enorme manipulación de este proceso, que se llama discriminación a lo que no es discriminación. Es otra cosa.

El rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, Lluís Ferrer, comenzaba de la siguiente forma un artículo publicado en *El País* (26-III-2007): «En la universidad, como en la sociedad, hay discriminación hacia las mujeres. El resultado más evidente es que la progresión académica de las mujeres es más lenta que la de los hombres». A continuación exponía los argumentos para su demostración: «Hay multitud de datos que muestran, sin lugar a dudas, que esto es así [...] baste recordar a modo de ejemplo que, aunque se doctora un 55 por 100 de mujeres, solo hay un 13 por 100 de catedráticas y que solamente hay cinco rectoras de un total de 71 universidades».

Adelantándose a las críticas, Lluís Ferrer nos respondía incluso a la que considera la principal de esas posibles críticas, el argumento de las cohortes, es decir, de la más tardía entrada de las mujeres en la carrera académica, y nos explicaba que en 1978 iniciaron su carrera como profesores ayudantes en la UAB 91 hombres y 30 mujeres, y que, de los primeros, el 22 por 100 ha llegado a catedrático, y de las segundas, solo el 3 por 100. Luego, ¡discriminación!, ¡discriminación!

Es un buen ejemplo de la sorprendente inconsistencia con la que se han manejado los datos sobre los procesos de incorporación de las mujeres al mundo laboral. Se ha establecido primero la conclusión, la discriminación, y luego se han pegado los datos como buenamente se ha podido, sin que importara mucho que la relación causa/efecto tuviera algún viso de método científico. En el ejemplo que nos ocupa, a todo un rector de universidad se le «ha olvidado» mostrarnos los datos sobre las carreras académicas de esos 91 hombres y 30 mujeres que entraron como profesores ayudantes en la UAB en 1978. Se le ha olvidado demostrarnos que hombres y mujeres orientaron de la misma forma esas carreras y que hombres y mujeres compitieron por igual por las titularidades universitarias y después por las cátedras, que hombres y mujeres investigaron por igual y que hombres y mujeres publicaron por igual. Y que, llegados a las oposiciones de cátedra, y habiéndose presentado un porcentaje de hombres y de mujeres perfectamente equivalente a su peso de género en el profesorado de la UAB, ellos fueron elegidos por los tribunales en número mucho mayor que ellas, con el resultado final de que un 22 por 100 de ellos accedió a la cátedra, mientras que solo un 3 por 100 de ellas pudo lograrlo.

Para hablar de discriminación, es decir, de la elección de hombres sobre mujeres a igualdad de condiciones y una vez que el número de mujeres presentadas es el mismo que el de hombres, tenemos que demostrar que el proceso se ha producido tal como lo he imaginado en el párrafo anterior. El problema para la teoría de la discriminación es que se trata de imaginación. O que el artículo del rector de la Universidad Autónoma de Barcelona está basado en la imaginación, no en los datos. Que ni él ni tantos otros han manejado las cifras que demuestren la discriminación. Tampoco el Gobierno socialista cuando elaboró y aprobó la Ley de Igualdad. El Gobierno hizo lo mismo que este rector. Dio por

supuesto que en los partidos, empezando por el suyo propio, o en los consejos de administración de las empresas, se practica la discriminación. O que se rechaza a las mujeres por el hecho de serlo.

Lo que ha ocurrido, en realidad, lo que la teoría de la discriminación oculta y tergiversa, son dos cosas: la primera, obvia, y la segunda, no tanto, pero mucho más de lo que parece si no fuera por la fuerza de la ideología de la discriminación. La primera, la de las generaciones a las que el rector de la Autónoma de Barcelona también aludiera. Las mujeres han comenzado las carreras profesionales y, por lo tanto, la competición por las posiciones de élite mucho más tarde. La segunda, una vez que esa incorporación a las carreras profesionales se ha equiparado en sus bases o en sus inicios, las mujeres no han orientado sus carreras profesionales con los mismos objetivos que los hombres. O, lo que es lo mismo, han renunciado al ascenso en muchas más ocasiones y, además, su ambición ha sido mucho más limitada. Más adelante me referiré al porqué, a la verdad incómoda y políticamente incorrecta de la desigualdad de la mujer en las posiciones de élite.

Quedémonos de momento con la primera razón que es esencial: la histórica. No se puede atribuir a una discriminación actual lo que es fruto de una discriminación del pasado. Si aún hoy día el número de mujeres que compiten por la presidencia del Gobierno, por las presidencias de comunidades autónomas, por las alcaldías, por las presidencias de las empresas o por la dirección de los medios de comunicación es mucho menor, se debe, ante todo y sobre todo, a que esas posiciones se han convertido en objetivo de las mujeres en una proporción que comienza a ser comparable con la de los hombres solo muy recientemente. En España tenemos que pensar en la década de 1980 como primer período de referencia, con la generación de mujeres que ahora tenemos más de cuarenta años.

Incluso esa estimación es seguramente muy optimista, puesto que también en las mujeres que ahora tenemos más de cuarenta años una parte renunció a seguir la carrera profesional o eligió una práctica en la que se acentuaba más la dedicación a los hijos y al hogar que a la profesión. Es probable que la década de 1990 se ajuste más correctamente a la consolidación de una nueva generación de mujeres muy orientada hacia el mundo laboral y la carrera profesional. Es decir, en el mejor de los casos, desde el punto de vista histórico, la competición de las mujeres por las posiciones de poder comienza a producirse en condiciones semejantes a las de los hombres hace menos de veinte años. Y esto es aplicable a todos los países desarrollados, ya que las diferencias son mínimas entre unos y otros.

Aún más: incluso hoy día es dudoso que podamos afirmar que la competición es completamente igual o que el mismo número de mujeres que de hombres esté aspirando a las mismas posiciones que los hombres en cada uno de los campos profesionales. Si tenemos en cuenta otro dato obvio, que las posiciones de mayor poder en cada una de las profesiones se alcanzan a partir de la mitad de la cuarentena, el resultado es que resulta completamente imposible en estos momentos la paridad en las posiciones de poder. A no ser que apliquemos una discriminación positiva masiva y coloquemos en esas posiciones a mujeres con desarrollos profesionales mucho menores que los de los hombres.

La ideología de la discriminación no solo obvia constantemente los datos sobre las carreras profesionales de hombres y mujeres. Además, omite un dato esencial de las posiciones de poder, que es el de la edad. La edad media de las élites en todas las profesiones supera en todos los casos los cuarenta y cinco años y, en la mayoría de los casos, los cincuenta. Veamos un pequeño ejemplo: el de las élites estadounidenses que fueron estudiadas hace algunos años por tres politólogos que hicieron una selección de

los diferentes grupos de élite, desde las políticas y económicas hasta las religiosas o burocráticas, pasando por todos los ámbitos sociales, y las estudiaron y entrevistaron[5].

Estos politólogos pusieron de relieve algunos datos de las élites estadounidenses bastante esperables y más o menos conocidos en estudios anteriores. Por ejemplo, que la abrumadora mayoría de las élites son hombres o que casi el total tiene una licenciatura universitaria o que una buena parte de ellos ha estudiado en universidades de élite. También pusieron de relieve otros datos más sorprendentes; por ejemplo, que al menos un 25 por 100 de las élites estadounidenses son judíos, a pesar de que estos constituyen no más del 3 por 100 de la población estadounidense, o que el origen anglosajón es mucho menor que el que siempre se había dado por supuesto: solo el 32 por 100 en la élite del grupo en el que está más representado ese origen, el de los jueces. Pero, en relación con el asunto que me ocupa en este epígrafe, el relativo a la edad de las élites, podemos observar en ese estudio que la edad media de las élites es de más de 45 años en nueve de los doce grupos estudiados. Y, lo que es bastante relevante, que la edad media de las mujeres es algo menor que la de los hombres en prácticamente todos los casos. Es decir, que ese dato podría indicar más bien lo contrario de la discriminación, puesto que las mujeres que están llegando a posiciones de élite lo están haciendo a una edad media menor que la de los hombres. O tan solo indicaría, la explicación más plausible, que la edad media de los hombres es mayor, sencillamente porque las mujeres de la élite son las que acaban de llegar.

Llevan ahí poco tiempo porque se han incorporado con retraso. Y esto es así porque comenzaron a intentarlo no hace mucho, mientras que los hombres han estado en esa competición a lo largo de toda la historia. Cuando la competición se ha igualado, cuando las mujeres han comenzado a aspirar a las mismas posi-

ciones que los hombres, las cosas han cambiado sustancialmente. Por ejemplo, un estudio de la Queens Community College de Nueva York ha demostrado que las mujeres de veinte a treinta años de las grandes urbes estadounidenses ganan más que los hombres. En Nueva York ganan una media de 3600 euros más al año. Y lo mismo ocurre en otras grandes ciudades.

A escala nacional, en Estados Unidos persiste, como en otros países, la diferencia a favor de los hombres. Las mujeres ganan el 89 por 100 de lo que ganan ellos. Pero lo significativo es el cambio de tendencia entre las más jóvenes. Hay más mujeres que acaban los estudios universitarios, y en una ciudad como Nueva York un 53 por 100 de las veinteañeras que trabajan tiene estudios universitarios, frente a un 38 por 100 de los chicos de esa edad. Y los autores del estudio citado destacan otro cambio: las mujeres de los medios urbanos se casan y tienen hijos más tarde que las mujeres de los entornos rurales y dedican ese período de su vida a impulsar sus carreras.

El techo de cristal... de las mujeres: madre, ama de casa o modelo

Una de las invenciones más exitosas y engañosas del feminismo es la del techo de cristal, bella y efectista expresión que es pura ideología de la discriminación y no hechos sobre la discriminación. Muchas mujeres han adoptado esta expresión como resumen de todos los males de las mujeres en lo que a paridad y poder se refiere. No llegamos a determinadas posiciones, nos dicen, porque un techo de cristal nos lo impide: el techo de la discriminación impuesta por los hombres que cierra nuestro paso al poder.

En realidad, ni siquiera los datos analíticos más superficiales amparan actualmente esta idea, pero es la interpretación reina de la ideología de la discriminación frente a la que muy pocos, más bien nadie, se atreve a rechistar. Más allá de la simplificación consistente en comparar el número de mujeres en posiciones de

poder con el número de mujeres en el conjunto de la población, que es el argumento central de la ideología de la discriminación, algunos analistas han ido un poco más allá y han comparado otras cifras. Por ejemplo, los politólogos Celia Valiente, Luis Ramiro y Laura Morales compararon las cifras de afiliación de mujeres a los partidos políticos españoles en el año 2000 con el porcentaje de mujeres en las listas electorales, el porcentaje de mujeres en «posiciones seguras» en esas listas y, finalmente, el porcentaje de mujeres elegidas diputadas en las elecciones de ese año[6].

Estos politólogos pusieron de relieve, en primer término, una cifra que se les ha olvidado a quienes han hecho en España la Ley de Igualdad: la de los porcentajes de afiliadas en los partidos políticos españoles, que son, en todos los casos, notablemente inferiores a los de los hombres. Por ejemplo, en el PSOE, en 2000, había un 28 por 100 de mujeres afiliadas; en el PP, un 33 por 100; en IU, un 29 por 100; y un 34 por 100 en el PNV. Dejemos a un lado en este punto el hecho de que estos porcentajes convierten la paridad de las listas electorales en una medida llamativamente discriminatoria contra los hombres, puesto que esta ley obliga a una elección del 50 por 100 de cada sexo, cuando ese porcentaje está muy alejado de la distribución de sexos entre la afiliación. El dato de mayor interés del análisis de estos politólogos es que el número de mujeres elegidas en tres de los cuatro partidos analizados alcanza un porcentaje menor que el representado por las mujeres en la afiliación, y únicamente en el PSOE el porcentaje de mujeres elegidas es bastante mayor que el de la afiliación.

De ese dato, estos politólogos deducen discriminación de los partidos contra las mujeres. Incluso avanzan un intento de explicación de los motivos y destacan que el factor educativo más bien reforzaría la tesis de la discriminación, puesto que el nivel educativo de las mujeres afiliadas es mayor que el de los hombres, ya que hay más afiliadas con estudios universitarios que afi-

liados con dicha formación (42 por 100 frente al 35 por 100). Incluso esta conclusión de los autores es más que cuestionable, puesto que en el grueso de la afiliación, en el que ha realizado estudios primarios o secundarios, los mismos autores muestran que los hombres tienen mayor nivel educativo: un 39 por 100 de las afiliadas posee tan solo estudios primarios frente a un 23 por 100 de los afiliados, y un 40 por 100 de los afiliados tiene estudios secundarios frente a un 19 por 100 de las afiliadas.

Pero lo más relevante es que ni siquiera este análisis, mucho más profundo e interesante que las habituales simplificaciones que se utilizan para sostener la discriminación, consigue penetrar en el auténtico nudo de este problema, que es el de la orientación de las carreras profesionales, políticas o sociales, de las mujeres. Es decir, el de los pasos concretos que mujeres y hombres dan en sus trayectorias políticas y profesionales. Son esos pasos los que explican sustancialmente los resultados finales.

Y es aquí donde la ideología de la discriminación ha decidido desentenderse por completo de la realidad, ignorar los otros datos o, en muchos casos, utilizarlos de nuevo con abundantes técnicas de manipulación. Me refiero al otro techo de cristal, al femenino, al que se ponen, nos ponemos, las propias mujeres. Se resume esencialmente en dos conceptos: el matrimonio y los hijos.

Dejemos de una vez la corrección política en ese asunto y vayamos al techo de cristal femenino. El matrimonio y los hijos fueron por tradición el único destino vital de las mujeres. Pero, además, y esto es igualmente importante, el matrimonio y los hijos constituyeron la vía de realización social de las mujeres, el camino al respeto social y al estatus. Los hombres obtenían ese estatus a través de su realización profesional; sus logros se alcanzaban en cada una de las actividades que en ese momento fueran fuente de prestigio social: la militar, la política, la empresarial, la

intelectual o cualquier otra. Las mujeres obtenían ese estatus a través del matrimonio y de los hijos, es decir, a través del hombre con el que se emparejaban y a través de la descendencia que aseguraban. Una cosa es que las mujeres no pudieran elegir otro camino, que es cierto, pero se nos olvida añadir que ese camino único también les proporcionaba el prestigio social.

Y lo anterior es muy relevante para explicar lo que está ocurriendo en las últimas décadas, aquello de lo que la ideología de la discriminación no quiere hablar. Lo que está sucediendo es que cuando las mujeres pueden elegir, por fin, cualquier camino, el de la vía exclusivamente matrimonial o el de la profesional, algunas siguen eligiendo la matrimonial, o la siguen primando sobre la profesional. Sencillamente, porque la matrimonial aún asegura el estatus a las mujeres. Los hombres pueden adquirir respeto social y estatus solo a través de la realización profesional. Sin embargo, las mujeres pueden adquirir ese respeto y ese estatus a través de la realización profesional, pero también, aún hoy día, a través de la vía matrimonial.

Un hombre difícilmente puede optar en exclusiva por la vía matrimonial o por la responsabilidad del hogar y los niños, puesto que se enfrentará a un gran rechazo social, a la consideración de vago, o aprovechado, o inútil que vive a costa de su mujer. La mujer que opte por dedicarse tan solo a su matrimonio, a su hogar, a sus hijos, será, sin embargo, respetada como una persona que ha elegido una opción perfectamente aceptada por la sociedad, como una labor positiva y necesaria para esa sociedad, como una opción digna por completo… para las mujeres.

Antes de seguir extendiéndome en este mar de incorrección política, aclaremos una cosa. No se trata aquí de realizar ningún tipo de valoración moral sobre estas opciones. Si se tratara de esa cuestión, debería añadir que la opción que llamo matrimonial me parece tan respetable como la profesional. Por muchas razo-

nes: la libertad individual, en primer término; en segundo lugar, y no menos importante, porque aún no hemos inventado el milagro para tener hijos y ocuparnos de ellos adecuadamente sin que ningún miembro de la pareja haga sacrificios profesionales o incluso renuncie por completo a la profesión; y, en tercer lugar, porque la dedicación a los hijos y al hogar me parece tan complicada como la profesional. El único problema de esta opción es que hoy día es posible para las mujeres y no tanto para los hombres, y el auténtico cambio revolucionario que cabe en él es el de la posibilidad de la opción masculina equiparada a la opción femenina.

Vuelvo a la incorrección política, al techo de cristal femenino o la realización social a través del matrimonio y los hijos. Seamos realistas. No es que las mujeres seamos menos ambiciosas, sino que nuestra ambición se orienta aún de forma diferente a la de los hombres. No porque seamos genéticamente diferentes, sino porque la sociedad nos exige aún cosas distintas para certificar nuestro éxito social.

Entre los falsos lugares comunes extendidos por el feminismo se encuentra ese de que nosotras somos menos ambiciosas y no deseamos el poder. Lo que ocurre en realidad es que no necesitamos ese poder tanto como los hombres para ser respetadas y admiradas. Para «realizarnos», en definitiva. ¿Qué significa realizarse? Además de lograr el equilibrio interior, la felicidad y todo lo demás, significa, sustancialmente, lograr una posición social acorde con lo que se espera de cada uno de nosotros. Y resulta que la sociedad espera de nosotras mucho menos en términos de poder que de los hombres. Aún hoy día nosotras somos más censuradas socialmente por no ser madres o por ser «malas» madres que ellos. Pero ellos son más censurados socialmente que nosotras por fracasar en su vida laboral. Eso, que es una cuestión de estatus, de prestigio social, es lo que explica casi todo de nuestras diferentes carreras profesionales. Hasta ahora. Porque este repar-

to de condiciones para el logro del estatus está transformándose a gran velocidad y calculo que en dos décadas tendrá muy poco que ver con su formato actual. Hasta entonces, el estatus femenino y el masculino seguirán funcionando como acabo de explicar más arriba.

Teresa García, profesora de Ciencias de Educación de la Universidad de Almería, realizó una tesis doctoral sobre la escuela desde el punto de vista del género y del poder. Estudió colegios de Granada y de Almería y concluyó que el matrimonio, la maternidad y el esquema social y educativo vuelven a las mujeres docentes «invisibles», mientras que potencian el ascenso de los hombres hacia los puestos de dirección. Se lo contó a la periodista Elena Sevillano, que construyó con su relato un artículo más sobre la discriminación (*El País*, 26-IX-2005), sobre las dificultades y obstáculos que otros, la sociedad, los hombres, ponen en el camino de las mujeres.

La periodista entrevistó a algunas maestras que habían respondido a la encuesta de la tesis citada con el objetivo de apoyar la teoría de la discriminación en el artículo. Esperanza Fernández, por ejemplo, que afirmaba que no es ninguna discriminación trabajar en los niveles más básicos de la educación: «Lo decidí yo. No me atraía ninguna otra especialidad de Magisterio; a lo mejor es que tenemos más ese instinto maternal». También afirmaba que renunció a ser jefa de estudios del centro por decisión suya, libremente: «No me interesa, por mis hijos; necesitan el tiempo del padre y de la madre». La periodista entrevistó asimismo a otras dos maestras que participaron en el estudio: Lilia Romero y Carmen Jiménez. Contaba de ellas que las dos están casadas y que se sienten apoyadas y alentadas por sus maridos, aun siendo conscientes de que soportan el peso principal de la casa. La periodista agregaba que ambas admiten que priorizaron su familia a la hora de pedir sus traslados y que, en algún momento,

cuando sus hijos fueron pequeños, también se plantearon pedir una excedencia y dejarlo, pero que no lo hicieron porque la educación es «un compromiso social».

Curiosa incongruencia la de esta historia. Las tres maestras entrevistadas, los tres ejemplos de los obstáculos que los hombres y la sociedad ponen a las mujeres para optar a puestos directivos, afirmaban que su trayectoria profesional se basó en una opción personal, que priorizaron los hijos y la familia porque así lo decidieron ellas mismas. Pero a la investigadora, a Teresa García, no le gustó la explicación que le dieron las mujeres que había investigado. No son dueñas de sus decisiones, contó la investigadora a la periodista. «Durante la investigación —relataba la investigadora a la periodista— muchas maestras decían "no tengo tiempo" o "no me gusta" cuando les preguntaba por qué no ocupan puestos de poder. Acabé descubriendo que ese gusto, conformado socialmente, no era una elección propia, sino que obedecía a multitud de mecanismos externos e internos a las instituciones, que se relacionan y retroalimentan, y que marginan a las mujeres de los ámbitos de poder y decisión de los centros».

La investigadora acabó descubriendo que estas mujeres no tenían capacidad de decisión, que se sentían libres, pero no lo eran en realidad. O que ella, la investigadora, era libre y había tomado sus propias decisiones; mas las maestras de su estudio, no, aunque lo afirmaran. Las habían obligado, sin que ellas lo supieran. ¡Discriminación! ¡Discriminación! Digan lo que digan las supuestamente discriminadas. ¡Abajo la libertad personal y la libertad de decisión! La investigadora les ha impuesto su verdad, la discriminación, porque ellas, pobres maestras, pobres víctimas de la sociedad, no son conscientes de su propia explotación.

En verdad, todas nuestras decisiones están conformadas y orientadas socialmente en grado muy importante. Si muchas niñas quieren ser modelos, princesas o actrices es porque hay de-

terminados valores sociales y privilegios asociados a esas actividades. Por la misma razón no quieren ser mineras, empleadas de gasolinera o trabajadoras de la construcción. Y muchos niños quieren ser futbolistas, pilotos o cantantes porque hay muchos privilegios y valores sociales positivos asociados a esas actividades. Por ese motivo, tampoco sueñan con ser empleados domésticos, barrenderos o limpiabotas.

Y cuando las mujeres priorizan su familia, el hogar, el cuidado de los hijos sobre el ascenso a puestos de dirección en la escuela, ocurre lo mismo: que hay valores sociales que hacen positiva y aceptable esa elección, mientras que otros valores sociales hacen más positiva la elección del hombre que sacrifica su familia, su hogar, sus hijos por la opción de los puestos de dirección.

Todas las decisiones son en buena medida sociales. Pero siempre que no existan obstáculos legales, tabúes o aislamiento social por haber hecho una elección u otra, podemos considerar que la libertad de elección existe y que las mujeres de finales del siglo XX y principios del XXI en España, en el resto de Europa y en todos los países democráticos y modernizados pueden hacer uso de esa libertad de elección. De la misma forma que pueden optar por divorciarse de su pareja cuando la relación es imposible o pésima para sus vidas, pueden optar por aquello que consideran mejor para su desarrollo personal y profesional. Y las mujeres de los siglos XX y XXI son lo suficientemente autónomas para que podamos dar por supuesto que sus decisiones son tan libres como las de los hombres.

Krista Walochik, consejera-delegada de Norman Broadbent, afirmaba en una entrevista que la verdadera limitación de las mujeres para llegar a lo más alto radica en ellas mismas, y en sus horarios. Y planteaba un panorama de los puestos de dirección en las empresas muy alejado del discurso de moda sobre la discriminación: «La primera línea directiva conlleva sacrificio y acep-

tar retos fuera de lo normal, como dar la vuelta a una unidad de negocio, realizar un lanzamiento desde cero o no poder ir a tu casa cuando tu hijo está enfermo. ¡Hazlo y verás lo duro que es! Esta servidumbre no la acepta todo el mundo». Y añadía: «No conozco a ningún alto directivo que trabaje a tiempo parcial» (*Expansión*, 16-VII-2006).

O consideramos que las mujeres son menores de edad, incapaces de tomar sus propias decisiones, o debemos aceptar que su elección, por ejemplo, la de las maestras que optaron por no asumir puestos de dirección, es algo plenamente libre y autónomo. Lo mismo que lo es la decisión de esas 380 000 trabajadoras que, según los datos del Instituto Nacional de Estadística, dejan al año su empleo por razón personal o familiar, mientras que solo lo hacen 14 500 hombres. O de la misma forma que lo es la decisión de esas 78 mujeres de cada 100 personas que han optado por trabajar a tiempo parcial en España.

Hay un porcentaje significativo de mujeres que no solo en España, sino en todos los países europeos, deja su trabajo cuando nace el primer hijo, y aún más cuando tiene el segundo, y en mayor porcentaje si tiene el tercero. Por ejemplo, según el Informe Randstad, un 7 por 100 de las mujeres deja su empleo en España cuando tiene el primer hijo y un 4 por 100 cuando tiene el segundo. Según el Instituto Nacional de Estadística, el porcentaje de mujeres que deja el trabajo cuando tiene el tercer hijo se eleva al 40 por 100. En otros países, la proporción es aún mayor para el primer y segundo hijos, un 6,9 por 100 en Alemania con el primer hijo y un 14,1 por 100 con el segundo. O en Irlanda, un 15 por 100 con el primero y un 10,2 por 100 con el segundo.

Una de las consecuencias de esa dinámica es la reluctancia de muchas empresas a contratar a mujeres embarazadas o en edad fértil. A finales de 2005, el periódico británico *The Guardian* publicó una investigación realizada por la Confederación de Agen-

cias de Selección de Personal. A través de una encuesta entre 122 de sus miembros, trató de saber si sus clientes excluían en los procesos de selección a las candidatas embarazadas o en edad fértil. Y averiguó que, de las 98 empresas que respondieron al cuestionario, un 75 por 100 afirmó haber tenido casos de este tipo. Muy especialmente, las empresas más pequeñas, con mayores dificultades para hacer frente a las bajas maternales.

La conclusión habitual de este tipo de estudios y de datos es que las empresas discriminan a las mujeres embarazadas o en edad fértil, pero nadie quiere llamar la atención sobre el otro dato del problema: el de las mujeres que se discriminan laboralmente a sí mismas cuando deciden dar prioridad a los hijos frente a su carrera profesional. Dejemos a un lado si esa opción por la maternidad es mejor o peor, para ellas o para la sociedad. Lo que nos interesa analizar de una vez por todas, sin la carga de esa montaña de corrección política que nos constriñe, es lo que las mujeres decidimos cuando optamos entre la maternidad y el trabajo. Y lo que decidimos, aun en un número significativo de casos, es elegir la maternidad y, por lo tanto, apartarnos del proceso de equiparación profesional y pública de géneros, de la paridad.

Un estudio del CIS señala que las mujeres tienen menos hijos de los que desearían por falta de ingresos suficientes y por las dificultades para compatibilizar trabajo y familia. También que un 12 por 100 de las mujeres estarían dispuestas a dejar su trabajo para dedicarse a la familia. Y lo que es aún más interesante: cuando a las españolas se les pregunta por las medidas que favorecerían la natalidad, un 28 por 100 destaca el aumento de las ayudas estatales para las familias con más de dos hijos; un 27 por 100, las guarderías, y nada menos que un 28 por 100, el trabajo a tiempo parcial.

El trabajo a tiempo parcial es una opción vital perfectamente legítima. Es muy recomendable para la salud física y psicológica.

Ahora bien: la opción del trabajo a tiempo parcial, tan apreciada por una parte significativa de las mujeres, no es la opción por la paridad. Es... todo lo contrario. Es parte de la explicación de la falta de paridad.

En lugar de asumirlo y poner de relieve nuestras propias opciones, la ideología de la discriminación, o bien oculta la opción del matrimonio y la maternidad, lo más habitual, o bien la convierte en una imposición masculina. Sin embargo, somos las propias mujeres, ahora las mujeres que construyen valores sociales, las que contribuimos de forma decisiva a hacer de estas opciones un valor socialmente deseable.

Mientras la ideología de la discriminación habla de imposición y de explotación, las propias mujeres que ahora pueden elegir fomentan la continuación de la opción materno-matrimonial como fuente de prestigio social. Con notable éxito de imitación por parte de otras mujeres.

Isabel Preysler y el «*paparazzo*»

Larry Birkhead es un *paparazzo* nacido en Louisville (Kentucky), de no mucho éxito y desconocido para el resto de la humanidad hasta la primavera de 2007, cuando dio el salto a la gloria... y al dinero. Su mérito, haber demostrado, tras las correspondientes pruebas de paternidad, que él es el padre de la hija de Anne Nicole Smith, la *chica Playboy* que murió en febrero de 2007 por una ingestión de barbitúricos. Anne Nicole Smith alcanzó la gloria, en primer lugar, por mostrar sus inmensos pechos en esa revista llamada *Playboy* que tantas tetas y carreras profesionales femeninas ha consagrado. Y, sobre todo, por haberse casado con un multimillonario con edad de ser su abuelo que murió poco después y le dejó su fortuna.

Lo más interesante de esta historia femenina de las tetas, el *Playboy* y el matrimonio con el millonario tantas veces repetida es que su muerte originó una carrera masculina pocas veces ob-

servada hasta ahora: la del hombre en busca de la paternidad como fuente de prestigio social. Y de dinero, por supuesto. Pero he aquí que el logro de este fotógrafo anónimo es ser el padre de la criatura. Y aunque la historia muestre unos tintes tan poco gloriosos, tan sospechosos, lo cierto es que representa, desde el otro lado, el masculino, lo que ha sido parte de la historia femenina del prestigio en estas últimas décadas de liberación y de equiparación.

Mientras las feministas, y con ellas una buena parte de las mujeres, nos exigíamos a nosotras mismas y a las demás féminas la incorporación a la sociedad de la igualdad, a la educación, a la escuela, a la universidad, al mundo laboral; mientras que abogábamos por dejar nuestros roles tradicionales a un lado, o, al menos, en el mismo lado que los hombres, una parte de las mujeres ha seguido aferrada a las antiguas prácticas.

Y no me refiero a un problema de falta de igualdad de oportunidades, de presiones sociales, de dificultades de algunos colectivos de mujeres para incorporarse a esa igualdad. Ese problema ha sido real, sobre todo en las mujeres de generaciones mayores para las que las nuevas oportunidades de igualdad han llegado demasiado tarde. O probablemente también en mujeres pertenecientes a grupos étnico-culturales como el de los gitanos, con tradiciones más restrictivas para su equiparación.

Pero no me refiero a ellas, sino a las muchas mujeres que, a pesar de tener las nuevas oportunidades de la igualdad sociolaboral, han optado por su propio techo de cristal, sea en el desarrollo de los papeles tradicionales —resúmanse todos ellos, por ejemplo, en la figura de la modelo—, o sea en la elección del matrimonio y la maternidad como fuente de realización personal y social.

Si repasamos las revistas femeninas o los programas televisivos dirigidos fundamentalmente a las mujeres, nos encontraremos con que una buena parte de sus heroínas son una multitud de

Larry Birkhead femeninas, es decir, mujeres de..., madres de... o modelos. Probablemente, la figura más conocida en España en la representación de ese papel femenino sea la de Isabel Preysler, bautizada alguna vez como «la reina de las revistas del corazón» y que resume muy bien el ideal de la mujer modelo, madre y «señora de». Sus atributos de prestigio social son la belleza, cultivada como si fuera una profesión, los matrimonios y los hijos. Son esos atributos los que le permiten ser un vehículo de gran interés para numerosas campañas publicitarias o para los reportajes de los medios del corazón.

Pero, sobre todo, lo más interesante de lo que Isabel Preysler simboliza en España o en cualquier otro país del mundo, pues el modelo es universal, es que una mujer de este tipo es aún un modelo social de imitación para muchas mujeres. Larry Birkhead no es un modelo de imitación para los hombres. De hecho, es una excepción. El modelo, padre y «marido de» no existe como icono masculino. Es posible que pueda desarrollarse en el futuro, pero no ha ocurrido por el momento.

Incluso en el modelo de prestigio social de los niños más cercano a los modelos de las niñas, la figura del futbolista, las diferencias son muy significativas. También en el caso de este modelo masculino priman determinados atributos físicos, pero muy diferentes al modelo femenino. En el caso masculino, los atributos físicos resaltan la habilidad, son activos. En el caso de las mujeres son completamente pasivos. No se cultivan; simplemente, existen, se exhiben, se muestran. A no ser que llamemos «cultivarse» a la sala de operaciones del cirujano estético. Los hombres compiten por ser superiores en el uso de sus habilidades físicas. Las mujeres compiten por ser superiores en la exhibición de su físico.

Las mujeres compiten en belleza. Los hombres, en habilidad. Y esta divergencia que resume una buena parte de la desigualdad social de hombres y mujeres en el pasado es hoy día una opción

libre de una parte significativa de las mujeres. Y, lo que es más relevante, es apreciada por otras mujeres; mujeres de las élites de los medios de comunicación, por ejemplo, que hacen de ellas sus personajes, sus referencias y sus heroínas. La consecuencia es que este modelo de mujer aún funciona como icono social de imitación para niñas y jóvenes.

Esa es una parte del techo de cristal femenino. La otra, a veces ligada a esta, al menos en las heroínas de los medios de comunicación femeninos, es la de la esposa y la madre. Los hijos constituyen una limitación para el desarrollo laboral femenino, nos repiten y repetimos una y otra vez. Es cierto, pero se nos olvida añadir un dato esencial: los elegimos nosotras, como elegimos el énfasis en el matrimonio. Es un techo de cristal libremente elegido. Puramente femenino.

Silda Wall Spitzer es abogada. Mejor dicho, lo era. Trabajaba en una prestigiosa firma de Nueva York, Skadden, Arps, Slate, Meagher & Flom. Hace algún tiempo dejó su trabajo para dedicarse a sus tres hijas y a su marido, el nuevo gobernador de Nueva York desde 2006, Eliot Spitzer. Ahora es la nueva «primera dama» de Nueva York. La edición estadounidense de la revista *Vogue*, quizá la revista femenina de moda más sofisticada desde el punto de vista intelectual, le dedicaba un reportaje en su número de marzo de 2007. Silda Wall Spitzer les hablaba de sus hijos: «Siempre me preguntaba cómo podría llegar al siguiente peldaño en mi carrera profesional. Pero cuando los hijos llegan, te das cuenta de que tú no eres muy importante». También les hablaba de su madre y de la frustración que tuvo por no poder desarrollar una carrera profesional. De su nueva función como primera dama: «Es sorprendente porque es un trabajo con obligaciones oficiales»; «Mi teléfono empezó a sonar desde que se produjo la elección». Y, sobre todo, se justifica por su elección y justifica su elección, de madre y de primera dama.

Esa elección y ese papel, la primera dama madre, justifican un reportaje en una revista para mujeres aparentemente moderna, liberal y sofisticada. O la conversión de esta abogada en personaje de la revista, en personaje para las demás mujeres. La heroína, la estrella del reportaje es una primera dama, una «mujer de», que, además, ha tenido la «valentía» de haber abandonado su profesión para ocuparse de su marido y de sus hijas. Dejando a un lado las revistas sofisticadas, desde el punto de vista intelectual o desde el punto de vista del nivel económico de sus lectoras, como es este caso, es fácil trasladar el ejemplo anterior a miles, millones de ejemplos, en todas las clases sociales y en todos los ámbitos de las sociedades desarrolladas. Son las mujeres para las que ser madre o ser «primera dama» es una opción y una profesión.

Se ha hablado de retroceso para referirse a este tipo de historias, a mujeres que, después de haber hecho el recorrido profesional de la igualdad, habrían decidido volver al ámbito tradicional. Desde un punto de vista individual, podríamos admitir que se trata de un retroceso. Y sería muy pertinente aplicarles la valoración que hacía hace no mucho tiempo la editora y escritora Esther Tusquets en torno a los casos de las mujeres con estudios que abandonan sus profesiones para dedicarse a su casa y a sus hijos. «Me parece, en cualquier caso, un error grave que las mujeres no trabajen. Es cierto que en ocasiones se producen retrocesos. También asistimos al regreso de algunas madres a parir con dolor, algo que me parece un atraso, o al fenómeno de sobrevalorar la lactancia porque a muchas mujeres les parece una forma más natural de criar a sus hijos».

Pero hay otra cosa. Y es que, más que de retroceso, se trata de falta de evolución. O de que el prestigio social asociado a las funciones de madre y esposa ha estado ahí todo este tiempo. Junto a las llamadas a la equiparación. Las mujeres que deciden volver a

sus roles tradicionales, como la primera dama de Nueva York, no rompen nada desde el punto de vista social. Su historia no es una historia de cambio o de originalidad, sino de continuación: la continuación del techo de cristal femenino, el techo de cristal femenino al que bastantes mujeres siguen sin querer renunciar.

Sí a la discriminación, si es multicultural

La paradoja mayor de una parte de las mujeres occidentales, modernizadas y demócratas es, sin embargo, la del doble rasero que aplica a la igualdad cuando de otras religiones o culturas se trata. Me refiero al islam, lógicamente. Todas las proclamaciones de igualdad y libertad de algunas mujeres occidentales se desvanecen y mueren por insuperable contradicción cuando aplican reglas completamente diferentes a las mujeres musulmanas. Leyes y normas que consagran la desigualdad son aceptadas porque, nos dicen, formarían parte de una identidad cultural o porque habrían sido libremente aceptadas.

Gema Martín Muñoz es una académica española, arabista y directora de la Casa Árabe. Es conocida por ser una representante de esa extrema izquierda occidental que siempre encuentra justificaciones y excusas para los distintos movimientos terroristas del mundo árabe. También por apoyar el uso del velo en las musulmanas, el símbolo más conocido de la discriminación de una buena parte de las mujeres del mundo. En una entrevista en la revista *Mujer Hoy*, en enero de 2007, comparaba el uso del velo con la libre elección de cualquier vestimenta que hacen las niñas y jóvenes de las sociedades democráticas. «La clave es que sea una libre elección», decía. Y argumentaba que era, en contra de lo que muchos pensábamos, una libre elección: «Existe un nivel de exigencia muy importante de lo que marca la familia, como en todas partes. Hay colegios donde incluyen el pañuelo en el uniforme, pero eso no quiere decir que esa niña no pueda decidir qué hacer

cuando sale de la escuela. Lo verdaderamente importante es su acceso a la educación».

Martín Muñoz insistía: el velo de las familias musulmanas es equivalente a lo que ocurre en nuestras familias. Imagino que se refiere a que una familia musulmana puede discutir sobre la conveniencia del velo en la niña como otra católica o protestante puede hacerlo sobre la conveniencia de la minifalda. Argumenta esta arabista: «No debe verse como algo distinto a lo que ocurre con nuestras familias: las hay más abiertas y más tradicionales. Con la mayoría de edad, esas chicas pueden establecer su criterio».

Hay mujeres, la mayoría musulmanas, que han ido más lejos que Gema Martín Muñoz. Han abogado por el... ¡feminismo islámico!, que es algo así como el comunismo capitalista o el liberalismo totalitario. En noviembre de 2006 se celebró en Barcelona un congreso de la cosa, nada menos que el tercero. Se llamaba así, aunque parezca increíble: III Congreso del Feminismo Islámico. Entre las argumentaciones que se escucharon cabe reseñar la aportación de Kamila Toby a la definición de feminismo islámico: «El islam, por sí solo, es feminista. El hombre está obligado a mantener a la mujer, y ella se ve así liberada para poder cuidar a los niños». ¡Ah! Ya lo hemos entendido.

Fuera de ese tipo de delirios, se escucharon las argumentaciones tradicionales de la izquierda aderezadas con toques islamistas. Por ejemplo, aquella según la cual los culpables son quienes prohíben el velo o quienes invaden Afganistán para liberar a las mujeres. O esa otra que afirma que lo contraproducente es prohibir, como decía Ndeye Andújar respecto a la ley francesa sobre el velo: «Ahora que se ha aprobado, se usa más el velo, ya que ilegalizar su uso llevó a un enfrentamiento político». No recuerdo si le preguntaron en torno a la ablación del clítoris y el posible efecto contraproducente de su prohibición. O por los matrimonios con-

certados. O por la regla de la virginidad antes del matrimonio. O por todas las demás normas sexuales que las mujeres, pero no los hombres musulmanes, deben cumplir, puesto que son ellas las fuentes del pecado y ellos los sujetos activos sexualmente. En el terreno de las argumentaciones más sofisticadas, se aludió a la justificación estrella en los países occidentales: la identidad. Lo expresó la paquistaní Raheel Raza: «Para muchas islámicas que viven en Europa, la *hiyab* es un signo de identidad».

Estas y otras mujeres para las que el velo es un signo de identidad pasan normalmente de puntillas sobre todos los países como, por ejemplo, Irán, donde el uso del velo es obligatorio y la libertad de no llevarlo acarrea sanciones y hasta la detención por parte de la policía que vigila por las calles que todas las mujeres lo porten. No solo que las mujeres lo vistan, sino que se lo coloquen de forma que no deje entrever un solo cabello. En primavera de 2007, el presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, volvía a recordarlo a las mujeres: ustedes serán detenidas si no portan el velo de forma adecuada, cubriendo completamente la cabeza.

Pero los intelectuales de la izquierda occidental no quieren enterarse. Como Timothy Garton Ash, que escribía que «en un país libre la gente debe poder llevar lo que le parezca, del mismo modo que debe poder decir lo que le parezca, siempre que no ponga en peligro la vida o la libertad de las personas» (*El País*, 15-X-2006). Son posiciones que me recuerdan a las que muchos de estos mismos pensadores mantienen sobre los votantes de ETA. En un país libre, argumentan habitualmente, los ciudadanos tienen que tener la oportunidad de votar a cualquier opción, no se les puede restringir la expresión de su voluntad.

Olvidan siempre que: *a*) el país, en este caso, una buena parte de los países musulmanes, no es libre; y *b*) que el velo simboliza discriminación. O que no todos los valores pueden ser libres. Que la defensa del nazismo no es una libre opción, y que la defensa de

la discriminación de la mujer, tampoco. Quienes desde Occidente justifican el velo como una expresión de identidad prefieren obviar completamente todos los contenidos del Corán referentes al papel de la mujer y, sobre todo, a su obligación de no constituir una tentación para los hombres, y las múltiples interpretaciones que desde dentro del islam se han hecho en este sentido y que son las que por el momento rigen y dominan en los países musulmanes. Ninguna de ellas tiene nada que ver con la libertad de elección de las mujeres, sino con la obligación, en algunos casos, legal, y en otros, moral y social, de cubrirse por su condición de portadoras de posible pecado y vergüenza para sus familias. Si queremos interpretar el velo como signo de identidad, ello es inseparable de la identidad específica que le atribuye el islam, la identidad de las mujeres que deben obediencia a los hombres y a sus familias y están obligadas a cumplir las restricciones sexuales dispuestas para ellas pero no para ellos.

En su magnífico libro de selección y análisis de textos del integrismo islámico, Antonio Elorza presenta, entre otros muchos, el pensamiento y los escritos de Hasan al-Turabi, de quien señala que es el gran artífice de una labor de infiltración en las instituciones con el objeto de impulsar su conversión en un régimen islamista. Elorza selecciona, por ejemplo, una entrevista que hacían a este líder en 1997. Le preguntaban si el velo puede ser impuesto por la ley en un Estado islámico. Respondía: «Su imposición no depende forzosamente de la responsabilidad del poder. Esta obligación afecta al nivel moral, y la sociedad sancionará a la mujer que no lleve el velo». También le inquirían sobre el derecho del esposo a imponer el velo a su compañera. Al-Turabi se mostraba no menos «dialogante»: «Imponérselo por la fuerza, no. Pero si no consigue convencerla, le queda la posibilidad de divorciarse. No debería forzarla físicamente, ya que el Profeta nos

ha prohibido golpear a las mujeres o usar la violencia contra ellas[7]».

Se dirá que las anteriores reflexiones corresponden a un integrista y que caben otras interpretaciones del islam. Ciertamente, el problema es que la interpretación que hacen la mayor parte de los musulmanes está más cercana a las palabras anteriores que a la supuesta libertad de elección de la mujer o a la consideración del velo como una seña de identidad. La ONU realizó en 2005 el *Informe de desarrollo de la mujer árabe*. Llevó a cabo una encuesta sobre las mujeres árabes en Marruecos, Egipto, Líbano y Jordania. A la pregunta de si la mujer debería usar el velo, nada menos que un 36 por 100 contestó que está obligada y un 50 por 100 también abogó por el sí, «si está de acuerdo». Solo un 12 por 100 respondió que no debería usarlo. Pero la encuesta incluía otras opiniones no menos interesantes respecto a la consideración de las mujeres en los países musulmanes. Por ejemplo, nada menos que un 46 por 100 pensaba que la mujer no tiene derecho a viajar de forma independiente; otro 44 por 100, que la mujer no tiene derecho a ser primer ministro, y otro 31 por 100 también consideraba que la mujer no tiene derecho a pedir el divorcio.

Como se ve, nos encontramos ante una seña de identidad muy particular desde los parámetros liberales y democráticos que aplicamos en los países occidentales, democráticos y modernizados. La seña de identidad en cuestión no se entiende sin los demás elementos de los que va acompañada. Los resumía hace no mucho tiempo en una entrevista de la revista *Yo Dona* la abogada iraní Shirin Ebadi, premio Nobel de la Paz en 2003. La entrevista se celebraba en Irán y esta abogada, que antes de la revolución de los ayatolás usaba minifalda, ahora se cubría con un velo, obligatorio en su país. Resumía de esta forma la situación de la mujer en Irán: «La vida de una mujer vale la mitad que la de un hombre; en caso, por ejemplo, de que se produzca un accidente y haya

que pagar indemnizaciones; ante los tribunales, al testimonio de un varón se le concede el mismo peso que al de dos mujeres; la poligamia sigue siendo legal; el divorcio para los hombres sigue siendo muy sencillo, mientras que para las mujeres, es casi imposible; la edad para la responsabilidad penal es de nueve años para las niñas y de quince para ellos. En caso de divorcio, la custodia de los hijos era para el padre, aunque ahora por lo menos hemos conseguido que la madre pueda conservarla... En fin, todo sigue siendo mucho más difícil para nosotras».

En los países occidentales, donde las leyes son igualitarias para hombres y mujeres, muchas familias musulmanas siguen la sugerencia de Al-Turabi: se encargan de que la sociedad, es decir, la familia y la comunidad musulmana, ejerzan la presión o, en bastantes casos, la violencia necesaria para que las «señas de identidad cultural» se cumplan a rajatabla. Por eso, por ejemplo, la abogada de origen turco que vive en Alemania, Seyran Ates, tuvo que dejar en 2006 su trabajo como la única abogada especializada en la defensa de mujeres musulmanas maltratadas en aquel país por amenazas contra ella y su familia. Lo hizo con estas terribles palabras: «Ni las leyes ni la sociedad alemana me protegen. Es imposible en estos momentos hacer en Alemania el trabajo que he hecho hasta ahora, porque nada ni nadie me protege». También en Alemania, la diputada de los Verdes Ekin Deligöz, de origen turco, pidió en octubre de 2006 a las mujeres musulmanas que se quitaran el velo al llegar allí, y hoy vive protegida por guardaespaldas a causa de las innumerables amenazas de muerte que ha recibido.

En agosto de 2006, Hina Salem, una joven de origen paquistaní que vivía en Italia con sus padres, fue asesinada por su progenitor y enterrada en el jardín de su casa. «La maté porque vivía con un italiano, era una puta y no me obedecía», declaró el padre cuando fue detenido. Hina Salem trabajaba en una pizzería, convivía

con un italiano, fumaba, lucía un tatuaje y se negaba a casarse en Pakistán con uno de sus primos, como había decidido la familia.

Los crímenes de honor no solo se producen en los países musulmanes; también en Europa. Por ejemplo, se calcula que en Turquía se cometen unos doscientos cada año, pero también que en Alemania han muerto unas cincuenta mujeres en los últimos diez años, la mayoría de origen turco. La ministra de Integración e Igualdad del Gobierno conservador sueco, Nyamko Sabuni, una refugiada procedente de Burundi, ha calculado que al menos cien mil mujeres en Suecia están sometidas a prácticas relacionadas con el honor. Antes de asumir el cargo, propuso prohibir el velo a las menores de quince años, hacer chequeos ginecológicos a las jóvenes y perseguir los matrimonios forzosos. Esta ministra denunciaba en la revista *Yo Dona* el silencio de los europeos ante todas estas situaciones: «Los suecos se callan ante todo lo que les es ajeno. Tienen miedo al conflicto y les cuesta iniciar una discusión para aprender. Solo lo hacen cuando ya tienen la imagen completa de la situación. Nos callamos ante los casos de las niñas obligadas a llevar el velo, escudándonos en el hecho de que somos tan liberales que los padres pueden decidir lo que sea; nos callamos ante los matrimonios forzosos, en los que los niños y niñas se casan con quien les mandan; nos callamos ante las bodas arregladas para conseguir la ciudadanía, y ante las chicas que van al médico para certificar su virginidad».

Creo que la situación es aún peor en las sociedades democráticas. No solo se calla. Además, se justifica, siempre en nombre de la identidad. Algunas decisiones judiciales contrarias a la igualdad son probablemente producto de esas justificaciones. Como la de la juez alemana que en marzo de 2007 negó el divorcio a una mujer musulmana y justificó que su marido la maltratara y amenazara de muerte porque ambos «proceden del ámbito cultural

marroquí, donde no es inhabitual que los hombres hagan uso del derecho de aplicar correctivos a la mujer».

¡Ah! Los estragos de la identidad cultural. Y luego dicen los islamistas «moderados», como Tariq Ramadan, que «a los *neocons* no les interesa la verdad; solo quieren dar miedo con el islam». Por supuesto, Ramadan cree que una mujer debe poder decidir si lleva velo o no (*El País*, 19-IV-2007). Que decida libremente sobre su discriminación. Por eso las mujeres libres de los países democráticos y liberales tenemos, en efecto, miedo al islam, miedo a su discriminación de las mujeres y miedo a la justificación de la discriminación realizada desde algunos medios progresistas occidentales. Tantos años de luchas feministas... para volver al pasado, vía identidad cultural.

2
Mujeres de..., hijas de... y musas. Las tentaciones de la dependencia

Ella es mía

Lo nuevo en la historia son las tentaciones de dependencia de las mujeres independientes. Pero persiste lo viejo, sobre todo los casos de las mujeres que aún no han conseguido ser independientes. El debate occidental nada tiene que ver, por ejemplo, con la realidad africana. Es pertinente recordarlo antes de abordar los nuevos problemas de la independencia.

Según Unicef, casi la mitad de las mujeres africanas, un 43 por 100, necesita el permiso de su marido para ir al médico. En países como Nigeria, Malí o Burkina Faso, cerca del 75 por 100 de las mujeres encuestadas asegura que depende de la decisión de su marido en casi todo lo relativo a su propia salud. Esta dependencia del permiso masculino se extiende a todo tipo de actividades femeninas, como viajar o, simplemente, salir de casa. La dependencia no es una opción. Es una imposición. Sobre todo, cultural, y también económica. La misma organización recuerda que los ingresos de las mujeres son notablemente inferiores respecto a los de los hombres en todo el planeta. En Oriente Medio y África septentrional representan únicamente un 28 por 100 respecto de los ingresos de los hombres; en Asia meridional, un 39 por 100; y en América Latina y el Caribe, un 40 por 100.

La dependencia se convierte en una buena parte de estos casos en propiedad. No hace tanto tiempo aún, hasta la década de 1940, las leyes permitían en España que los maridos asesinaran a sus mujeres si las encontraban con otro hombre. Pero ahora los valores culturales de muchas zonas del mundo siguen permitiendo o incitando al asesinato de mujeres por múltiples motivos. Religiosos, en buena parte. En mayo de 2007 conocimos, a través de imágenes difundidas por Internet y grabadas con un teléfono móvil, la lapidación de una chica de diecisiete años al norte de Iraq. Se llamaba Doaa Aswad Dikhil, pertenecía a la secta yazidí, una antigua minoría religiosa kurda. Se había enamorado de un musulmán y decidió convertirse para casarse con él. De vuelta a su pueblo, un grupo de ocho o nueve hombres, presuntamente familiares, la apedrearon hasta la muerte.

Al lado de esa terrible historia, la de Nilofar Bakhtiar, ministra de Turismo de Pakistán, parece una anécdota, hasta una historia de humor. Si no fuera porque el fundamentalismo islámico es crecientemente fuerte en Pakistán y un abrazo puede provocar tu asesinato. Y es que algunos líderes religiosos de ese país consideraron que el abrazo que la ministra había dado a su instructor de paracaidismo después de hacer un salto por una causa benéfica era un grave pecado. Dictaron una *fatwa* contra la ministra. El Gobierno del general Musharraf salió en su defensa, pero no me caben dudas de que, desde entonces, la ministra ha tenido que extremar sus medidas de seguridad. Mientras, mujeres pertenecientes a partidos islámicos se manifestaron en la calle contra Nilofar Bakhtiar por haber «puesto en desgracia los valores musulmanes y sus tradiciones». Ellas, algunas de ellas, también piensan que la mujer es propiedad de ellos. O de Alá.

Me referiré a la violencia de género, la gran tragedia del *Ella es mía* en los países más avanzados, en un capítulo posterior. Pero, al margen de esa cuestión, la más grave, viejos vestigios del *Ella es*

mía persisten en la cultura de los países más desarrollados. En otoño de 2006, por ejemplo, dos diputados laboristas británicos fueron sancionados por su partido por tener la peregrina idea de producir un vídeo imitando al líder conservador David Cameron en el que el imitador invitaba a acostarse con su mujer.

Lo más llamativo es que los dos diputados no tuvieron que dimitir. El Partido Laborista se limitó a sancionarlos. Seguramente, porque la concepción de la mujer expresada por estos dos diputados les parece muy divertida a muchos ciudadanos. El origen del vídeo era la propia web de David Cameron, en la que este político intenta ganar la simpatía de los votantes con vídeos caseros. En el vídeo de imitación, colgado en YouTube, el diputado laborista Sion Simon comenzaba de la siguiente guisa la imitación de Cameron: «Mi nombre es Dave, *yeah*? La cosa es que soy justamente como tú. Tengo las mismas preocupaciones, los mismos problemas. ¿Quieres dormir con mi mujer? Eso es algo *cool*. Simplemente, vente por aquí y lo intentamos arreglar».

Los ejemplos son infinitos. Quizá, podríamos encontrar treinta o cuarenta en los medios de comunicación de cada día. En un solo país, quiero decir. Multiplíquese la cantidad por el número de países más desarrollados y concluiremos que sí, que los vestigios culturales del pasado aún se cuelan por todas partes.

Quiero ser musa

Además de los vestigios culturales de los viejos sentimientos de propiedad masculinos, hay otra realidad sociológica mucho más fuerte e interesante por su novedad, que es la de la primera experiencia histórica de la educación para la independencia de la inmensa mayoría de las mujeres. De las mujeres y de toda la sociedad. Los valores dominantes indican ahora que ellas ya no dependen de ellos, que deben desarrollar su independencia en todos los campos, que la relación entre sexos está presidida por la más absoluta igualdad. Que ellas están destinadas a sobrevivir

profesional, económica y vitalmente. Por sí mismas. Que sus aspiraciones deben ser las mismas que las de los hombres. Que juegan con las mismas reglas. Que el poder, en la familia, en la vida profesional o en la sociedad, está ahí para que se haga con él cualquiera, hombre o mujer.

Muy atractivo, en teoría. Porque, una vez abierta esa nueva sociedad de las oportunidades femeninas, nos hemos encontrado con el hecho de que algunas mujeres, bastantes, no tienen ninguna prisa en hacerse con ellas. Que prefieren el modelo clásico. Que ellos persigan las oportunidades, que ellas les acompañarán. Es más cómodo. Hay que limitarse a estar, no a hacer.

Ellas quieren ser musas, como en los viejos tiempos, cuando ellos creaban y ellas ponían la cara, sobre todo si la cara era bonita. A algunas esto les parece un chollo, quizá por la sencilla razón de que es realmente más cómodo y práctico que se inspiren los demás y no tener que hacerlo tú misma. Tener una idea siempre es complicado. Tumbarte en el sofá mientras él la alumbra parece más sencillo.

La vocación de musa es comprensible. Es la elección entre la mesa de trabajo y el sofá. Hasta yo misma, que no aguanto ni quince minutos quieta en un sofá, francamente, también tengo tentaciones de pensármelo. Para una nueva vida, al menos. En esa, él escribirá este libro y yo ejerceré de musa desde el sofá. Quien a estas alturas sonría con condescendencia, incluso críticamente, ante lo que considere escasas posibilidades de esa mi segunda vida, debería pensárselo dos veces. Porque lo cierto es que hoy, primera década del siglo XXI, una de las figuras más retrógradas de la cultura universal aún goza de excelente salud, lo que hace pensar que quizá me espere hasta mi reencarnación dentro de unas décadas.

Junto al de concubina, el concepto de musa, tal como se aplica en el español común, y no en el sentido explicado por el *Diccio-*

nario de la Real Academia Española, es seguramente el concepto más machista que circula por la vida diaria de nuestras palabras y de nuestras ideas. Se aplica a aquellas mujeres que inspiran la creación de los hombres. ¿Cómo? Pues he ahí el segundo problema de la palabreja, que la inspiración se produce habitualmente por medio de los encantos físicos de la fémina, no por su sugerente conversación intelectual sobre la obra del artista.

Como esto aún les parece muy estimulante a los liberados e igualitarios hombres, y mujeres, de los países desarrollados, muchos insisten en la fascinación por la figura. Por ejemplo, con una reciente película llamada *Factory Girl*, basada en una gloriosa vida que ya hizo merecedora a su protagonista de una biografía antes de esta película. La gloriosa vida de una musa. Se llamaba Edie Sedgwick y brilló en la década de 1960 en Nueva York. ¿Su aportación a la historia? Acabo de contarlo: fue nada más y nada menos que una musa. Marta Rivera de la Cruz resumió de la siguiente manera los méritos de Edie Sedgwick en el artículo que le dedicó en *EPS* (*El País Semanal*): «Fue bandera del movimiento *underground*, portada de *Life*, actriz, modelo y musa de artistas». Si el lector tiene la paciencia de seguir leyendo el artículo de esta periodista, descubrirá que los méritos de Sedgwick consistieron en fascinar a Andy Warhol y en enamorar a Bob Dylan, o quizá algo menos profundo que enamorar, pero lo suficiente para que Dylan le dedicara una canción. La musa inspiró la siguiente impresionante frase de dicha canción: «Hace el amor como una mujer, pero se rompe como una niña».

Ambos logros, la fascinación de Warhol y el interés de Dylan, se produjeron, a la vista de los datos de la biografía de Sedgwick, por sus méritos físicos, dado que no es posible encontrar algún rasgo significativo más en esa biografía que su belleza. A no ser que consideremos méritos su falta de calidad como actriz, que ni su condición de musa pudo ocultar, o el haber sido hija de una ri-

ca familia cuyo dinero rápidamente dilapidó en juergas en Nueva York, o, sobre todo, su principal aportación, el consumo desenfrenado de drogas; eso sí, siempre con un aspecto muy chic, embutida en la ropa más cara de Nueva York y con el fondo decorativo de la *Factory* de Andy Warhol.

Murió de una sobredosis en 1971, a los veintiocho años. Así acabó la vida de una musa que ingresó unos años antes en el olimpo de los dioses a través de un sistema ciertamente muy tradicional en lo que a relación de géneros se refiere. En una de sus juergas nocturnas, su única ocupación conocida, fue descubierta por Andy Warhol, que cayó rendido a sus pies. No porque estuviera recitando su última creación poética, o cantando con una maravillosa voz, o tocando una pieza al piano, o haciendo un fascinante análisis de la situación bursátil. No, Sedgwick bailaba subida a una plataforma. Los biógrafos no especifican el número de copas que tenía en ese momento en su cuerpo. Da lo mismo. Inspiró a Warhol.

A la vista del caso, se me ocurre sugerir que algunas inspiraciones artísticas deberían ser ocultadas para preservar la supuesta grandeza y singularidad del artista. Pero no nos engañemos. La opinión que acabo de expresar es minoritaria. Las musas siguen estando de moda. Incomprensible, en el siglo de la igualdad, pero cierto. Es verdad que lo siguen estando como objeto publicitario más que como realidad. De hecho, pocos creadores osan hablar hoy día de sus musas. Incluso ellos se sentirían ridículos. Pero a quienes glosan sus creaciones aún no les parece ridículo. Insisten con las musas ante el asombro de las mujeres que nos habíamos llegado a creer que el siglo XIX era historia.

Una de las más gloriosas aportaciones a la supervivencia de las musas la hacía también *EPS* (*El País Semanal*) a finales de enero de 2007, con motivo de la entrega de los premios Goya. La portada era impresionante. Bajo el título «Parejas de hecho. Siete di-

rectores de las películas que compiten hoy en los Goya con sus actrices fetiche», el director Bigas Luna, sesentón, ¿quizá setentón?, vestido hasta las orejas, con jersey de cuello alto, sostenía en su regazo a una jovencita con aspecto de ser su nieta, a no ser por el detalle de que la supuesta nieta miraba provocativamente a la cámara, cual estrella de cine porno, ligera de ropa, quizá para compensar el cuello alto de Bigas Luna, y con las piernas bien abiertas. Como es costumbre en estas parejas de creador y musa, el hombre, o sea, el creador, miraba pensativamente a la cámara, en actitud de «tengo una idea, aunque no lo parezca por esta ridícula fotografía, y no paro de pensar aunque tenga que hacerlo en esta pose de viejo verde». Ella, la actriz fetiche, la musa, miraba con la boca ligeramente entreabierta, como también es de rigor en las musas, en actitud de «estoy aquí para provocar los deseos sexuales de los hombres y no para pensar, que eso lo dejo al creador este del cuello alto que me sostiene».

El reportaje consiguiente no tenía desperdicio. Otras seis parejas, todas, por supuesto, con director siempre bien tapado y con la boca cerrada, pues ellos no están para provocar las fantasías sexuales de las lectoras, sino para aportar grandes obras de arte a la humanidad, y de actriz en el papel de objeto de inspiración. Ellas, las musas, preferentemente con boca entreabierta y mucha teta, o, en su defecto, mucha pierna, hombro o similar, excepto, hay que aclarar, en una fotografía, la de Antonio Banderas y Victoria Abril, con estética del siglo XXI.

Menos mal que el mismo número de *El País Semanal* incluía un artículo de la presidenta de la Academia del Cine, Ángeles González-Sinde, que nos volvía a poner en las ideas del siglo XXI, no solo en la estética. En primer lugar, porque ella es directora, y, además, porque hablaba de musos. En el escaso siglo XXI que asoma en este tipo de reportajes aparecen por fin los musos, o los azafatos, o los putos. Lo que ocurre es que cuando las mujeres

nos ponemos a valorarlos, me temo que a veces reproducimos las viejas represiones. González-Sinde contaba que su muso, el actor que siempre le inspiró, fue Pepe Isbert. Coincido con su elección; en cuanto a actores, quiero decir. Es mi actor preferido del cine español. Pero no estoy segura de que me tranquilice la explicación posterior de esta directora sobre las elecciones de actores por parte de ellas, las directoras: «Observo que los actores que las directoras eligen para representar al hombre estupendo de la *peli* están más cerca del hombre de verdad, del español medio, que las actrices elegidas por sus colegas directores para interpretar a la fémina de la *peli*. El físico condiciona más a las actrices que a los actores. Los galanes de las *pelis* españolas pueden ser estrechos de pecho, calvos y barrigudos. Incluso mayores. Las mujeres, no, por favor. Las directoras intentan equilibrar eso haciendo a todo el mundo más normalito», (*El País Semanal*, 28-1-2007).

Al margen del problema del escaso «nivel físico» de los actores españoles, creo que los problemas son más bien otros. En el fondo, las directoras hacen el juego a la idea masculina de que los objetos sexuales son ellas, no ellos, o que no importa demasiado que ellos no sean suficientemente atractivos. Y las directoras sienten, además, cierto recato ante la posibilidad de hacer de *viejas verdes*, o fotografiarse con el bellezón veinteañero en las rodillas, como lo hacen ellos para promocionar sus películas. Ellas, las que han llegado al otro lado de la barrera, las que son creadoras y no musas, aún actúan como si tuvieran que pedir permiso para crear o para convertir a la musa en muso. Para hacer de sujetos deseantes en el juego del erotismo, para invertir la tradicional relación de géneros. Y para hablar de un muso en su sentido clásico, es decir, sexual, y no de Pepe Isbert, que era un magnífico actor, pero no un muso, de esos a los que la directora sentaría en sus rodillas.

Ellos no tienen ningún problema en hacer de viejos verdes con sus musas. Hasta Woody Allen, un director cuyo extraordinario talento parecería suficiente para evitar esa clase de papelones, protagonizó otro glorioso reportaje, esta vez de *XL Semanal*. Bajo el título «Woody y sus musas. El mago de Manhattan confiesa sus dos pasiones: Scarlett Johansson y Penélope Cruz»; otra portada muy semejante a la comentada más arriba mostraba a un setentón, Allen, sin jersey de cuello alto, pero cubierto hasta las orejas, en actitud pensativa y trascendente, con una Scarlett Johansson vestida, mejor dicho, ligeramente vestida, de chica *pin-up*. Y con la boca abierta, por supuesto, como corresponde a las musas. En el reportaje interior, firmado por Brian Appleyard, no había ni una sola frase de Allen referida a ninguna de las dos actrices. Otra fotografía aún más ridícula que la de la portada, con Johansson tumbada delante del creador y un Allen que parecía pensar lo mismo que en una de sus películas anteriores, *Match Point*. Que se resigna a las supuestas reglas del mercado y sacrifica la vocación intelectual y sofisticada de sus películas clásicas por chicas *pin-up* que resultan grotescamente ridículas al lado del anciano director.

No les importa, por supuesto. Ellas quieren ser musas. Es un negocio muy gratificante y sencillo. Basta con ser bella y llevarse bien con las cámaras. Del resto se ocupa él, el creador. Hay mujeres que prefieren seguir de musas, sentándose en los regazos de los setentones, fungiendo de adorno más o menos vistoso y colorista de las ideas de los demás, de los hombres. Es otra de las caras de la revolución igualitaria del siglo XXI.

En la primavera de 2007, varias mujeres profesionales del cine español, directoras, productoras, críticas, organizadoras de festivales, investigadoras de cine, crearon la asociación Cineastas y Medios Audiovisuales (CIMA) con el objetivo de promover la igualdad en el cine, de impulsar la participación de más mujeres.

La presidenta de la asociación, Inés Paris, codirectora *de A mi madre le gustan las mujeres*, afirmaba que «nos preocupa que las imágenes tienen que ver con quien las crea, y aquí son solo los hombres. Estamos apartadas de construir y contar la realidad». Y también que «el problema fundamental es que no se tiene acceso a los puestos de responsabilidad. En los rodajes hay muchas mujeres cortando el tráfico o en otras labores, pero no dialogando con el director o jugándose el tipo económicamente».

El problema de las profesionales de esta asociación es que no se preguntan por las razones profundas de esa desigualdad, aunque las tengan al alcance de la mano. Basta con que preguntaran a los chicos y chicas que aspiran a dedicarse al cine y calcularan después el porcentaje de ellos y de ellas que sueña con ser director, o guionista, o productor, o con ser actor. O musa y muso. Esta misma asociación ha constatado que, de las 134 películas estrenadas en España en 2006, tan solo siete fueron dirigidas por mujeres, y otras cuatro, documentales, codirigidas. Tan solo cuatro de las 41 Óperas prima estaban firmadas por mujeres y solo un 15 por 100 de los guionistas o de los productores eran mujeres.

Los tristes porcentajes femeninos anteriores son, en realidad, algo mejores que los del conjunto del cine mundial. Véase, por ejemplo, la fotografía que todos los periódicos del planeta publicaron con motivo del 60.º Festival de Cannes. La fotografía de treinta y dos directores que habían participado en la obra colectiva *Chacun son cinéma*, previamente encargada por el director del Festival de Cannes desde hace muchos años, Gilles Jacob. Resumen de la fotografía: treinta y un hombres y una mujer. Ese es el mundo del cine, no nos engañemos, aún más que otros ámbitos profesionales, quizá porque, a diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de esos otros ámbitos profesionales, el cine ofrece a la mujer bastantes más opciones de convertirse en musa. Y esa es

una opción ampliamente elegida por el género femenino, si las circunstancias, es decir, el aspecto físico, lo permiten.

Es posible que el director Jacob hiciera una selección influida en exceso por el punto de vista masculino y descuidara en su selección a las directoras. Pero no es preciso ser especialista en cine para constatar que eso, si existió, pudo afectar a un pequeñísimo porcentaje de la selección, pues el cine mundial, en lo que a creadores, directores, productores y guionistas se refiere, se parece mucho más a esa fotografía que a la que nos gustaría que fuera. Ellas salen en la fotografía de las musas. En este caso, el de los festivales de cine, luciendo el consabido modelito a la entrada del evento o colgándose feliz del cuello del creador mientras sonríen en la presentación de la película.

El cine no es la realidad, dicen, pero refleja todos los sueños de la gente de la realidad. Según la filósofa Anna Mercadé, autora del libro *Dirigir en femenino*[8], cada vez hay más chicas jóvenes que no quieren trabajar, que no quieren saber nada de la independencia económica y que lo que quieren es buscar un marido que las mantenga. Piensa que hay una involución, que vamos hacia atrás. No creo que el proceso sea tan dramático, sin embargo. Las cifras globales no lo indican. Muestran que, en términos generales, las mujeres jóvenes del siglo XXI son completamente diferentes a las de hace un siglo. Entre otras cosas, porque ahora la mayoría quiere ser independiente. La dependencia es una tentación del pasado, un miedo a la evolución, a la libertad, a la responsabilidad, aquella que existe fuera del hogar, un vestigio del pasado y no una tendencia de futuro.

No sin mi marido... o sin mi novio

Coleen McCullough tenía diecinueve años en 2007, cuando publicó su segundo libro. ¿Una escritora precoz? ¿Una niña prodigio? ¿Una novelista deslumbrante, capaz de fascinar a los editores a pesar de su corta edad? Pues no, nada de eso. En realidad, ni

siquiera podemos estar seguros de que los dos libros hayan sido redactados por la propia Coleen, entre otras cosas, porque tampoco tenemos constancia de que la chica aprobara la asignatura de redacción en sus años escolares. De lo que sí tenemos constancia es de que su nombre figura como autora en la portada de dos libros que han adornado las librerías británicas.

También tenemos constancia de su contenido. El primero es una autobiografía, publicada hace dos años, cuando Coleen contaba diecisiete, lo que indica que, sepa o no redactar, esta joven ha sido protagonista de relevantes hechos históricos en su niñez o en su adolescencia que la sociedad británica, incluso la mundial, debería conocer. O así lo han pensado al menos sus editores, quienes han considerado que ser la novia del futbolista Wayne Rooney es un hecho histórico digno de merecer una autobiografía a tan temprana edad.

Y no se equivocaron, al parecer, al menos desde el punto de vista comercial, puesto que Coleen McCullough ha publicado un segundo libro, *Coleen: Bienvenidos a mi mundo*, en el que la autora, consagrada ya como líder de opinión en Gran Bretaña, trata cuatro temas: las compras, la ropa, el maquillaje y la dieta. Contaba John Carlin en *El País* que Coleen se había referido con una admirable falta de ironía a su *carrera*, con reflexiones como las siguientes: «puede ir aún en todo tipo de direcciones», o «lo fundamental es construir sobre lo que he logrado», (*El País*, 25-III-2007).

En realidad, corregiría el escepticismo y la ironía de Carlin y diría que Coleen ha hecho todo un *carrerón*, más que una *carrera*. Vendiendo su imagen a cuenta de la popularidad de la pareja y logrando una de las más perfectas fórmulas para vivir del cuento. Sin necesidad de hacer ilegalidades. Simplemente, echando mano del más antiguo de los métodos femeninos para la promo-

ción social, pero con una adaptación a las formas modernas de desempeño y comunicación.

Susan Kuronen no ha llegado tan lejos como Coleen. Lo suyo se ha quedado en una *carrera* muy incipiente que tan solo le ha reportado unos cuantos miles de euros sin posibilidades de ampliación de negocio. También con el método tradicional, con el problema, respecto a Coleen, que ser novia de... le ha durado pocos meses, por lo que el fruto conseguido ha sido un simple libro, sin oferta, al parecer, de publicar un segundo sobre las compras, el maquillaje o la dieta o de «construir sobre lo logrado», como Coleen.

El mérito de Susan, el logro que los editores pensaron hacía de ella otra apuesta editorial de éxito, igual que Coleen, es que ha sido novia del primer ministro de Finlandia, Matti Vanhanen. El noviazgo duró nueve meses, los suficientes para rellenar un libro con revelaciones tan interesantes para la humanidad, al menos para la humanidad finlandesa, como aquella de que el primer ministro le decía que sus besos sabían mejor que una patata asada. Bien es cierto que no todos los finlandeses han recibido con los brazos abiertos el libro. De hecho, incluso ha habido libreros que se han negado a venderlo. Pero no los suficientes para impedir que Susan haya hecho un buen negocio de su noviazgo y haya merecido el interés de todos los medios de comunicación.

Kim L. Duhaney tampoco ha logrado hacer una *carrera*, pero sí unos cuantos miles de euros —en concreto, dólares—, porque, al igual que a Susan, el novio famoso le duró solamente unos meses. Famoso y presunto delincuente. Minucias, debió de pensar Kim, que publicó otro libro a cuenta del novio, el rapero R. Kelly, que afronta un proceso judicial en Estados Unidos por su ya antigua costumbre de mantener orgías sexuales con menores de edad. A los compradores de sus discos, la pederastia del ídolo no les importa demasiado. Siguen escuchándole y, de paso, haciéndole un

poco más rico todavía. Y a algunas de sus novias, tampoco. Al parecer, ni siquiera a las menores o a sus familias. A cambio de jugosas compensaciones económicas, unas cuantas de esas familias, o las mismas jovencitas, renunciaron a declarar contra Kelly.

Dado que el rap me parece que es a la música lo que las manchas del suelo dejadas por un descuidado pintor de brocha gorda a la pintura, jamás he escuchado la música del presunto pedófilo. Pero encuentro un detallado reportaje en una revista española que, además, huele a publicidad de los discos del rapero. Justamente, curiosa coincidencia, los días que conocemos en España múltiples detalles de los casos de abusos sexuales de algunos curas en Estados Unidos. La lógica indignación ha recorrido las páginas de los medios de comunicación. Leo en un medio el testimonio de una de las víctimas que, a los quince años, fue forzada a abortar por curas que protegían a los delincuentes. El horror recorre las páginas de ese mismo medio. El horror recorre España. Unos días después, una revista del mismo grupo que contaba el testimonio de esa víctima relata la historia de Kelly con benévola distancia. También incluye el dato de otra jovencita forzada a abortar. Pero ahora la cosa no es obra, parece, de malévolos curas, sino, simplemente, de un rapero un poco impresentable. No del todo impresentable, puesto que el medio no deja de hacer publicidad de su último disco.

La exnovia, Kim, se muestra igual de relativista con el historial del rapero. Ella no va a vender discos, pero sí va a vender libros. Todos salen ganando: el rapero, que continúa vendiendo discos, mientras seduce, o compra, niñas los ratos libres; las exnovias, que venden libros contando las aventuras sexuales del anterior; las casas de discos, que piensan que la pederastia es mala, siempre, claro está, que el delincuente no sea un cantante de éxito, y hasta las familias de las jovencitas usadas por Kelly, que se llevan un buen pellizco por los servicios sexuales de sus hijas.

Las historias de Coleen y Susan son vulgares, hasta cierto punto ridículas, pero en absoluto aisladas. Todo lo contrario. Ni siquiera lo es la de Kim. Es nauseabunda, pero cada vez más habitual, pues el sexo con delincuencia es aún más rentable, editorialmente hablando. Si dejamos el ingrediente pederasta a un lado —ese es asunto para otro libro y para otras reflexiones—, lo que resulta impresionante del relato anterior y de otros muchos parecidos es el elevadísimo número de mujeres que ha renunciado, como las anteriores, a hacer una carrera propia y ha decidido vivir de la de él en los tiempos de la igualdad. Admitamos que hay en estas *carreras* algunos elementos de la pervivencia de los patrones tradicionales del comportamiento de hombres y mujeres en las parejas. En otras palabras, que ellas eligen esta vía porque ellos les empujan, les piden, les presionan, para hacerlo. O, simplemente, se enamoran de ellas porque son ese tipo de mujeres, tradicionales y poco independientes, propensas a hacer carreras basadas en las parejas, a depender de esas parejas, a reproducir el papel de la acompañante tradicional, sin tentaciones de tener una vida propia.

Coleen, Susan o Kim no son únicamente un invento de sí mismas. También lo son de sus parejas. Si una buena parte de las mujeres de los futbolistas de la selección nacional de fútbol británica han protagonizado, por ejemplo, un *reality show*, basado en sus habilidades para comprar ropa, puesto que todas ellas son muy hábiles en la actividad denominada «ir de tiendas», es porque a ellos les gustan así. Y, a día de hoy, aún siguen, en casi todos los casos, felizmente casados o comprometidos con esas chicas especializadas en «ir de tiendas».

A ellos les gustan así. Las historias de los medios de comunicación se diferencian de las historias de la vida cotidiana que se producen entre «famosos». Pero la sustancia no varía. La ausencia todavía muy significativa de las mujeres en todo tipo de acti-

vidades profesionales de cierto nivel no se debe solo a circunstancias históricas, es decir, al comienzo de la competición por esos puestos más tarde, sino que también deriva de este problema. De la evitación de la independencia. De la asunción de que es más cómodo vivir del estatus social de la pareja. De la condición de mujer de…

Esa realidad sociológica explica la rentabilidad mediática o editorial de figuras como las destacadas más arriba. No existen entre los hombres héroes mediáticos semejantes a estas mujeres. En ese tipo de papeles, ellos resultan poco atractivos, incluso intolerables para la población masculina. No interesan. Se consideran extravagantes, ridículos, patéticos. Las revistas de ocio especializadas en hombres, sean las de deporte, las de moda o las de motor, no ensalzan ese tipo de figuras. Cuando existen en la vida real —y comienzan a existir—, son juzgados como personajes que nadie quiere imitar. Entre los hombres, quiero decir.

Ocurre todo lo contrario en el universo femenino. Ellas, las mujeres de…, siguen siendo unas heroínas. Pueblan las revistas del corazón, los programas de televisión y las revistas de moda. Son la imagen de multitud de marcas de moda y productos de belleza. El apellido, la popularidad o el estatus adquirido en el matrimonio es su valor. Isabel Preysler es, en España, el sueño de las mujeres, la reina de las revistas del corazón. ¿Mérito? Tres golpes de popularidad conseguidos a través del matrimonio; no uno, sino tres matrimonios. O Victoria Beckham, otra reina de las revistas femeninas. No porque grabara un disco hace unos años —ni siquiera consta que fuera ella misma la que cantara—, sino por su matrimonio con el futbolista. El apellido del marido ha convertido a esta mujer en un objeto perseguido por publicaciones o productos de todo tipo. Es una mujer de… Su currículum matrimonial es rentable, enormemente rentable.

No son figuras irreales de los medios de comunicación. Representan la plasmación de las ansias y sueños de millones de mujeres. Si no fuera así, las heroínas de las revistas femeninas habrían cambiado. Pero no lo han hecho. Las mujeres de... siguen constituyendo un filón. Y esta realidad pesa aún bastante más que la que describen las francesas Eliette Abécassis y Caroline Bongrand en su *Manifiesto por una nueva mujer francesa*. Afirman en dicho manifiesto que la mujer es una víctima del feminismo. Que se ha convertido en su propio verdugo. Que los hombres se han acostumbrado a depender financieramente tanto de ellos mismos como de sus parejas, pero que, sin embargo, no colaboran en el hogar. O sea, ellas trabajan fuera y en casa, y ellos, solo fuera.

Esa teoría nos gusta mucho a las mujeres, pero tiene muy poco de verdad. El problema de la promoción de la mujer hacia la igualdad no es ese. O lo es mucho menos que el otro, el de su propia renuncia a la igualdad, el de su refugio en sus obligaciones matrimoniales, maternales o caseras para no competir en las mismas condiciones en el mundo exterior.

Si el mundo denunciado por Abécassis y Bongrand fuera el más relevante, las mujeres europeas aborrecerían la mayor parte de los contenidos de las revistas dirigidas a ellas. Pero no lo hacen. No piensan como mujeres independientes. Piensan como mujeres dependientes. Y sueñan con los modelos de mujeres dependientes.

Si el mundo de Abécassis y Bongrand fuera el más relevante, tampoco habría tenido el más mínimo éxito una página web que se le ocurrió a la americana Tasha Joseph. Una página para que las mujeres se despachen a gusto contra sus exparejas. La página se llama *Chica, no quedes con él*, <www.dontdatehimgirl.com>, y ha incluido miles de perfiles de quienes las mujeres consideran hombres indeseables. Por increíble que parezca, hay hasta cerca de un millón de personas que participan en sus foros. Mujeres

que no son precisamente víctimas del feminismo, sino, por lo que se ve, víctimas de la tradición matrimonial y de la vieja idea de que la «pérdida» del matrimonio es un hecho intolerable para unas mujeres que, en lugar de buscar una nueva pareja o aceptar su soledad e independencia, prefieren dedicarse al lamento de la pérdida del hombre. El epígrafe que preside este apartado, «No sin mi marido…», les encaja perfectamente.

Se trata de una cuestión cultural fuertemente arraigada en algunas sociedades, porque aún existen numerosos países en los que las mujeres pierden su apellido al casarse para tomar el de su marido. Lo más llamativo no es que la costumbre exista, sino que las mujeres emancipadas de los países desarrollados no la hayan suprimido aún. Las mismas mujeres que miran por encima del hombro, en términos de avances igualitarios, quiero decir, a aquellas cubiertas con un pañuelo, o a las dominadas por sus parejas, aún asumen con total naturalidad la pérdida de su propio apellido por el del marido.

Ni siquiera a las elecciones

En la política hay una vertiente del *No sin mi marido*: la del *No sin mi marido… a las elecciones*, que, realmente, se presenta algo confusa. Antes de ahondar en este asunto, clarifiquemos, sin embargo, una cuestión circunstancial pero necesaria para su comprensión. La referida a la distinción entre el *No sin mi marido* y el *No sin mi novio*, puesto que este último no funciona desde el punto de vista político o electoral. Presentarse a un cargo político como novia de… es, de hecho, inconcebible. Probablemente porque un valor esencial de la política y de sus candidatos es la estabilidad, y todo aquello que no sea un matrimonio o una pareja probadamente estable, aunque carezca del vínculo matrimonial, es un producto con muy pocas posibilidades de mercado desde el punto de vista electoral.

Ser novia de... puede ser útil para otras aventuras profesionales. Por ejemplo, la que le supuso a Shaha Ali Riza, funcionaría del Banco Mundial, una subida de 50 000 dólares de su sueldo, de 144 000 dólares netos al año a 194 000. La estupenda promoción se produjo cuando su novio, Paul Wolfowitz, antiguo número dos del Pentágono, llegó a la presidencia del Banco Mundial. Dado que Wolfowitz y su novia no podían trabajar juntos en una institución cuyo código deontológico prohíbe toda relación jerárquica entre cónyuges o compañeros sentimentales, el presidente ordenó una excedencia para ella. Primero, en el Departamento de Estado, y luego, en una ONG, pero en ambos lugares con el nuevo y estupendo sueldo pagado por el Banco Mundial. Aún peor, se supo que la ONG en cuestión, destinada a la democratización de Oriente Medio, no dio ni una sola beca ni concibió proyecto alguno en año y medio, a pesar de contar con una generosa financiación. También se supo que Ali Riza era la única empleada y que su patronato solo se reunió dos veces en ese período. En definitiva, que la novia beneficiada ni siquiera trabajaba. No mucho, al menos.

«O es tonto o no es ético», dijo un funcionario del Banco Mundial del benefactor de Shaha Ali Riza. Lo mismo pensó el resto de miembros del organismo y de las élites políticas de todo el planeta, por lo que Wolfowitz se vio obligado a dimitir, a pesar de haber clamado que todo era una campaña de difamación y que él había actuado «de buena fe». A lo largo de todo el escándalo, los medios de comunicación apenas se fijaron en ella, en su llamativa incompetencia y en su falta de ética comparable a la de su novio, interesante también para esas teorías sostenedoras de la superioridad ética de las mujeres.

Bien es verdad que el ingrediente de género de la historia anterior tiene una importancia limitada. Porque este problema de las promociones o de los nombramientos logrados en virtud de al-

gún tipo de relación personal con los Wolfowitz de turno es más bien habitual. Y en otros muchos casos la relación personal no es de noviazgo. Los parentescos son variados y amplios, y las amistades que no justifican nombramientos por sí mismas, también. Otra cosa es que se hagan con más discreción (llámese opacidad, ocultamiento o engaño) o astucia que en el caso mencionado. Pero su falta de ética es parecida.

El fenómeno de las mujeres de... en política no tiene nada que ver con esos problemas éticos, aunque sí, quizá, con otros y, sobre todo, con algunas interrogantes sobre la igualdad de género en la política. Se han producido en los últimos tiempos algunas carreras electorales de mujeres de... que causan cierta inquietud desde el punto de vista igualitario. Hay tres ejemplos interesantes: los de la carrera hacia la presidencia de su país de Ségolène Royal, Hillary Clinton y Cristina Fernández. En el momento de escribir estas páginas, la elección francesa culminó con la derrota de Royal, Hillary Clinton aún no ha conseguido la nominación demócrata, y Cristina Fernández en Argentina, acaba de ganar las elecciones presidenciales.

Lo que reúne a estas mujeres en este capítulo es que las tres han concurrido de la mano de sus parejas, con el aval político que esas parejas les proporcionaban. Hay muchos matices, cierto, pero el problema que plantea la coincidencia de tres candidatas con parejas políticamente poderosas en estos tiempos de proceso de ascenso de las mujeres a la cima del ejecutivo es que son demasiadas las mujeres de... Como si a ellas también les costara ir a las elecciones... sin su pareja.

Ségolène Royal no está casada con el primer secretario del Partido Socialista francés, es decir, el jefe del aparato socialista, François Hollande, pero ha formado una pareja estable lo suficientemente larga como para funcionar muy bien en la competición política. De hecho, Royal ocultó la separación que ya existía en la

pareja desde algo antes de que ella proclamara su intención de disputar la Presidencia de la República hasta justo veinticuatro horas después de las elecciones legislativas de junio de 2007. Su estabilidad matrimonial le era útil para su carrera política y la utilizó. Como todos los políticos, por otra parte.

Antes, incluso en mayo de 2007, cuando las presidenciales habían acabado, pero no así las legislativas, ella y su compañero interpusieron una querella criminal contra las periodistas de *Le Monde* Raphaëlle Bacqué y Ariane Chemin por la publicación del libro *La femme fatale*, referido a la campaña electoral de Royal y las relaciones tormentosas de la pareja Royal-Hollande. El ataque a la intimidad y al honor que ambos alegaron en su querella habría sido creíble si lo hubieran acompañado de la verdad sobre su separación. En mayo, antes de las elecciones. Y no justo un día después, como, de hecho, ocurrió. A principios de julio de 2007, Royal, la misma que interpuso la querella, ofreció incluso una entrevista a la TFl francesa para hablar de su vida privada, no solo la política, en la que arremetió duramente contra Hollande: «Cuando uno ama y es traicionado, debe retomar las riendas de su vida». Una frase como tantas otras de quien ha sufrido una decepción en el amor. Pero de un llamativo cinismo en una política que hizo toda una campaña electoral presentándose ante los franceses como la pareja de ese mismo hombre.

Cinismos y mentiras aparte, la cuestión es si su pareja también le era útil para esa carrera política o si los maridos son una vía de acceso al poder, lo que de nuevo plantea algunos nubarrones sobre el supuestamente heroico esfuerzo por lograr la igualdad que llevamos a cabo las mujeres de todo el mundo. Algunos dirán que Royal es una profesional de la política desde el mismo año que Hollande y que está en la élite del Partido Socialista tanto como él. Cierto, pero resulta que él es el número uno de esa formación y que ella se ha presentado a la Presidencia en esa situación, sin

que nadie planteara, por ejemplo, el conflicto de intereses. Entre otras cosas, porque, aunque la elección del candidato socialista se hizo internamente a través de unas primarias, nadie puede desconocer lo que el aparato de un partido es capaz de hacer para «orientar» el voto en unas primarias.

Hubo críticas, ciertamente. Pero vinieron sobre todo de los competidores de Royal en las primarias socialistas, de los numerosos enemigos internos que se opusieron a su candidatura. Incluso popularizaron la expresión de la «privatización familiar del partido». Esa crítica fue contrarrestada por la opinión de que, en realidad, Royal había presentado su candidatura con la oposición de Hollande. No solo eso, sino que la decisión de Royal tenía mucho que ver con el enfrentamiento personal que protagonizaba la pareja, con la separación amorosa que había devenido también en una lucha política. Las periodistas Raphaëlle Bacqué y Ariane Chemin documentan sobradamente en su libro ese enfrentamiento[9]. Sin embargo, su interesante crónica de la campaña de Royal también muestra que Hollande, cabeza del PS, actuó como pareja sentimental de Royal y ejerció el papel de parapeto frente a las numerosas e intensas críticas que cuestionaron su candidatura en el Partido Socialista. Tanto es así que me cuesta imaginar que Royal, tan impopular entre las élites socialistas, hubiera llegado tan lejos sin contar con la protección de Hollande.

Pero la corrección política funcionó de una curiosa manera. Nadie se atrevió a criticar este «noviazgo» y los posibles favores obtenidos por la novia porque la candidata era mujer. Y un ataque a su persona habría sido considerado como un ataque a las mujeres en general. Como si todas ellas fueran la pareja de Hollande. Lo más incongruente de la carrera presidencial de Royal es que la cimentó, por una parte, en su condición de mujer, obviando el pequeño detalle de la posición política de su pareja. Pero, además, la cimentó en la crítica a los llamados «elefantes» del

PS, es decir, al aparato, ese aparato en cuya cúspide estaba casualmente colocada su pareja, y que siguió siéndolo hasta el día siguiente de las elecciones.

El caso de Hillary Clinton es aún más preocupante. Por la sencilla razón de que Clinton, que ni siquiera se apellidaba así hasta que decidió disputar la Presidencia estadounidense (presumía de conservar su apellido de soltera y se presentaba como Hillary Rodham), no se dedicó a la política hasta que su marido llegó a la Casa Blanca. Su labor profesional era la abogacía, no la política. Hasta que su marido, ya presidente, le encargó un proyecto de reforma de la sanidad. Fracasó, pero esto no es lo más relevante, sino el hecho de que su historial político comenzara por un encargo que el presidente de la nación hizo a su esposa y por el hecho de serlo.

Todo el valor político, la imagen, el programa, de Hillary Clinton han sido construidos con la marca de él, del marido Clinton. Cuando Ségolène Royal perdió las elecciones francesas, el equipo de asesores de la señora Clinton se apresuró a marcar distancias con la política francesa, con la que la habían comparado con frecuencia. Señalaron que, a diferencia de Royal, Hillary no se dedicaba a enfatizar su feminidad, sino a demostrar su competencia en todos los campos políticos, que su capacidad para atraer el voto femenino era mayor y que su peso en la política estadounidense era más sólido.

Sin embargo, la candidatura de Hillary resulta mucho más inquietante para los argumentos de la igualdad femenina que la de Royal. Su condición de carrera política heredada de la posición de su marido dibuja una llamativa similitud con los casos de mujeres que han llegado al poder en países tradicionales, no como un reflejo de su propia igualdad, sino en virtud de tradiciones que las legitimaban como hijas de... o mujeres de... Sus casos y el de Hillary Clinton, antes Hillary Rodham, se parecen, aunque el

desarrollo de Estados Unidos sea mayor. La escritora india Anita Nair, autora de *Las nueve caras del corazón*, resumió de la siguiente forma la vía de acceso al poder político de muchas mujeres en su país: «Las mujeres que desempeñan altos cargos políticos es por sus ancestros, por la herencia que ya tenían, lo cual les da una cierta representación. Por ejemplo, nuestra expresidenta era hija de uno de los padres fundadores de la nación. En la India, las mujeres solo llegan al poder si han sido esposas de..., amantes de..., etc., pero no porque ellas hayan ido subiendo en el escalafón del partido político. Se las considera ayudantes de hombres bien situados, pero eso no significa que tengan verdadero poder», (*Expansión*, 22-VII-2006).

Digamos que el retrato sociológico de Nair representa una cierta evolución del expuesto por Benedetta Craveri en su libro *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*[10] Craveri relata historias de las mujeres del Antiguo Régimen que tenían poder en Francia, las reinas y las amantes. El de amante, cuenta Craveri, era «un oficio» muy codiciado. Las mujeres aspiraban a ser amantes del rey como ahora se aspira a salir en televisión. Y por otra parte, añade, era un «oficio» muy complicado y muy peligroso. Había que ser bella, inteligente, conocer la corte, ser cómplice del rey, y, además, si el rey moría, todos se convertían en enemigos de las amantes.

Las cosas han mejorado en los países desarrollados. Las mujeres que tienen poder no son las esposas y las amantes. ¿O sí? El problema de la candidatura de Hillary Clinton es que la pregunta se vuelve pertinente. Bien es verdad que ella se tiene que presentar a unas elecciones, las primarias dentro de su propio partido, para ser nominada como candidata demócrata en las presidenciales, en primer lugar. Y después, a las propias elecciones presidenciales. Esa es la parte de la evolución. Es mucha, ciertamente. Pero el paralelismo de la vía matrimonial es demasiado llamativo.

El libro de Benedetta Craveri parece menos lejano en el tiempo de lo que debiera.

La figura de Cristina Fernández tiene concomitancias con ambas, con Royal y con Clinton. Pero ella se ha sentido obligada, al menos, a dar algunas explicaciones, algo que no he encontrado ni en Royal ni en Clinton. Con motivo de la visita que hizo a España en el verano de 2007, declaró, por ejemplo: «Todo lo que he tenido lo he ganado con mis votos. Mi intención no es heredar nada, ni de Eva, ni de Kirchner, ni de nadie». En una entrevista ofrecida a *El País* se refirió también a esa cuestión: «No hago política por ser la esposa del presidente de la República. Cuando me incorporé a la política, las mujeres estábamos a la par con los hombres. No éramos políticos, éramos militantes» (26-VII-2007).

Y es cierto: Fernández tiene una dilatada carrera política que ha transcurrido paralela a la de su marido. Los analistas que mejor conocen la política argentina destacan, incluso, que ella es más brillante que él y que lo demostró desde los tiempos en que ambos eran estudiantes universitarios. Gustavo Martínez Pandiani, decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad del Salvador de Buenos Aires, dijo que «Fernández era ya muy conocida cuando Kirchner era un desconocido para la opinión pública. Tiene una fuerte personalidad y se presenta como una renovación en la manera de hacer política».

Claro que Martínez Pandiani olvida que Cristina Fernández fue elegida senadora por la provincia de Santa Cruz, «casualmente», en 1995, después de que, en 1991, su marido fuera elegido gobernador, es decir, el gran jefe de esa provincia. Y se ha presentado a las elecciones presidenciales argentinas una vez que él, su marido, era el presidente, y lo ha hecho, además, mientras él, su marido, ha seguido siendo presidente. Incluso ha perdido ya su apellido. Durante las elecciones de 2007 se convirtió en Cristina Kirchner. Y después de que Argentina tuviera al frente de la na-

ción a dos mujeres, Eva Perón y María Estela Martínez, que sí llegaron directamente por la vía matrimonial y son, por eso, solo lejanamente comparables con Fernández. Pero el recuerdo es inevitable.

Cristina Fernández, o Cristina Kirchner, es, claramente, una política profesional, muy experimentada, con muchas cualidades, muy apreciada por los ciudadanos argentinos. ¿Por qué no se presentó antes a la Presidencia y lo hizo su marido? En la respuesta a esta pregunta podemos encontrar una explicación alternativa a la teoría del uso de la condición de mujer de… Me refiero a las dificultades mayores de las mujeres para conseguir credibilidad y, por lo tanto, apoyos. Es un factor aún muy relevante, incluso en los países más avanzados en la igualdad de género.

La eterna queja femenina de que las mujeres estamos obligadas a demostrar el doble o, al menos, más que los hombres, corresponde indudablemente a una actitud real de nuestras sociedades. La mayor parte de las mujeres lo hemos experimentado. Es, en estos momentos, el obstáculo «exterior» mayor para la promoción a posiciones de poder. La sociedad nos concede autoridad con enormes dificultades. Aquello que en los hombres se supone, en las mujeres se regatea, se cuestiona. Y esto también explica que mujeres de gran valía como las tres políticas anteriormente citadas tengan más dificultades que hombres comparables para iniciar una carrera presidencial. En otras palabras, ellas adquieren autoridad a través de sus parejas, no porque no se merecieran esa autoridad por sí mismas, no porque no estuvieran igual de capacitadas e incluso más, sino porque la sociedad se resistió a reconocer esa capacidad hasta que las vieron de la mano de sus parejas.

Y hay otro factor sin el que las críticas al uso de la condición de mujer de… de este epígrafe no quedarían convenientemente matizadas. Lo propia Cristina Fernández lo ponía de manifiesto en

la entrevista citada más arriba. A la pregunta de los periodistas Fernando Gualdoni y Luis Prados sobre la posible prolongación de un poder familiar en Argentina como el de los Bush o el probable de los Clinton en Estados Unidos, Fernández respondía: «Me parece fantástico el ejemplo. Nadie habla del poder consolidado en esos países, de cómo se transmite la dirigencia de un país de padres a hijos. Suele existir una mirada crítica sobre las cuestiones de familia, pero habría que preguntar: ¿en tu casa cómo andamos?».

Es cierto, Fernández pone el dedo en la llaga, en una de las llagas, al menos: la de las transmisiones familiares de otros tipos, padres a hijos, por ejemplo, muy común en la política de todos los países. O entre hermanos. Menos común, pero que también existe. Es cierto, las transmisiones familiares funcionan en política como lo hacen en todos los espacios sociales. El problema, en términos de igualdad de género, es que, entre hombres y mujeres, tan solo funciona de ellos a ellas, y el contraste planteado con el discurso de la igualdad es demasiado llamativo.

Tampoco sin mi papá

La inclusión de tres mujeres brillantes como Ségolène Royal, Hillary Clinton y Cristina Fernández en el mismo capítulo que algunas de las personas que voy a citar a continuación es, lo reconozco, injusto para esas políticas. No solo por las interpretaciones alternativas a su dependencia matrimonial, que existen y ya he señalado. También, porque ellas son mujeres de otra generación. Las tres están en la cincuentena y han desarrollado una buena parte de sus carreras profesionales en un período bastante más complicado para las mujeres que el actual.

El auténtico problema de la dependencia está mucho mejor representado, esta vez sin explicaciones alternativas y sin matices, con las mujeres jóvenes que, nacidas y educadas en la época de la igualdad, eligen, sin embargo, los peores roles tradicionales.

Marie de Villepin es hija de Dominique de Villepin, primer ministro de Francia hasta junio de 2007. Acabo de descubrir a la veinteañera De Villepin en las páginas de una revista. No porque siga los pasos de su padre y se haya convertido, digamos, en una líder juvenil del partido político de su padre en Francia. La transmisión familiar, lo reconocía más arriba, es propia de todas las profesiones y se produce en todo tipo de vínculos familiares. El problema, de nuevo, es que no se trata precisamente de una transmisión familiar de la posición política, puesto que la aparición estelar de la hija de De Villepin en una revista de variedades se debe a que es... modelo, al menos, ocasional. Confiesa que ese ha sido su sueño desde niña. Ser modelo, por supuesto. Para reafirmar la vía meritocrática, es decir, física, por la que se ha convertido en imagen de un perfume, cuenta que se ha cambiado el apellido. Que nadie piense que la han elegido por ser la hija del ex primer ministro francés, aunque sea ese dato el único que destacan todas las revistas que presentan a la nueva estrella de papá. A pesar de sus esfuerzos, nadie se ha enterado aún de su nuevo apellido, ni siquiera de su aspecto. Ella es, simplemente, la hija de... Y representa la nueva Francia. De Dominique de Villepin, primer ministro, a la hija de Dominique de Villepin, modelo.

Sophie Auster también tiene un papá famoso: el escritor Paul Auster. Ni siquiera ha cumplido los veinte y ya ha ocupado las páginas de numerosos medios de comunicación de todo el planeta en poses de mujer fatal. Ella, nos cuentan dichos medios, siempre tuvo claro que quería ser artista. «Los niños y los profesores siempre se metían conmigo. Quizá por mis padres o por tener tan claro que quería ser artista», declaró Sophie a la humanidad. Como, al parecer, tenía más prisa o más pereza que su padre para ser artista, ha elegido medios algo más rápidos que el de la escritura de una buena novela. Nuevamente, los medios tradicionales del género femenino. Léase, en el siglo XXI, ser modelo, actriz o cantan-

te. Ella es las tres cosas, era tal su vocación infantil de artista, como acabamos de apreciar. Trabaja de modelo, ha hecho apariciones en varias películas, todas de su papá, y ha grabado un disco. Desconozco si la casa de discos es también de su papá y no he conseguido encontrar una crítica relativa a la calidad de su voz, pero ¿a quién le importa? Se apellida Auster y eso es suficiente para vender reportajes de moda, discos y películas.

La madre de Sophie Auster, Siri Hustvedt, también es una novelista reconocida. A Sophie no le faltaron oportunidades ni ejemplos, pero veo su fotografía en los medios de comunicación y las décadas de 1930 y 1940 se vuelven a poner de actualidad. De la mano de dos intelectuales, ella y él, el vástago, ella, quiere ser una mujer como las de antes. Quiere ser artista. ¡Ay!, el trabajo de papá y mamá es muy duro, y, además, hay que tener ideas.

Lily Collins es una jovencita muy guapa. Tiene dieciocho años y asegura que quiere ser «periodista de moda entre Londres y Los Ángeles, y ser yo misma». De momento, la podemos encontrar en las páginas de moda de una revista, en plan Lolita y, como es de menester en estos casos, con la boca ligeramente entreabierta. Es la modelo de una conocida firma de moda. Su mérito más conocido, al margen de la maestría que ya exhibe en el entreabrir de la boca, es que es hija de…, del cantante Phil Collins. Quiere ser periodista, ya lo he contado, pero por ahora sigue los pasos de otras «artistas».

Las herencias anteriores se pueden superar. Porque Elettra Rossellini no solo es hija de… Además es nieta de… Rossellini no es su apellido. Es el de su madre, Isabella Rossellini, pero el apellido es, obviamente, comercial. No se trata, por supuesto, de hacerse un hueco en la dirección de cine, siguiendo los pasos de su abuelo, el gran Roberto Rossellini. De hecho, Elettra ha contado que «de mis abuelos y mi madre he heredado la energía y la pasión. Pero no comparto su interés por el cine». No consta que ha-

ya hecho comentario alguno sobre las cualidades de sus abuelos y las suyas propias. Al fin y al cabo, el asunto es intrascendente, puesto que ella quiere ser modelo. Y lo ha conseguido. El apellido de su abuelo, el de su madre y el de su abuela, Ingrid Bergman, que ya son apellidos, le han servido para firmar un contrato con Lancôme, heredando, de paso, el contrato que tuvo su madre con la misma casa.

La noticia, el contrato con Lancôme, le parece lo suficientemente relevante a una revista española para dedicar un reportaje y una entrevista a la nueva modelo. Nos cuenta la revista que «la puesta de largo del contrato acaba de tener lugar en París, la ciudad donde esta firma de lujo suele dar a conocer a sus musas» (*sic*). Bien, admitámoslo, las musas del siglo XXI, las que utiliza una prestigiosa marca de cosméticos para anunciar sus productos entre las mujeres, son hijas de… y nietas de… Quienes compran los productos son las mujeres que reclaman y ejercen la igualdad. Y, que yo sepa, ni la casa ha quebrado ni el responsable de publicidad ha sido despedido. Al parecer, este modelo *avanzadísimo* de mujer carpetovetónica complace a las compradoras del siglo XXI.

Dree Hemingway también tiene un apellido de escritor importante. En realidad, tampoco es su apellido, no el de su padre, puesto que Dree es hija de Mariel Hemingway. Y supera a Elettra, nieta de… Ella es la bisnieta de…, que también sirve. Ha sido igualmente noticia en los medios de comunicación, en los españoles, al menos. Tampoco porque acabe de emular a su bisabuelo con la publicación de una fantástica novela. Ni siquiera ha publicado una mediocre. En realidad, desconocemos si la bisnieta de Hemingway es capaz de escribir una página en un correcto inglés. Tampoco importa, puesto que su vocación artística es paralela a la de Sophie Auster. No tiene ningún interés en imitar a su bisabuelo. Dree quiere ser modelo. Al menos, así la hemos cono-

cido en España, país que visitó en su calidad de madrina de un jardín de la Pasarela Cibeles.

A falta de papá, de mamá, de abuelo o de abuela, o de bisabuelo, siempre queda un tío, algo muy útil para hacerse un hueco en la vida. Roberta Armani es una prueba de ello. También quiso ser artista. De hecho, ejerció algún tiempo como modelo y actriz. Pero pronto lo dejó porque, contaba Roberta, «mi sentido del deber me llevó a dejar el cine para estar con mi tío». Su sentido del deber no se ha desarrollado como nueva diseñadora de Armani. Ni siquiera como ejecutiva de la firma. Roberta es «relaciones públicas». En este caso, en el de sobrina de..., el trabajo consiste en organizar cenas para las celebridades y en ejercer de «primera dama», así lo cuenta la prensa, de la casa Armani. Su trayectoria parece un éxito a juzgar por los reportajes que le dedican los medios de comunicación. En ellos despliega sus dos funciones: salir fotografiada al lado del tío, con ropa de la casa, por supuesto, y hablar con mucho detalle de sus amistades con todas las celebridades del cine.

Y si todo lo anterior falla, incluso el tío, recurramos a los muertos. Es lo que ha hecho Cynthia, exmujer de John Lennon, que ha desarrollado ese negocio tan extendido, y al parecer tan rentable, de contar las experiencias con un famoso, vivo o muerto. Cynthia, que ha firmado el libro como Cynthia Lennon, a pesar de que ahora está casada con otro hombre, ha explicado que «Me siento obligada a contar mi versión de lo que ocurrió entre John y yo». El libro de la viuda de... ha surgido, por lo tanto, de un impulso puramente altruista; tanto es así que Cynthia ha arrinconado otras importantes actividades de su vida. «A veces, yo misma pienso que desperdicio mi tiempo al escribir estos libros, en vez de concentrarme en mi poesía y en mis dibujos, que me dan más satisfacción. Pero he optado por ser sincera. En *John* cuento mis negocios fracasados, mis relaciones amorosas menos felices. Yo

no me humillaría por dinero: mi marido tiene negocios en Barbados, nos va bien».

Sin embargo, esta viuda de… se siente obligada a contar al mundo su importante papel histórico en la historia reciente de la civilización occidental: «No puedo renunciar a mi pasado. Formo parte de una de las historias más emocionantes del siglo XX. Y estoy orgullosa de proclamarlo las veces que sea necesario». Sin duda, la humanidad se lo agradecerá.

Y también a ella la superan, puesto que existe otra categoría más sublime en las mujeres de… Son aquellas, excepcionales, que reúnen en su currículum ser a su vez ex de… y viuda de… Como Pattie Boyd, de profesión, modelo, y de méritos, haber sido ex de George Harrison y de Eric Clapton. También se ha sentido obligada a contar a la humanidad la excepcional vida de dos matrimonios y dos divorcios con ambas estrellas de la música. Relata hechos trascendentales como su paso del amor por George al amor por Eric. Se produjo cuando este comenzó a decirle las cosas que George ya no le decía. Por ejemplo: «Me encantaba cuando él me miraba o se sentaba a mi lado o elogiaba lo que llevaba puesto o lo que había cocinado. Eran cosas que George ya no hacía».

A LOS HOMBRES LES GUSTAN INDEPENDIENTES, PERO SE CASAN CON LAS DEPENDIENTES

Espero que Anita Loos no se moleste en el más allá por haberle parafraseado los geniales títulos de sus dos novelas. Anita Loos fue una escritora y guionista de gran éxito que, en 1925, escribió *Los caballeros las prefieren rubias*, y, más tarde, en 1928, su secuela… *Pero se casan con las morenas*. Anita Loos es conocida por estas novelas, por sus guiones y por sus artículos. Y lo es menos por ser una de las primeras mujeres que se sumó en 1918 a la Lucy Stone League, una organización que promovía que las mujeres mantuvieran sus apellido de solteras al casarse. Con escaso éxito, como hemos visto, puesto que, muchas décadas después, hasta Hillary Rodham ha pasado a llamarse Hillary Clinton. Los títulos

de Loos, no solo su independencia, aún nos inspiran, con ese ligero cambio del color del cabello por la dependencia. Los tiempos han cambiado... un poco.

Es cierto que las mujeres, mejor dicho, las morenas, siempre temimos que los hombres las prefirieran rubias, al menos en España, donde las morenas resultamos tan comunes. Prueba de ello es la extraordinaria cantidad de teñidos rubios realizados en nuestro país. En mi condición de morena, nunca dediqué mi tiempo al otro punto de vista, al de las rubias y lo que podía constituir su inquietud, que los hombres se casaran con las morenas.

Fuera del debate filosófico anterior, que, como es sabido, también ha sido plasmado en las correspondientes películas del Hollywood más dorado, las mujeres actuales tenemos otra inquietud relativa a la dependencia que es algo más seria que la referida al color del cabello y las preferencias estéticas masculinas.

Una vieja amiga, exitosa en su profesión liberal, lo expresaba hace algunos años cuando me contaba su creencia de que, en realidad, los hombres están más enamorados de las mujeres dependientes, de las que «les tienen listas las zapatillas cuando ellos llegan a casa». Están encantados con ellas, las cuidan, las aman y, además, me decía, esos matrimonios funcionan. Mi amiga expresaba la decepción de muchas mujeres con éxito profesional, que se han volcado en su trabajo, que se han esforzado por desarrollar su independencia económica y que han comprobado el éxito matrimonial o amoroso de otras mujeres que renunciaron a una profesión y eligieron ser amas de casa. Mujeres que han sentido que, en el asunto del amor, al fin y al cabo, el central para la mayoría de hombres y de mujeres, el éxito profesional, el de ellas, incluso puede ser perjudicial. Hemos hecho el idiota, sentenciaba mi amiga. Los hombres se casan con las dependientes y, además, las independientes ni siquiera les gustan.

La revista *L'Express* reunía en noviembre de 2006 a tres veteranas e importantes cantantes francesas, Sylvie Vartan, Sheila y Françoise Hardy. Hablaban de sus carreras, de sus vidas y también del suicido de otra cantante, Dalida. Sheila reflexionaba: «Dalida no tenía vida de familia. La notoriedad aísla. Tenía muchas conversaciones con ella sobre el hecho de que éramos unas bellas mujeres en plena forma... pero solteras. Provocábamos miedo en los hombres». Y Sylvie Vartan añadía: «La celebridad provoca rechazo. A los hombres que yo encontraba interesantes jamás se les habría ocurrido cortejarme. Alguien conocido no aporta más que problemas. Yo también he sufrido los golpes de la vida. Sobre la escena hay tensión, ruido, agitación. Y, de repente, el equilibrio se rompe de forma brutal. Te encuentras de nuevo con la realidad, el silencio de la habitación del hotel es mucho más duro. Muchos artistas no lo soportan[11]».

Maureen Dowd, la autora de *¿Son necesarios los hombres?*, lo expresa de una manera menos trágica, sin el fondo de un suicidio. Ella cree que «el exceso de materia gris y un trabajo que otorga prestigio social no son precisamente los atributos que más buscan ellos en una mujer». También piensa que cuarenta años después de la revolución sexual hay un retroceso en todas partes. En Estados Unidos, incluso ha descendido el porcentaje de mujeres que conservan su apellido al casarse (del 23 por 100 en 1990 al 17 por 100 en 2005). Ellas, la mayoría, prefieren el modelo de Hillary, el apellido de él. Y muchas, piensa Dowd, renuncian a su profesión y se quedan en casa para cuidar a sus hijos y estar bellas para él, a través de todo tipo de torturas estéticas. Y, mientras tanto, ellos prefieren casarse con su secretaria, su masajista o su criada.

Dowd quiere epatar y busca la provocación. Pero en su provocación también hay una buena parte de la verdad. Los valores de la independencia existen tan solo en la teoría de las últimas déca-

das. En la práctica, son los valores de la dependencia los que aún triunfan en una buena parte de los modelos exhibidos en los medios de comunicación, en el cine, en el arte. Y en la vida misma.

3
La princesa rescatada. Las tentaciones de la debilidad

«PRETTY WOMAN»

Las niñas siempre soñaron con ser princesas rescatadas por el héroe valiente, osado y fuerte de las garras del villano que también las amaba y disputaba su amor. O sus favores sexuales. En los cuentos era el amor. Se trataba de material literario infantil, al fin y al cabo. En la imaginación había de todo. A partir de cierta edad, al menos. La princesa era bella, dulce, delicada. Y, además de ser muy bella y amar a su príncipe, su actividad principal se centraba en ser raptada y posteriormente rescatada.

A las niñas les siguen gustando las princesas de los cuentos. Porque son bellas, porque son amadas, porque son deseadas. Y aún quieren ser rescatadas. Quizá porque el rescate va en ese lote del amor. También en el de la mujer ideal. Piensan que ellos aún prefieren ser los aguerridos príncipes dispuestos a correr todos los riesgos por ellas. Y que ellas deben continuar con el papel, el de la bella y delicada pasiva sentada a la espera del héroe. Él es el héroe. Ella es el trofeo.

Porque la princesa rescatada permanece en el subconsciente de las niñas y de las mujeres del siglo XXI, porque ellas aún quieren ser salvadas, *Pretty Woman* ha sido una de las películas más taquilleras de la historia. Y una de las preferidas por las mujeres. No porque Julia Roberts exhibiera todo su carisma y Richard Gere es-

tuviera en el esplendor de su belleza, sino porque constituyó la adaptación moderna más lograda del cuento de la princesa rescatada. Los tiempos cambian y la moral también, por lo que la princesa del cuento devino en prostituta; y el príncipe, en millonario aficionado al sexo con prostitutas. Tanto, que la rescató y, como en los cuentos, la convirtió en su bella princesa, salvada de las garras del mal, de la pobreza y del rechazo social.

Si se trata de ser Julia Roberts y él es el guapo y millonario Richard Gere, o el millonario y guapo Richard Gere, más bien en este segundo orden, hay bastantes mujeres del siglo XXI que se apuntarían a ser la prostituta rescatada. Pero tampoco hay que ir tan lejos como el cine. Se trata de ser rescatada y es mejor serlo de actividades algo más atractivas. Cualquier otra profesión es válida. Incluso la no profesión, siempre que seamos rescatadas.

El príncipe y la princesa de los cuentos imaginarios de las mujeres del siglo XXI se han modernizado y adaptado a los nuevos tiempos. Los príncipes ya no son guerreros ni luchan por su princesa con la espada. Ahora tienen dinero, o poder, o influencia. Y ellas, aún muchas de ellas, están deseosas de ser rescatadas con cualquiera de las tres espadas modernas.

La tentación de la debilidad es la cara complementaria de la tentación de la dependencia. Se trata de cumplir con los estereotipos clásicos, de conformar la imagen de la mujer ideal, de adoptar los papeles conocidos, los más fáciles, de seguir las pautas de los juegos eróticos de antaño. Se trata de alguna de esas cosas o de todas a la vez. Pero la tentación de la princesa rescatada asalta aún a muchas mujeres. Cultas, formadas, incluso independientes y poderosas. A veces, hasta ellas, las mujeres más modernas, preferirían ser la princesa y no el príncipe. Quizá porque así se sienten más femeninas. O eso es lo que les dicen o lo que creen leer en las miradas masculinas.

Una buena parte de este otro vestigio del pasado, del ideal de la princesa rescatada, se vuelca hoy en la imagen, en la conformación de unos rasgos físicos ideales, que son, tanto o más que nunca, los de la princesa rescatada. La mujer frágil, inmensamente delgada y de rasgos infantiles, es la cara predominante del cine y de la publicidad, el modelo ideal, ¿de los hombres? ¿O también de las propias mujeres? La *superwoman*, la trabajadora exitosa y madre, ama de casa y mujer independiente, se cruza en el mundo de los sueños con la princesa débil y desamparada que no quiere hacerse mayor, ni responsable, ni aguerrida. Ser salvada es un sueño mucho más atractivo para las mujeres que ser la salvadora.

Lo llaman terrorismo machista

Algunos han bautizado la violencia de género con el concepto de terrorismo machista. Y lo han hecho con el objetivo de llamar la atención sobre un tipo de violencia que mata sistemáticamente a decenas de mujeres todos los años en cada uno de los países más desarrollados. En otras zonas del mundo las asesinadas se cuentan por centenares o por miles. Quienes utilizan el concepto de terrorismo piensan que, en sociedades como la española, se presta mucha más atención al terrorismo que a la violencia de género, siendo esta violencia, recalcan, tan importante o más que la terrorista.

Tienen razón en su denuncia, al menos en lo que se refiere al número de personas asesinadas cada año, aunque el concepto sea incorrecto, puesto que el terrorismo es una violencia de tipo político, que justifica sus crímenes con motivos políticos y que persigue objetivos políticos. Por eso, porque el concepto de terrorismo tan solo puede aplicarse a ese tipo de violencia, el terrorismo machista no existe. La violencia machista, sí. O quizá, simplemente, masculina. Es la otra cara de la tentación de la debilidad. El otro extremo del cuento de la princesa rescatada, pues existe

un desamparo físico real en el que las mujeres son golpeadas y asesinadas.

Según un informe del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia realizado entre 2000 y 2003 con datos de veintitrés países[12], el país europeo que lidera las cifras de asesinatos de mujeres es Luxemburgo, con 13,71 mujeres asesinadas por cada millón de habitantes. Le sigue Hungría, con 12,09, y Finlandia, con 10,31. Y, aunque pueda parecer sorprendente, aún hay otros dos países nórdicos por delante de España en esta tétrica estadística. La tasa de asesinatos de mujeres es de 5,85 en Dinamarca y de 5,33 en Noruega. España figura en el puesto decimoséptimo de esa clasificación, con una tasa de 3,61. Otros países desarrollados también adelantan a España en el número de mujeres asesinadas. Por ejemplo, Estados Unidos, con una tasa de 8,81, o Suiza, con una tasa de 6,57.

El número de mujeres asesinadas en los últimos años en España se ha mantenido estable. En 1999, las mujeres asesinadas fueron 54, 63 en 2000, 50 en 2001, 54 en 2002, 71 en 2003, 72 en 2004, 60 en 2005 y 69 en 2006. Y se habla de violencia de género y de violencia machista porque en casi el cien por cien de los casos son las mujeres las asesinadas por sus parejas, no al revés. Y hay que añadir los malos tratos a los asesinatos. La base de datos del Registro Central para la Protección de las Víctimas de la Violencia Doméstica, gestionado por el Ministerio de Justicia, mostraba en 2006 que, entre 2004 y 2006, se habían dictado más de 90 000 órdenes de protección, 70 000 condenas por violencia familiar y 35 000 alejamientos cautelares. El Registro también mostraba, en 2006, que había 175 000 personas «fichadas» por maltrato. Y que nueve de cada diez denunciados eran hombres.

Las cifras son elocuentes. Otra cosa son las explicaciones. Más allá de la incorrección del uso del concepto de terrorismo, lo que sí es cierto es que existe un gravísimo y manifiesto problema de

violencia de género en todas las sociedades, incluidas las más desarrolladas. Ahora bien: ¿se trata de una violencia machista? ¿O masculina? En otras palabras: ¿es una violencia de naturaleza ideológica y cultural que remitirá o desaparecerá cuando se hayan producido los cambios culturales pertinentes y la igualdad entre hombres y mujeres sea total?

Introduzco el adjetivo de «masculino» para llamar la atención sobre un factor puramente biológico, algo que no resulta muy atractivo y que contradice mi propio punto de vista en otros muchos debates en los que he defendido y defiendo que las diferencias biológicas son, sustancialmente, diferencias culturales y que desaparecen cuando la educación y la socialización de hombres y mujeres es semejante. Es posible que ocurra lo mismo en el terreno de la violencia de género. Es decir, que se trate, como defiende la mayoría de analistas, de una violencia de tipo machista, por lo tanto, de base ideológica y cultural, que desaparecerá cuando esa base ideológica y cultural haya cambiado.

Algunos datos parecen apuntar en esa dirección. Por ejemplo, un análisis de los autores de asesinatos de mujeres en el primer semestre de 2006 mostraba que, entre un total de 52 víctimas, los autores del homicidio o asesinato eran españoles en 32 casos, extranjeros en otros 16 y de nacionalidad desconocida en otros cuatro casos. Asimismo, la Memoria de la Fiscalía General del Estado, conocida en septiembre de 2007, destacaba que la violencia de género es «proporcionalmente mucho mayor» entre la población inmigrante que entre la española.

No contamos con más datos sobre el perfil sociológico de víctimas y asesinos, pero los que conocemos sí muestran que nos encontramos ante un porcentaje de extranjeros, inmigrantes, mucho más elevado que el correspondiente a su número total en la población española, que en 2007 rondaba el 10 por 100. A partir del perfil que sí conocemos de esa población inmigrante, no es

muy aventurado afirmar que se trata de parejas en las que, además de factores de pobreza, desarraigo e inestabilidad, las pautas de conducta machista son más intensas que en el conjunto de la población autóctona. Y, aunque aún no existen estudios en este sentido, quizá porque no sean políticamente correctos, parece que el elemento cultural tiene una incidencia en la violencia de género. La misma Memoria de la Fiscalía destaca que se trata de una población que «contempla de forma arcaica el papel de la mujer en la sociedad actual».

El problema es que no es suficiente para explicar la persistencia de esta violencia. Porque lo que sorprende a analistas, políticos, jueces o policías que trabajan en este campo es que la violencia contra las mujeres se mantenga con esa virulencia cuando el discurso, las medidas y la realidad de la igualdad han avanzado de forma tan intensa en los últimos años. En España y en otros países desarrollados. La perplejidad ante la persistencia es quizá mayor en nuestro país porque el Gobierno socialista impulsó una ley contra la violencia de género en la que se habían puesto muchas expectativas. El resultado de la ley, de momento, es que la violencia de género se mantiene estable en su incidencia.

Entre otras cosas, porque las mujeres no denuncian o no toman las medidas de autoprotección recomendadas una y otra vez por las autoridades. Montserrat Comas, presidenta del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género del Consejo General del Poder Judicial, afirmó que «A pesar de todos los esfuerzos, todavía hay pocas denuncias de las mujeres que luego se comprueba que corren un riesgo mortal». Con los datos de 2006 se constató que tres de cada cuatro mujeres asesinadas jamás habían denunciado antes a su pareja. Y también que, en un número significativo de casos, la denuncia presentada había sido retirada por las propias mujeres. Estos datos no contradicen necesaria-

mente el factor cultural. Quizá lo ratifiquen, mostrando una participación de las propias mujeres en las creencias machistas.

Pero además pueden indicar que hay otros factores en la violencia de género no necesariamente machistas, vinculados al lado más oscuro y perverso de las pasiones humanas que podría persistir, quizá, aunque la cultura machista hubiera desaparecido totalmente. El hecho mismo del mantenimiento de la violencia de género en los países más desarrollados así lo puede sugerir. O la incapacidad de bastantes mujeres para escapar del círculo violento que no parece estar relacionada únicamente con factores sociales o económicos.

Investigaciones en Estados Unidos han mostrado, por ejemplo, que en aquellos estados donde se han aprobado leyes de detención obligatoria, veintidós estados en total, se cometen en la actualidad hasta un 50 por 100 más de homicidios que donde no se han implantado estas leyes. Las leyes de detención obligatoria se establecieron hace dos décadas para hacer frente a la violencia de género. Prescriben una detención automática cada vez que haya una petición de auxilio por malos tratos sin que la policía tenga que hacer ninguna otra valoración de la situación. El problema, han comprobado las investigaciones sobre el funcionamiento de esta ley, es que ha provocado un descenso de las llamadas de las víctimas, quienes, debido a los lazos psicológicos, emocionales y económicos que les ligan a sus maltratadores, se muestran más renuentes a la denuncia, puesto que sí quieren protección, pero no necesariamente que su pareja esté entre rejas.

La delegada del Gobierno contra la Violencia de Género, Encarnación Orozco, destacaba ese aspecto, el de la actitud de muchas maltratadas, cuando, a finales del verano de 2006, analizaba en una entrevista los datos de la violencia de género de ese mismo año: «De las 51 mujeres muertas, solo 16 habían denunciado a su agresor, es decir, el 70 por 100 no lo había hecho jamás. De esas

16 mujeres que sí dieron el paso, una retiró la denuncia y solo diez solicitaron al juez medidas de protección. Nueve las obtuvieron. Y aquí viene lo terrible. Tres de ellas pidieron que se les retirara la protección, y otras tres la quebrantan directamente; es decir, el 66 por 100 de estas mujeres "perdonaron a su agresor"» (*ABC*, 3-IX-2006).

Quizá se deba nuevamente a las limitaciones impuestas por la corrección política, pero los análisis realizados hasta ahora tampoco han mostrado qué tipo de relación existe entre la violencia de género y la clase social, y la violencia y el nivel cultural de víctimas y agresores. Si conociéramos esas relaciones, tal vez podríamos ir algo más allá en la valoración del factor cultural en este tipo de violencia y contestar así a la pregunta obvia que se nos plantea: ¿los hombres no machistas maltratan, agraden o asesinan a sus parejas? O ¿un aumento del nivel económico y cultural y, por lo tanto, una modernización de los valores, tiene influencia en el descenso de la violencia de género?

Para Encarnación Orozco, «es una pauta cultural la que produce este fenómeno, así que lo que estamos haciendo es poner los medios para ir cambiando mentalidades». El problema de esta afirmación es que aún no está muy claro si el cambio de mentalidades da lugar a un descenso del número de asesinatos y agresiones. Es cierto que el seguimiento sistemático de este tipo de violencia se ha realizado tan solo en los últimos años. La violencia no ha descendido en ese período, pero se trata de muy poco tiempo, ni siquiera diez años, y los datos con los que contamos no permiten hacer generalizaciones sobre todas las cuestiones que acabo de plantear.

Sí se han podido constatar otros rasgos asociados a la violencia de género. Mejor dicho, la falta de algunos rasgos que podríamos haber esperado encontrar en este tipo de violencia, por ejemplo, la de los trastornos psíquicos, el alcoholismo, etc. Al contrario, un

estudio del Consejo General del Poder Judicial, elaborado sobre 147 sentencias dictadas sobre esta materia entre 2001 y 2005, mostraba que solo en un 3,4 por 100 de las condenas se había apreciado el consumo de alcohol o de sustancias estupefacientes como circunstancia atenuante. Y que solo en un 2 por 100 de los casos las alteraciones psíquicas habían determinado la exención absoluta de la responsabilidad de los condenados, mientras que actuaron como atenuante en un 12,2 por 100 de los casos.

También han surgido algunas ideas poco afortunadas para combatir la violencia de género, como la sugerencia, aún sin efecto, del Ministerio de Trabajo español de introducir un código ético en los medios de comunicación para informar sobre la violencia de género. Algunos informes de expertos sostienen, argumenta el Ministerio, que se produce un efecto llamada que estimula a los potenciales agresores al crimen después de haber oído o visto informaciones sobre violencia de género.

Se trata de un viejo debate relacionado hasta ahora con la información sobre violencia terrorista que sí tenía cierto sentido en ese campo, puesto que, con sus atentados, los terroristas persiguen no solo propagar el miedo sobre las víctimas, sino difundir la propaganda sobre sus objetivos y, por supuesto, la extensión del miedo a otras víctimas potenciales a través del altavoz ofrecido por los medios de comunicación. Pero no es el caso, ciertamente, en la violencia de género, en la que el agresor no persigue un objetivo social o de propaganda y tampoco está determinado por la presión o apoyo de un grupo social.

Las circunstancias y los problemas son notablemente diferentes en ámbitos en los que la violencia contra las mujeres está justificada socialmente. Por ejemplo, de nuevo, la violencia que se ejerce contra las mujeres en algunos países islámicos. O en ámbitos religiosos islámicos, en las propias sociedades europeas defensoras de la igualdad de las mujeres. Como en la ciudad france-

sa de Lyon, en la que, en diciembre de 2006, fueron condenados Amor Khaldi, de sesenta y dos años, y su hijo Hani, de veintidós, por haber raptado y golpeado a su hija y hermana, Buthaïma, de dieciocho. La causa, el rechazo de Buthaïma a un matrimonio forzoso con un primo de Túnez y su relación sentimental con un francés. Mientras padre y hermano la encerraron en el cuarto de baño, la golpeaban, le llamaban *sucia puta* y le afeitaban la cabeza, la madre, cuenta la víctima, les jaleaba con más insultos sobre Buthaïma. El padre, que había llegado a Francia en 1960, estaba supuestamente integrado e incluso presidía una asociación de amistad franco-tunecina.

En los propios países islámicos el problema es que no existe un sistema judicial y unas leyes que protejan a las mujeres de esos y peores maltratos. Azadeh Kian-Thiébaut, profesora de Ciencia Política en la Universidad París 8, ha analizado las condenas y las lapidaciones por lo que se consideran delitos sexuales en Irán y ha mostrado que, por ejemplo, en 2004, 159 personas fueron ejecutadas. Entre ellas, Atefeh Rajabi, de dieciséis años, con retraso mental, que fue condenada por prostituirse y ahorcada el 15 de agosto en Neka, una ciudad al norte del país.

En 2004, Jila Izadi, de trece años, fue condenada a morir lapidada por haber cometido adulterio con su hermano de quince años, quien fue a su vez condenado a recibir 150 latigazos. La movilización internacional consiguió salvar a Jila, como también lo logró al detener la lapidación de Safia Husseini y Amina Lawal en Nigeria. Pero otras muchas mujeres, relata Azadeh Kian-Thiébaut, han sido condenadas a pena capital por lapidación en Irán, Pakistán, Afganistán, Nigeria o Arabia Saudí.

La pena de muerte y la lapidación no se aplican únicamente a las mujeres, como es bien conocido. El Código Penal iraní prevé para el adulterio la pena de muerte por lapidación o el castigo con látigo para hombres y para mujeres. Lo que ocurre es que hay

varias diferencias que hacen mucho más probable la condena de la mujer que la del hombre. Por ejemplo, el hombre casado que lo hubiera cometido puede librarse si la mujer con la que cometió adulterio es soltera, acogiéndose a la figura del matrimonio temporal, mientras que a la mujer casada acusada del mismo delito no le queda ninguna salida. Además, es muy probable que la mujer del hombre acusado por adulterio lo defienda, alegando, por ejemplo, que le negó sus favores sexuales, mientras que la defensa no se produce en el otro sentido, puesto que se espera del marido de una mujer acusada por adulterio que defienda ante todo su propio honor. Y, por otra parte, los hombres solteros acusados de lo mismo no serán condenados a muerte, sino a ser azotados.

Señala Kian-Thiébaut que las mujeres son más susceptibles de morir por lapidación porque la doctrina islámica está fundada en la hipótesis de una sexualidad femenina activa y percibida como una fuerza poderosa que, de no ser controlada, conduciría al caos social y amenazaría la vida religiosa y ciudadana de los hombres[13].

Las razones de esa violencia contra las mujeres no están tan lejos, por lo tanto, de una buena parte de los impulsos que llevan al maltrato y al asesinato a los hombres de los países desarrollados: la negativa a aceptar la independencia de sus parejas y el deseo de control total sobre ellas. Es pronto aún para determinar que se trate exclusivamente de una pauta cultural y que la violencia desaparecerá cuando lo haga aquella. Así ha ocurrido en las instituciones políticas y culturales, en los valores dominantes de las sociedades más modernizadas. En ellas, la violencia contra las mujeres es un fenómeno que resulta incomprensible y completamente perturbador para la mentalidad dominante y para los modos de vida y valores de la gran mayoría de hombres y mujeres.

Pero no está tan claro que la violencia de género pueda ser erradicada del ámbito individual. Es pronto para saberlo. En todo

caso, es un tipo de violencia que, casi con seguridad, descenderá. Pero aumentará para las mujeres, sin embargo, la posibilidad de ser víctimas de otros tipos de violencia. Por ejemplo, la terrorista. Y lo hará en la medida en que las mujeres formen parte en número cada vez mayor de los movimientos, grupos e instituciones opuestos a esa violencia. Como la periodista libanesa May Chidiac, presentadora de la cadena de televisión privada LBC y conocida por sus posiciones antisirias, que fue objeto de un atentado en septiembre de 2005. Colocaron una bomba en los bajos de su coche. La bomba le amputó una pierna y un brazo y le quemó buena parte de su cuerpo. Necesitó muchos meses para recuperarse, pero ha vuelto a su trabajo en la cadena LBC. «En el fondo, soy la misma mujer, pero con el cuerpo mutilado», dijo en su vuelta. Y también que «al escapar de la muerte, he probado que Líbano es un país que rechaza morir».

O como la propietaria y directora de la emisora de radio afgana Radio Paz, Zakia Zaki, de treinta y cinco años, que también sufrió un atentado, pero no pudo sobrevivir. Fue asesinada de varios tiros delante de su hijo de veinte meses. Nadie reivindicó el crimen. Pero Zakia había recibido varias amenazas de muerte por criticar a los talibanes y por tener una radio dedicada a los derechos humanos, a la educación y a la emancipación de las mujeres.

O como muchos años antes Sophie Scholl, una estudiante de biología y filosofía que fue ejecutada junto a su hermano Hans por el régimen nazi en 1943, cuando solo contaba veintidós años. Ellos eran los líderes de un grupo de estudiantes que quisieron resistir al régimen con la palabra y cuya actividad y cuya heroica y trágica historia fue contada para las futuras generaciones por la hermana de Sophie y Hans, Inge Scholl[14].

La bella anoréxica

En las mismas sociedades modernas, igualitarias y opulentas que albergan la tragedia cotidiana de la violencia de género hay otros hombres y mujeres, regidos por valores de igualdad, en los que la inferioridad e indefensión física de las mujeres, real en la violencia de género, se convierte en moda, en estilo, en erotismo, en una forma de feminidad.

Me parece que el canon estético de la extrema delgadez es una de las expresiones más claras de la búsqueda de ese tipo de feminidad: la de la mujer frágil, delicada, insegura, aniñada. La mujer necesitada de la protección de un hombre fuerte, poderoso y seguro. La mujer que quiere reafirmar su deseo de encajar en el rol tradicional, la mujer dependiente del varón fuerte, la mujer que quiere cumplir con sus fantasías de la princesa rescatada.

Y no me refiero a la enfermedad, a la anorexia o a la bulimia, que son variantes obsesivas de este valor, pero que no dependen directamente de ese valor. En otras palabras, los problemas psicológicos que están detrás de la anorexia y de la bulimia encontrarían otra salida, otra manifestación de la enfermedad, si la delgadez excesiva no fuera un valor socialmente deseable. El problema, desde el punto de vista de la enfermedad, no es la moda de la delgadez, sino los trastornos psicológicos que ya padecen los anoréxicos y los bulímicos. Un estudio de la Universidad Jaume I realizado entre 150 jóvenes ha mostrado, por ejemplo, que casi el 50 por 100 de las jóvenes diagnosticadas de anorexia y bulimia padece también un trastorno de personalidad.

Lo que sí ponen de relieve, sin duda, la anorexia y la bulimia son los modelos físicos ideales de las mujeres en el mundo desarrollado actual. Quienes padecen estas enfermedades son, en su mayor parte, mujeres. Y los estudios realizados sobre ellas muestran que tienen un rasgo en común: el perfeccionismo. Son enormemente exigentes consigo mismas, tienden a ser brillantes en los estudios y tienen una necesidad patológica de complacer a los

demás. Y el modelo físico que han identificado como el necesario para ser la mejor y para gustar es el de la extrema delgadez. No porque se lo hayan imaginado, sino porque ese es el modelo dominante entre las mujeres más perfectas y más deseadas.

La enfermedad afecta en mucho menor medida a los chicos. Por dos motivos. Porque el modelo de la perfección masculina es completamente diferente al femenino. Se basa en el músculo, en la fuerza y en la resistencia. Y también, porque la perfección física sigue siendo secundaria en el mundo de los ideales masculinos. Independientemente de cuál sea el modelo físico masculino ideal, el perfeccionismo de los chicos tiene otras vías, prioritarias, para canalizarse; el deporte o los estudios, por ejemplo. En las mujeres, aunque sean las mejores estudiantes o las mejores deportistas, la perfección física será considerada una prioridad, por lo que un perfeccionismo patológico degenerará inevitablemente en problemas alimentarios.

De hecho, otra patología relacionada con la obsesión por determinado tipo de perfección física, la vigorexia, o el afán incontrolado por desarrollar un cuerpo musculoso, afecta a los chicos, pero en un número muchísimo menor que el relacionado con la anorexia y la bulimia. No solo porque la perfección física es secundaria para la aceptación social de los hombres. También, porque ese ideal físico es, en realidad, admirado solo de forma minoritaria en la sociedad. Muchos, y muchas, consideran que un cuerpo masculino excesivamente musculoso resulta desagradable. Y, sobre todo, algo ridículo, el cuerpo del personaje de un cómic, hasta cierto punto patético cuando pretende ser emulado en la vida real.

La diferencia decisiva en las mujeres es que ese mismo cuerpo de los cómics no resulta patético cuando se intenta trasplantar a la vida real o a los sueños de las mujeres de la vida real. El cuerpo femenino ideal es el mismo que el de los cómics, con un pecho

tan descomunal como los músculos de los personajes masculinos y con una delgadez tan irreal como esos mismos cuerpos de campeones de culturismo. Pero a casi nadie se le ha ocurrido reírse de esos cuerpos como sí lo hacen de la exhibición de músculos masculinos. Esos cuerpos son un modelo de imitación, mientras que los masculinos son un modelo de ridiculización.

Tampoco me parece clara la supuesta responsabilidad de los diseñadores y responsables del negocio de la moda en el fomento del modelo anoréxico de belleza. No solo por lo que decía Lucía Cordeiro, gerente de la Asociación de Creadores de Moda, con motivo de la polémica surgida en España en torno a las tallas de las modelos en 2006 y que después ha tenido cierta continuación: «Del mismo modo que no se puede culpar al piloto Fernando Alonso de que la gente vaya por carretera a 200 kilómetros por hora y se mate, tampoco se puede culpar a la moda de la anorexia». Otra cosa es lo que también decía Cordeiro sobre la colaboración del mundo de la moda: «Estamos dispuestos a colaborar en lo que podamos, pero creemos, humilde y sinceramente, que la moda no tiene tanta influencia como para ser la gran causa de la anorexia. Hay otros factores que influyen más, como la publicidad de cosmética, cirugía estética y productos para adelgazar».

Pero no podemos decir que los responsables del negocio de la moda colaboren en absoluto en erradicar este mal. Más bien contribuyen con entusiasmo a la expansión del ideal de la belleza anoréxica. Ellos, como las propias modelos que han muerto a causa de la anorexia, las últimas, la brasileña Carolina Reston y la uruguaya Luisel Ramos, son parte de un valor social mucho más extendido que ha sido creado a partir de los sueños de los hombres y de las propias mujeres. Los sueños de las princesas rescatadas.

Algunas voces críticas han sugerido, sobre la relación entre moda y extrema delgadez, que la modelo extremadamente delga-

da sería fruto de la homosexualidad de una buena parte de los diseñadores de moda, homosexualidad que algunas de esas voces críticas ligan a una supuesta hostilidad hacia las mujeres y una tendencia a castigar y martirizar sus cuerpos. Otras de esas voces relacionan la delgadez con la preferencia que los homosexuales tendrían por los modelos andróginos y asexuados de la mujer y que se plasmarían en esos cuerpos poco voluptuosos.

Las explicaciones anteriores no se sostienen en pie desde ningún punto de vista. No solo por la extravagante —¿quizá homófoba?— relación entre homosexualidad de los creadores y hostilidad hacia las mujeres, sino por otros datos objetivos como el hecho de que las mujeres cada vez son más numerosas entre los diseñadores de moda y sus modelos femeninos son igualmente anoréxicos. Además, la inmensa mayoría de los responsables de las revistas de moda femenina son mujeres. Y no cabe imaginar razones por las cuales pudieran tener sentimientos agresivos hacia el resto de mujeres que les llevaran a fomentar el tipo de belleza femenina que proponen, el mismo que el de los diseñadores: esquelético.

El modelo de mujer que encontraremos en cualquiera de esas revistas de moda dirigidas por mujeres es, en esencia, el mismo. Extremadamente delgado y sin asomo de algún signo de músculo y fortaleza, y de una edad, o apariencia de edad, adolescente, o veinteañera, a lo sumo. Frente a ese estereotipo, el modelo masculino variará entre modelos jóvenes de veintitantos años y modelos maduros, de pelo canoso y edad indeterminada, que puede estar tanto en la cuarentena como, incluso, en la cincuentena. Su peso será normal y, por supuesto, el cuerpo estará musculoso, fuerte y saludable.

Algunos diseñadores alegan que las modelos representan sueños, mujeres de formas imposibles, casi irreales, cuerpos extraordinarios, espectaculares, alejados de los cánones de la vida coti-

diana, que estimulan la imaginación. Sin embargo, esos cuerpos imposibles y espectaculares, que también lo son en los modelos masculinos, tienen en estos pesos normales y apariencia de fuerza y vitalidad. Y en las mujeres se elige un modelo completamente opuesto: el de la fragilidad, el del desamparo.

Y no se trata de modelos andróginos, como han señalado algunos, puesto que el segundo rasgo que distingue al modelo de belleza ideal de las mujeres es que la extrema delgadez va unida a la sistemática intervención de los cirujanos, sobre todo en el pecho y, en muchos casos, también en los labios. El modelo es, en realidad, voluptuoso, puesto que la delgadez va acompañada de un enorme pecho y de carnosos labios. La carga sexual es evidente, esencial, y se introduce, vía quirófano, en el cuerpo adolescente y escuálido.

El modelo está algo más matizado en el resto de la fábrica de los sueños y de las referencias estéticas del siglo XXI, la televisión o el cine. Pero no varía de modo sustancial. Priman las mujeres extremadamente delgadas, con labios hinchados como pelotas y sobre cuyos cuerpos se adosan unas enormes tetas. El resultado son cuerpos que asemejan a las antiguas formas del corsé, cuerpos en apariencia incapaces para los esfuerzos físicos por su fragilidad, en los que el problema principal es sostener el volumen de las grandes tetas.

Y ese modelo se ha impuesto y ha sido impuesto por las propias mujeres, las que controlan crecientemente el negocio de la moda y una buena parte de los medios de comunicación dedicados a ella, muchos de los espacios televisivos centrados en la belleza femenina, y, cada vez más, el cine. Podríamos admitir que el modelo ha podido ser en primer término masculino, puesto que la presencia significativa de las mujeres en el negocio de la moda y de la comunicación es reciente; pero lo cierto es que la entrada de mujeres en ese campo no ha tenido la más mínima incidencia

sobre el ideal estético. Las pautas culturales sobre la belleza femenina más deseable no han cambiado.

Los ingredientes culturales que moldean ese ideal de belleza no han cambiado. Ni siquiera en esta sociedad en la que las mujeres se han incorporado al deporte, en el que tienen papeles de fuerza y de mando en muchos espacios sociales. Su físico, sin embargo, el físico más deseado, permanece en el pasado. No quiere cambiar, no quiere evolucionar. No quiere músculos. Desprecia la fuerza femenina. Aborrece el cuerpo musculado de una deportista. Lo considera masculino, rechazable. Porque ese cuerpo ya no es dependiente, débil, sometido al poder masculino.

Y las mujeres que sí hubieran podido cambiar esas pautas, las han mantenido y hasta las han reforzado. Las revistas femeninas, dirigidas por mujeres, incluyen con frecuencia cartas de lectoras que se quejan, que critican los modelos de mujeres anoréxicas fomentados por esas revistas. Pero los efectos de esas críticas, que sí están en algunos sectores de la sociedad, son nulos en la acción de esos medios. Probablemente, el modelo anoréxico-infantil se ha acentuado incluso en los últimos años. Con las mujeres al frente de los espacios donde se dictan las modas y las tendencias.

Es cierto que las únicas iniciativas críticas públicamente relevantes que han surgido en los últimos años han partido de mujeres. Me refiero, por ejemplo, a la iniciativa, primero del Ministerio de Sanidad y después de la Comunidad de Madrid, para controlar las tallas de las modelos contratadas en las pasarelas de moda subvencionadas con fondos públicos. O para unificar las tallas de ropa femenina. Una cosa y otra han partido de la denuncia del uso de modelos demasiado delgadas o de la manipulación de las tallas por parte de los fabricantes de moda. Y estas iniciativas surgieron, por un lado, de quien fuera ministra de Sanidad en aquel momento, Elena Salgado, y de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. Es decir, de dos mujeres.

Ambas propuestas se ligaron a la necesidad de combatir la anorexia y la bulimia y lo que se considera una moda, la de la excesiva delgadez, peligrosa para la salud. A mí me gustó más interpretar la idea de estas dos políticas como una rebelión femenina contra los modelos estéticos de la mujer anoréxica infantil, contra el modelo de la mujer insignificante, endeble, enfermiza. La mujer incapaz de asumir roles sociales de fuerza, de protagonismo, de dominio. Como los roles que han asumido estas dos políticas y otras muchas mujeres que en España y en el resto del mundo transmiten fuerza y capacidad de control en sus acciones, en sus palabras y en sus actitudes.

El principal problema del modelo de la bella anoréxica no es su influencia en el desarrollo de la enfermedad. La tiene y no hay que despreciarla. Pero, como señalaba más arriba, la enfermedad encontraría otras salidas, si esta no existiera. El problema es el tipo de mujer que promociona. La mujer débil y quebradiza cuyas únicas funciones serían la pasividad y el sometimiento al varón fuerte y a sus designios y, por supuesto, la sexualidad con las enormes tetas y labios construidos por los cirujanos. Siempre que el endeble cuerpo pueda sostener, claro está, el peso de las descomunales tetas.

Eternamente niña

La juventud es el complemento imprescindible de la bella anoréxica. La apariencia infantil y la inmadurez física construyen el cuadro perfecto de la princesa rescatada. El aire infantil, como la delgadez, desarrolla en los demás, en los hombres, el instinto de protección y el de dominio. Las canas y las arrugas son signo de madurez y de conocimiento como los músculos lo son de fuerza. En ellos acrecientan la masculinidad. En ellas eclipsan la feminidad.

La escritora Juana Salabert se quejaba recientemente de lo que considera obsesión malsana por el mantenimiento de la juven-

tud. Y sobre la juventud y la literatura afirmaba que «se vende incluso que los novelistas sean jóvenes, como si tuvieran que participar en un campeonato de natación» (*El País*, 6-VIII-2007). Con las mujeres pasa lo mismo, que hay una obsesión por su juventud, como si tuvieran que participar en un campeonato de natación. Y algo de eso hay; del campeonato, quiero decir. Lo que ocurre es que, en el caso de las mujeres, el campeonato es el de la seducción. Ellas están obligadas a responder a los cánones estéticos que los hombres esperan de ellas y a su función principal, que es la de seducir.

El mayor uso de la cirugía estética por parte de las mujeres no solo tiene que ver con la mayor importancia que, a su vez, se otorga a la belleza en ellas. También con la presión para el mantenimiento de la juventud. Su pérdida es todavía hoy el fin de la feminidad y de la sexualidad. ¿También para los hombres? No; hay una diferencia esencial. Los hombres pierden la masculinidad o la sexualidad cuando ellos así lo desean. Los valores dominantes establecen que ellas las pierden cuando la sociedad, los hombres, lo deciden. Cuando han dejado de ser las mujeres jóvenes que ellos seducirán y conquistarán.

Si los valores predominantes que acabo de mencionar siguen funcionando es porque las mujeres permiten que lo sigan haciendo, porque aceptan y asumen ese papel pasivo que les han otorgado a lo largo de la historia. Y porque aceptan también la imposición de la eterna juventud. En la práctica, se trata de una cuestión de poder. Lo resumía muy acertadamente la escritora Carmen Posadas, autora de *Literatura, adulterio y una tarjeta Visa platino*: «Para ser deseable en la madurez es fundamental ser económicamente independiente, aunque suene brutal, y en los hombres está clarísimo. ¿O es que esas rubias despampanantes van con esos señores mayores ricos por su *sexy*? Pues con nosotras ocurre lo mismo. Igual que la seducción del poder, por eso hay

que tenerlo. Desde luego queda muy guay decir que las maduras están de moda, pero eso es muy lento», (*ABC*, 9-VI-2007).

La política Carmen Alborch, autora de *Solas*, lo ve de una forma muy semejante, como un problema de poder, de independencia, de desarrollo profesional y vital, que sí han conseguido los hombres y en mucho menor medida las mujeres. Respecto al atractivo de las mujeres maduras, contaba: «Ojalá fuera verdad ese poder, porque es una cuestión de justicia y equilibrio social y, sobre todo, de igualdad entre hombres y mujeres, entre los que aún hoy hay enormes diferencias. La juventud, la belleza y la autoestima, que están muy relacionadas en lo simbólico, han estado funcionando en nuestra contra desde hace mucho tiempo, y quitarnos de encima esos valores cuesta mucho. Observamos que los hombres de mi generación han dado el triple salto generacional porque se han casado y se han vuelto a casar incluso con chicas muchísimo más jóvenes, lo que yo no critico, pero que refleja que ellos tienen muchas más posibilidades que nosotras de relacionarse con mujeres de su edad, mayores y de menor edad. Porque las mujeres maduras, atractivas y con poderío son todavía una excepción» (*ABC*, 9-VI-2007).

La ruptura más importante con el imperativo de la juventud femenina quizá se está reflejando en las nuevas, aunque aún escasas, parejas formadas por mujeres significativamente mayores que los hombres. Significativamente, desde un punto de vista comparativo. Una diferencia de diez o quince años cuando el mayor es él ha sido y sigue siendo muy normal en nuestra sociedad. Una diferencia de veinte es menos usual pero igualmente admitido. Una diferencia de treinta es infrecuente, aunque sigue estando dentro de los cánones aceptados por la sociedad. Todas esas diferencias en el otro sentido constituyen una ruptura de los valores dominantes. Y se están produciendo y se están admitiendo,

aunque tan solo para la primera franja de diferencia de edad, la de diez o quince años.

El cine, sobre todo, ha comenzado a popularizar nuevos tipos de relaciones, como el que une a la actriz Demi Moore con un marido notablemente más joven. Su caso es novedoso, su caso es noticia, pero es admitido socialmente. Eso sí, siempre que los tratamientos y operaciones quirúrgicas a las que ella se haya sometido le permitan mantener una apariencia juvenil comparable a la de él. Una relación en la que ella parezca ostensiblemente mayor sigue causando aún cierta incomodidad social, la percepción de que hay algo *anormal* en esa relación, puesto que lo normal es que ella en ningún caso parezca más madura, experimentada o dominante que él.

Más allá de esa franja de diferencia de edad, aquello que en los hombres es considerado como perfectamente admisible, es en ellas un signo patológico. ¿De qué? La enfermedad o la perversión no se han identificado, pero se sospechan. El matrimonio de Woody Allen con una persona casi cuarenta años menor que él, y además su hijastra, no ha provocado ninguna extrañeza social. La diferencia de edad es grande, pero las normas se mantienen. El hombre viejo protege, cuida y mantiene a la mujer joven. El contraste en la reacción social es radical cuando la diferencia de edad se produce en el otro sentido, cuando es ella, Gina Lollobrigida, por ejemplo, la que mantiene una relación sentimental con un hombre varias décadas menor que ella, Javier Rigau. La relación se convierte en noticia por la diferencia de edad y en objeto de chanza y de críticas por su condición de «antinatural». Woody Allen, con sus setenta cumplidos, y su hijastra-mujer de poco más de treinta, no es sospechoso de enfermedad o perversión alguna. Javier Rigau, sí. Y ella, la novia de Rigau, por supuesto.

En este juego de la deseable niña anoréxica, los cambios introducidos en los últimos años son mínimos. El caso Demi Moore es

minoritario y ni siquiera está claro que sea un caso dado el número de operaciones estéticas a las que se ha sometido para aparentar la misma edad que su joven marido. El problema, también en este tipo de relaciones, sigue siendo el mismo. Ella, ellas, no cejan de intentar encajar en el papel de las princesas rescatadas.

Raquel Welch, esa actriz de la que todos recordamos sus imágenes en bikini pero no sus interpretaciones, ni siquiera sus películas, tiene sesenta y seis años. Su imagen impactante domina las páginas de una revista de moda. En un lado, la revista nos enseña una imagen de Welch ahora, con sesenta y seis años. En el otro lado, su imagen en 1966. Es decir, de hace cuarenta años. El contraste produce hilaridad. Sin la información de los pies de foto, es difícil adivinar cuál corresponde a la mujer joven y cuál a la vieja. Después de la carcajada llega la percepción, cada vez más frecuente en este tipo de casos, de estar viviendo un reportaje y una historia grotescos. Welch pone la guinda. Declara: «El auténtico atractivo consiste en ser tú misma».

En otra revista, esta vez de variedades, observo la fotografía de Sofía Loren con su familia, sus hijos, sus nueras y sus nietos. Sus nueras, unos cuarenta años más jóvenes que ella, parecen realmente mayores que Loren. Pero el punto más extraordinario del reportaje es el que deriva de la comparación de Sofía Loren y sus nietos. Es increíble, pero la piel de ella reluce más fresca y juvenil que la de los niños.

Todos estos reportajes forman parte de lo que se considera un nuevo papel de la mujer madura, de un nuevo protagonismo que se opondría al tradicional imperativo de la juventud en ellas. Ahora, con sesenta, con setenta, usted puede ser bella y atractiva, usted puede ser el foco de la atención social, la protagonista, el blanco de todas las miradas.

Siempre, claro está, les falta añadir a las nuevas campañas mediáticas o publicitarias sobre la mujer madura, que usted esté dis-

puesta a operarse unas decenas de veces cada década, tenga el dinero para hacerlo y también para comprar los diversos tratamientos rejuvenecedores, y siempre que le parezca bien que sus fotografías sean retocadas en el ordenador y las revistas vendan una imagen falsa, una mentira, sobre su persona.

Después de todo eso, además, las campañas obligan en general a decir aquello de que lo importante es ser una misma y que la belleza está en el interior. Ser una misma y el interior tienen para esas campañas la misma traducción: la eterna juventud como único medio de que la mujer siga siendo protagonista, de que aún siga siendo un objeto de admiración o de imitación.

La polémica sobre las llamadas madres-abuelas tiene mucho que ver con todo lo anterior, con la juventud obligatoria de las mujeres. Después de alguno de los últimos casos de mujeres que han sido madres con más de sesenta años, un periódico dedicaba un reportaje al asunto. Lo llamaba «Españolas que son mamas con edad de ser abuelas» y la periodista que lo firma escribía que «todos los expertos consultados coinciden en que este caso excepcional es arriesgado y fuera de toda lógica». La periodista citaba a Rafael Bernabeu, presidente de la Asociación Nacional de Clínicas de Reproducción Asistida: «Es una frivolidad médica. Este hecho no abre ningún camino para la medicina. No solo es un riesgo para la madre, sino que sus hijos la perderán muy pronto. Estos niños se quedarán huérfanos en plena adolescencia». Y a Juan Ruiz Canela, presidente de la Sociedad Española de Pediatría de Atención Primaria: «[...] lo que sí es cierto es que se desconoce qué impacto puede tener para los niños de madres mayores, a diferencia de los de las que son más jóvenes, observar el deterioro físico de su progenitora, porque este declive se produce de forma más rápida conforme pasan los años. Otro hecho distinto es que estos niños van a perder a su madre en plena adolescencia

cuando no es lo normal y precisamente en el momento en que más la necesitan» (*El Mundo*, 6-1-2007).

¡Ah, los médicos!, preocupados por la educación y el cuidado de los adolescentes cuando jamás les había importado a lo largo de la historia de la humanidad que los adolescentes perdieran a sus padres septuagenarios u octogenarios, o que las madres o los padres fueran adolescentes e inmaduros. O tantas otras cosas de la maternidad y de la paternidad. Como si esa no fuera una cuestión sobre todo moral y no médica.

De eso se trata nuevamente, de moral, de valores, y no de responsabilidad en el cuidado de los niños. Si se tratara de esto último, habría un debate social sobre los hombres que son padres a partir de los cincuenta y, como es bien sabido, no existe. Es, nuevamente, la normalidad.

Más o menos por la misma época en que se producían las declaraciones anteriores, *XL Semanal* entrevistaba a Roger Penrose, un físico y matemático de prestigio mundial que ha publicado en España *El camino a la realidad*, una guía completa de las leyes del universo. Penrose tiene setenta y cinco años y un aspecto magnífico, a juzgar por las fotografías de la citada revista. También tiene cuatro hijos, tres de su primer matrimonio y uno con su actual esposa. El cuarto hijo tiene seis años. Sin gran esfuerzo, deducimos, por lo tanto, que Penrose fue padre por cuarta vez ¡a los setenta años[15]! Los signos de admiración son míos. No están en la revista, ni en ningún otro lugar, ni junto a los muchos padres septuagenarios y octogenarios, admitidos por los médicos como un hecho lógico y natural.

La edad y circunstancias familiares de Penrose figuran en un pequeño recuadro que completa la entrevista. La noticia es la entrevista, las opiniones de Penrose, no su estado civil o sus hijos. Si Penrose fuera mujer, no lo dudemos, el recuadro complementario

sería la noticia y sus opiniones físico-matemáticas pasarían a segundo plano.

El problema sería el cuidado del pobre niño en su adolescencia. ¿Qué digo en su adolescencia? Ahora mismo, dado que la inquietud médica sobre la adolescencia se ha producido sobre mujeres que han sido madres algo antes que Penrose, en sus sesenta y tantos. A los médicos y a esa buena parte de la sociedad que se han alarmado ante lo que llaman madres-abuelas no se les ha ocurrido pensar que puedan ser otras personas las que se hagan cargo de esos niños cuando ellas mueran, algo, por cierto, que, según las estadísticas, ocurre en las mujeres más tarde que en los hombres, con más de ochenta años. La esperanza de vida de las mujeres de la Unión Europea es en la actualidad de 81,9 años, y la de las españolas, 83,9, mientras que la de los hombres europeos es de 75,8, y la de los españoles, 77,4. Es decir, el problema de los padres-abuelos es bastante mayor en lo que al cuidado del hijo adolescente se refiere. Sin embargo, los médicos, ahora preocupados por los adolescentes huérfanos de madre, jamás se habían preocupado de ese asunto y les había parecido plenamente aceptable y perfecto para el adolescente que el hombre dejara a sus hijos al cuidado de otras personas.

La lógica expresada por Marcelo Palacios, fundador y presidente de la Sociedad Internacional de Bioética y ponente de la primera Ley de Reproducción Asistida en España, es aún infrecuente en esta polémica: «No establecimos ningún límite de edad porque pensamos que cómo les decimos que, aunque existen tratamientos para ser madre cuando la naturaleza se lo niega, no pueden recurrir a ellos a partir de cierta edad, porque no es idóneo, cuando los hombres están siendo padres a edades muy tardías». También es infrecuente el argumento expresado por Roberto Matorral, expresidente de la Sociedad Española de Fertilidad y jefe de la Unidad de Reproducción Asistida del Hospital de

Cruces, de Bilbao: «Intentar limitar por los años de la mujer el acceso a las técnicas de la reproducción asistida, apoyándose en que ella puede tener problemas para la crianza de su hijo o causar un impacto psicológico negativo, no es justo. Nadie se plantea que un varón no pueda ser padre a edades avanzadas, como sucede en casos muy conocidos» (*El Mundo*, 6-1-2007).

Ser madre a los sesenta es un escándalo, quizá porque, para las mujeres, ser viejas también es un escándalo. O, al menos, ser viejas y pretender tomarse las libertades que ellos se toman a la misma edad; por ejemplo, tener un hijo. Muchas mujeres han dado por bueno el estigma. Combaten enloquecidas las arrugas, la edad, la apariencia de madurez, porque les han dicho que ellos son atractivos con sus arrugas, con su madurez, con su experiencia, y que ellas solo lo son cuando aún parezcan esas dulces adolescentes impresionadas y fascinadas por el viejo y arrugado varón.

«My fair lady»

Hace algún tiempo, Anna Caballé contaba un aspecto de la vida de Hannah Arendt que desconocía y que me impresionó vivamente. Arendt estuvo durante muchos años enamorada de Heidegger, un Heidegger casado que nunca se separó pero que correspondía a Arendt en el amor. Caballé relataba que Arendt se separó de él después de muchos años de enamoramiento, harta de hacerse la tonta ante él, de replegarse a su vanidad e irritada porque en todo ese tiempo el filósofo no se había molestado en leer ninguno de sus libros cuando, por el contrario, ella había estudiado sus tesis con la mayor seriedad. Arendt escribió a su profesor, Karl Jaspers: «Desde siempre he estado mintiéndole sobre mí misma, fingiendo que no había escrito ningún libro, que mi nombre público no existía y que no podía, en una palabra, contar hasta tres sin implicar en ello una interpretación de su obra» (*ABC de las Artes y de las Letras*, 14-X-2006).

La historia es común, se ha repetido en muchas mujeres. Y, sin embargo, resulta tan perturbador que también la protagonizara una de las más grandes intelectuales del siglo XX... Pero era también una mujer y, en el amor, siguió las reglas de su tiempo, los valores de los hombres y de las mujeres con los que convivió. Quiso gustar y ser amada y se sintió demasiado inteligente y demasiado brillante para tener éxito en ese propósito. Incluso ante los ojos de otro de los intelectuales más brillantes de la centuria pasada. Seguramente, él se enamoró de su intelecto y, sin embargo, necesitó sentirse superior a ella, percibir que era ella la que aprendía de él, que él dirigía, que él era el maestro y que ella nunca le podría superar. No es una mera historia de vanidad. Es una historia del complejo papel que ha jugado la igualdad intelectual en las relaciones de amor. O la igualdad en la fuerza física, en las diferentes habilidades, en la palabra, en el conocimiento. La forma en que ellos han necesitado sentir su superioridad y ellas han alentado ese sentimiento, la manera en que ellas han aceptado el juego y han contribuido a él.

Quizá hoy día también. Tal vez ellas aún prefieran ser Eliza Doolitle, aquella bella pero inculta florista que era convertida en una sofisticada dama por el inteligente y cultivado lingüista Henry Higgins. Sucedía en la obra de George Bernard Shaw, *Pigmalion*, y después en aquella magnífica adaptación cinematográfica que hiciera George Cukor en 1964, *My Fair Lady*. Él era Rex Harrison; ella, Audrey Hepburn. Cuando rodaron la película, él tenía cincuenta y seis años; ella, treinta y cinco. Era la combinación perfecta: ella una guapa y joven mujer, tan necesitada de la inteligencia y de la experiencia de él, un maduro y, por lo tanto, muy atractivo hombre que tenía lo que un hombre tiene que tener para cautivar a una mujer, una evidente superioridad intelectual. O lo que sea pertinente en cada época histórica en el terreno de las habilidades socialmente apreciadas.

Y *My Fair Lady* nos encantó. Tanto como *Pretty Woman*. Y no solo porque fuera una estupenda película, Cukor un gran director, y Hepburn y Harrison unos excelentes actores, sino porque nuestros sueños de princesas rescatadas eran cumplidamente retratados.

¡Socorro, me acosan!

Que no cunda el escándalo en las filas de los guardianes de la corrección política. No pretendo afirmar que no exista un problema de acoso sexual contra las mujeres. Y quizá contra los hombres, aunque ese asunto aún no haya sido estudiado. Por supuesto que existe.

El presidente de Israel, Moshe Katzav, fue obligado a renunciar a su cargo en 2007 por denuncias de acoso sexual. No una funcionaria, sino varias que trabajaron a sus órdenes le han acusado de presiones y abusos varios, incluso de violación. Aún sin resolverse completamente el caso, cuesta pensar en la posibilidad de que todas esas funcionarias hayan imaginado abusos. Más bien parece que se cometieron, a pesar de que la abnegada esposa de Katzav le ha defendido a lo largo de todo el proceso, lo cual tampoco es tan inusual si tenemos en cuenta que a veces se produce también en los casos de malos tratos; a la propia esposa, quiero decir.

Hay otros muchos casos en la vida cotidiana, en cualquier lugar de trabajo, como el de aquel comisario de la Policía Nacional que fue suspendido en el verano de 2007 de su cargo por acusaciones de acoso sexual. Aún no se conoce el desenlace de esta historia, pero el relato de la agente que le acusó estaba lleno de detalles en apariencia coherentes sobre las constantes presiones e insinuaciones de tipo sexual que este comisario realizó sobre ella valiéndose de su posición jerárquica superior y de la capacidad que tenía para condicionar su ascenso profesional.

Después, no faltan las historias de las oportunistas que han querido hacerse algo más ricas con falsas acusaciones de acoso

sexual o que han participado en sucios complots para destruir el honor de otras personas. En los medios políticos, el caso de Paula Jones no es único. Paula Jones era una empleada de la Gobernación de Arkansas, el estado del que fue gobernador Bill Clinton. No denunció el supuesto acoso, fechado por ella en 1991, hasta que estalló el escándalo Lewinsky, aquella nauseabunda movilización contra Clinton por sus relaciones sexuales con Monica Lewinsky.

Con la perspectiva de los años, aquel acoso a Bill Clinton por sus aventuras amorosas con Lewinsky resulta aún mucho más incomprensible en el marco de una sociedad liberal. Los americanos que apoyaron las críticas a Clinton, o la propia investigación judicial —porque, sí, hubo incluso una investigación judicial comandada por el tristemente famoso fiscal Starr—, adujeron que el problema era la mentira de Clinton sobre esa cuestión. No su relación con Lewinsky, sino la mentira sobre esa relación, lo que sería intolerable en un presidente de Estados Unidos.

Pero ese argumento también palidece con el tiempo. Y queda la persecución moral en la que algunos vividores intentaron hacer sus negocios particulares. Como Paula Jones, que, justo cuando el asunto Lewinsky estaba en pleno fragor, se acordó repentinamente de que Bill Clinton la había acosado en 1991. Contaba que, en mayo de 1991, Clinton le pidió que subiera a su habitación. Desconocemos por qué motivos subió, pero sí sabemos que, según Jones, Clinton se desnudó y le pidió sexo oral. La jueza federal Susan Webber archivó en 1998 el caso por falta de pruebas.

A pesar de las oportunistas, el problema es real. Pero su tratamiento desde las instituciones de defensa de los derechos de las mujeres o desde el discurso de la igualdad ha dejado mucho que desear. La frágil princesa rescatada incapaz de defenderse por sí misma asoma inquietante entre sus denuncias.

La propia definición de acoso sexual o la disparidad de cifras manejadas para denunciarlo muestran algo de ese problema, de mujeres que han enfocado un problema real en una dirección no siempre acertada. En el énfasis en la debilidad de la mujer y en su incapacidad para tener la autonomía y la fuerza necesarias para defenderse a sí misma.

Podemos estar de acuerdo en la definición del acoso sexual como aquella presión de naturaleza sexual, verbal o física, que surge en la relación de trabajo y que condiciona negativamente en formas diversas a la persona acosada para el desarrollo de ese trabajo. El problema es que el exceso de celo o el complejo de princesa rescatada han llevado a muchas mujeres a incluir prácticamente todo en ese acoso. No solo las presiones sexuales físicas y psíquicas, sino también los piropos, los chistes, las muecas, las miradas, etc.

En otras palabras, que prácticamente cualquier cosa que un hombre diga a una mujer en el centro de trabajo puede ser considerado acoso sexual. O, desde otro punto de vista no contemplado hasta el presente, un comentario elogioso sobre el cuerpo de un compañero realizado por una mujer sería constitutivo de acoso sexual. Una invitación a tomar una copa también podría serlo, sobre todo si ella es su jefa. Un chiste subido de tono en su presencia, también.

Pero si el acoso sexual no se estudia en el sentido contrario, en el de las mujeres hacia los hombres, no solo se debe a que son los hombres los que de momento ocupan la mayoría de posiciones de poder en los centros de trabajo. También, a que consideramos que un hombre es capaz de defenderse frente a esas muestras de «acoso» de una mujer. O que debería serlo. Y, sin embargo, la mujer es convertida automáticamente en una víctima indefensa en cualesquiera de esos supuestos. Como si ella fuera incapaz de enfrentarse al hombre.

Un estudio del Centro Egipcio para los Derechos de la Mujer realizado entre 2700 encuestadas ha puesto de manifiesto que un 57 por 100 de las egipcias ha sido objeto de acoso al menos una vez en su vida. Según la Organización Internacional del Trabajo, entre un 30 y un 50 por 100 de las mujeres de América Latina han sufrido alguna vez acoso sexual. De acuerdo con una investigación llevada a cabo por la Unión de Personal Civil de la Nación de Argentina entre trabajadoras de ese gremio en la década de 1990, un 47 por 100 de las empleadas declaraba haber sufrido algún tipo de acoso.

En España, las cifras no están muy claras. Según un estudio del Instituto de la Mujer, publicado en 2006, *El acoso sexual de las mujeres en el ámbito laboral: resumen de resultados*, un 18 por 100 de las encuestadas se sienten discriminadas en su trabajo, aunque solo el 2,6 por 100 de ellas por acoso sexual. Pero la misma encuesta señala que un 10 por 100 de las mujeres entrevistadas declara haber sufrido algún tipo de acoso sexual en su trabajo en el último año. Los autores del estudio trasladan el porcentaje a las mujeres activas en España en 2005, 8 425 000, y calculan que las acosadas en 2005 fueron... ¡¡¡835 000!!! La cifra es espeluznante, como para salir corriendo de España; las mujeres, especialmente. El problema es que no sabemos si el motivo para salir corriendo es un chiste un poco grosero o un comentario aprobador sobre la falda de esa mañana, o algo realmente serio e importante que las mujeres no sean capaces de afrontar sin la ayuda de las leyes y de los jueces. Esos motivos serios existen, pero no se pueden mezclar con los chistes.

El propio estudio del Instituto de la Mujer tiene algún problema para asentar la supuesta trascendencia del acoso. Un análisis hecho por este instituto sobre los periódicos *El País, ABC* y *El Mundo* en 2005 muestra que solo catorce noticias de *El País*, siete de *ABC* y cinco de *El Mundo* contenían titulares donde figurara el

concepto de acoso sexual. Y no, al parecer, porque estos periódicos descuidaran el problema, puesto que el estudio recoge también que en 2005 la Inspección de Trabajo y Seguridad Social realizó 120 actuaciones por acoso sexual y detectó una sola infracción.

Otro estudio del Instituto de la Mujer realizado en la Comunidad Valenciana y presentado en 2007 añadía aún más complejidad a esta cuestión. El estudio *Acoso Psicológico y Sexual en el Trabajo*, realizado con entrevistas a 1714 personas, muestra que cuando se introduce un concepto más amplio, como el de acoso psicológico, los hombres afectados también son numerosos. Un 9 por 100 de las mujeres entrevistadas afirmaron sufrir acoso, pero también un 7 por 100 de los hombres. Y en un 58 por 100 el acoso era grave en ellos, frente a un 45 por 100 de las mujeres.

Si las cifras son tan indeterminadas aún y varían tanto según los estudios y los países, se debe a la confusa frontera que separa el acoso sexual en el trabajo de lo que no lo es. Y que ocurre porque son las propias mujeres las que, después de conseguir que un problema antaño invisible fuera visible, han ampliado el campo del acoso a límites ridículos, grotescos para el propio desarrollo del nuevo papel laboral, social y público de las mujeres.

Una vez que las leyes han reconocido la igualdad de las mujeres, somos nosotras en primer término las que debemos ejercer esa igualdad. Rescatándonos a nosotras mismas, por ejemplo, ejerciendo de vez en cuando de aguerridos príncipes. Con nosotras mismas e incluso con un príncipe indefenso al que hayan acosado en la oficina. Y si no avanzamos tan rápido aún, pues cambiar los sueños infantiles no es tan sencillo, dejemos al menos de hacer ridículas versiones posmodernas de los viejos fantasmas.

Por ejemplo, en aquella lamentable campaña que emprendieron muchas mujeres contra un anuncio de Dolce y Gabbana, en

2007. En el anuncio, tres hombres rodeaban y sujetaban a una mujer en lo que las denunciantes interpretaron como actitud agresiva o incitación a la violencia sexual. Al margen del completo desconocimiento que mostraban sobre la estética, los mensajes y la trayectoria de estos diseñadores, si una no está atrapada en los cuentos de la princesa rescatada, lo único que puede ver en esa fotografía es una escena erótica en la que una mujer se dispone a disfrutar de tres bellos hombres. Desde el punto de vista sexual, la fotografía es más bien avanzada, puesto que la mujer muestra una actitud tan activa y tan sexual como los hombres y, además, es ella la que tiene relaciones con tres hombres y no al revés. Pero esto, que era una escena erótica hecha para mujeres del siglo XXI, fue interpretado por la vieja corrección política como acoso sexual.

Una reacción semejante, de tintes puritanos y mojigatos, se produjo con un anuncio de Burger King en 2006. Fue denunciado por el Instituto de la Mujer y por el PSOE. El protagonista del anuncio decía: «Soy un hombre, rugiré... Me muero de hambre para este pasto de animal. Ahora mismo iré a buscar una Doble Whopper, ¡hombre, está genial!». El anuncio acababa con el hombre tirando un coche por un puente, después de haberse comido la hamburguesa que le había hecho más hombre. Al Instituto de la Mujer le pareció denigrante para los hombres. Y a la secretaria de Igualdad del PSOE, Maribel Montaño, le pareció que mostraba «una imagen cavernícola de los hombres» y hacía «un flaco favor a la igualdad». No entendí por qué. ¿Quizá porque tampoco los príncipes eran así?

4
La dictadura estética, de ellos y de ellas

Las piernas de Condoleezza Rice

Es la portada de *El País* del 17 de febrero de 2007. Una fotografía a cuatro columnas la preside. Una fotografía de Condoleezza Rice. De sus piernas, para ser más exactos. El fotógrafo de la agencia Reuters, firmante de la fotografía, ha hecho lo mismo que algunos niños: tumbarse debajo de la falda de Rice para ver lo que pudiera y para fotografiarle las piernas que ella tiene elegantemente cruzadas debajo de la mesa. No ha llegado a las bragas, mas, dado el ángulo de la fotografía, no es difícil imaginar al fotógrafo intentándolo. Es cierto que también aparece el rostro de Rice, pero es totalmente secundario. La noticia gráfica de la portada de este periódico son las piernas de Rice. El titular que ilustra la fotografía es absurdo: «El Congreso de Estados Unidos censura la estrategia de Bush en Iraq». ¿Y qué tiene que ver la obsesión con las bragas de Rice con Bush, con el Congreso o con Iraq?, se pregunta el lector. Mejor dicho, la lectora. El lector no está leyendo el titular; está adoptando la misma postura que el fotógrafo para ver si alcanza a ver las bragas.

Se trata de un periódico de información general, no de una revista de variedades o de moda. Y ella, la protagonista de la portada, es nada menos que la secretaria de Estado de Estados Unidos. Y, sin embargo, este periódico no ha dudado en convertir a la ministra de Exteriores estadounidense en un objeto erótico, y a su

portada de información política, en una exhibición de ¿erotismo político?

Se trata del principal periódico español de centro-izquierda y, por lo tanto, el más cercano, teóricamente, al feminismo. Eso es pura teoría, por supuesto, y parte de la leyenda que atribuye a los medios culturales y políticos de la izquierda una mayor sensibilidad hacia los valores igualitarios de género. En la práctica, los medios de izquierda y los medios de derecha son muy semejantes en este asunto. A todos ellos se les escapa de vez en cuando una fotografía de piernas. Lo que ocurre es que, cuando lo hacen, normalmente no lo llevan a portada, sino que lo dejan en páginas interiores o, en todo caso, en la contraportada. La revolución igualitaria ha avanzado, de momento, hasta ese punto, hasta enviar las piernas a las páginas de sociedad o de cotilleos o, en el peor de los casos, a la contraportada.

Esta portada podría ser parte de las notas de frivolidad que todos los medios serios introducen en algún momento para hacer más digerible o entretenida su información, si no fuera por el profundo sexismo que destila. No porque enseñe unas piernas, sino porque las piernas son, necesariamente, de una mujer. O el pecho, o el culo. El personaje político convertido en objeto erótico es una mujer, no un hombre. Siempre, indefectiblemente. Como si las políticas pudieran ser convertidas en adornos estéticos y los políticos no, y como si los lectores de ese diario fueran exclusivamente hombres y se hiciera una portada pensada solo para ellos.

Dado el porcentaje actual de políticos y políticas, la posibilidad de practicar un poco de frivolidad en las portadas con una mirada erótica hacia el político de turno es notablemente mayor con los hombres. Pero no recuerdo que se haya hecho jamás en la portada de un diario de información general. No recuerdo una perspectiva como la de Rice de las bellas piernas de un político, y

hay unas cuantas; mientras hacen deporte, por ejemplo. O un primer plano de un culo masculino y muy político bien formado. O de cualquier otra parte de la anatomía masculina que nos pudiera interesar a nosotras, no a ellos.

Ningún periódico serio osaría hacerlo. Los políticos aparecen en sus portadas por su trabajo político, por su condición de políticos, no por sus piernas ni por su culo. Su aspecto físico no existe como objeto erótico, al menos en los periódicos. Probablemente, los periodistas que decidieron la publicación de la portada de las piernas de Rice añadirían incluso que ese tipo de portadas no interesa, que las piernas de un político no interesan a nadie. Es decir, a ellos, a los hombres. Las mujeres pasamos a ser nadie en este tipo de discusiones. En este debate, el público femenino desaparece del mapa, aunque constituya cerca de la mitad o la mitad de los lectores de un periódico.

Es en esta zona, en la de las concepciones sobre el físico de hombres y mujeres, donde aún encontramos uno de los dos grandes restos de desigualdad en los países más modernizados. Al otro, al sexo, me referiré más adelante.

Las mujeres aún están obligadas a ser bellas para ser valoradas socialmente. Y todavía son valoradas socialmente por su físico antes que por cualquier otro rasgo o cualidad. Las piernas de ella, aunque sea la secretaria de Estado de Estados Unidos, importan, son relevantes. A veces, como en el caso que nos ocupa, son más importantes que su cabeza, que su trabajo. Las de él, no; a no ser que sea modelo, o futbolista, o actor de cine porno. Pero ella, ellas, son, en primer término, lo que sea su aspecto físico, no su intelecto, sus sentimientos, sus realizaciones como persona o como profesional. Ella empieza en las piernas. Él, en el cerebro.

Y esto ocurre en plena era de la igualdad, cuando creíamos haber conquistado el derecho a movernos con las mismas reglas de juego. Discrepo de Naomi Wolf en una buena parte de sus inter-

pretaciones, pero creo, sin embargo, que supo captar la esencia de este problema en lo que llamó *El mito de la belleza*. El mito de la belleza, escribió Wolf, cuenta una historia, la historia de que existe una cualidad objetiva y universal llamada belleza, que las mujeres están obligadas a desear personificar y los hombres a desear poseer a las mujeres que la personifiquen.

Wolf también puso de relieve el contraste entre los avances en la igualdad de las mujeres y la relevancia del mito de la belleza. Escribió en 1990: «Durante la pasada década, las mujeres alteraron la estructura del poder, pero, mientras tanto, los desórdenes alimenticios crecieron exponencialmente y la cirugía estética se convirtió en la especialidad médica de mayor crecimiento. Durante los últimos cinco años, el gasto de los consumidores se dobló, la pornografía se convirtió en la principal categoría de los medios de comunicación, y treinta y tres mil mujeres americanas dijeron a los encuestadores que preferirían perder entre diez y quince libras antes que cualquier otro objetivo. Más mujeres tienen más poder, dinero, influencia y reconocimiento legal que lo que hemos tenido jamás; pero en términos de cómo nos sentimos con nosotras mismas *físicamente* podemos estar hoy peor que nuestras no liberadas abuelas. Investigaciones recientes muestran consistentemente que en el interior de la mayoría de las atractivas, controladas y exitosas mujeres trabajadoras de los países occidentales hay una ficha secreta que envenena nuestra libertad; contaminada de nociones de belleza, hay una oscura vena repleta de desprecio por una misma, de obsesiones físicas, de terror a envejecer y pánico a la pérdida de control[16]».

El mito de la belleza, afirma Wolf, es el último superviviente de las viejas ideologías femeninas que todavía tiene capacidad para controlar a las mujeres y ha ocupado el lugar que antes ocupaban, también para la coerción social, la maternidad, el papel en el hogar, la castidad y la pasividad.

Creo que Wolf capta la esencia de una de las últimas prisiones de las mujeres. Pero no la de sus agentes y la de sus carceleros. Esto no es, como afirma, una violenta reacción contra el feminismo que usa las imágenes de la belleza femenina como un arma política contra el avance de las mujeres. No se trata de ninguna reacción, sino de la lentitud de la evolución de algunos aspectos de la revolución igualitaria. Una lentitud de la que son responsables las mujeres tanto como los hombres. No estamos ante ningún ataque organizado contra las mujeres o el feminismo, sino ante las dificultades, incluso la incapacidad, de las propias mujeres para superar algunas de las viejas barreras.

Estamos atrapadas en el mito de la belleza. Y tampoco hemos sabido contrarrestarlo con una noción alternativa de ¿un mito de belleza masculino que pudiera poner las reglas de juego en términos igualitarios? Ellos hacen las portadas con las piernas de Condoleezza Rice y nosotras asumimos las reglas implícitas en esa portada. Y cuando tenemos en nuestra mano una portada, cosa que aún no ocurre frecuentemente, nos sentimos obligadas a poner las piernas de Rice. Es la norma. Las mujeres no hemos sido capaces aún de romperla colocando las piernas de él.

El mito del hombre interesante

El mito de la belleza femenina se complementa, por supuesto, con un concepto de belleza masculino en cuyo contraste se entiende el mito de la belleza femenina en todas sus consecuencias. Se trata del mito del hombre interesante, es decir, del hombre feo, gordo, o raquítico, viejo, incluso deforme, pero interesante. Parafraseando a Naomi Wolf, podríamos decir que el mito del hombre interesante prescribe que existe una cualidad universal y objetiva llamada interés que los hombres tienen la plena libertad de personificar y nosotras la obligación de admirar.

Abro un suplemento dominical dedicado a la moda masculina. Da lo mismo su identidad o su procedencia, los patrones son

siempre los mismos. El reportaje aborda esa variante tan habitual ahora en las revistas del ramo, por lo que tiene de democratización aparente de la moda, de una ropa para cada tipo de hombre, alto, bajo, robusto, delgado, pequeño y musculoso. Ilustra cada tipo de hombre con un personaje conocido y ocurre algo que es inconcebible en un reportaje similar sobre la moda femenina. La mayoría de los elegidos son un desastre físico. Cuatro de seis, en concreto. El quinto es demasiado viejo. El único que corresponde a las reglas que presidirían el mismo reportaje aplicado a las mujeres es el sexto.

El primero, muy alto, es Pau Gasol. Su equivalente femenina jamás aparecería en un reportaje de moda. Sería vetada con horror por los hombres y por las mujeres responsables de estas revistas por fea, desgarbada y falta de cualquier asomo de atractivo. El segundo, el bajo, engrosaría la página de humor de esa revista si fuera mujer. Y ni siquiera es seguro que alcanzara dicho lugar, dado el extremado grado de su fealdad. Se trata de Danny DeVito. El tercero, el llamado robusto, es decir, el gordo, tan solo ilustraría las páginas de los regímenes de adelgazamiento, puesto que si fuera mujer ni siquiera se le ofrecería el honor de modelar para las tallas grandes. Para eso se requieren gordas bellas y atractivas, no gordas a secas, y, además, con aspecto un poco sucio y grasiento, como es el caso de James Gandolfini.

El cuarto podría estar en las páginas de la belleza madura, atractivas a los cincuenta, *sexy* con arrugas y similares. Pero nunca sería seleccionado para ilustrar la moda para delgados de la temporada. Es demasiado viejo. Ha pasado los cincuenta, y el mito de la belleza femenina es inflexible en ese punto. Se trata de Dominique de Villepin, en excelente edad para la política, pero no para la moda. El quinto, el pequeño, es, en realidad, el raquítico, desgarbado, miope y feo anciano. En una revista femenina o sobre mujeres tendría su hueco, por supuesto, pero en las páginas

dedicadas a las artistas y a las intelectuales. Y si ocupara las de moda o las de belleza sería para ilustrar cómo no debe llegar usted a los setenta, aunque sea una gran artista. Woody Allen sería perfecto para esa sección. Si fuera mujer. Como es hombre, los responsables de moda del suplemento que estoy relatando lo encontraron perfecto para ilustrar a los hombres pequeños sobre la moda que viene. Vean, admiren el estilo y la elegancia de este feísimo espécimen masculino. Es así como ustedes se verán cuando vistan la moda para «pequeños» que les mostramos. Igual de interesantes que este adefesio.

Llegamos, por fin, a la única excepción del reportaje. Deberíamos pensar que es la casualidad más que la excepción lo que ha provocado la sorpresa del reportaje, dado el nivel físico del conjunto de los hombres elegidos. El azar ha querido que el sexto hombre elegido, esta vez para la sección de los «musculosos», responda a las reglas que se impondrían a una mujer en la misma sección. Sí, en efecto, es muy guapo, su cuerpo es perfecto, y la edad, la adecuada, puesto que no parece haber llegado a los treinta y cinco. Es el actor Matthew McConaughey. Probablemente, se coló en esta sección sin estar previsto. Buscaban un hombre interesante, pero no encontraron ninguno con algún músculo digno de ilustrar la página. Y tuvieron que conformarse con un guapo, guapo a secas. Como si fuera una vulgar mujer.

Y es que el mito del hombre interesante ha dirigido la confección de las páginas descritas. Los responsables de la sección, y no me extrañaría que hubiera mujeres, creen firmemente en ese mito. En la idea de que la belleza masculina es eso, un hombre interesante. Desgarbado y feúcho como Gasol, pero interesante, puesto que ha triunfado en el baloncesto; gordo y diminuto como DeVito, pero interesante, puesto que es muy ocurrente y gracioso, al menos en sus películas; gordo y grasiento como Gandolfini, pero interesante, porque alguien que encarna a un mafioso y ase-

sino resulta inevitablemente *sexy* por hacerlo; madurito como Villepin, pero interesante, ya que las canas y la edad hacen necesariamente interesante a un hombre; viejo y feo como Allen, pero interesante, pues es un intelectual.

Las cualidades físicas que definen el mito de la belleza femenina han sido completamente sustituidas por las cualidades mentales, o por los triunfos profesionales, o por el poder. El hombre interesante es aquel que ha logrado algo, independientemente de su aspecto físico. La mujer bella es la que posee un aspecto físico privilegiado, al margen de lo que haya hecho en la vida. Ella es un rostro bello, unas piernas estilizadas, un culo firme, unas grandes tetas. Él es un cerebro, una personalidad, un sentido del humor, una sabiduría.

Una buena parte de los hombres cree firmemente en ese mito. Que la belleza está en el interior, siempre que se trate de los hombres. Que los rasgos físicos son secundarios si se tienen otras cualidades. Que esas cualidades sustituyen en ellos a la belleza. Que los modelos de los hombres anhelados son los interesantes: el feo y desgarbado Gasol, el gordo y deforme Danny DeVito, el viejo y enclenque Woody Allen, el gordo y mugriento James Gandolfini, el cincuentón Dominique de Villepin.

No hay crecientes problemas alimenticios o crisis con la propia imagen en los hombres como los hay en las mujeres; Wolf tiene razón, en el año 1990 y, ahora, en la primera década del siglo XXI, porque el mito del hombre interesante los preserva de esos problemas. Sea usted un horror físico y disfrute porque es usted un hombre interesante mientras surja alguna idea sugerente de su cerebro. Relájese, no necesita botox, pues sus arrugas son fascinantes y aumentan su *sex-appeal*. Mantenga esas raquíticas piernas y esa oronda tripa, que no importa, que las mujeres lo encontrarán fascinante mientras usted escriba libros tan sesudos.

El mito del hombre interesante es muy conveniente, puesto que convierte en rasgos de atractivo aquellos que uno puede lograr con las propias acciones, no los que dependen del azar de la naturaleza. Lo han creado los hombres y debemos alabar su inteligencia y su sentido práctico por haberlo hecho. El problema de las mujeres es que a nosotras nos han creado ellos el mito de la belleza. Y no solo no hemos sido capaces de sustituirlo por el mito de la mujer interesante, sino que nos hemos dedicado obsesivamente, nos seguimos dedicando, a conformar nuestra apariencia física con lo que el mito nos prescribe.

Y mientras lo hacemos, también hemos abrazado con entusiasmo el mito del hombre interesante. Hágase una encuesta entre las mujeres sobre los hombres interesantes del reportaje antes descrito. No hay que descartar que Matthew McConaughey quedara en último lugar en la lista de los hombres que más atraen a las mujeres. Nosotras debemos pensar en sus cerebros y en sus grandes realizaciones. Y, de hecho, lo hacemos. Es tan vulgar elegirlos por los músculos de su tórax...

El libro gordo de las tetas grandes

El título de este epígrafe no es mío. Es de mi colega de las páginas de *ABC* Manuel Rodríguez Rivero, que tituló así uno de sus inteligentes e incisivos artículos, dedicado a un libro de fotografías de tetas de la editorial Taschen. Escribía Rodríguez Rivero sobre *The Big Book of Breast* que se trata de «un homenaje ordinario, chocarrero y, a la vez, fascinante a esa macrofilia mamaria ("naturales" y anteriores a la era de la silicona, según reza la publicidad del volumen) tan habitual entre los varones estadounidenses» (*ABC de las Artes y de las Letras*, 14-X-2006).

Añadiría a Manuel Rodríguez Rivero que la macrofilia mamaria es habitual en los hombres de todo el planeta. Y que las mujeres contribuyen con entusiasmo con su creciente pasión por colocarse unas enormes tetas, e incluso vivir de ellas. El protagonis-

mo absoluto de las tetas en la imagen de la mujer contemporánea es un buen exponente de la acusada cojera que aún afecta a la revolución igualitaria.

Las tetas no están solo en *Playboy* o en *Interviú*. Están en todas partes. Casi todos los hombres suspiran por ellas y casi todas las mujeres desean tenerlas. Las imágenes del siglo XXI son una feria de tetas. Ellos se acercan a la atracción para verlas, para tocarlas, para poseerlas, y ellas suspiran por estar colocadas en el mejor puesto de exhibición de la atracción. No es una mera cuestión de negocios: les pagan bien por ser exhibidas en la barraca de la feria. Pero, además, lo desean íntimamente. La barraca es su consagración social. Y los suspiros de los visitantes, la prueba de que han llegado a lo más alto de su escala social.

A la gloria por las tetas es uno de los *leitmotiv* de muchas chicas del siglo XXI. Dado que existe la silicona, no es tan complicado. Se requiere voluntad y fe en sus resultados. ¿Carrera universitaria? ¿Profesional? Bueno, no está mal, pero la gloria y el dinero alcanzados con las tetas son más rápidos y satisfactorios. Ana Paula Oliveira había conseguido ser juez de línea del Campeonato de Primera División de Brasil. Nació en 1978 en Sao Paulo. Heredó la afición de su padre, un árbitro *amateur* que la llevaba a los partidos de fútbol. Rompió moldes, se introdujo en un mundo masculino, se atrevió con una actividad aparentemente vedada para las mujeres. Una chica del siglo XXI, ¿no?

Sí, del XXI, pero con tetas incluidas. Esta rompedora árbitro de fútbol también prefiere la barraca de la feria para realizarse. Posó para *Playboy*, la barraca más conocida para esos menesteres. Suponemos que ganó un sustancioso dinero y nuevas barracas y nuevos contratos bastante más rentables que las carreras por los campos de fútbol. La FIFA la ha excluido de los partidos internacionales, lo que no sé muy bien a qué se ha debido, quizá a un código de conducta que prohíbe desnudarse a los árbitros. Es un

detalle menor para Ana Paula. Ella ha conseguido su gloria particular, su deseada barraca en la que sus tetas han quedado fotografiadas para la posteridad, gracias a las técnicas modernas del circo que prolongan la exhibición mucho más allá del tiempo estricto de la representación.

María Dolores Jiménez era concejala del PP del Ayuntamiento de Lepe, en Huelva. Tiene treinta y cinco años y es ingeniera agrónoma. Inició su particular carrera hacia la gloria con unos semidesnudos en una revista municipal de Lepe. Aspiraba a ser *Miss* Lepe para completar su currículum de ingeniera y de concejala. Pero la primera barraca dio más frutos de los esperados y le ofrecieron otra de mucha mayor difusión, la de *Interviú*. Además de unos 60 000 euros.

Poco antes de las elecciones autonómicas y municipales de 2006, sus tetas ilustraban el siguiente titular: «La concejala de Lepe calienta la campaña». ¿Qué concejala puede aspirar, pensará Jiménez, a una labor más noble y grandiosa que esta? Nada más y nada menos que calentar la campaña. La concejala aclaró que le encanta hacer nudismo, que no atenta contra sus principios y que no debería ir en contra de nadie.

También añadió que ella se siente de izquierdas, aunque sea concejala del PP. Y que cree en la política, pero no en los políticos. Obviamente, ella cree en las tetas, razón que explica probablemente la consecuente decisión del PP de no incluirla de nuevo en sus listas en las elecciones de 2006. Quizá porque no querían que la concejala *calentara* su campaña y preferían más bien que *calentara* exclusivamente a los consumidores de la barraca ocupada por Jiménez. La revolución igualitaria tiene sus lagunas, pero la centralidad de las tetas no ha llegado a las campañas electorales. En esas se cuelan a su manera, mas no en las listas de los partidos respetables.

Ana María Ríos es peluquera y también ha conseguido su sueño. Sus tetas también han llegado a la barraca. Para ello tuvo que hacerse previamente famosa, con una desagradable historia, eso sí. Fue detenida en México por un supuesto tráfico de armas. Tuvieron que intervenir las autoridades españolas para liberarla. Y los vecinos de su pueblo, en Arcade (Pontevedra), que se manifestaron para exigir su liberación. Entre las autoridades españolas, los abogados y ellos, los vecinos, lo consiguieron. De vuelta de la angustiosa experiencia, Ana María Ríos encontró una manera de superar el estrés y el horror pasados haciendo universales sus tetas, tan universales al menos como lo sea la revista *Interviú*, el sueño de chicas como Ana María.

También fue invitada a varios programas rosa de televisión. Incluso anunció un libro con su experiencia. El libro no ha visto aún la luz, quizá porque la editorial no encontró el modo de rellenar las páginas suficientes. Y aquello tenía que ser un libro sobre una experiencia, no otro libro gordo de las tetas grandes, que ya está publicado, como acabo de relatar. Y, además, unas únicas tetas, por muchos ángulos que uses para fotografiarlas, no dan para un libro. Dan para un momento de gloria y unos cuantos miles de euros, los que tuvo esta peluquera, que, desde entonces, imagino, es conocida en Arcade (Pontevedra) por sus atributos físicos y no por su habilidad con el cabello de las clientas.

Michelle Manhart es la versión estadounidense del árbitro, de la concejala y de la peluquera. Ella es sargento del ejército estadounidense, pero también quería ingresar en la feria de las tetas. El dinero, de nuevo; probablemente. Y la gloria, la gloria de lograr la atención de miles de hombres a través de las páginas de *Playboy*; la hazaña de dejar de ser una chica cualquiera, desconocida, insignificante más allá de su círculo de familiares, amigos y compañeros de trabajo. Quizá aburrida de su vida cotidiana, deseosa de ser grande por un día, o por una semana, o lo que dure un nú-

mero de *Playboy* en los quioscos. ¿Y qué mejor y más rentable manera que hacerlo a través de la revista de Hugh Hefner, esa especie de *madame* de burdel, pero de burdel muy legal, con ricos y famosos incluidos?

Las chicas de los libros gordos de las tetas grandes siempre tienen algunas frases impactantes para acompañar las tetas. Michelle Manhart, por ejemplo, explicó que, cuando te reclutan en el ejército, te animan a hacer algo increíble, «y creo que eso es lo que hice». Es más, Manhart se siente una pionera: «espero haber abierto una puerta para otras mujeres soldado, y también para algunos hombres». A partir de ahora, la nueva estrategia del ejército estadounidense queda orientada. Cuando se acerque el enemigo, Michelle y sus compañeras, e incluso sus compañeros, se desnudarán. Y *madame* Hefner abrirá el pelotón con sus chicas vestidas de conejitas. Es indudable que chicas como Michelle, chicas de la nueva generación de mujeres educadas en la igualdad —ella nació en 1978—, han dado un nuevo aire a la profesión militar, el aire de las conejitas de *Playboy*. Ahora el ejército sale en la revista de la *madame* y el tamaño de sus tetas es su nueva referencia de evolución y modernización.

Las tetas son rentables en cualquier profesión. También en la política, a su manera. No en los partidos respetables, como señalaba más arriba. Pero las tetas sí son un instrumento eficaz para que las aventureras y oportunistas de toda ralea hagan su negocio particular en política. Como Tania Derveaux, una belga que fundó un partido político —es obvio que los requisitos están muy relajados en Bélgica— para promocionar su cuerpo y su negocio. Colgó las consiguientes fotografías propias de película porno en Internet y ofreció 40 000 felaciones a sus primeros 40 000 votantes. Explicó que ella no tiene ambiciones políticas. Bueno, es bastante evidente: sus ambiciones se sitúan más bien en la dirección de *madame* Hefner, con el inconveniente, quizá, de que Tania es

muy tímida y muy hogareña, que es la otra reflexión que acompañaba sus fotografías de chica *Playboy*. También había algunas frases referidas a la política que completaban el mensaje sobre las felaciones, algunas cosas sobre lo malos que son los partidos y los políticos tradicionales y lo necesaria que es la renovación en la política belga. Nuevamente, como la del ejército estadounidense, o la Liga de fútbol brasileña o la política de Lepe. A través de unas tetas. Y, en este caso, a través también de las felaciones prometidas por la de las tetas.

Tania no era estrella del cine porno, al menos hasta la campaña electoral belga de las felaciones, después de la cual habrá recibido numerosas ofertas; pero Melody Damayo sí lo es. Nació en 1973, probablemente también conoce la revolución feminista, pero también prefiere los métodos, llamémosles, tradicionales, para hacerse un lugar en la vida. Ahora quiere dedicarse a la política y explica: «Soy republicana. Creo en el derecho de los individuos a tomar las riendas de su vida. Mi partido lideró la lucha por los derechos civiles; fueron republicanas las sufragistas. Como mujer, miembro de una minoría étnica, me siento por completo identificada». Es lo que declaró cuando se presentó como candidata a gobernadora de Nevada, estado en que parece que los requisitos para ser candidata a unas elecciones son muy abiertos. Melody es de origen filipino, por lo que su mención a la minoría étnica se refería probablemente a eso, no a la minoría de trabajadores de la industria del porno que con ella quiere entrar en la política. Su ficha de presentación y su campaña son, por supuesto, su abundante material de trabajo que le asegura más visitas que a nadie en las páginas de Internet. La campaña no requiere de ninguna inversión económica y es seguro que le reportará amplios beneficios y un alud de nuevos contratos. Las tetas, de nuevo, tienen una excelente rentabilidad.

En algunos casos incluso han llevado directamente al Parlamento, sí, a un Parlamento de verdad, a sus propietarias. Como Illona Staller, más conocida como Cicciolina, una payasa especializada en desnudarse allí por donde pasaba que fue elegida diputada del Parlamento italiano en 1987 por el Partido Radical. O como Sussy Díaz, una Cicciolina peruana que llegó al Parlamento de su país en 1995 por lo mismo, aunque su campo principal de especialización y campaña electoral fuera el culo más que las tetas. Algo así como si la estrella porno española Nacho Vidal llegara al Parlamento nacional con una campaña centrada en su pene, enseñándolo allí donde fuera y prometiendo, quizá, unos cuantos revolcones a las votantes, a modo de la candidata belga.

O como si la firma Wonderbra, o la que sea que se dedique a los calzoncillos, organizara en mitad de una ciudad un espectáculo con jovencitos en calzoncillos. No ha ocurrido, por supuesto; ni Nacho Vidal es diputado del Parlamento. Lo que sí organizó la firma de sujetadores en el verano de 2007 fue un espectáculo de cien modelos en sujetador en la madrileña plaza de Colón. Las chicas fueron publicitadas ampliamente en todos los medios de comunicación. Las tetas siempre interesan a quienes deciden el contenido de los medios de comunicación. No hubo ningún reportaje de cien chicos en calzoncillos, quizá porque los fabricantes de estos pensaron que no era muy respetuoso para sus modelos exhibirlos de esa forma en una plaza pública, o porque temieron que los medios no encontraran interesantes a los modelos en calzoncillos. Normalmente, solo se interesan por las tetas. Y a nosotras nos parece bien, puesto que no he sabido que la firma mencionada quebrara por hacer una publicidad tan contraria a los valores de sus clientas, de sus en teoría avanzadas y modernas clientas.

Bueno, son imágenes, al fin y al cabo, *Playboy, Interviú*, las chicas en sujetador en una plaza, pensarán algunos. Pero son las

imágenes que conforman a la mujer contemporánea. Ella es, al final, unas tetas, como él sería un pene, si los penes tuvieran este éxito en los medios de comunicación y estuvieran tan bien pagados como las tetas. La escritora Amélie Nothomb afirmaba: «El problema de la televisión y de la cultura de la imagen consiste, precisamente, en que deteriora la capacidad de abstracción del ser humano. Empezando por la destrucción del lenguaje, que es lo que permite evocar las cosas en ausencia visual de ellas. Nuestra civilización se fundamenta sobre la palabra. Pero ahora retrocede por culpa del peso absoluto de la imagen. Los libros son los ladrillos con que se ha construido nuestra cultura[17]».

Antes que ella, el que ha sido hasta muy recientemente asesor electoral de George Bush, Karl Rove, lo expresó en términos electorales, cuando afirmó que prepara sus campañas electorales «como si la gente estuviera viendo la televisión sin sonido». Rove pensaba en la necesidad de que los mensajes fueran simples y claros. Y, por supuesto, en el impacto de la imagen. Las palabras de este libro y otras muchas palabras tendrán escasa trascendencia. Las imágenes que acabo de describir son las que fundamentan ahora nuestra civilización.

Y esos y otros miles de casos de libros gordos de tetas grandes no son producto de ninguna conspiración contra el feminismo y contra la igualdad de las mujeres, como pensara Naomi Wolf. Ahora son las propias mujeres las que han optado por lo que consideran un buen negocio. O una manera fácil y cómoda de lograr popularidad y atención mediática. La revolución igualitaria, el nuevo poder femenino del trabajo y del cerebro, no les interesa. Prefieren usar sus tetas, ponerles la silicona que haga falta y posar para *madame* Hefner. Son mujeres completamente libres, se han educado en las décadas de 1980 y 1990 y les parece estupendo ser las atracciones de una barraca de feria.

Y las mujeres que desde sus nuevas posiciones de poder tendrían la capacidad para colocar esas barracas en el lugar que les corresponde, en los espacios más marginales de la cultura de masas, han sido incapaces de hacerlo hasta ahora. Los hombres siguen dictando las reglas, haciendo de las barracas una referencia de la época, de lo que ellos consideran mujeres de la época, y las propias mujeres no han sido capaces de llevarles la contraria.

Betty, la heroína del siglo XXI

Betty, la fea es esa serie de televisión que ha triunfado allí donde se ha emitido. De origen colombiano, se han hecho innumerables versiones y se ha emitido en setenta países. Ha arrasado. La misma historia ha apasionado a las mujeres de medio planeta. Y lo ha hecho porque *Betty, la fea* es una especie de versión cutre de *Pretty Woman*. Tiene, como esta película, todos los ingredientes para triunfar... entre las mujeres del siglo XXI.

Betty no es bella desde el principio como lo era Julia Roberts. Tampoco es prostituta, mas también le falta lo imprescindible para ser feliz: la belleza, en este caso, y, como al personaje de Julia Roberts, el amor de un hombre guapo y rico. Ella no es una pobre prostituta, pero es una pobre fea, lo que hace su historia igual de difícil que la de la prostituta. Trágica, podríamos decir. Danny De Vito hace de modelo para los reportajes españoles de moda, pero lo de Betty es una auténtica desgracia. Ella es una mujer y tiene un aspecto terrible, casi tan terrible como el de Danny DeVito. Lo que a los millones de mujeres que han seguido esta serie por el mundo les apasiona es que desde el principio saben que el patito feo se convertirá en cisne, que, al igual que Julia Roberts, logrará todos sus ideales. Será salvada de su desgracia y, además, conquistará al rico y apuesto hombre.

La caracterización de Betty es grotesca, ridícula, tan burdos son los trucos para afearla. Las consabidas gafas, que deberían provocar una protesta de los fabricantes de gafas por su constan-

te asociación con la fealdad; el consabido corrector de dientes, porque Betty es un horror, pero se preocupa por los dientes; el peinado adaptado de los pelucones de los payasos del circo y el maquillaje para una película de miedo. Y su atuendo, ¡ah, su atuendo!, ha sido reunido en un almacén de disfraces. Betty se esfuerza cada mañana en que el disfraz sea aún más horrendo que el del día anterior. Pero funciona, porque nadie enciende la televisión cuando se trata de Betty, sus gafas, sus correctores, sus pelucones y sus disfraces para encontrar una historia intelectualmente respetable y para adultos con coeficientes de inteligencia medios.

Tampoco importa que algunas de las actrices que han interpretado a Betty en sus diferentes versiones le añadan actuaciones delirantes. Por ejemplo, la que hacía América Ferrara, la protagonista de la versión estadounidense. Betty, ha afirmado, «es mucho más que la nueva Cenicienta. Es toda una heroína, pero no porque tenga superpoderes o porque se acabe transformando en una princesa, sino por lo que lleva dentro». Ferrara remachó el argumento con otra fantástica pincelada sobre aquello de que la belleza está en el interior: «Betty nos recuerda que tenemos mucho más que ofrecer que nuestra apariencia». Por eso precisamente, el argumento, el nudo y el interés de la serie está solo en la transformación física de Betty, y por eso todas las actrices que la han interpretado son bellas mujeres sometidas a disfraces, gafas de horror y sesiones de maquillaje de dos y tres horas para conseguir el milagro final de la conversión en cisne. Y por eso a nadie se le ha ocurrido crear una serie sobre una *Betty, la fea* que triunfará y será feliz a pesar de seguir siendo fea. Quizá, parafraseando a Ferrara, porque la serie nos recuerda que las mujeres no tenemos mucho más que ofrecer que nuestra apariencia, y como esa apariencia no sea la ordenada por el mito de la belleza, tenemos un negro panorama.

Pero Betty es un sueño, un cuento de hadas y princesas en el que la varita mágica explica, justifica y realiza los más profundos anhelos de las mujeres. No el de ser salvadas por el príncipe valiente. Eso lo hicimos en otro sueño. En este, la varita mágica del hada nos convierte en bellas princesas y, a partir de ahí, el resto va sobre ruedas, sin varita siquiera. El bello príncipe es nuestro, y sus negocios y su dinero, también.

Betty, nos dice la serie, es inteligente. Es incapaz de distinguir la ropa de los disfraces y el peinado de las mujeres de los pelucones de los payasos, y, sin embargo, los guionistas nos dicen que esta mujer con aspecto, ademanes y costumbres de persona con evidentes síntomas de retraso mental es inteligente, puesto que ella se acaba convirtiendo en el cerebro de la empresa. Probablemente, aquí se halla el ingrediente moderno de la trama: en la inteligencia, lo que reconforta a las espectadoras, puesto que siempre es mejor que en el siglo XXI completemos nuestros anhelos máximos, la belleza y el príncipe, con un poco de cerebro.

Lorenzo Vilches, catedrático de Periodismo de la Universidad Autónoma de Barcelona y coordinador del Observatorio Iberoamericano de Televisión, ha afirmado que «el éxito de la protagonista fea está en el cambio cultural que está viviendo la mujer urbana y la transformación del hombre pecho-lobo en un ser de cierta complejidad psicológica que es, en parte, producto de su interacción en plan de igualdad con el otro sexo».

El punto de vista anterior es un ejemplo de que cada uno puede ver en una serie lo que le dé la gana. Incluso hay personas que encuentran en Betty el cambio cultural de la mujer urbana. Pero Betty es, en realidad, el más perfecto exponente de la prisión en la que nos ha encerrado el mito de la belleza. Nuestros sueños son los de esa prisión. Convertirnos en cisnes, lograr la perfección femenina, que es, sobre todo, física.

Como en el caso de los sujetadores y de los calzoncillos, el profundo sexismo de Betty en este siglo de la igualdad de géneros se aprecia en toda su amplitud cuando planteamos la hipótesis de la serie alternativa, la de, pongamos, *Danny, el feo*. Imaginemos a Danny De Vito con ese aspecto, como centro de una historia en la que es ignorado por todos por su extremada fealdad, y que, sin embargo, se transforma en una belleza y consigue casarse con su bella y rica jefa. Imaginemos, sobre todo, que los hombres de todo el planeta suspiraran por el sueño de Danny hecho realidad al final de la serie, el sueño de ellos mismos, ser guapos y casarse con la bella y rica princesa.

Me temo que ningún productor estará interesado en el guión anterior. Seguramente, lo encontrará falto de interés, incluso ridículo o estrambótico. ¿Un chico feo que se transforma en guapo? No; francamente, yo tampoco percibo el éxito de este guión. No engancharía con los sueños de nadie. Porque muy pocos, en el género masculino, tienen entre sus anhelos vitales la belleza. Y es que de ellos se esperan otras cosas en la vida. Y la belleza, esa sí que está en el interior cuando de hombres se trata.

La tentación vive en «Vogue»

Cuando José Luis Rodríguez Zapatero formó Gobierno tras ganar las elecciones de 2004, hizo especial hincapié en una cosa: en el Gobierno paritario. Nombró a un número igual de mujeres que de hombres al frente de los ministerios. Y durante meses, uno de sus mensajes más insistentes fue el de su preocupación por la igualdad de las mujeres. La campaña de propaganda iba muy bien hasta que una tentación peligrosa se cruzó en el camino de las ministras. Les ofrecieron un reportaje chic en *Vogue* y no lo pudieron resistir; lo aceptaron.

Las fotografías pasarán a la historia como uno de los mayores errores de las mujeres del poder. Las ministras posaron cual sofisticadas y *sexys* modelos, semitumbadas, además, sobre unas pie-

les, en pose típica de señoras ociosas de la alta sociedad. La imagen de representantes de la izquierda se fue a freír espárragos entre las pieles, por lo que luego aclararon que las pieles eran, en realidad, sintéticas, como si las señoras ociosas de las clases altas no alternaran las pieles auténticas con las sintéticas y como si alguien pudiera creer que aquellas fantásticas pieles eran sintéticas. Pero, en realidad, lo de las pieles o la frivolidad que destilaban las fotografías fue lo de menos.

El problema del reportaje, sobre todo para las mujeres, estaba en otro lugar, en la irresistible tentación de mujeres de tan altas cualificaciones, de tan importantes cargos políticos, de aparecer como mujeres bellas y sofisticadas. La irresistible tentación de ser bellas por un día. De dejar de ser ellas, las ministras, para ser las más guapas. Dadas las obvias contraindicaciones del reportaje, solo ese profundo anhelo que todas o casi todas las mujeres llevamos dentro explica el monumental patinazo de las ministras.

¡Tantos años de consecuente feminismo para esto! Para convertirse en modelos de *Vogue*. No hay que olvidar otro factor que contribuye a envenenar este tipo de cuestiones habitualmente. La moda y todo lo que la rodea es una genuina afición de muchas mujeres. Sea por educación o por biología, esa es otra cuestión, lo cierto es que, de la misma forma que muchos hombres son aficionados a los deportes, muchas mujeres somos aficionadas a la moda. Casi todas leemos revistas de moda; también las ministras, seguramente. En esas revistas hay, por lo tanto, un público importante para cualquier político. Y, además, un lugar de encuentro natural y habitual para las mujeres, por lo que un reportaje de este tipo es, entre otras cosas, una puesta en práctica de un divertimento a la vez que una forma de comunicarse con las votantes.

Sin embargo, los ministros no cometieron el error de hacerse un reportaje mientras gritaban en un partido de fútbol. Si lo hubieran hecho, las consecuencias habrían sido menores, de todas

formas. Porque los hombres no han pasado las últimas décadas intentando acabar con la imagen del hombre cavernícola ligado a los campos de fútbol, pero las mujeres sí que han intentado acabar con determinada imagen de la mujer. Y, con ese reportaje, las ministras apelaban a esa vieja y criticada imagen, la de la mujer dominada por el físico, por los adornos, por la belleza. Las ministras se convertían en una imagen de moda, no en una imagen de poder. Ellas eran, de nuevo, las mujeres que habían dejado de ser, las mujeres que el Gobierno paritario había pretendido superar.

Las tentaciones peligrosas de este tipo son constantes para todas las mujeres que han logrado algún avance profesional relevante. Aquellas que tienen cierta belleza inmediatamente reciben propuestas para sustituir una imagen por otra, la imagen de sus logros profesionales por su cuerpo. A la sociedad, a los hombres, el cuerpo aún les interesa más que los logros profesionales. Y ellas lo aceptan, casi siempre, no solo por la ingente cantidad de dinero asociada a la oferta en muchos de los casos. Sobre todo, porque esa es la única manera de triunfar de verdad.

Con la boca abierta

Maria Sharapova es tenista, situada durante varios años entre las mejores del mundo. Y, sin embargo, posa en innumerables publicaciones como una modelo, o, quizá, como una sugerente actriz especializada en papeles eróticos. Es decir, con la boca ligeramente entreabierta. En uno de esos tantos reportajes observo que en las páginas interiores los labios se entreabren aún más, en un gesto perfecto para dotar a la fotografía de la categoría adecuada para formar parte de los llamados calendarios de camioneros.

El reportaje se acompaña de otras fotografías de tenistas rusas, todas ellas perfectas también para engrosar el calendario de camioneros. Pero ninguna de ellas entreabre la boca como María Sharapova. En realidad, no son sus medidas perfectas ni su elegante figura ni, por supuesto, sus triunfos tenísticos los que le han

dado la portada y el protagonismo principal del reportaje. Es su indudable maestría para entreabrir la boca.

De hecho, existen dos tipos de mujeres en las sociedades desarrolladas: las que entreabren la boca cuando miran a una cámara y las que la mantienen cerrada. Las primeras son las reliquias de la era preigualitaria y las segundas corresponden a la era de la igualdad. Maria Sharapova está entre las primeras, en una categoría cercana a la mismísima Scarlett Johansson, probablemente, la reina actual de la boca entreabierta. Existen dos tipos de imágenes de Scarlett Johansson: con la boca entreabierta y con la boca entreabierta. La clave de su enorme éxito no está, por supuesto, en sus cualidades de actriz, sino en esa suprema técnica para abrir la boca.

A falta de un estudio científico sobre el particular, no puedo afirmar que la silicona contribuya a este gesto en la medida en que un exceso de ella pudiera hacer más difíciles los movimientos de los labios. De hecho, normalmente, cuanta más silicona en los labios, más abierta la boca. Pero no es el aspecto esencial de este asunto, sin embargo. El esencial es otro; es que incluso las mujeres más exitosas en el deporte imiten a las *pin-up* como Johansson especializadas en el entreabrir de bocas. Que en la era de la igualdad las reliquias de la era de la preigualdad tengan aún tanta presencia entre las imágenes de la mujer contemporánea, tanta que hasta las mujeres que han triunfado en las más diversas actividades y profesiones quieran imitar a las mujeres preigualitarias.

La boca abierta que exhibe este tipo de personajes es una forma de expresión o de gesto que, en la vida real, denota estupidez; incluso, un problema de retraso mental. En los códigos de interpretación de gestos que los humanos hemos aceptado o aprendido, las miradas con boca entreabierta que exhiben determinadas modelos o estrellas de las características de Scarlett Johansson

son sinónimo de imbecilidad y de cortedad mental. Un rostro con esta mirada como exponente principal de su personalidad jamás sería contratado en ningún trabajo. Ni merecería el más mínimo respeto intelectual por parte de cualquier interlocutor.

Y, sin embargo, la imagen de la mujer que domina en un sinfín de medios de comunicación es, en primer término, la de las tetas, y, en segundo, la de la boca abierta. La boca entreabierta tiene, por supuesto, un significado, un mensaje. El de la insinuación sexual, el de la disponibilidad para el sexo, unido al aire infantil y al mismo tiempo estúpido que se logra con el gesto. Mujer infantil y estúpida que invita al sexo, en definitiva. Si esto fuera el material de una revista pornográfica, sería comprensible y lógico. El material masculino también es de ese tipo.

Lo significativo de las mujeres de la boca abierta es que están en todas partes, no solo en las revistas pornográficas como sí lo están sus equivalentes masculinos. Una buena parte de las revistas de moda o de entretenimiento para mujeres adoptan este tipo de modelos como imágenes habituales de sus páginas. Y las propias mujeres que pueden elegir y construir el modelo de mujer que más les gusta escogen, en un número extraordinariamente alto de casos, mujeres con la expresión de Johansson, en un canto a la estupidez y al infantilismo incomprensible desde el punto de vista de las mujeres avanzadas.

No es extraño que Johansson y las bocas abiertas como ella constituyan el ideal de una buena parte de los hombres que toman las decisiones en el mundo del cine. La mayoría, además de ser hombres, tiene más de cincuenta años y una concepción de las mujeres, del sexo y de las relaciones entre hombres y mujeres, llamémosle, antigua. Lo extraño es que las propias mujeres adopten el estilo Johansson, algo así como si Silvester Stallone en sus mejores tiempos de los músculos y la expresión idiota fuera el ideal femenino y simbolizara la imagen del hombre que más nos

gusta, el hombre ideal. Y que, además, los hombres se esmeraran en conformar esa imagen.

Las bocas abiertas del tipo Johansson son a la belleza femenina lo que los músculos de Stallone, en *Rocky* o en *Cobra*, a la belleza masculina. Pero los músculos de Stallone permanecen en la marginalidad. Ningún hombre inteligente, sofisticado, avanzado, desearía parecerse a Stallone, al Stallone de esos tiempos ni al de ahora. Ellos han decidido que esa vulgaridad no representa al hombre contemporáneo, al menos al hombre contemporáneo al que a ellos les gustaría parecerse.

Pero también han decidido, simultáneamente, que la vulgaridad equivalente del sexo femenino, Scarlett y su boca, sí representa a la mujer contemporánea. Y a la mujer contemporánea le parece bien, o no dice lo contrario, al menos. Nosotras estamos encantadas con nuestra Stallone particular, ni siquiera nos reímos cuando contemplamos la estupidez de su mirada. Todo lo contrario, algunas se afanan por imitarla. Sharapova y otras muchas más. Mientras lo hace, Sharapova reclama que los torneos de tenis paguen lo mismo a las mujeres que a los hombres. En su momento, pidió apoyo a las televisiones y a los patrocinadores para «doblar la mano a Wimbledon», un torneo que paga menos a las mujeres que a los hombres. Con tanta boca abierta, se nos había olvidado, Sharapova es también jugadora de tenis, y después de jugar a la era preigualitaria, también reivindica la era de la igualdad. A ella le gustan las dos épocas, quiere aprovechar lo mejor de cada una de ellas, cobrar por representar la imagen de la mujer de la antigüedad y, además, cobrar igual cuando acomete actividades, que no posados, de la era de la igualdad. En Wimbledon aún no lo han entendido, siguen mirando la estúpida expresión de su boca abierta y no comprenden lo de la igualdad. ¿No había optado por la boca abierta?

El panorama resultante de tanta boca abierta lleva casi inevitablemente a la agria reflexión, una de tantas, que hiciera Maureen Dowd, acordándose de la feminista Gloria Steinem: «Si Gloria Steinem hubiera tenido una bola de cristal para ver un 2005 repleto de peleas de gatas, con las mujeres maquinando cómo atrapar a los hombres (y hacerse con el codiciado honor de ser "señora de…"), sometiéndose a intervenciones cosméticas para parecer conejitas del *Playboy* y vestir como "putas" (como dice el humorista Dave Chappelle), ¿se hubiera molestado la pobre en liderar aquella quema de sostenes?»[18].

Si lo que hemos logrado es el modelo de la estúpida boca abierta, es inevitable la pregunta de Dowd: ¿ha merecido la pena? Esta escritora y columnista del *New York Times* también es la autora de la expresión «Botox Epoch», que tampoco está mal para describir el lugar al que ha ido a parar al menos parte de la revolución feminista, la «Botox Epoch», escribe Dowd, permeada por las emociones plásticas de los antidepresivos y de los barnices plásticos en forma de colágeno, silicona, cirugía estética y botox.

Como es bien conocido, la gran mayoría de las intervenciones de cirugía estética se practican en mujeres. Hay países, como Egipto, donde las mujeres constituyen el total de las personas que recurren a esta cirugía. En otras zonas del mundo, eso era así hasta hace algunos años, pero está cambiando. Según Carlos Juri, profesor de Medicina en Buenos Aires y director de una clínica de cirugía estética en su país, Argentina, el quinto del mundo en número de operaciones realizadas, hace diez años los hombres constituían tan solo el 15 por 100 de los operados, pero han ascendido al 25 por 100.

En Estados Unidos, la Asociación Americana de Cirujanos Plásticos señalaba en 2004 que el porcentaje de hombres era del 11 por 100 entre los que recurrían a la cirugía estética. En España,

la cifra se sitúa entre el 20 y el 30 por 100, según Javier Ceballo, vicepresidente de la Sociedad Española de Cirugía Estética.

Los números muestran un cambio significativo, pero también la actual realidad, una en la que quienes dan una importancia esencial a su aspecto físico, a su belleza, son las mujeres, en mucha mayor medida que los hombres. Dado que los aspectos operables y mejorables de ellos son al menos tantos como los de ellas, esta disparidad debería ser sorprendente. Y, sin embargo, no lo es, porque el mito de la belleza femenina y el mito del hombre interesante tienen un enorme poder de persuasión en todo tipo de públicos. También entre los hombres y las mujeres más cultivados y exitosos profesionalmente. Lo esperable es que ella se obsesione por su perfección física y que él le dé una importancia menor.

Valentí Puig componía en uno de sus artículos un inquietante cuadro de lo que son, de lo que han devenido, en muchas ocasiones, esos hombres y mujeres cultivados, avanzados, hijos del Mayo del 68, de la revolución feminista, de la universidad, de la cultura, ¿de la liberación?: «La expectativa de esa primera cena de verano de los matrimonios amigos de toda la vida es la reaparición de la señora que dijo operarse de una verruga que —según los rumores— ha ido a por el *lifting* completo. Queda con una nariz de Candice Bergen, los labios de Julia Roberts en *sensurround*, el vientre plano de una vigilante de la playa y los pechos de Dolly Parton antes de cumplir los cincuenta. Al sonreír, restos del viejo cuerpo conviven con la materia agarrotada de lo nuevo y de lo añadido: es una sonrisa artificialmente viperina que topa con la franja de sus sienes, rígida y alisada. Los amigos la suponían mujer encaminada a una colmada madurez, poco convencional, despreocupada, feliz con su cuerpo y su mirar de siempre. Le ha podido el contexto juvenil de la anorexia, la literatura de la escualidez, el agravio comparativo, la presión del botox. Mientras, el ma-

rido pasa media jornada en el gimnasio, vive pendiente de la báscula y de los índices de colesterol. Ya ni se hablan, aunque se quieran» (*ABC*, 12-VIII-2007).

Como reflexiona lúcidamente Valentí Puig, ella, ellas, no han podido resistir la presión del ambiente, el agravio comparativo, la presión del botox. Los mensajes que reciben por todas partes les exigen belleza y juventud. Se espera de ellas lo de siempre, no lo que ellas esperaron en las últimas décadas que se esperara: su independencia, su autonomía personal y profesional, su realización laboral y profesional. Lo habían esperado y se encuentran con que aún hoy día las televisiones fomentan, por ejemplo, los concursos de modelos. De modelos femeninas, por supuesto. Como Cuatro, una cadena televisiva con tintes progresistas que cae exactamente en los mismos tics preigualitarios que las cadenas supuestamente menos progresistas. Ya van por la segunda edición de un programa para elegir a la supermodelo del año. Cientos de chicas se agolpan en sus *castings* para ser la más bella.

Los mensajes y las imágenes, la sustancia que compone los valores contemporáneos, se agolpan en la mente de las jovencitas españolas. Si tu madre te había explicado que debes ser independiente y profesional y asumir los nuevos roles de la sociedad de la igualdad, te ha mentido. Tu sueño debe ser el de tu bisabuela, quizá ni siquiera el de ella, puesto que se trata de una versión posmoderna de la mujer dependiente del pasado. Ahora, ya no es esencial la maternidad o el hogar, pero sí que quieras seguir siendo un adorno, un cuerpo, un objeto de contemplación, y no un cerebro.

No hay programas de supermodelos del año para ellos. ¿Cómo iba a haberlos? Ellos no son meros cuerpos. Ellos se realizan, destacan y triunfan cuando exhiben algún tipo de habilidad, cuando su cerebro entra en acción. A ninguna cadena televisiva se le ocurre hacer una feria de ganado con los chicos, una feria para dis-

frute de las mujeres pegadas a la televisión para contemplar los bellos músculos. Sería degradante para ellos y quizá revolucionario, peligrosamente revolucionario, para ellas. Ocuparían, por primera vez, el otro lado del escenario. Y eso no; es a ellas a quienes les corresponde la barraca. Y las jovencitas están convencidas de que tiene que ser así, que su madre no ha entendido los tiempos en que vive, que el éxito social, la gloria, el dinero, todo aquello que anhelan, llegará si consiguen colocarse en el mejor puesto de exhibición de la barraca. Todas quieren ser la supermodelo del año. ¿Hay un mejor sueño para las jóvenes del siglo XXI? Por supuesto que no. Mi madre es una mentirosa.

Y cuando no quieren ser supermodelos, quieren ser *misses*, el otro gran salto directo al dinero y a la gloria, sin pasar por las complicaciones de la igualdad, el estudio, el esfuerzo, el trabajo. A no ser, por supuesto, que hacer dieta y acudir al cirujano estético deba ser considerado trabajo. Cuando este tipo de feria ganadera de la era de la preigualdad se cruza con el presente, el resultado nuevamente es grotesco, como el de Sharapova exigiendo igualdad de salarios. Como cuando una *Miss* Cantabria fue desposeída, en 2007, de su honorable título por ser madre. Resulta que muchos de estos concursos de ganado femenino exigen la soltería o la ausencia de maternidad para presentarse, lo que es bastante acorde con su filosofía general, puesto que podemos convenir que las chicas no se colocan con sus niños en la exposición de la barraca, entre otras cosas, porque los objetivos de la exposición no se cumplen.

La reina destronada contrató una abogada, lo que da una idea de la modernización de las funciones clásicas de la mujer, pues ahora se hacen con la presencia y el asesoramiento de una abogada. Denunció la discriminación. No le permitían colocarse en la barraca por ser madre. Y a casi nadie le dio un ataque de risa en España. El caso saltó a los medios de comunicación, que no lo re-

legaron a las páginas de humor, sino a las muy honorables de sociedad. Incluso intervino Rosa Peris, directora del Instituto de la Mujer. «Es un caso claro de discriminación de la mujer —denunció—. Hay una clara concepción machista en nuestra sociedad de que la maternidad es una tara. Pero no existe la misma percepción sobre la paternidad». Definitivamente, querida Maureen Dowd, si Gloria Steinem levantara la cabeza... Nosotras la levantamos y estamos pensando en pedir la vuelta a la década de 1950. Entonces había esperanza. Ahora, hasta las feministas han perdido el norte.

Ahora defienden la igualdad para las mujeres de la preigualdad, pero siempre que se mantengan las reglas de la preigualdad con supermodelos y supermisses. Ellas también han sucumbido al poder de la imagen, a las tetas y a la silicona, a las mujeres de la boca abierta.

Con este panorama, esperar que las mujeres que protagonizaron la revolución de la igualdad aguanten el tipo es mucho pedir. Más bien hacen otras «revoluciones»; las de adelgazamiento, por ejemplo. La actriz Kristie Alley, protagonista de la serie *Fat Actress*, conocida por sus películas tanto como por haber llegado a los cien kilos, presentó su plan de adelgazamiento como un gran reto social. Probablemente, también lo era lucrativo, porque la actriz se convirtió en la portavoz del programa de adelgazamiento Jenny Craig. Lo lanzó en 2005 en el programa de televisión de Oprah Winfrey. Prometió que en un año iba a adelgazar y ponerse en bikini, cosa que cumplió un año después. La revolucionaria declaró al final de su reto: «Las mujeres nunca pensamos que estamos suficientemente bien. Y sí lo estamos. Sí estamos bien. Y somos más que nuestros cuerpos». Por eso, porque nuestros cuerpos no importan, Kristie Alley se ha convertido en la representante de un programa de adelgazamiento.

Aunque nuestros cuerpos importen muy poco, como dice Alley, lo cierto es que queremos ser supermodelos, aunque sea con un profundo interior. Y si no lo queremos, hacen que queramos. A la fuerza. Por ejemplo, cuando la principal aerolínea india deja en tierra a las azafatas que tengan un kilo de más. El Tribunal Supremo del país respaldó la decisión: «Las azafatas deben combatir sus protuberancias, controlar su cintura y mantener su peso en el nivel deseado, según las normas». Y añadió: «El buen estado físico debe ser la parte integral de las condiciones de la tripulación». No se conoce que las mismas reglas sobre el peso hayan sido exigidas a los pilotos o a los azafatos. De hecho, no estoy en condiciones de asegurar que la citada compañía tenga azafatos, puesto que esta figura, realmente rompedora, ha aparecido tan solo recientemente en los países más desarrollados.

Además, Indian Airlines tampoco las quiere viejas, es decir, mayores de cuarenta y un años, edad en la cual deberán quedarse en tierra, puesto que la atención a los pasajeros solo será prestada por las mujeres que cumplan estrictamente con todas las normas de la belleza. En España, la compañía Air Plus Comet fue denunciada por dos sindicatos, CC.OO. y STAVLA, a principios de 2007, por problemas semejantes, en este caso, por negarse a contratar a los hombres como auxiliares de vuelo y por no contratar para ese trabajo a los mayores de treinta años de edad.

Azafatas, asistentes, secretarias son algunas de las profesiones donde los valores más retrógrados sobre las mujeres aún permanecen con extraordinaria fuerza. El mandato de la belleza y de la juventud para ofrecer el servicio mejor a los clientes, el del obsequio de la contemplación de un bello ejemplar del sexo femenino. Sobre las clientes mujeres... ¿Ah, pero existen? Nosotros creíamos que las mujeres estaban para adornar, no para ser clientes.

En el resto de las profesiones, en todas aquellas en las que la belleza y la juventud no son una obligación, como les ocurre a las azafatas, a las mujeres nos han hecho creer que también, que es conveniente. Que la eficacia y el éxito profesional por sí solos, siendo, por ejemplo, tan fea como Danny DeVito, como Woody Allen o como Pau Gasol, o como el mismísimo Fernando Alonso, que hasta hace anuncios, no son suficientes para una mujer. Que no está completamente realizada. Que es una mujer a medias. Una mujer a la que los hombres no desean, a la que solo respetan profesionalmente. A la que nadie admira por aquello por lo que las mujeres, las auténticas mujeres, han sido admiradas a lo largo de la historia de la humanidad.

Y aquí nos tiene la historia, pendientes del botox, del gimnasio, de la dieta, del último modelito *sexy*, casi tanto como de nuestro trabajo, afanadas en ser una auténtica mujer. Completamente atrapadas por el mito de la belleza, deseando ser bellas, al menos por un día, hasta las mismísimas ministras, ahora que habíamos alcanzado la igualdad. Bueno, eso creíamos.

¡Dios mío, ya no me miran!

Hace algunos meses se estrenó una película llamada *Una mujer invisible*, dirigida por Gerardo Herrero y con un guión escrito por Belén Gopegui. Cuando leí su argumento, tuve que pellizcarme de nuevo para recordar que estamos en la primera década del siglo XXI. Pero no; era yo la que me había equivocado de siglo. Era la película. Su argumento, su preocupación, en clave de comedia, eso sí, es la invisibilidad de las mujeres a partir de los cuarenta.

¿Pero qué invisibilidad? ¡Cuál va a ser! La que tienen para los hombres que, ¡Dios mío, han dejado de mirarme! Porque ya estoy muy vieja. Con motivo del estreno, realizador y guionista explicaron que la película es el resultado de una conversación en una cena a la que asistía el director y el productor y en la que una de las comensales comentó que, tras cumplir los cuarenta años, se sen-

tía invisible para los hombres. Después de tan profunda sugerencia sobre la terrible dureza de la vida de las mujeres contemporáneas, el guión no podía ser más que el siguiente: Luisa, jefa de teleoperadoras en una empresa y con más de cuarenta años en su cuerpo, decide combatir la invisibilidad social en que la han sumido los cuarenta. Se decide a seducir con una pérfida estrategia a un directivo machista que no la mira.

María Bouzas, la actriz protagonista, que no es responsable de semejante guión, comparte plenamente, sin embargo, el espíritu y mensaje de la película. En un debate organizado por *Yo Dona* explicaba: «Belén Gopegui y yo misma hemos constatado en conversaciones con amigas que, en cuanto se alcanza una determinada edad, muchas se sienten invisibles. Nos llamó la atención una carta publicada en una revista femenina en la que alguien planteaba: *Viajo, leo, voy al teatro, al gimnasio, tengo conversación, soy divertida, amable... y los hombres han dejado de mirarme, ¿por qué?* Es el retrato perfecto de la mujer invisible. Yo también tengo experiencias en ese sentido y me ha sorprendido comprobar que los mismos compañeros con quienes otras veces he compartido conversaciones amenas, de pronto, te ignoran».

No solo nuestras madres mienten, deben de pensar las jovencitas que quieren ser supermodelos y supermisses. Quizá también debamos decir que nos hemos mentido a nosotras mismas. Que todo lo que predicamos sobre la igualdad era pura teoría, divertimento para la universidad, excusa para un ameno debate político. Después de tanta revolución ideológica, he aquí que nuestro problema es que los hombres ya no nos miran cuando hemos pasado los cuarenta. Y ¡zas! De un plumazo, nuestra razón de vida, al menos, la mitad, se ha volatilizado.

No se nos ha ocurrido que todo eso de la igualdad se refería también al cambio de actitudes, a otra relación con el otro género, y, sobre todo, a la asunción de un papel activo y autónomo. En

otras palabras, que, además de ser mirados, los hombres miran, juzgan, eligen, deciden. En realidad, lo hace cualquier ser independiente, que piensa por sí solo. Depende de la mirada de los demás, por supuesto, pero mucho más de la propia mirada. ¿No era eso la igualdad?

En el mismo debate, Isabel San Sebastián ponía el otro punto de vista: «Creo que la mujer es excesivamente vulnerable a la mirada del hombre, mientras que a ellos no les importa cómo les miramos. Si tú le dices a uno que está gordo, calvo o que tiene barriga, lo más fácil es que te conteste: no te preocupes, ya me buscaré a otra. Pero si un hombre le dice a su mujer que está vieja, flácida y que tiene arrugas, la desmonta. Es una cuestión de cultura y la prueba de cómo el hombre ejerce su dominación sobre la mujer». Perfecta definición de la situación; pero me invade un temor: que esta reflexión sea aún minoritaria y extraña entre las mujeres, incluso entre las propias mujeres que protagonizaron la revolución de la igualdad.

5
MUJERCITAS AL PODER

A NOSOTRAS NO NOS GUSTA MANDAR

Lourdes Flores, la política que fuera candidata conservadora a la Presidencia de Perú en las elecciones de 2006, afirmó durante la campaña que aún hay «machismo, resistencia y conservadurismo hacia la figura de una mujer como presidenta». En un lugar alejado de Perú, Francia, y en el otro lado del espectro político, la candidata socialista a la Presidencia francesa, Ségolène Royal, dijo algo muy parecido: «Para muchos hombres es incompatible ser mujer y mandar. Piensan que las mujeres tienen que obedecer».

Tienen razón: para muchos hombres, aún es incompatible ser mujer y mandar. Pero estas dos relevantes políticas olvidaron mencionar la segunda parte de la historia. Para muchas mujeres, la condición femenina y el mando tampoco se llevan muy bien. Se trata de las mujeres para las que existe otra forma de poder, femenina, en la que quien está arriba no manda, sino que dialoga, convence, negocia, integra y, sobre todo, hace muy felices a quienes le rodean. Son las mujeres que predican otro poder, el no poder, que se opone al poder masculino, jerárquico y brutal. Con esa tesis sobre el poder, lo realmente sorprendente es que tantas mujeres hayan llegado ya a las máximas posiciones de poder, en la política, en las empresas o en la cultura; que Ségolène Royal y Lourdes Flores hayan estado cerca de alcanzar la Presidencia de

sus respectivos países, y que otras lo hayan logrado ya, a pesar del *terrible poder masculino y brutal* que han asumido.

La máxima feminista sobre una de las mujeres que más poder tuvo en el siglo XX, Margaret Thatcher, la primera ministra británica, fue que esta era como un hombre. Muchas mujeres, no hombres, y particularmente las mujeres más batalladoras por la igualdad, la descalificaron porque, decían, no actuaba como una mujer. Tenía poder, sí, pero parecía un hombre, un hombre con faldas. Ha sido uno de los discursos más machistas que las feministas han hecho sobre una mujer poderosa, sobre una de las primeras mujeres que tuvo auténtico poder en la cima del Estado, logrado por ella misma y no heredado.

Las descalificaciones machistas de Thatcher fomentadas por las propias feministas tuvieron bastante que ver con la lucha ideológica, por supuesto. Thatcher era de derechas, y las feministas que la fustigaban, de izquierdas. Y no les gustaba demasiado admitir que fuera una mujer de derechas la que simbolizara los cambios igualitarios de finales del siglo XX. Pero había algo más: el problema de las feministas para asumir un poder que consideran masculino y que no quieren o no entienden.

Ese algo más sigue vigente bastantes años después de Thatcher. Aún hoy día, muchas feministas, y con ellas muchas mujeres, se llamen o no feministas a sí mismas, desconfían del poder, no entienden el poder, satanizan el poder. Seguramente tienen miedo del poder. Quieren la igualdad, pero con un poder «femenino», es decir, sin jerarquías y sin mando. Algo así como un capitalismo sin mercado o como un mercado sin afán de beneficio. Las feministas quieren el poder, mas no les gusta mandar. Dicen que quieren mujeres en el poder, pero sin ejercerlo. O en las cúpulas de las empresas, aunque sin buscar el beneficio, pues el afán de lucro, como el afán de dirigir una nación, sería perverso.

O sea, mujercitas al poder, sensibles, delicadas, bondadosas, que están ahí pero no mandan ni quieren mandar.

La teoría del supuesto estilo femenino del poder, diferente del masculino, y en el que la jerarquía y la autoridad son sustituidas por el diálogo y la cooperación, es, probablemente, una de las grandes falsedades difundidas por el feminismo y, con él, por muchas mujeres. Algo así como el trabajo y las empresas organizadas alrededor del impulso puramente altruista de los empresarios y emprendedores. Con la diferencia de que a nadie se le ha ocurrido aplicar semejantes teorías al funcionamiento del mercado, pero sí lo han hecho, algunas, al funcionamiento del poder.

Lo han intentado extender a las empresas, en realidad. La teoría del estilo de poder femenino, que no manda, sino que convence, dialoga y colabora con sus socios, que no subordinados, se aplica también a las mujeres que están en la cúpula de las empresas. Lo que ocurre es que ha calado poco en ese mundo porque las ejecutivas están menos interesadas en la propaganda y en las utopías y más en la eficacia de su acción de poder.

Allí donde brilla la teoría de las mujeres poderosas a las que no les gusta mandar es en la política, en el reino de la propaganda. Ellen Johnson-Sirleaf, presidenta de Liberia y, como tal, la primera mujer en acceder a una Presidencia en África, decía antes de acceder a este cargo en 2005: «Creo que las mujeres líderes pueden ser más sensibles a las necesidades humanas, que son capaces de mostrar más respeto por la vida y la dignidad. En el pasado, he sido considerada como una persona con una fuerte voluntad y muy disciplinada. Pero ahora estoy sobre todo preocupada por ser una madre para Liberia. Quiero curar las profundas heridas de esta nación, sobre todo entre nuestros jóvenes. Una debe mostrar una protección llena de amor por ellos. Debe ser maternal para ellos y hacerles sentirse queridos».

La vertiente de la madre amorosa no es habitual en los discursos de los líderes políticos, ciertamente, pero es una variante que ejemplifica muy bien esta concepción de las mujeres que hacen todo tipo de maravillas con el poder menos ejercerlo sobre sus subordinados. Los convierten en colaboradores, en iguales, o, incluso, en hijos, como acabamos de ver. Quizá se deba a nuestra pasión por las novelas románticas, pero esto del amor también lo han introducido otras políticas, no solo la presidenta de Liberia. Como Heloisa Helena, que fuera candidata a la Presidencia de Brasil en 2006 por Socialismo y Libertad, un partido escindido del Partido de los Trabajadores del presidente Lula da Silva. Helena afirmó durante la campaña que «el socialismo es el mayor acto de amor a la humanidad». Y, animada ya por el lenguaje novelesco, añadió que la reforma de la Seguridad Social del Gobierno de su país solo fue apoyada por «los gigolós del FMI».

Por supuesto, solo las propias mujeres que cuentan estas cosas creen en sus fantasías. Y no por el machismo de los demás, precisamente. Cuando se pregunta a la gente si cree que las mujeres ejercen el poder de forma diferente a los hombres, solo parte de ellas y casi ninguno entre ellos cree que eso es así, que exista algo parecido al estilo de liderazgo femenino.

A finales de la década de 1990 realicé una encuesta entre los diputados del Congreso y les pregunté, entre otras cosas, por sus percepciones en torno a las diferencias de liderazgo entre hombres y mujeres. El resultado fue que ellas, un porcentaje muy significativo al menos, pensaban que su forma de liderar era diferente de la de los hombres. Pero ellos veían las cosas de forma muy distinta. La inmensa mayoría pensaba que no había ninguna diferencia entre hombres y mujeres.

Algún tiempo después, en 2003, un equipo de investigadores del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Santiago de Compostela realizó una investigación sobre la participa-

ción de las mujeres en las instituciones autonómicas. Realizaron una encuesta entre los altos cargos autonómicos y constataron algo parecido. La mayoría de ellos pensaba que no existen diferencias de liderazgo, mientras que la mayoría de ellas creía que sí existían[19].

Diferencias a favor, por supuesto. O supuestamente a favor, dependiendo de lo que uno entienda que es el estilo ideal de liderazgo. Para las mujeres que defienden la existencia del estilo de liderazgo femenino, este consiste en el no poder, por lo que las supuestas peculiaridades femeninas son todas las que lo encarnan. A saber, la ética en la acción, la colaboración frente a la competición, el desinterés por el protagonismo y el interés por la eficacia y los objetivos, la entrega a los demás frente a la ambición personal y el amor infinito por todos los empleados frente al egoísmo típicamente masculino. En otras palabras, las mujeres están en el poder para hacer felices a los demás, mientras que ellos satisfacen sus ambiciones personales y su gusto innato por el mando.

La vicepresidenta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, cree que «aportamos una visión distinta. Por la educación que hemos recibido, estamos más preparadas para compartir, convivir y resolver conflictos. Es una cultura que proviene de lo privado, la de escuchar, la de implicar y no excluir. Tenemos un sentido práctico que nos hace centrarnos en solucionar problemas, en buscar lo que nos une y no lo que nos separa[20]».

Es decir, personificamos el altruismo y la bondad. Somos estupendas, en resumen. La escritora Donna Leon también lo cree, a su manera. La razón que ella encuentra para explicar que haya tantas mujeres que escriban novelas policíacas es, en primer lugar, que los hombres lo consideran un género menor y no han puesto trabas a las mujeres para introducirse en ese campo. Y, en segundo lugar, que «nosotras nos interesamos más por la justicia

que por el poder. Lo hacemos porque tenemos poco y queremos poner las cosas en su sitio. Las novelas policíacas hablan de hacer justicia, de poner las cosas donde deberían estar[21]».

Siempre había pensado que las novelas policíacas hablan de crímenes, de pistolas, de sangre y de las cosas que no están donde deberían estar. Y sí, también de la policía justiciera, pero después del desorden, de la violencia y de la sangre. Claro que nunca se me habría ocurrido atribuir tales ejes vitales, me refiero a la sangre y a la violencia, a las mujeres, ni siquiera por su gusto por escribir novelas policíacas, género en el que han destacado muchas de ellas, como Donna Leon.

Pero el bondadoso poder femenino no necesita de pruebas y de datos. Solo de creencias fundadas en las más diversas teorías y apreciaciones. Sean las novelas policíacas y su búsqueda de justicia o, por ejemplo, una particular visión del comportamiento infantil. Como el que ha desarrollado Mercedes Bengoechea, profesora de Sociolingüística y decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alcalá. Según Bengoechea, «si nos fijamos en grupos de niñas, veremos que son pequeños grupos, que se tratan entre iguales, es una relación horizontal, negociadora. En la amistad exigen lealtad absoluta. Aprenden a escuchar y a prestar atención, miran a los ojos, hacen comentarios de apoyo, disfrazan la competencia quitando importancia a los méritos, no hay imperativos directos… En cambio, en los grupos de niños, siempre hay una estrella, hay órdenes directas, utilizan las amenazas y los insultos, son dominantes, cortan al que habla para imponerse ellos…».

No recuerdo esa idílica infancia entre mis compañeras de escuela. Y me temo que ninguna mujer lo recuerde. Ni siquiera me ha parecido jamás que ese muro entre el salvajismo masculino y la bondad femenina diferencie los grupos de los niños de los de las niñas. Si fuera así, probablemente habría una movilización

universal de padres de niñas exigiendo la escuela separada para sus beatíficas niñas. Y quizá una protesta también mundial de los padres de niños por el injusto tratamiento de sus hijos a través de tan malvados estereotipos feministas.

Claro que la profesora citada también piensa que la cultura que se ha impuesto en nuestra sociedad es la del varón occidental norteamericano. Ni siquiera da una oportunidad a los varones británicos, o a los franceses, incluso a los propios españoles. Y las pobres y pacíficas mujeres son aquellos seres humanos que se mueven por los lugares colonizados por el estilo masculino, que se sienten perdidas y avasalladas cuando entran a las reuniones de hombres y se encuentran con ese perverso comportamiento que los hombres ya aprendieron cuando eran unos niños. Niños muy poco inocentes, puesto que nacieron varones, lo que ya les determinó para el terrible poder masculino.

Las fantasías se adaptan a cualquier hecho o situación, por muy contradictorio que sea. Por ejemplo, Pilar Folguera, profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid, ha encontrado lo que considera dos casos de mujeres con habilidades negociadoras y empeñadas en buscar consenso: Angela Merkel y Nancy Pelosi. De la primera canciller alemana, ha afirmado que «ha formado un Gobierno de coalición con el principal partido de la oposición y ha relanzado el proceso de reconstrucción europea». A Folguera se le olvidó que la falta de mayoría suficiente hacía imprescindible una coalición en Alemania y que ese país tiene una tradición de coaliciones entre los dos grandes partidos, también cuando los hombres estaban al frente de los respectivos partidos.

Pero insiste con las virtudes de Pelosi, de la que señala que «en un país tan fracturado políticamente, un presidente republicano, una Cámara de Representantes de mayoría demócrata y una sociedad dividida por la guerra, está intentando llegar a acuerdos

básicos[22]». Me temo que es un punto de vista algo más distante de los hechos que el que apunta a la agresividad con la que Pelosi ha zaherido a sus adversarios republicanos y especialmente a George Bush desde que llegó a la presidencia de la Cámara de Representantes estadounidense.

Pero son las propias mujeres políticas las que con más pasión defienden las virtudes femeninas. Durante las elecciones autonómicas catalanas de 2006 se preguntó a algunas candidatas sobre las peculiaridades femeninas, si es que existían. Por supuesto que existían, dijeron las candidatas. Somos maravillosas, se escuchó, una vez más, y desde todas las formaciones políticas, sin diferencias de partido o ideología. Para Anna Simó, candidata de Esquerra Republicana, «una de las virtudes de la mujer es la flexibilidad a la hora de negociar. Y en eso debe consistir la feminización de la política, en dejar de participar en batallas dialécticas, que son guerras de testosterona, y escuchar más. Y eso las mujeres lo hacemos bien».

Para Dolors Camats, portavoz de Iniciativa por Cataluña-Los Verdes y candidata, «en una reunión, un hombre puede dar un golpe sobre la mesa y afirmar *esto es así*. Una mujer, por el contrario, dirá *creo que es así*, aunque esté igual de segura». Y según Montserrat Nebrera, candidata del Partido Popular, «para nosotras es más importante gestionar bien que aparentar que mandas. Parece que esté en la mentalidad de una mujer trazar el camino y dejar la apariencia a otros». Y para completar este idílico cuadro de las mujeres que mandan, Marta Sanz-Solé, catedrática de la Universidad de Barcelona, aportaba otro fragmento del paraíso femenino: «los hombres son mucho más de dar codazos y emplean la apisonadora. A las mujeres no nos interesa tanto eso. Somos mucho más polivalentes y estamos dispuestas a satisfacer necesidades más variadas. Además, tener hijos supone un paréntesis en nuestra carrera».

Ellas insisten en su bondad, pero he aquí que ellos no la ven por ninguna parte. Ni siquiera muchas de ellas cuando conocen de verdad a las mujeres del poder. Cuando las mujeres entran en las primeras posiciones de la política, las cosas no son como en los cuentos feministas de la mujer perfectamente bondadosa y desprendida. Así lo piensan al menos quienes compiten con la mujer maravillosa en cuestión. Por ejemplo, los compañeros, hombres y mujeres, que han batallado con Ségolène Royal por el control del Partido Socialista francés. El libro *La femme fatale* al que me refería en un capítulo anterior, escrito por dos mujeres periodistas, que no por dos hombres, traza el perfil de una mujer profundamente ambiciosa, calculadora, competitiva y dominante.

Y así la describen la inmensa mayoría de los analistas y observadores que se han acercado a su figura, comenzando por sus propios compañeros del Partido Socialista que la conocen desde hace décadas. Por ejemplo, Claude Allègre, que fue ministro de Educación y quien, además, nombró a Royal ministra delegada para la Educación Escolar en 1997. Allègre, que publicó en 2007 un libro sobre las últimas vicisitudes de los socialistas franceses, *La défaite, en chantant*, no solo retrató a François Hollande y Ségolène Royal como inquietantes, ambiciosos y temibles aventureros que han hundido a los socialistas, sino que opinó sobre Royal lo siguiente cuando le preguntaron acerca de los *jóvenes lobos* que aspiran a suceder a Royal: «Más que cachorros de león se trata de chacales o de jóvenes hienas siguiendo los pasos de la leona». Añade más calificativos sobre Royal: «Puro populismo demagógico. La mejor comparación posible es con Eva Perón, la esposa del dictador argentino: una bailarina de cabaré que se apoderó del poder eliminando físicamente y sin escrúpulos a todos sus rivales». Y aún tiene más adjetivos: ignorante, trepadora, ambiciosa sin límites, temible como comunicadora populista, in-

competente, gafe, capaz de mentir con la desfachatez de los demagogos sin escrúpulos. Y sobre la filosofía de Royal: «El royalismo es el comportamiento de gente cuya ambición va mucho más allá de sus capacidades».

Hay algo de leña del árbol caído en las anteriores opiniones, y, sobre todo, de esa profunda animadversión que se desarrolla tantas veces entre los compañeros de un partido político, obligados por la disciplina a entenderse y a sonreír para el público, independientemente de sus sentimientos y opiniones personales. Pero, sobre todo, estas opiniones reflejan lo que ocurre en los círculos del poder una vez que hombres y mujeres compiten en igualdad en ellos. Ellas actúan con las mismas armas que ellos. Atacan de forma semejante y también son atacadas con la misma munición.

Ya no hay diferencias de género en la cúpula del poder. Hay diferencias de individuos y de intereses. Ségolène Royal no es una mujer en las consideraciones de Claude Allègre. Es otra líder del Partido Socialista con la que debate y a la que se enfrenta. Por eso Royal ha llegado tan lejos. Porque es ambiciosa, muy ambiciosa, porque le gusta el protagonismo, porque dirige, porque hace notar que lo hace y sabe ejercer su poder, porque sabe dar codazos, porque avanza como una apisonadora, porque compite sin cesar, porque se ha peleado con la mitad de su partido para ascender a la cúpula, porque algunos la quieren pero otros la temen, porque tiene una clara determinación de su objetivo y está dispuesta a lograrlo a toda costa. Porque se comporta, en definitiva, como todos los que han llegado a la cima del poder. Hombres y mujeres.

Seguramente, la literatura feminista sobre la mujer maravillosa que llega al poder pero no lo ejerce porque se pasa el día dialogando, integrando y queriendo, no haya tenido más efecto que adornar con un poco de fantasía los auténticos caminos recorridos por las mujeres poderosas. Pero no cabe descartar la posibili-

dad de que esta literatura haya contribuido al mantenimiento de las dificultades de las mujeres para competir por el poder. También las feministas les han dicho que no es propio de las mujeres, de las auténticas mujeres, hacer lo que ha hecho toda la humanidad desde el inicio de los tiempos para dirigir la sociedad. Y es posible que aún haya algunas de ellas, las mujercitas del cuento del poder, ensayando el estilo femenino del poder mientras que las reglas del poder siguen su curso y quienes las saben utilizar se hacen con él. Sobre todo, los hombres, y, cada vez más, las mujeres que nunca creyeron en esa fantasía.

Las azafatas y el campeón

Aún hoy día, en el siglo de la igualdad, de los institutos de la mujer, de la discriminación positiva, de la corrección política, perviven viejos usos y costumbres completamente estridentes para el mensaje de la igualdad, sin que nadie parezca reparar en su profundo sexismo. Como si se tratara de imágenes a las que nos hemos acostumbrado tanto que hubiéramos perdido la capacidad para escandalizarnos por su contenido.

Las azafatas y el campeón, por ejemplo. En un buen número de competiciones deportivas, la cutrecomposición sigue gloriosamente vigente. Cuando el campeón, hombre, por supuesto, llega a la meta, dos bellas jovencitas le esperan para agasajarle y besarle, y para demostrarle que a los hombres que triunfan les espera la recompensa del favor de hermosas mujeres que le ofrecerán su belleza. El hombre compite y triunfa. Ellas son, simplemente, su regalo. Como muy bien relatase un lector de *ABC*, Juan Ángel Brage, que escribía en «Cartas al Director» sobre estas y otras dejaciones femeninas que reflejan su posición de debilidad, «En cualquier prueba ciclista aparecen dos azafatas a los lados del triunfador a modo de macetas...» (ABC, 16-VIII-2007). Ciertamente, ellas son unas macetas y parecen felices con su misión.

Las macetas perviven en todo tipo de ámbitos; también en algunos otros que tienen bastante mayor capacidad para conformar los valores culturales. Por ejemplo, el cine. ¿No hay una sola mujer en el mundo del cine a la que se le haya ocurrido desterrar de una vez por todas las fotografías de las macetas? Pues no, no la hay, ciertamente. Y mucho menos un hombre. Para ellos, por supuesto, las macetas lucen perfectas donde están. Es decir, rodeando al director de turno y besándole efusivamente en demostración al mundo de quién es el artífice de la obra, el creador, y quién el conjunto de *majorettes* que le adorna.

Es la fotografía estrella, repetida hasta la saciedad, de todos los festivales de cine. Son tantos los eventos en cuestión, que no hay semana en que las *majorettes* y el creador no se asomen al mundo en demostración de cuál es el papel perfecto de ellos y el de ellas. Todos y todas se apuntan sin distinción de nacionalidad, calidad de su cine o ideología. Los más izquierdistas cumplen el ritual de las macetas con el mismo entusiasmo que los más conservadores, en una nueva corroboración de que las macetas no distinguen ideologías. Veo a uno de ellos, a un director de izquierdas, siempre preocupado por hacer cine social, Ken Loach, en el Festival de Cine de Venecia de 2007, rodeado de sus correspondientes *majorettes*, las actrices Juliet Ellis y Kierston Wareing, besándole con pasión. La imagen da la vuelta al mundo y queda grabada en nuestra mente. A su lado flota la pregunta sobre el cine progresista que pueda hacerse desde una imagen tan conservadora y tan antigua.

Cuentan que en Finlandia, el país donde hay una mujer al frente del Estado, Tarja Halonen, por segundo mandato consecutivo, un niño llegó a preguntar a su madre: «¿Mamá, los chicos podemos ser también presidentes?». No he sabido que preguntas semejantes sobre las chicas hayan sido noticia, imagino que porque han perdido categoría de noticia al ser cotidianamente repe-

tidas a lo largo de los países más desarrollados por millones de niñas que, contemplando las macetas, preguntan a su mamá: «Mamá, ¿las chicas también podemos ser directoras de cine? ¿O presidentas? ¿O ciclistas?». Dado que hablamos de niñas, doy por supuesto que quedaría descartada a esa edad la segunda parte de la pregunta: «Mamá, ¿los chicos serán tan guapos y nos besarán y enseñarán su pecho musculoso como premio?».

Pero aún es más significativo de las debilidades de la posición femenina que también traslademos las macetas a aquellos lugares donde el discurso de la igualdad parecería estar tan claro como es la política. Al igual que el lector de *ABC* con las pruebas ciclistas, yo no solo evoco las macetas con las imágenes del cine; también cuando observo las actitudes de algunas mujeres en la cúpula del poder político. Ellas tienen asimismo la fatal tendencia de hacer de macetas, y ellos, un incontrolado gusto por rodearse de macetas, como los campeones deportivos y los directores de cine.

Cuando José Luis Rodríguez Zapatero formó su Gobierno paritario, con un 50 por 100 de mujeres entre sus miembros no solo hubo una fotografía oficial del presidente con todos los ministros. Además, se distribuyó otra fotografía, la del presidente con las ministras, *sus* ministras. El hombre, él, el gran hacedor, rodeado de sus trofeos, ellas. No pude dejar de pensar en las azafatas o en las macetas que adornaban al realizador de la proeza, al héroe que había logrado llevar a ellas al lugar de honor que les correspondía, al podio en el que lo besaban y lo adornaban.

No es la única fotografía de macetas de la política. En realidad, es una fotografía bastante corriente y demuestra lo interiorizado que tenemos los humanos el modelo de las azafatas y el campeón. El presidente francés, Nicolas Sarkozy, se hizo la misma fotografía cuando formó Gobierno en 2007. Se rodeó de *sus* ministras, de sus trofeos, como otro gran hombre que llegaba no solo

para salvar a Francia, sino a sus mujeres. Y ellas sonreían tan felices y exultantes como las ministras españolas; felices, con ese aire tan de macetas con que lucían en los medios de comunicación de todo el planeta, cual bellas concubinas del harén del gran emperador.

Unos meses después, el semanario *L'Express* dedicaba su análisis principal a *Sarkozy et les femmes*. Tuve que leer dos veces el titular. Al principio entendí *Sarkozy et ses femmes*. Las fotografías que presidían el titular, Sarkozy con su esposa y Sarkozy y las macetas, y los subtítulos, contribuyeron a mi lapsus visual. Los tres subtítulos rezaban como sigue: «Lo que quiere hacer por ellas», «Gobierno: su influencia» y «¿Qué será de Cecilia?»[23]. En las páginas interiores, ellas se mostraban enormemente agradecidas a su gran benefactor. La ministra de Economía y Finanzas, una profesional de éxito, afirmaba: «Siento una inmensa gratitud por él: ha sido el primero en afirmar la necesidad de paridad en el seno del Gobierno». Ella misma introducía una inquietante contradicción en su discurso, a continuación, cuando contaba que, en su empresa, Baker & Mackenzie, «para hacer pasar el número de mujeres asociadas del 9 al 15 por 100 he necesitado cuatro años. ¡Es demasiado tiempo!». Pero Lagarde no es consciente de que ambas afirmaciones en el mismo discurso son muy poco edificantes para su persona. Porque, o bien ella es responsable de una empresa que discrimina abiertamente a las mujeres, puesto que debería ser paritaria, o bien la elección de ellas y otras mujeres por parte de Sarkozy es caprichosa, puesto que lo que ocurre en otros niveles de dirección es que ellas se quedan en el 15 por 100.

Pero no; Lagarde está inmensamente agradecida porque Sarkozy haya hecho con ella lo que ella y su empresa no hicieron con otras mujeres: elegirla. Roselyne Bachelot, la ministra de Sanidad, Juventud y Deportes, hablaba en términos comparables del gran hombre que la ha encumbrado a la cima del Estado: «Con el pre-

sidente, nosotras, las mujeres, tenemos derecho a una consideración y a una atención incomparables, como si él estuviera a la búsqueda de alguna cosa». Y Nathalie Kosciusko-Morizet, la secretaria de Estado de Ecología, ofrecía otra pincelada sobre el gran hombre, el campeón de las mujeres: «Él nos abre las puertas y, después, nos observa. Cuando me nombró para el Gobierno, me dijo: "No me decepciones". Ciertamente es él quien nos facilita el acceso a las responsabilidades. Pero a continuación nos corresponde a nosotras demostrar nuestras aptitudes».

La ministra de Justicia, Rachida Dati, la ministra estrella del Gobierno, ponía la guinda a las muestras de gratitud al gran benefactor de las mujeres: «Cada día que Dios nos manda, le agradezco por continuar otorgándome su confianza». Se refiere a Sarkozy, no a Dios. La periodista de *L'Express* Elise Karlin añadía el perfecto broche para las palabras de Dati: una *groupie* sin complejos del hombre providencial.

Las macetas tienen, en realidad, otra lectura igual de preocupante que va mucho más allá del nefasto efecto de estas imágenes. Me refiero al liderazgo. Más bien, a la falta de liderazgo de las mujeres. Detrás del campeón y las azafatas, de Zapatero y sus ministras o de Sarkozy y sus ministras, hay una realidad. Los líderes son ellos, y ellas no son líderes. Ellas son macetas porque aún no tienen el liderazgo para ser las campeonas o las directoras de cine besadas por los bellos jovencitos o para ser las benefactoras que forman un Gobierno con *sus* ministros.

Un buena parte del efecto contraproducente de la discriminación positiva es que niega, y por lo tanto esconde, el problema del liderazgo, el problema de la ausencia de líderes entre las mujeres y el de la escasa vocación aún para serlo. Incluso las más preparadas y las que más han competido para alcanzar las posiciones de responsabilidad asumen su rol de macetas con una asombrosa facilidad. Hablan de igualdad mientras agradecen la bondad de su

benefactor y no parecen ser conscientes de que la auténtica igualdad es la que dan el liderazgo, la vocación y la capacidad para ser autoridad por ellas mismas, porque lo hayan logrado en la competición, en la disputa por el reconocimiento de esa autoridad, entre los ciudadanos, entre los espectadores de cine o entre los socios de un bufete.

En política, donde la verdadera competición meritocrática queda muchas veces contaminada por la discriminación positiva, amén de otros muchos factores, como las cuotas de las diferentes corrientes de los partidos, hay una acusada tendencia a olvidar la clara y determinante frontera entre poder y liderazgo. Hay muchos políticos con poder, mas pocos con liderazgo. Y el problema de las mujeres que están accediendo a la cúpula de la política es que acceden al poder, pero no al liderazgo.

El liderazgo no se otorga; se logra. Por uno mismo. Los benefactores pueden ayudar, pero no pueden crear un liderazgo. Por eso el acceso de las mujeres a los puestos de dirección en otros campos es mucho menor que en política. Porque en esos campos se accede por liderazgo. Y de eso, de liderazgo, las mujeres andamos aún alarmantemente escasas.

Las valoraciones de los miembros del Gobierno realizadas de forma periódica por las distintas empresas demoscópicas han arrojado tradicionalmente un dato desolador. En el caso del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, y me temo que el resultado es extrapolable a otros gobiernos y países, las ministras del Gobierno son notablemente peor valoradas que los ministros. Cualquiera de las numerosas encuestas que se han realizado a lo largo de la legislatura 2004-2008 en España muestra que ellas, la mitad del Gobierno, ocupan la cola de la clasificación por sistema en todas y cada una de las valoraciones de los ciudadanos. Escojo al azar una encuesta del verano de 2007 y observo que entre el puesto primero y el octavo tan solo hay una mujer, la vicepresi-

denta del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, que está, eso sí, situada en primer lugar de la clasificación de la valoración de los ministros. El resto de las ministras, nada menos que seis, se encuentra entre el puesto noveno y el último, el decimosexto, ocupado por Carme Chacón.

Hay otro factor ajeno al liderazgo que explica el triste resultado de las mujeres. Y es que ellas ocupan, excepto en el caso de la vicepresidenta, los ministerios percibidos como menos importantes por los ciudadanos. En términos de influencia y liderazgo, y esto también se nos olvida con frecuencia, la autoridad de una persona es valorada en buena medida por el cargo que ocupa, no por sus propias acciones. Por ello, a las mujeres se las valora también en función de los puestos que desempeñan. Y no es lo mismo Interior que Agricultura y Pesca, o Economía que Vivienda. El ministro de Economía es percibido como relevante haga lo que haga, y la ministra de Vivienda, como insignificante, también con independencia de su valía personal o de sus logros.

Pero, más allá de ese factor, no podemos eludir el otro, el de la falta de liderazgo. Incluso de la propia vicepresidenta, que, no hay que olvidar, no ocupa esa posición tanto por su liderazgo, sino por designación personal del propio presidente del Gobierno. O, en otras palabras, no es ella la que llega, sino él quien la trae. Si lo anterior es así en una buena parte de las posiciones de poder, independientemente del género de quien las ocupe, también lo es que ocurre aún con más frecuencia entre las mujeres que están en el poder político. Por los efectos, en este sentido contraproducentes, de la discriminación positiva. Pero también por los otros efectos del discurso de las propias mujeres feministas que han ensalzado el antiliderazgo desde una supuesta renovación del poder con todo aquello de lo malas que son la competición, la ambición o la imposición.

Existe un problema aún mayor en el terreno del poder que tiene que ver, en cierto modo, con las macetas. Se trata de las consortes del poder, de la problemática figura de las primeras damas. La cuestión, aclaremos el matiz, que es relevante, no es que los jefes de Estado, primeros ministros y demás autoridades tengan esposa. Como el resto del género humano, ellos tienen habitualmente una esposa, o una exesposa, o incluso varias exesposas más la esposa. Como el resto del género humano, también a ellos les gusta ir acompañados de sus parejas cuando viajan o cuando acuden a muchas de sus cenas de trabajo. Si tenemos en cuenta que las horas dedicadas a tareas de representación en política son muchas, este deseo es aún más lógico, puesto que, si dichas tareas tuvieran que ser cumplidas obligatoriamente sin la compañía de las parejas, es probable que apenas hubiera candidatos para muchos puestos políticos. Por la sencilla razón de que los puestos en cuestión requerirían un divorcio previo por desaparición del esposo, algo a lo que la mayoría no parece que estuviera dispuesta.

El problema de las primeras damas no es que existan, sino el papel que algunos les quieren atribuir y el significado de ese papel. Y las imágenes y valores que conforman a través de ese significado. La ruptura de imágenes tradicionales que provocan las mujeres presidentas o ministras con su mera presencia es destruida automáticamente por la imagen superpuesta de las primeras damas. Ellas, las primeras damas, suscitan la misma y, a veces, más atención de los medios de comunicación y de la opinión pública que las propias mujeres del poder. Se les otorga una relevancia pública y un papel que, en realidad, no tienen. Con ellas, el papel de la mujer como mera acompañante, como maceta, ahora en la política, se multiplica de nuevo sin que todas las medidas y discursos sobre la igualdad parezcan hacer la más mínima mella en su destructiva influencia.

Un artículo sobre las primeras damas publicado recientemente llevaba el siguiente título: «Las primeras damas se rebelan». ¿Contra quién?, se preguntará el lector. Pues bien: reproduzco un fragmento de la rebelión a la que se refería el articulista, Pacho G. Castilla, para que el lector entienda el significado de la «rebelión» en todas sus dimensiones: «A las 14.00 horas, un Airbus procedente de París aterriza en el aeropuerto alemán de Rostock-Laage. De él desciende una atractiva mujer enfundada en un deslumbrante *tailleur* blanco de Yves Saint-Laurent. Arrancaba la cumbre de los países más ricos del mundo, pero los problemas políticos quedaron en segundo plano para asistir a la crónica del nacimiento de una estrella. ¿La culpable? Cecilia Sarkozy, la exmodelo a quien todos ya ubican como la reencarnación de Jacqueline Kennedy. Sus pasos por el balneario de Heiligendamm, a orillas del mar Báltico, fueron más seguidos que las reuniones de los grandes mandatarios para decidir cómo atajar el cambio climático. Y su vestido lencero de Azzedine Alafa en la cena de gala que complementaba con bailarinas, recibió más comentarios que las soluciones para frenar la deuda de los países más pobres. Pero esta era una crónica ya anunciada días atrás, cuando eligió un suéter de Lanvin para celebrar la victoria en las presidenciales de su marido, Nicolas Sarkozy, o cuando optó por un sencillo vestido de Prada para hacer su primera entrada en el Elíseo, emulando un *look* Jackie recreado por Oleg Cassini. Según Christian Lacroix, esta última elección fue más acertada que aceptada: "Funcionó maravillosamente. Fue a la vez glamuroso y formal, sin ser demasiado estricto ni excesivo. Su estilo simboliza un cambio radical y positivo en Francia". Cecilia Sarkozy abandera una auténtica revolución».

En el resto del artículo, el autor recogía otros datos de no menor relevancia para demostrar la rebelión de las primeras damas; por ejemplo, que la que era en ese momento primera dama japo-

nesa, Akie Abe, bebe, baila, asiste a los desfiles de Valentino y es aficionada a las telenovelas. O que la ex primera dama británica Cherie Blair cargó 12 000 euros de gastos de peluquero en un mes a las cuentas del Partido Laborista[24].

Mas de todas ellas es, sin duda, la primera exdama francesa, Cecilia Sarkozy, la que mejor ha encarnado en los últimos tiempos esta incongruente figura en el siglo de la igualdad. Ella sola ha provocado en muy poco tiempo los más disparatados comentarios y teorías, y los más regresivos perfiles del papel de una esposa en la cima del Estado. Las perlas como las expuestas más arriba son abundantes, pero la cima del esperpento llegó muy poco después de que su marido llegara a la Presidencia francesa y, además, en un periódico de información política y no en una revista de moda. El diario francés *Liberation* titulaba a cuatro columnas su edición del 14 de agosto de 2007: «Los cien días de Cecilia. Un balance de la Presidencia de Sarkozy». He aquí la política convertida en crónica rosa y el papel tradicional de la esposa sin profesión elevada a la categoría de protagonista de Francia.

La portada no era una broma, como pudiera parecer. El director del diario, Laurent Joffrin, le ponía un poco de teoría sin el más mínimo sonrojo ni, por supuesto, sentimiento de vergüenza por la ridícula portada. Afirmaba que la «principal lección» que ha dado Cecilia Sarkozy es que, «cuando se está a favor de la emancipación de la mujer, hay que asumir sus consecuencias». Sí, en efecto, el problema de esta portada es que en páginas interiores había, además, contenido como el que se acaba de relatar. Según el director de un diario de uno de los países más avanzados del mundo, Francia, la emancipación femenina está representada ahora por mujeres como Cecilia, que han elegido como papel en la vida el de esposas de su marido, mujeres de las que desconocemos formación, profesión o actividad laboral alguna. Mujeres cuya única actividad relevante es acompañar a su esposo

en las actividades de él. Mujeres cuya función principal es sonreír a las cámaras y lucir adecuadamente el traje que todos los diseñadores del país pretenden colocar sobre su cuerpo.

Algún tiempo después, *L'Express* también aportaba su contribución al esperpento Cecilia Sarkozy[25]. Bajo el título «El problema Cecilia», el periodista, Christophe Barbier afirmaba que Cecilia Sarkozy es, sobre todo, una mujer política, y una mujer de su tiempo. «Más todavía que por su compromiso político, es por su vida privada que Cecilia firma su modernidad». Y el periodista citaba la opinión de un ministro para corroborar el perfil de esta mujer de su tiempo: «ella es fundamentalmente libre, libre de naturaleza, incluso libertaria y, sobre todo, libre respecto a su marido». Unos párrafos más arriba, el periodista había presentado el currículum de esta «mujer política», libre y «representante de la modernidad»: «Creció en un entorno donde la dignidad brilla más que el patrimonio. Se casa con un artista y un *showman* antes de conquistar al hombre más poderoso de Francia». O sea, que la libertad y la modernidad femenina están representadas en la Francia de hoy por las mujeres que realizan matrimonios con hombres ricos, famosos o poderosos.

Cecilia Sarkozy ha llegado a ser la reina de la frivolidad de las primeras damas, el símbolo más visible de la fascinación por la reivindicación de los viejos roles de la mujer; mas el problema es semejante en todos los países. Incluso en España, donde la esposa del presidente, Sonsoles Espinosa, ha hecho esfuerzos por ocupar un mero segundo plano que no tergiversara su papel, el de simple esposa, pero no el de representante del Estado ni paradigma de la mujer poderosa, los medios de comunicación han intentado convertirla en otra cosa. Para confundir las mujeres en el poder con las esposas del poder como ella o para fundir nuevamente la imagen de la mujer contemporánea con las tradicionales esposas y amas de casa como Cecilia Sarkozy o Sonsoles Espinosa.

Y, sobre todo, han pretendido trasladar a la sociedad la idea de que la mujer ideal del siglo XXI está tan cerca de Cecilia Sarkozy como de Margaret Thatcher o de Sonsoles Espinosa como de Michelle Bachelet. Como si un papel y otro fueran indiferentes, perfectamente intercambiables, comparables. Incluso peor, como si Cecilia Sarkozy o Sonsoles Espinosa fueran modelos incluso más deseables para las mujeres jóvenes que las mujeres que han accedido a los roles realmente modernos.

Las medidas de igualdad, la campaña de feminismo que tanto Zapatero como Sarkozy han realizado desde sus gobiernos, se deshacen automáticamente ante la imagen de sus esposas. Mucho más, resulta obvio, en el caso de Sarkozy. Las ministras que representan la igualdad, incluso la meritocracia, la modernidad, la nueva mujer y el nuevo punto de vista de la cúpula del Estado sobre la mujer, caen estrepitosamente de su podio de propaganda feminista cuando aparecen las primeras damas, cuando Cecilia Sarkozy acapara portadas, artículos y comentarios de los periodistas que analizan el Estado. Las ministras cuentan, sí; pero la esposa, ella, la mujer tradicional, aún más.

Y Sarkozy o Zapatero parecen ajenos a la contradicción, sobre todo el primero, que habla una y otra vez a los periodistas sobre el «papel» de su esposa en la cúpula de la República. Hemos llegado a la cuestión central: al «papel». Sarkozy y, con él, la gran mayoría de políticos y analistas de los países desarrollados se empeñan en otorgar un «papel» a las esposas de los presidentes. En otras palabras, usted ha elegido al presidente, pero su esposa, a la que no ha elegido, tiene también un papel en el Estado. ¿Por qué? Por la más antigua de las razones: porque es la esposa de él.

Y todos parecen felices con el papel y las disquisiciones sobre el papel. Los medios se apasionan por el papel de ella. ¿Se pondrá un vestido de Prada o de Saint-Laurent, de Dior o de Gucci? Es importante y una cuestión de Estado, no lo olvidemos, que la pri-

mera dama debería vestir diseñadores franceses. ¿Se fue a tomar café con los Bush en el veraneo estadounidense o no? ¿Acaso es mentira que tuvo una pequeña infección? Otra cuestión de Estado para los medios. ¿Qué hace Cecilia en su tiempo libre? ¿Es cierto que es tan rebelde? Otra cuestión de Estado, pues cabe el riesgo de que deje plantado a su marido cuando la cena oficial le parezca muy aburrida. Y así hasta el infinito, las cuestiones de Estado se multiplican. Las esposas y las mujeres que en nuestra revolución igualitaria creíamos haber dejado, simbólicamente hablando, en casa, están más vivas y fuertes que nunca. Están en la mismísima cúpula del Estado y mandan más que las ministras. Conclusión y mensaje para las nuevas generaciones de mujeres: no olvidéis que, también en política, las esposas llegan mucho más lejos que las propias políticas. Luego, chicas, no hagáis carrera política; hacedla matrimonial. Conquistad, como Cecilia, al hombre más poderoso de vuestro país.

Hay una esperanza. Todo el panorama podría cambiar con los primeros caballeros. Quizá. Así me lo parece cuando observo las dos grandes fotografías que ilustran la primera página de Internacional del diario *El País* del 26 de marzo de 2007. En la de arriba observamos por la espalda a un grupo que camina. Se ve solamente a una mujer, la única que lleva un color que rompe el monocromático conjunto de grises. Ella viste una chaqueta naranja y desde la primera posición que ocupa en el grupo en movimiento parece guiar al numeroso grupo de hombres que la sigue, todos ataviados con trajes prácticamente indistinguibles en la fotografía. Ella es la canciller alemana, Angela Merkel, y ellos, los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea. La fotografía corresponde a la reunión que han mantenido en Berlín los países miembros de la Unión Europea, y *El País* titula: «Merkel dirige a los mandatarios europeos».

Pero lo auténticamente interesante no está en la fotografía de arriba, sino en la de abajo, que *El País* titula: «... Y su marido guía a las primeras damas». En efecto, el esposo de Angela Merkel, Joachim Sauer, parece guiar con sus gestos a las primeras damas durante su visita a Berlín. Por primera vez, al menos con la claridad y la falta de complejos con que el esposo de Merkel ha asumido su condición de esposo de..., un primer caballero ocupa la posición de una primera dama, no solo en el rol de acompañante, sino también como objeto de interés suscitado para los medios de comunicación.

Semanas más tarde, el contraste se repite. Dos fotografías ilustran la información de *ABC* sobre la reunión del G-8 en Rostock. Arriba, Angela Merkel destaca como la única mujer sobre el grupo de primeros ministros y jefes de Estado de los países más industrializados de la Tierra. Abajo, su esposo, el señor Merkel, destaca también como único hombre del grupo de primeras damas que, como es costumbre en estas reuniones, hacen turismo mientras ellos, los hombres, arreglan los problemas del mundo (*ABC*, 8-VI-2005). La fotografía de las primeras damas en despliegue de las «actividades propias de su género» ha cambiado significativamente.

Por la misma época, Bill Clinton acompaña a su mujer, Hillary, a los actos de las primarias del Partido Demócrata estadounidense. La candidata es ella, no él, si bien es cierto que ella lo es en buena medida a partir de la herencia del capital político de él. Comenzaron por esa reproducción de los roles tradicionales en una primera etapa, pero las cosas son ahora totalmente diferentes. Bill hace campaña de esposo de... e Hillary incluso da ideas de lo que dispondrá para él si resulta elegida. Quizá pueda servir como «embajador mundial», afirmó en la campaña de las primarias.

El protagonismo de Sauer o de Bill Clinton no elimina, lógicamente, el problema del *papel*, del papel que ni una primera dama ni un primer caballero deberían tener en un sistema democrático moderno. Pero sí es útil para ilustrar la incongruencia de la situación y, sobre todo, para aminorar los nefastos efectos para las mujeres del protagonismo mediático de las esposas de... Queda, eso sí, un largo camino que recorrer, ese a través del cual los trajes de ellos —¿Armani o Gucci?—, o sus peleas —¿irá a la cena o no?—, o sus aficiones en el tiempo libre de espera en el palacio presidencial —¿hace punto o va a desfiles de Hugo Boss?—, o su rebeldía —«Pues hoy me visto de rojo»— ocupen a los periodistas de medio mundo. Queda el camino para llegar a otra portada de *Liberation* sobre «Los cien días de Joachim. El balance de Merkel». Ese día el esperpento no tendrá una vertiente de género. Será, simplemente, un esperpento generalizado. Y entonces, quizá, las cosas sí cambiarán.

«Liberté, égalité, feminité»

«*Liberté, égalité et feminité*» es el gran titular del diario *Financial Times* del 21 de octubre de 2006. Preside el artículo de John Thornhill sobre la campaña de las primarias de Ségolène Royal. El artículo comienza como sigue: «La cámara la quiere; pero ¿tiene la aspirante a la Presidencia francesa algo más que ofrecer que socialismo con un bonito rostro?».

Hay que reconocerlo, el problema de los valores que dificultan la llegada de las mujeres al poder es generalizado y, por supuesto, se compone de muchos más factores que los de los problemas de las propias mujeres para entender el poder y para asumirlo con todos sus costes. Los analistas, los intelectuales y los medios en los que los valores más tradicionales y retrógrados sobre las mujeres deberían estar controlados los exhiben sin el más mínimo autocontrol, sin la mera conciencia de lo que muestran. La candidata de la izquierda francesa es presentada en uno de los prime-

ros medios mundiales desde la perspectiva de su atractivo físico como mujer, desde su condición sexual mucho más que desde la política. Es convertida, elegantemente, eso sí, en un objeto de contemplación para los hombres, en la encarnación de la feminidad (?), en una cara bonita. Su perfil político ha sido destruido en un simple titular.

No nos engañemos, la lectura sexual del *Financial Times* no se debe a la novedad de la presencia de las mujeres en este rol, a la ruptura de la imagen tradicional del político con traje gris que hasta ahora ocupaba las portadas de los diarios de información general. Se debe, simplemente, a la cultura masculina, ni siquiera machista, que domina aún todo el mundo cultural y mediático. Y, por supuesto, a la incapacidad de las mujeres para contrarrestarlo.

Como es bien sabido en los círculos privados en los que las mujeres han valorado físicamente a Nicolás Sarkozy tanto como los hombres a Ségolène Royal, Sarkozy es considerado por la mayoría de las mujeres un hombre *sexy* y muy masculino; atractivo sexualmente, en definitiva. Sin embargo, a ninguna mujer analista, intelectual, periodista se le ocurriría titular un artículo sobre Sarkozy con una referencia a su masculinidad o a su atractivo como hombre. Algo así como «*Liberté, égalité et masculinité*». Tal perfil de su figura se consideraría, se considera, poco respetuoso con su actividad política. Él no ha utilizado su atractivo físico como un elemento de la campaña electoral que los franceses hubieran debido valorar para elegir presidente. El atractivo físico de Sarkozy, evidente para las mujeres, no era un objeto de debate público. Como no lo es, por otra parte, en ningún hombre cuando lo que se discute es su desempeño político o profesional en cualquier campo.

Pero la determinación física persigue, sin embargo, a las mujeres, a todas ellas, incluso a las que han realizado esfuerzos, como

Ségolène Royal, para evitarlo. Antoni Gutiérrez-Rubí titulaba un artículo: «Feos, tristes y envejecidos». Y lo comenzaba así: «La belleza de Ségolène Royal incomoda tanto como su libertad». Y continuaba más adelante: «SR ha despertado el machismo latente y la envidia mal disimulada entre toda la clase política francesa que alimenta una misoginia de fondo, recelosa y cobarde. Quienes desde su propia formación la han combatido precisamente por ser mujer, guapa, alegre y joven se han equivocado de pleno» (*Expansión*, 21-XI-2006).

La apariencia física, su belleza, una vez más, determina el perfil de Royal, también en los artículos completamente elogiosos con ella y defensores de la capacidad política de las mujeres. Incluso en ellos, ellas, ahora Royal, otras veces otras políticas, quedan marcadas por su grado de belleza. La apariencia física se traslada al vestuario cuando no se detiene directamente en la cara o en el cuerpo. *El Mundo* titula el pie de fotografía en el que Carmen Alborch y María Teresa Fernández de la Vega saludan junto a Ségolène Royal: «Ségolène, el *glamour* del feminismo elegante» (17-IX-2006). El *glamour* y la elegancia rodean una parte de su ideología y la ahogan tanto que ya no queda ni la ideología ni las ideas. Royal se ha difuminado entre el *glamour* y la elegancia. La distancia entre la líder política y cualquier figura de las crónicas rosa o de la moda ha desaparecido. La líder ha sido colocada en el sitio tradicional «propio de su género», en el *glamour* y en las trapitos.

Los tiempos pasados fueron peores, es cierto. En junio de 2007, España rememoraba los treinta años de las primeras elecciones democráticas. El suplemento de un periódico lo recordaba con una fotografía que presidía su portada, la de una bella joven vestida con una camiseta de UCD que celebraba el triunfo electoral de este partido y de la que se nos recuerda que ocupó las portadas de los periódicos de entonces. Junto a ella aparecen las fotogra-

fías de los políticos de la época, hombres casi todos. El impacto visual es inquietante. Entonces ni siquiera había políticas en el poder; tan solo había *majorettes* como la que se nos muestra. Por supuesto, eran portada por aquellos días. Era el pasado, ¿o quizá no tanto? La *majorette* ha recuperado la portada en 2007 y vuelve a ser la imagen de las primeras elecciones democráticas, las elecciones de la *majorette*, ahora, en 2007[26].

Brujas y ambiciosos

La directora de orquesta norteamericana Marin Alsop describe de la siguiente manera la vertiente de género en las valoraciones que se hacen del trabajo de ellas y de ellos: «Dirigir es todo lenguaje corporal. Cuando una mujer hace un gesto, el mismo gesto que un hombre, ese gesto es interpretado de forma muy diferente. Lo que más he intentado hacer es conseguir un gran sonido de los metales, para lo que tienes que ser realmente fuerte. Pero si eres muy fuerte, eres una b-r-u-j-a. Como mujer, tienes que tener cuidado de no resultar demasiado áspera. Se trata de una línea muy sutil».

A la escritora canadiense Margaret Atwood le preguntan en *Yo Dona* si aún sigue creyendo, como hace algunos años, que los hombres nacen para ser líderes y que las mujeres que llegan lejos se perciben como anomalías. Responde: «Me gustaría decir que no, pero continuamos estancados en ese punto. Si un hombre ejerce su mandato con dureza, lo normal es que digan de él: *Es un líder natural*. Pero si pones a una mujer en el mismo lugar, ya sabes... haciendo las mismas cosas, a él le llaman decisivo, y a ella, malvada. Lo que seguimos esperando de las féminas es que sean amables, suaves y blandas, y, cuando no es así, se convierten automáticamente en sospechosas. No hay más que fijarse en las revistas femeninas: no sacan a mujeres decisivas o duras en sus portadas, sino a aquellas que quieren o aspiran a ser bellas[27]».

La escritora Isabel Allende afirmaba en la presentación de su libro *Inés del alma mía*: «Cuando una mujer tiene ambición, es una perra; cuando la tiene un hombre, es un general» (*ABC*, 19-IX-2006). Perfecta definición de la situación y de otro de los problemas de las mujeres en su camino hacia el poder. Ellas, algunas feministas, quieren que se comporten como mujercitas. Ellos, también. Y cuando no lo hacen, son unas brujas o unas perras. No parece haber forma de salir del círculo infernal tejido entre el choque del pasado y del futuro.

La presidenta argentina Cristina Fernández se queja en la misma línea: «Las mujeres que tenemos pensamiento propio no somos inteligentes; somos hijas de puta, brujas, malditas, locas, inmanejables. Esa es la desvalorización permanente de la mujer». ¿Qué hacer? En el caso de Cristina Fernández ha estado claro: comportarse como todos los que han luchado por el poder, es decir, ser, de verdad, una bruja. O una loba, o una leona; o sea, lo mismo que son ellos cuando compiten por el poder.

La corresponsal de *ABC* en Argentina, Carmen de Carlos, compone un perfil de Cristina Fernández en el que la imagen de «bruja» complementa otras como las de brillante, apasionada, trabajadora, luchadora. «Nunca te insulta, pero hiere hasta el hueso [...] Golpea en el lugar exacto. Muchos diputados le tenían pánico», relata el gobernador de Chubut, Mario Das Neves. «Tiene tendencia a mirar por encima del hombro a los mediocres o a los que considera menos que ella», reflexiona Tito Plaza, amigo de Cristina Fernández y de Néstor Kirchner y asesor de ella hace algunos años. Y añade Carmen de Carlos: «su estilo autoritario, sin piedad con las torpezas o errores de sus subordinados, la han hecho a menudo blanco de acusaciones de déspota y soberbia, aunque todos coinciden en que va de frente y no actúa a traición» (ABC, 29-VII-2007).

Frente a la dicotomía de las brujas y ambiciosos, esta política parece haber elegido sin complejos la unidad de ambos conceptos o la capacidad para asumir el segundo, ambiciosa, sin excesiva preocupación por que la tilden de lo primero, de bruja. Ha elegido lo que Carmen García Ribas llama «ser estratégica» frente a su contrario, «ser Maripili». García Ribas, experta en liderazgo y autora del libro *El síndrome de Maripili. El miedo de las mujeres a no ser queridas*, piensa que en las estrategias profesionales de las mujeres hay dos caminos: ser Maripili o ser estratégica. Según García Ribas, la actitud estratégica se compondría de los siguientes elementos: tomar decisiones, desear que te quiera tu *target*, negociar, ser asertiva, sentirse en su sitio, querer el éxito, aceptar el poder, gestionar el miedo, ser autora de tu destino, ser estratégica, buscar la propia identidad, ser realista, decir «explicaré», sonreír con el cuerpo, gestionar el miedo, atreverse a ser.

Y ser Maripili consistiría en: buscar la aprobación, desear que te quieran todos, quejarse siempre, ser sumisa, sentirse una intrusa, temer el éxito, no querer poder, tener miedo, sentirse víctima, ser buena, querer cumplir los estereotipos, querer complacer siempre, decir expresiones como «quizá diga una tontería», encoger el cuerpo, hacerse un lío con las emociones, escoger la mediocridad.

En otras palabras, ser estratégica significa convertirse en una bruja. Y ser Maripili, en atenerse a las reglas tradicionales de la feminidad. Una buena parte de la sociedad, probablemente mayoritaria aún, espera encontrarse con Maripilis. Las estratégicas, las ambiciosas, son una novedad. Una buena parte de la falta de confianza en sí mismas que destacan muchas mujeres como obstáculo para el desarrollo de sus carreras es un reflejo de este contraste, de la lucha entre la mujer que se esperaba y la mujer que ahora aparece.

Alfredo Sáenz, vicepresidente segundo y consejero-delegado del Grupo Santander, afirmó no hace mucho tiempo que «la gente te respeta si tienes autoridad moral». Basó el logro de esa autoridad en el respeto que logras cuando resuelves mejor los problemas, cuando tienes más visión, cuando eres más equilibrado, más justo, cuando conduces mejor a la tropa. Sustancialmente es así. Mejor dicho, termina siendo así al cabo de un tiempo. Pero el punto de partida también comienza determinando de entrada la autoridad moral. Cuando el punto de partida es mujer, la autoridad moral se pone bastante más cuesta arriba. Incluso el camino, puesto que los pasos que ella da no son valorados de la misma forma que los de él.

Y no muchas tienen el valor de convertirse en brujas. Rachida Dati es otro ejemplo de política que sí lo ha hecho. Al tomar posesión de su cargo de ministra de Justicia de Francia, declaró: «Yo soy el símbolo de la nueva Francia». A esto puede llamársele falta de modestia, sentido del protagonismo y fe ilimitada en la importancia de su propia persona. Nada que ver, ciertamente, con una Maripili. Su trayectoria política, tampoco. No solo porque se hizo a sí misma, nacida en el seno de una familia de inmigrantes pobres y obligada a trabajar desde los dieciséis años para pagarse sus estudios y para ayudar a sus hermanos; también por la seguridad y agresividad con la que avanzó profesionalmente. Es muy conocida ya la historia de que en 1986 se «coló» en una recepción en la embajada argelina para «conocer gente importante». Y lo consiguió. Salió de la recepción con un puesto como contable en la petrolera Elf. Después logró ser juez, suplente de fiscal y otras muchas cosas.

Suscitó el interés de Sarkozy de la misma forma que su trabajo de contable en Elf, con una confianza desmesurada en sí misma y su brillantez y con las continuadas cartas que escribió en 2002 al entonces ministro de Interior, Nicolas Sarkozy, para ofrecerse a

trabajar con él. Y también lo logró. Su insistencia y su desparpajo convencieron a Sarkozy, que la convirtió en su más estrecha colaboradora. Cree profundamente en la meritocracia y dicen de ella los que la conocen: «mejor no cruzarse en su camino». En definitiva, es una auténtica bruja. Sin embargo, es una de las ministras más populares y mejor valoradas del Gobierno de Sarkozy. Ha llegado la hora de las brujas. Mejor dicho, las brujas se han convertido, simplemente, en ambiciosas. Y la sociedad comienza a aceptarlas como tales.

El velo en el cerebro

Maticemos de nuevo. La última frase del epígrafe anterior es válida para las sociedades modernizadas. Pongamos una vez más algunos interrogantes en los países menos desarrollados y, sobre todo, en los países musulmanes. No parece que pueda haber mucho lugar para el liderazgo femenino cuando las mujeres están obligadas a cubrirse la cabeza para no provocar la lujuria masculina. Cuestiones como la autoridad moral de hombres y mujeres se deshacen cuando el velo establece la férrea barrera entre el hombre autónomo, independiente y dueño de su cuerpo (y de su cabeza), y la mujer sumisa, sujeta a la autoridad masculina y portadora de un cuerpo peligroso (y de una cabeza obligatoriamente oculta).

La crisis vivida por Turquía en 2007 en torno a la elección de Abdulá Gül como presidente fue en buena medida la crisis del velo. Del velo que su esposa, Hayrunisa Gül, porta contra viento y marea en un país en el que esta prenda está prohibida en el seno de las instituciones. La crisis turca se produjo por el enfrentamiento entre los sectores laicos, con el ejército a la cabeza, contrarios a la posible islamización del país a través del creciente poder del islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo, y los islamistas. El velo ha sido y es el símbolo de ese enfrentamiento, por-

que los valores del islam se trasladan con Gül, su esposa y el velo de ambos hasta la cúspide del Estado.

Hayrunisa Gül manifestó en su propia defensa que su velo cubre su cabello, no su cerebro. Efectista y muy mentirosa frase de la primera dama que pretende hacernos creer que una mujer que, como ella, cree en eso de que las mujeres son peligrosos y pecaminosos objetos de lujuria a diferencia de los hombres, es una mujer cuyo cerebro no es independiente del velo. Si el velo está sobre esos cabellos es porque esta mujer está más que convencida de su función pecaminosa en el islam. Su cerebro es un cerebro profundamente socializado en la desigualdad, que cree y practica la desigualdad con rabiosa radicalidad. En el momento de escribir estas líneas, la primera dama no ha acudido a ningún acto oficial por su rechazo total a desprenderse del velo de su cabello. Y de su cerebro.

Ahora bien: también hemos sabido ya que ahora es posible fabricar una Jackie Onassis o una Cecilia Sarkozy con velo. Comienzan a inventar el *glamour* del velo, la desigualdad con toque de diseñadores. Los peores despropósitos de las primeras damas son también exportables a los símbolos de la desigualdad femenina. Parece que el máximo grado de legitimación de símbolos discriminatorios se ha logrado. Una primera dama subordinada a su marido y un nuevo fascinante debate sobre Gucci y Dior. Sobre el velo, en este caso, puesto que la primera dama, mejor dicho, su marido, como es menester cuando ella lleva velo en el cerebro, ha pedido a un importante modisto turco, Atil Kutoglu, que diseñe un estilo de velos más moderno y sofisticado para su esposa. El modisto ha declarado que «pretende fundir el *glamour* de Hollywood de los años cuarenta y cincuenta con la seriedad de su posición». Aún más, ha añadido: «Estoy imaginando cómo se vería a Romy Schneider o Catherine Deneuve llevando velo en sus pelí-

culas». Y ha añadido sobre la primera dama: «Su estilo puede crear nuevas corrientes de moda».

Nunca lo habríamos imaginado las mujeres del siglo de la igualdad, pero ahora la discriminación puede ser también un estilo e incluso crear corrientes de moda: pecaminoso de seda, pecaminoso de algodón, sucia provocadora en rojo, sucia provocadora en verde, y así en todas las variantes del tejido, del color y del pecado que deseen estas cabezas cubiertas de regresión.

El velo de la esposa del presidente de Turquía ha estado en el centro de una crisis nacional, porque el velo no es un accesorio de moda, no es una decisión personal, no es un nuevo *look*. El velo es la expresión de la temperatura de la desigualdad. Y la temperatura es, en algunas zonas del mundo, muy fría.

Ronald Inglehart y Pippa Norris son dos importantes politólogos que han comparado los valores culturales y políticos entre países occidentales y países musulmanes, y han concluido lo que el velo de los Gül ya nos había contado: que el sexo, el género, constituye aún una importante barrera entre los valores liberal-democráticos occidentales y los de los países musulmanes. Estos dos politólogos resumen de la siguiente forma la conclusión que ofrecen los datos que comparan: «Samuel Huntington solo acertó en parte: la gran brecha cultural entre Occidente y el mundo musulmán no es la democracia, sino el sexo[28]».

Como es bien sabido, casi dos tercios de los 192 países del mundo son democracias. Sin embargo, solo una cuarta parte de los 47 países de mayoría musulmana lo son, y entre ellos no está ninguno de los principales países árabes. ¿Qué ocurre? Pues bien: aquí entra en acción el velo del cerebro, de los hombres y mujeres de esos países de mayoría musulmana. Inglehart y Norris analizaron los datos de dos ediciones de la Encuesta Mundial de Valores (1995-1996 y 2000-2002), y comprobaron que el gran abismo

entre Occidente y el islam se encuentra en la igualdad de género y la liberación sexual.

Cuando se pregunta a los ciudadanos de los países occidentales y de los países islámicos por sus opiniones en torno a la democracia, los resultados son similares. También los ciudadanos musulmanes abogan por los ideales democráticos y desean el sistema democrático para sus propios países. Las diferencias se producen cuando se les pregunta por el papel de las mujeres o por las cuestiones morales como el divorcio, el aborto o la homosexualidad. El divorcio y el aborto son ampliamente rechazados en los países musulmanes y la intolerancia hacia la homosexualidad es muy elevada.

Y cuando pasamos a las cuestiones relativas a la igualdad entre hombres y mujeres, las diferencias son claras. La igualdad de derechos entre géneros, medida a través de varias preguntas, es apoyada por un 82 por 100 de personas en los países occidentales. En los países musulmanes ese porcentaje desciende a un *55* por 100. Turquía es un país musulmán democrático y uno de los países musulmanes más avanzados del mundo. Sin embargo, los turcos han apoyado mayoritariamente a un partido islamista en sus elecciones. Al partido islamista del velo. La contradicción se explica en los datos anteriores.

Inglehart y Norris concluyen que el compromiso con la igualdad de género y la liberación sexual es el indicador más fiable de la fortaleza del apoyo de una sociedad a la tolerancia y a la igualdad. De ahí, señalan, que, aunque los pueblos musulmanes anhelen la democracia, tal vez no puedan sostenerla. No, ciertamente, mientras los cerebros de sus hombres y mujeres estén cubiertos por un velo.

El liderazgo político de las mujeres musulmanas es, por el momento, una quimera. No pueden dirigir una nación quienes tienen que taparse ante sus ciudadanos. No pueden conducir a sus

conciudadanos quienes en su vida privada son conducidas por sus propias parejas. Y bien tapadas.

6
El pacifismo genético

La cuota femenina de la violencia

Fátima Najar era palestina. Tenía sesenta y siete años, nueve hijos y cuarenta y un nietos cuando murió. La última imagen que se conserva de ella es la del vídeo que grabó con las Brigadas de Ezzedin al-Qassam, pertenecientes al movimiento terrorista palestino Hamás para anunciar el atentado que pensaba perpetrar en las horas siguientes. Portaba un kalashnikov y anunciaba su inminente «martirio» «por Dios y la nación». Al día siguiente de esa grabación, en noviembre de 2006, se dirigió hacia las posiciones israelíes al norte de Gaza. Pretendía accionar su bomba al lado de tres soldados israelíes, pero estos pudieron salvarse. Sospecharon antes de que la terrorista alcanzara su posición, le dispararon y la bomba mató a Fátima Najar, pero solo les hirió levemente a ellos.

Sus hijos y nietos la recuerdan con orgullo. Desde entonces es venerada entre los suyos, su familia y una parte significativa de los palestinos, para los que esta asesina frustrada es una heroína, no una mera criminal.

Tanja Nijmeijer tiene veintinueve años y tiene un apodo, *Ellen*, que no es el simpático nombre que le pusieron sus amigas en el colegio, o sus papas cuando era una niña. Es su nombre de guerra, el nombre con el que es conocida entre sus compañeros del grupo terrorista colombiano FARC. La corresponsal de *El País* Isa-

bel Ferrer tiene un lapsus cuando relata en este diario la historia de esta terrorista (*El País*, 5-IX-2007). Ferrer escribe que lleva cinco años luchando (*sic*) del lado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas.

Olvídese el lapsus y tradúzcase que *Ellen* lleva cinco años, desde 2002, secuestrando y asesinando con las FARC. Su historia se conoció en septiembre de 2007, a través de un diario que la terrorista tuvo que dejar abandonado en uno de los campamentos del grupo cuando el ejército los perseguía y que fue posteriormente publicado por el diario colombiano *El Tiempo*. La terrorista relata en su diario algunos de sus atentados. Y también sus dudas sobre «su opción vital». Se pregunta si habría sido más feliz quedándose en Holanda, dando clases en la universidad, casada y con hijos. No lo sabemos; su diario no ofrece conclusiones. Por el momento, no sabemos si *Ellen* es más feliz asesinando o sería más feliz dando clases. La corresponsal de *El País* tiene otro lapsus y relata que el diario de *Ellen* «conmueve por la franqueza con que expresa sus dudas acerca de su situación». ¿Ama de casa, profesora, terrorista? Sí, ciertamente, es un dilema conmovedor. Su lectura estremece. El asesinato como una opción vital más.

Más o menos por la misma época en que se conocía la historia de esta terrorista, el mismo diario colombiano, *El Tiempo*, publicaba un informe sobre los secuestros en Colombia en los últimos años. Solo secuestros. Súmense a las siguientes espeluznantes cifras las de asesinatos. Pues bien: según el informe de *El Tiempo*, en los últimos diez años, entre 1997 y 2007, 24 000 colombianos fueron secuestrados. De ellos, 6772 lo fueron por las FARC, es decir, por *Ellen* y sus compañeros de «lucha»; 5389, por la ELN y 1162, por las AUC. De otros 5105 no se conoce la autoría. En el verano de 2007 las FARC anunciaron el asesinato de once diputados que tenían secuestrados. Ellos, junto a la diputada Ingrid Betancourt, secuestrada desde hace años, son, simplemente, los

más conocidos. Como ellos, miles de colombianos cuyos nombres ignoramos, pero que han sido secuestrados y asesinados por los tres grupos terroristas colombianos, especialmente por las FARC, el más sanguinario de los tres.

Alice Lakwena murió a principios de 2007. Fue toda una líder. Con ella, lo del liderazgo femenino se hizo realidad; el liderazgo femenino del crimen, quiero decir. El mundo respira un poco mejor desde que esta líder y su liderazgo se fueron a la tumba. Sobre todo, su país, Uganda. Porque esta sanguinaria representante del género femenino fue la fundadora del Movimiento del Espíritu Santo, cuyo Ejército de Resistencia del Señor (LRA), un grupo fundamentalista cristiano, aterrorizó Uganda durante veinte años. No se conocen las cifras de asesinados y heridos que provocó. Sí que forzó a millón y medio de personas a huir de sus hogares y que su grupo está acusado de secuestrar a veinte mil niños y convertirlos en soldados o esclavas sexuales.

Idoia López Riaño es un nombre de mujer bastante conocido entre los españoles. ¿Motivo? Su nutrido historial criminal. Está entre rejas cumpliendo condena por los veintitrés asesinatos que se le han imputado. Comenzó sus crímenes en 1984. Asesinó al francés Joseph Couchot; un año después, al marinero Ángel Facal; después, al policía Antonio García. Más tarde, con el *comando Madrid*, sembró la capital de España de sangre durante 1986. Primero acribilló a balazos a tres militares; después, a cinco guardias civiles, y el 14 de julio fue uno de los autores de uno de los crímenes más terribles de ETA: con un coche-bomba que ella y sus secuaces hicieron estallar en la plaza de la República Dominicana asesinaron a doce personas.

Matías Antolín ha relatado la historia de esta asesina en un libro en el que el periodista explica también la trayectoria criminal de otra veintena de mujeres de ETA. Escribe Antolín sobre Idoia López Riaño que no es una mujer demasiado inteligente, que no

tenía ni idea de política y que se hizo de ETA como pudo hacerse asaltadora de bancos[29]. Probablemente podríamos añadir el comentario a todos los asesinos múltiples y a todos los terroristas, sepan o no de política. Hubieran desarrollado su carrera criminal en cualquier ámbito, el terrorista, el mafioso o el del crimen común. Ellos y ellas. Como Idoia López Riaño.

Jon Bienzobas es otro criminal bastante conocido entre los españoles. Sobre todo, por ser el asesino de Francisco Tomás y Valiente, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid y expresidente del Tribunal Constitucional. La mayoría de los españoles recordamos aquel crimen, el 14 de febrero de 1996. El profesor estaba en su despacho de la universidad. El asesino se dirigió hasta allí con la cara descubierta y le disparó tres tiros a bocajarro. Francisco Tomás y Valiente apenas tuvo tiempo de mirarle, porque el primer disparo impactó en su cuerpo cuando se giraba para ver quién entraba por la puerta.

Murió varios minutos después, cuando sus compañeros lo llevaban hasta un coche para trasladarlo al hospital. No hubo tiempo. Falleció cuando llegaron al aparcamiento. Entre tanto, el asesino abandonó el lugar tranquilamente, mientras encañonaba a los profesores y alumnos que le miraron: «Si me miráis, os mató». Los testigos lo relataron once años después, en abril de 2007, en el juicio que se celebró contra Bienzobas en la Audiencia Nacional.

Bienzobas es un hombre. Pero hay una mujer en su vida y en su historial criminal. Su madre. Pudimos verla en la Audiencia mientras juzgaban a su hijo por el crimen de Francisco Tomás y Valiente. Le lanzaba besos desde los asientos reservados al público. Le sonreía, le animaba, le transmitía su amor. Y su admiración. Nada nuevo, nada excepcional. Es una imagen repetida en los juicios de los terroristas etarras. Las madres apoyan y jalean a

sus hijos. Los sostienen y los alientan para reivindicar su orgullo por el crimen.

Ellas tienen una importante parte de responsabilidad en sus asesinatos, aunque no las puedan juzgar por ello. Se limitaron a formar a sus hijos en el odio y el asesinato. La historia de los crímenes terroristas no puede entenderse sin el aliento de sus familias. En buena medida, de las mujeres de sus familias. De sus madres. Hay muchas madres llenas de sangre en ETA. La madre de Bienzobas es solo una más.

Como otras muchas madres y mujeres que han hecho la historia de otros grupos criminales. El IRA, por ejemplo. Entre los múltiples testimonios de miembros del IRA recogidos por Rogelio Alonso[30], figura el de la terrorista Marion Price, que seguía la tradición familiar cuando se hizo terrorista: «Siempre he estado implicada en el movimiento republicano. Hay en mi familia una larga tradición republicana, así que crecí con el republicanismo toda mi vida. Mi padre había estado en el IRA antes que yo. Mi madre era miembro del *Cumann na mBan* [organización de mujeres del IRA]. Todas mis tías estuvieron en el *Cumann na mBan*. Mi abuela fue una republicana que cumplió condena por la causa. Así que vengo de una larga tradición de republicanos». Y aún le ha faltado añadir a esta terrorista hereditaria que su hermana mayor también ha sido miembro del IRA.

La historia de otra terrorista del IRA, Rose McCotter, tiene bastante en común con la anterior. También en este caso hay un sólido sostén familiar que explica la vocación terrorista. Su padre, su abuelo, su tía, su hermana, todos pasaron por el IRA: «Así que es una especie de larga [...], probablemente la continuación de la tradición familiar. Eramos muy jóvenes; no nos adoctrinaron, pero nos hicieron conscientes. La política era un tema importante en nuestra casa. Mi madre también, aunque era muy joven y había tenido diez hijos, ella también se vio cogida por todo eso. Así

que es una especie de progresión natural [...]. En mi caso, yo creo que no fui políticamente consciente hasta que salí de la cárcel».

O, lo que es lo mismo, a Rose McCotter lo de ingresar en el IRA le vino por tradición familiar. Abuelos, padres, tíos y hermanos. Todos ellos unidos por la causa de la Irlanda del IRA, la Irlanda del terrorismo. Hombres y, nuevamente, mujeres, no siempre en los núcleos más activos del grupo terrorista, pero siempre en la retaguardia, sobre todo, las madres. O las novias, otra modalidad de cuota de género, de género femenino en la violencia, que no cabe desechar.

La novia más popular de esa cuota en los últimos años en España es sin duda Iratxe Aranzabal. Ella es la novia de uno de los mayores asesinos de la historia de nuestro país, Iñaki de Juana Chaos. Lo conoció hace dos años, cuando Iratxe Aranzabal trabajaba para Etxerat, un grupo del entorno etarra dedicado a visitar y a cuidar a los presos etarras. En una de esas visitas conoció a De Juana. Y se enamoró. Los veinticinco asesinatos de su enamorado no la disuadieron. Quizá la animaron, puesto que ella es un miembro activo de los grupos proetarras, de los que sostienen a los de las pistolas en la retaguardia. Ahora, Iratxe Aranzabal tiene un puesto más importante. Además, es una novia de... La novia de un asesino que se siente orgulloso de sus crímenes y que, desde la cárcel, ha seguido amenazando a todos los que combaten el grupo terrorista con el que asesinó.

Los otros crímenes, los que no van acompañados de explicaciones políticas, también tienen su cuota de género. También los más terribles. Como el de la madre que asesinó en agosto de 2007 a sus tres hijos en Finlandia. Eran dos niñas mellizas y un niño de dos años. Había perdido la custodia en el proceso de divorcio. Y no, no se ha sabido que estuviera loca. Simplemente, era una asesina, la asesina de sus tres hijos.

Rose MacDermott, una psicóloga de la Universidad de Harvard, ha afirmado: «Cuanto más gasto militar hace un país, más posibilidades tiene de ir a la guerra». Como cabe observar, el prestigio de la marca Harvard no exime de decir tonterías y, por supuesto, la referencia Harvard facilita enormemente su difusión. Habría que considerar seriamente la posibilidad de proponerla para el premio Ig Nobel de la Paz. Harvard también se ha hecho merecedora de estos atractivos premios. Los Ig Nobel, los premios que parodian los Nobel, promovidos por la revista de humor científica *Annals of Improbable Research*, han permitido reír a muchas personas, llevando a la fama mundial ideas, a veces, originales; a veces, simplemente ridículas. Por ejemplo, otorgaron el premio Ig Nobel de la Paz en 2006 al británico Howard Stapleton por inventar un repelente electromagnético de adolescentes. El artefacto genera un sonido audible solo por los adolescentes, no por los adultos, y tiene funcionalidades tanto para los adultos que se quieren librar de ellos como para los adolescentes que los quieren engañar. De hecho, el invento ya ha sido usado para hacer un tono de teléfono audible para los adolescentes, pero no para sus profesores.

En 2005 también se llevaron los británicos el Ig Nobel de la Paz. Los profesores Claire Rind y Peter Simmons lo ganaron por vigilar la actividad de una célula del cerebro de una langosta mientras la langosta miraba imágenes de luces seleccionadas de la película *Star Wars*. Y el premio Ig Nobel de 2003 fue tan imaginativo como los anteriores. Se lo llevó el hindú Lal Bihari por tres motivos, no solo uno. El primero, por llevar una vida intensa, a pesar de ser declarado legalmente muerto. El segundo, por su campaña postuma contra la inercia burocrática. Y el tercero, por crear la asociación Gente Muerta. Los Ig Nobel informaron que Bihari no pudo viajar para recoger en persona el premio por problemas burocráticos con el pasaporte.

Probablemente, la teoría de Rose MacDermott no resultará lo bastante divertida para ganar el premio. Pero su presentación y la publicidad consiguiente podrían, quizá, dar lugar a un movimiento mundial a favor del desarme generalizado, militar y policial, con otras afirmaciones como, por ejemplo: «Cuanto más gasta en armas la policía de un país, más posibilidades tiene de que los agentes persigan a los delincuentes armados»; o también: «Cuanto más gasta un país en medidas represivas contra la violencia de género, más posibilidades hay de que el Estado entre en confrontación con los agresores y la represión de estos suba de forma proporcional al aumento de gasto». Etcétera. No todo el mundo tiene el sentido del humor de los organizadores y muchos de los premiados de los Ig Nobel. Algunos se toman las cosas muy en serio; también la relación causa/efecto entre gasto militar y guerra de McDermott.

La reflexión de Rose McDermott tiene un interés limitado, sin embargo, si lo entendemos fuera del contexto en el que fue pronunciada: el contexto de la diferencia de género en cuestiones de violencia. Ella era parte de un amplio reportaje de la revista *Newsweek*[31] que defendía la tesis del pacifismo intrínseco a la condición femenina. Titulaba: «Guardianes de la paz». Y, a continuación, la teoría del pacifismo —¿genético?— de las mujeres. Afirmaba *Newsweek* que los países devastados por la guerra se están volviendo hacia las líderes femeninas, puesto que es mucho más probable que se construyan puentes con ellas y no que se derriben.

Newsweek aportaba algunos datos. Por ejemplo, un estudio del World Economic Forum sobre Camerún, Bolivia y Malasia, según el cual, cuando las mujeres tienen influencia en las prioridades del gasto, gastan menos en lo militar. Y algunas opiniones, como la de Swanee Hunt, responsable de The Iniciative for Inclusive Security, una organización sin ánimo de lucro que trabaja con mu-

jeres en zonas de conflicto, que piensa que «cuando las mujeres alcanzan el 30 o el 40 por 100 del Gobierno, se consigue más financiación para la sanidad o para la educación».

Curiosamente, el estudio citado obviaba un pequeño detalle de Malasia. Un *datito* insignificante, debieron de pensar, ese de que Malasia tiene una alta proporción de musulmanes y que la *sharia* se aplica a esa población musulmana. No a toda la población, ciertamente, puesto que a los chinos y a los indios, por ejemplo, se limitan a discriminarlos en las leyes. A los musulmanes, mejor dicho, a las musulmanas, les aplican la *sharia*. Y, sin embargo, al World Economic Forum se le ha ocurrido plantear un estudio sobre el «poder e influencia» de las mujeres de la *sharia*. Algo así como estudiar el «poder e influencia» de los negros en Sudáfrica en pleno *apartheid*. Pero sí, todo es posible; por eso, no lo olvidemos, se inventaron los Ig Nobel.

Al margen de incongruencias como la señalada, las pretensiones del pacifismo genético de las mujeres no se han podido corroborar hasta ahora. Otro detalle también irrelevante para ese nutrido sector del feminismo que lo ha adoptado como creencia y guía. Ese feminismo quiere creer en las diferencias; a favor, por supuesto. Y sin que a estos efectos interese lo más mínimo, por ejemplo, que el papel tradicional de las mujeres en el hogar las haya eximido hasta ahora de tener la misma oportunidad que los hombres para demostrar el alcance de su agresividad.

En las guerras, en primer término. Resulta que, hasta muy recientemente, las mujeres no solo tenían menos derechos que los hombres y dependían de su autoridad también en los países más desarrollados. Tampoco podían ingresar en el ejército. Ni en otros muchos lugares. El ejército era uno de ellos, sencillo dato que explica que, en efecto, las mujeres hayan tenido un protagonismo muy secundario en las guerras. Ellas no estaban en los campos de batalla, ni en los tanques, ni en los aviones de guerra, ni al pie de

los cañones. Ellas se quedaban en casa, al cuidado del hogar y de los niños. Ellos mataban y ellas esperaban. Y ellos morían en primer término y muchas veces también ellas, pero solo cuando la población civil era atacada. Ellas no poseían las armas para matar. Los valores culturales determinaban que no era su cometido, que ellas debían esperar en el hogar.

Si el peligro acechaba a todos por igual, recuérdese, había que salvar primero a las mujeres y a los niños, al hogar, a la familia, a la continuación de la especie. Solo muy recientemente se ha roto con ese profundo valor que han compartido todas las sociedades y ha comenzado a extenderse la idea de que ellas también pueden ser soldados en la guerra. De manera muy tímida, tanto que, en aquellos ejércitos en los que la mujer ha empezado a entrar, ellas aún son relegadas a puestos que no son de combate.

Si la incorporación de las mujeres como soldados en la guerra es reciente, su paso a la primera línea, a la línea de combate, lo es aún más. Acaba de empezar. Es nuevo. Incluso choca todavía en las sociedades más desarrolladas, en las que la idea de la mujer asociada al hogar, a la espera del guerrero, a la responsabilidad de los niños y a su protección en caso de guerra, está muy interiorizada. Tanto es así que una parte significativa de los ejércitos de los países desarrollados mantienen restricciones para evitar que las mujeres ocupen puestos de combate.

La mujer soldado es una figura completamente nueva, propia de finales del siglo XX. Y la mujer guerrera, la que combate, apenas existe aún. En ese sentido, sí, la mujer ha sido «pacifista». No ha ido a las guerras. Y cuando ha comenzado a ir, una nueva figura ideal de mujer surge de las filas del propio feminismo que refuerza la mujer del hogar de la sociedad tradicional. Ahora, la mujer tampoco puede ir a la guerra, puesto que ella es esencialmente pacifista y su papel es contribuir a la paz mundial.

Un texto delirante publicado no hace mucho tiempo de la psiquiatra estadounidense Jean Shinoda llamaba a una tercera ola del feminismo basada en el movimiento de las mujeres por la paz. Cree esta psiquiatra que en el seno de las mujeres, más específicamente, en su vientre, en la maternidad, anida el germen de la paz mundial. Es por ello que el movimiento pacifista de las mujeres, afirma, ha empezado a originarse en el reconocimiento de que solo cuando las mujeres y los niños estén a salvo de la violencia, de las privaciones y de los abusos, el ciclo de la violencia que engendra más violencia y que da lugar al terrorismo y a las guerras llegará a su fin. Porque «la compasión, la espiritualidad, la preocupación maternal y el deseo y necesidad de paz son, combinados con el feminismo, la fuerza que puede salvar el mundo[32]».

La relación entre maternidad y violencia ha tenido, sin embargo, otras lecturas, igual de delirantes que las de Shinoda, pero con concomitancias éticas y políticas muchísimo más graves. Al fin y al cabo, la reflexión de Shinoda, por muy enloquecida que sea, no deja de ser un alegato puramente pacifista. Nada que ver, en ese sentido, con el punto de vista sobre la relación entre nazismo y maternidad que defendió la presentadora de televisión alemana Eva Herman. Afirmó, en septiembre de 2007, que el nazismo también tuvo sus cosas buenas, como la importancia que los nazis dieron a la maternidad y a las madres. Fue despedida fulminantemente por la cadena pública alemana para la que trabajaba. Se le había olvidado que los nazis hicieron una excepción de esa consideración de la maternidad con los millones de mujeres, sobre todo judías, que asesinaron. Pero ahí quedó su teoría sobre la relación «positiva» entre nazismo y maternidad o entre algunos de los mayores criminales de la historia y la maternidad.

Fuera de esos puntos de vista sobre la maternidad y la violencia, hemos pasado de la madre que se quedaba en el hogar para

cuidar de los niños y asegurar la continuación de la especie, mientras ellos guerreaban, a la madre que también se queda en casa porque tiene instinto maternal y quiere salvar el mundo y no destruirlo. El mito de la madre compasiva y pacifista ha pasado de la tradición a la modernidad a través del feminismo con una ligera alteración de formas, que no de contenido. La sustancia del pacifismo sigue siendo semejante. Las cualidades maternales y específicamente femeninas que mantuvieron a las mujeres en el hogar las mantienen ahora en la paz, y, de paso, en el hogar. Por razones semejantes.

La teoría encaja con los datos pertinentes lo mismo que la del liderazgo femenino bondadoso e integrador con los suyos. Desde que la igualdad es una realidad en algunas zonas del mundo, la mujer se ha integrado en los ejércitos y en la primera línea de combate. Aunque su presencia es aún notablemente menor, las diferencias han desaparecido. Ellas ya están en la guerra y han empezado a matar y a morir en ella. Ningún ejército del mundo ha informado de que ellas estén incapacitadas para disparar y matar. Por el momento, lo único que conocemos es que lo hacen exactamente igual y que su progresión en el ejército sigue la misma evolución que en otros campos de actividades. Es decir, aumento paulatino de la presencia de mujeres y aumento continuado también de su progresión en el escalafón. Ahora, las mujeres combaten y, además, dan órdenes.

Es cierto que la presencia femenina en los ejércitos es aún muy inferior a la de los hombres, pero ocurre también en otras actividades consideradas tradicionalmente masculinas donde la penetración de ellas es aún muy reducida. Por ejemplo, la albañilería o la fontanería, o la conducción de camiones. Son algunas de las profesiones en las que las mujeres apenas tienen presencia. Claro que también ocurre algo parecido en el otro sentido en algunas profesiones tradicionalmente femeninas, como la de las enferme-

ras o la de las cajeras de los supermercados. En uno y otro trabajo, los hombres siguen infrarrepresentados.

Pero ninguna teoría feminista ha adornado esos desequilibrios, como sí lo ha hecho con los que se producen en la guerra. Todo el mundo parece pensar que si las mujeres no han entrado de forma masiva en la albañilería y la fontanería se debe, simplemente, a que aún las consideran actividades poco atractivas para ellas, con los estímulos insuficientes para proseguir su aún precaria entrada en el mundo laboral por esos derroteros. Pero no parece que nadie haya pensado que el instinto maternal haga a las mujeres menos proclives a pegar martillazos en las obras en construcción o en las cañerías de una casa.

Nada más lejos de la perspectiva feminista que resistirse a la albañilería o a la construcción. Otra cosa es el ejército. Hasta ahora, otro dato de la desigualdad femenina ayudaba a sostener débilmente la teoría del pacifismo genético de las mujeres. La de la escasa o nula presencia de mujeres en las posiciones políticas o burocráticas relacionadas con el ejército e, igualmente, con la policía. No había ministras de Defensa ni de Interior ni altas responsables policiales, de la misma manera que no ha habido generales o, simplemente, capitanes.

Hasta ahora. La presidenta de Chile, Michelle Bachelet, por ejemplo, que fue ministra de Defensa antes de llegar a la Presidencia chilena. O la ministra de Interior francesa, Michèle Alliot-Marie, una de las ministras más importantes del Gobierno de Nicolas Sarkozy, que ya fuera ministra de Defensa con el anterior Gobierno francés conservador en el que era Sarkozy precisamente quien ocupaba la cartera de Interior.

No son las únicas mujeres en esas posiciones, pero sí, por el momento, algunas de las más conocidas. La menor presencia femenina en responsabilidades de Interior o de Defensa se fundamenta en las mismas razones que las mantienen aún bastante

alejadas de las responsabilidades de Economía o de Exteriores. En primer lugar, el hecho de haber entrado en la carrera política más tarde y haber ocupado las posiciones menos importantes y menos codiciadas, que no son ni la de Economía ni la de Exteriores, ni tampoco la de Interior o la de Defensa. Todas ellas forman parte del núcleo duro de los gobiernos, y ellas, las mujeres, no están aún en esos núcleos duros en la misma proporción. En segundo lugar, las mujeres han entrado en los puestos de responsabilidad política o burocrática en las mismas actividades por las que han destacado hasta ahora en la sociedad: las actividades tradicionalmente femeninas. Cuidado y asistencia, muy especialmente.

Cuando las políticas pueden elegir, aún siguen escogiendo la prolongación de esas actividades tradicionalmente femeninas antes que las nuevas actividades consideradas más masculinas. Por las mismas razones por las que eligen dedicarse preferentemente a la enfermería o a la peluquería antes que a la policía o a la extinción de incendios. No parece que sea genético o propio de la condición femenina, ni en el caso de la enfermería ni en el de la extinción de incendios.

No hay ningún dato que avale la existencia de un rechazo de las mujeres hacia el ingreso en el ejército o en la policía por la violencia que implican esas actividades. Tan solo existe una dinámica que muestra que los factores que determinan su escasa presencia en esas actividades son las mismas que explican su poco interés por la albañilería o la fontanería.

Además, cuando las mujeres llegan a esas posiciones, mujeres como las que acabo de citar, Michelle Bachelet o Michèle Alliot-Marie, la política de los gobiernos relativa a la Defensa o a Interior no cambia. En contra de lo defendido por *Newsweek* sobre los cambios en prioridades de gasto introducidos por aquellos gobiernos con una importante presencia de mujeres, lo que mues-

tran los datos sobre la asunción de responsabilidades políticas de las mujeres es que no cambian las políticas realizadas por esos gobiernos. Tan solo cambia, eso sí, el monto del presupuesto y las iniciativas gubernamentales relacionadas con problemas que afectan principal o específicamente a las mujeres. En otras palabras, los intereses específicos de las mujeres sí están mejor representados en la medida en que el número de mujeres en puestos de responsabilidad política aumenta.

Pero el conjunto de las políticas desarrolladas por los distintos gobiernos o el volumen total de los presupuestos dedicados a Defensa o a Interior cambian cuando lo hacen los partidos en el poder. Es la ideología la que determina esos cambios y no el género. La pretensión de un cambio en la política mundial a partir de la llegada de las mujeres al poder es otro de esos mitos feministas que no ha resistido el paso del tiempo y la posibilidad de contrastar la pretensión con la realidad.

La llegada de las mujeres a la propia cima de los Estados tampoco introduce ninguna variación en la trayectoria de los países que gobiernan. Al menos, cuando la nueva presidenta pertenece al mismo partido que el mandatario anterior. En realidad, lo único que se ha podido constatar hasta ahora es que los cambios políticos de relevancia, sean en defensa, en educación o en cultura, tienen que ver con los partidos políticos y con sus ideologías, no con el número de mujeres en los gobiernos.

Las mujeres ni siquiera votan de forma diferente. La opción por la izquierda, por la derecha, el centro o por cualquier otro eje ideológico nada tiene que ver con el género. Hasta hace algún tiempo se pensó que eso podía suceder, que el sexo del votante tenía alguna influencia en el voto. Pero esta diferencia no fue en absoluto destacada por las defensoras de la diferencia femenina, más que nada porque lo que entonces se conocía no les parecía muy atractivo. Lo que sí se ha observado es que en el pasado las

mujeres han votado algo más a los partidos de derecha y los hombres lo han hecho comparativamente más a los de izquierda.

La razón no era el género, sino los rasgos sociológicos de las mujeres, mayor religiosidad o valores conservadores asociados a su condición mayoritaria de amas de casa, entre otros factores, que les hacían votar algo más a los partidos conservadores. Esa diferencia, que nunca llegó a ser importante, ha desaparecido completamente en los últimos años. No solo no hay una diferencia de género a la hora de elegir entre candidatos hombres o candidatos mujeres. Tampoco existe en la actualidad diferencia de género a la hora de decidir el voto a un partido.

En definitiva, son los partidos los que determinan la distribución de gasto y las prioridades en política. Y esos partidos son elegidos y apoyados por hombres y mujeres sin distinción de género. Independientemente de cuál sea su postura en cuestiones de defensa o de gastos de seguridad y militares.

Otro dato, el de la participación de mujeres en grupos terroristas, tampoco avala la tesis del supuesto pacifismo inherente a las mujeres. Más arriba ofrecía algunos ejemplos de mujeres terroristas muy conocidas o de mujeres que, sin serlo, han apoyado a hombres terroristas. Una mirada a los miembros de los grupos terroristas nos indica que las mujeres constituyen una minoría entre ellos. Pero son minoría en los frentes armados de los grupos terroristas, lo que introduce muchos matices en ese dato.

Fuera de los frentes armados, la presencia de las mujeres puede ser masiva, comparable a la de los hombres, e incluso mayor. Ocurre en España en los grupos políticos y culturales que sostienen a ETA. Incluso en grupos terroristas caracterizados por su fundamentalismo islámico y su particular visión de las mujeres hay una labor social en la retaguardia del grupo terrorista realizado por esas mujeres. Y, además, hay una participación esencial de las mujeres en la acción terrorista a través de la acción familiar.

Es la actitud de las madres de los terroristas la que explica en muchos casos una buena parte del fanatismo de sus retoños y de su decisión de integrarse en una banda terrorista.

Dentro de los núcleos armados, la presencia de las mujeres es notablemente menor. Pero en ellos ha ocurrido lo mismo que en todo tipo de actividades sociales, también las criminales. El número de mujeres está aumentando sin cesar. La igualdad de género está llegando al terrorismo lo mismo que lo hace al crimen en general. Incluso en el terrorismo caracterizado por la fuerte discriminación de las mujeres, el fundamentalista islámico, se ha registrado un incremento significativo de los atentados provocados por mujeres suicidas.

En los demás, la participación de las mujeres no ha dejado de aumentar en los últimos años. Las detenciones de los comandos etarras muestran que los rasgos de ellas, lo mismo que sus actividades, son indistinguibles de los rasgos de ellos. Por ejemplo, los de Irantzu Gallastegi, alias *Amaia*. Es una de las asesinas de Miguel Ángel Blanco. Fue condenada en 2006 a cincuenta años por ese asesinato, junto a otro etarra, Francisco Javier García Gaztelu, alias *Txapote*. Ambos secuestraron a Miguel Ángel Blanco, le ataron las manos a la espalda, le arrodillaron y le dispararon varios tiros a la cabeza. Durante el juicio hubo algo mucho más significativo e impactante que las palabras de los jueces y fiscales. Fueron las actitudes, las miradas, el lenguaje corporal de los dos terroristas. Despectivos, orgullosos de su crimen, fríos, brutales, dispuestos a asesinar cobardemente de nuevo si no fuera por los barrotes que se lo impiden. La sanguinaria mirada de ella era aún más nauseabunda que la de él. Saboreaba el crimen, lo disfrutaba y lo exhibía al mundo. Probablemente, ella, la mujer, llevó la iniciativa en el crimen.

En términos de terrorismo, no obstante, el verdadero papel de la mujer se podrá observar en fenómenos que surjan en el futuro,

puesto que grupos terroristas como ETA, es decir, surgidos en sociedades desarrolladas, constituyen ya vestigios del pasado y están marcados por la cultura política propia de las décadas de 1950 y 1960 en las que nacieron y que incluye también determinadas concepciones sobre las mujeres.

Y otros grupos terroristas que operan en las sociedades desarrolladas, el fundamentalismo islámico, básicamente, están fundados alrededor de concepciones muy discriminatorias sobre la mujer, que impiden su participación en este tipo de crímenes «en igualdad». No porque las mujeres fundamentalistas no estén dispuestas a ser iguales en el crimen. Lo que ocurre es que, de momento, se les impide poner en práctica sus deseos, con la excepción de los atentados suicidas, en los que sí se les ha dado una oportunidad. Cabe pensar que por ausencia de voluntarios suficientes.

Queda un interrogante en términos de igualdad para la agresividad, el uso de métodos violentos o para el crimen: en el referido a la violencia de género. Este tipo de violencia sí suscita dudas sobre las posibles diferencias de género. Lo cierto es que hay una abrumadora diferencia, a favor de los hombres, en cuanto a crímenes de sus parejas se refiere. La inmensa mayoría de los asesinados por su pareja, más del 90 por 100, son mujeres. ¿Por qué? Datos de todas las demás actividades humanas, incluidas las criminales, muestran que la presencia de ellas es creciente. Pero no en la violencia de género. No hay todavía una respuesta clara a esa diferencia de género que sí es real.

Reconcíliate con tu asesino

El diario *El País* publicó el 4 de noviembre de 2006 uno de los intercambios de opiniones éticamente más repugnantes que he leído jamás. Aquellas opiniones y aquel relato dieron lugar al título de este apartado, pues se trataba exactamente de eso, de una llamada a las víctimas de asesinatos para ponerse en el lugar de

sus asesinos, entenderlos, perdonarlos y contribuir, de paso, a la justificación de su crimen. No, la historia reproducida no se refería a un caso de violencia de género, aunque la fotografía que presidía el artículo pudiera dar lugar al malentendido. Un hombre y una mujer, un asesino y una víctima, lo protagonizaban.

Pero ella no era la víctima de la violencia de género y él no era su torturador o el asesino de una hermana, o de una madre. Tampoco era el asesino de su hijo. Era el asesino de su padre. Y, por supuesto, se trataba de violencia terrorista, una violencia siempre susceptible de ser usada para que las víctimas pidan perdón, cariño y comprensión a sus asesinos. Era lo que hacía Jo Berry con el asesino de su padre, el miembro del IRA Pat Magee. Veintidós años atrás, en 1984, Magee asesinó en el Gran Hotel de Brighton al padre de Jo, *sir* Anthony Berry, miembro del Parlamento británico y del Partido Conservador, y a otros tres miembros más del mismo partido. Los acuerdos entre el Gobierno británico de Tony Blair y los terroristas irlandeses permitieron a este asesino salir de la cárcel, a pesar de su condena a cadena perpetua.

Fuera de la cárcel lo esperaba Jo Berry, deseosa de conocer las razones por las que asesinó a su padre, deseosa de entender su «lucha armada» y «los problemas de su pueblo». Antes de conocer a Magee, Berry se esforzó en entender el problema irlandés. Viajó a Irlanda del Norte, donde, tras ver «las experiencias de las prisiones o el ejército en la calle», comenzó «a entender por qué se había matado a mi padre». Después, al conocer personalmente al asesino de su padre, su comunión con su causa se profundizó: «Hoy me doy cuenta de que, si me hubiese tocado vivir en la piel de Pat, hubiese podido tener su propia experiencia. Pero solo me di cuenta de eso al escucharle y al sentir empatia, un sentimiento que también he experimentado al hablar con exmilitantes republicanos y constatar el mito que llevan dentro el definir a alguien como enemigo».

Menos mal que Anthony Berry no ha resucitado. Cabe temer que hubiera podido ser nuevamente asesinado. Por su misma hija, la que hubiese podido tener la propia experiencia del asesino. Y de nuevo por el de la experiencia, puesto que el asesino, Pat Magee, el depositario del cariño y comprensión de Jo Berry, no se ha arrepentido. Le han perdonado la cadena perpetua no para que se arrepienta, sino para que siga reivindicando los crímenes del IRA. Se lo ratifica a la periodista de *El País*: «Nunca he pedido perdón por mis acciones. Lo que pido es que se comprendan, pero no por mí».

La periodista de *El País* no añade ningún dato médico o psiquiátrico que pudiera indicar que Jo Berry sufriera una conmoción psicológica de la que no se hubiera recuperado por el asesinato de su padre. Y seguramente no lo sufre. De hecho, ella y el asesino fueron recibidos con entusiasmo en unas Jornadas sobre No Violencia Activa organizadas por una asociación vasca llamada Bidea Helburu. Es decir, por otras muchas personas que no han visto ningún problema psiquiátrico en el relato anterior. A ellos, lo de Jo y Pat les parece normal; más bien, excepcional, altamente deseable.

La asociación se dedica al diálogo para la resolución de conflictos. Hay bastantes asociaciones de ese tipo en el País Vasco. También las hay en otras zonas con grupos terroristas; Israel o Colombia, por ejemplo. Algunas de ellas están plenamente imbuidas del pacifismo genético femenino, de aportaciones de mujeres «a la paz». Son las que provienen de grupos feministas que comprenden, como Jo, las razones de los asesinos, que son capaces de ponerse en su lugar. En su caso, no es tan extraordinario como en el de Pat, puesto que se trata de grupos feministas de extrema izquierda, cercanos ideológicamente a los terrorismos de esa ideología.

La filosofía *Reconcíliate con tu asesino* debe ser entendida en ese contexto. Es decir, siempre que el asesino sea un Pat Magee, miembro del IRA, ETA o similar. Si el asesino es, por ejemplo, uno de los cientos de hombres que han asesinado a sus parejas en España en los últimos años, esa filosofía deja de tener cabida. En ese caso, el pacifismo genético de este sector del feminismo da lugar a una «curiosa agresividad» en la que se exige, con manifestaciones en la calle, que los Pat Magee de la violencia de género se pudran en la cárcel. Nada de ponerse en su lugar y de entender sus razones. Nada de dialogar con el machismo, de ponerse en el lugar del machismo y de llamar a un esfuerzo de diálogo para solucionar el conflicto, sea el conflicto general causado por el machismo o el conflicto particular de cada pareja. Si una Jo Berry de la violencia de género se pone a comprender las razones de un Pat Magee que hubiera matado, imaginemos, a su madre, a la madre de Jo, por machismo, la pobre mujer sería internada en un hospital psiquiátrico. Y me temo que las asociaciones del diálogo para la resolución del conflicto ni siquiera estarían dispuestas a organizar una recaudación de fondos para sufragar el internamiento de la pobre desvariada.

Por lo tanto, entiéndase lo que viene a continuación en su estricta aplicación al terrorismo. Las mujeres pacifistas a las que me voy a referir son pacifistas, si de lo que se trata es de crímenes de algunos grupos terroristas. Ni siquiera creo que sean todos. El Ku Klux Klan, por ejemplo, el movimiento que abogaba por la supremacía blanca, y que en los últimos años ha puesto su interés en la persecución de hispanos, queda con toda seguridad fuera del espíritu de diálogo, entendimiento mutuo y paz por el que abogan las mujeres que llevan en su seno el gen de la paz. Los Pat Magee del Ku Klux Klan no son bienvenidos a sus foros.

Por ejemplo, las recomendaciones de Carmen Magallón, directora de la Fundación Seminario de Investigación para la Paz del

Centro Pignatelli de Zaragoza, no han sido elaboradas con toda seguridad para su aplicación al Klan. Magallón no mencionaba específicamente los «conflictos» a los que se refería en su participación en el seminario «Mujeres Generando las Paces» que se celebró a finales de 2006 en el País Vasco. Pero yo barrunto que no incluye el «conflicto racial», el de Estados Unidos y el de Sudáfrica, entre otros. Imagino que tampoco el de los grupos neonazis que persiguen a los inmigrantes, árabes o negros, en Europa. Magallón recomienda que el camino es no identificarte con el grupo o con lo que ha hecho tu grupo de referencia y criticar a tu propio grupo, porque eso te da fuerzas para dialogar con el otro.

Es decir, si eres de ETA, te esfuerzas por no identificarte con ella y por criticarla, y si eres del PSOE o del PP, lo mismo, te esfuerzas igualmente por no identificarte con tus grupos y por criticarlos. Resultado, la paz. Es la sabiduría de una mujer, de una Mujer por la Paz. En su sabiduría pacifico-feminista, Magallón aleccionaba a Ahotsak y expresaba su esperanza de que las mujeres del PP se acabaran integrando en la plataforma, «no como mujeres del PP», señala Magallón, sino «como mujeres, desde la exclusión de la pertenencia a un bando».

Ahotsak es un grupo de mujeres, de las que creen que las mujeres pueden hacer aportaciones específicamente femeninas a la paz, a la resolución de conflictos. Siempre que dejen su propio bando y se avengan a dialogar con el bando de los terroristas. En diciembre de 2006, en pleno proceso de negociación entre el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y ETA, las mujeres de Ahotsak se reunieron en el pabellón Euskalduna de Bilbao para aportar su grano de arena a la paz. El grano de arena femenino.

Para aportar ese grano de arena específicamente femenino y, por lo tanto, feminista, el primer plano de aquella reunión estuvo ocupado por Elena Beloki. ¿Quién mejor que ella para corroborar el pacifismo genético del género femenino? Al fin y al cabo, fue

una de las primeras mujeres en la dirección de ETA, cumplió una condena por pertenencia a la banda terrorista en la década de 1990 y actualmente está procesada por posible implicación en el aparato internacional de la banda terrorista. Como es habitual entre los etarras, tras la condena siguió manteniendo estrechos vínculos con ETA, aunque no siempre sean fáciles de probar judicialmente. Beloki permanece por el momento libre y por eso tuvo la oportunidad de hacer el símbolo feminista a las participantes en la reunión, nada menos que dos mil mujeres, mientras defendían «el diálogo sin condiciones para hacer irreversible el proceso de paz». Beloki daba ejemplo. Allí estaba, ejerciendo de feminista y de mujer, y no de etarra. O sea, dejando el «bando» en casa. O en los tribunales.

Pero no solo las mujeres de Ahotsak han pedido comprensión y cariño entre los «bandos». La negociación con el «bando» suscitó entusiasmo en mujeres autoproclamadas pacifistas de muchos países del mundo. Algunas de ellas desfilaron por el País Vasco para ampliar la campaña del *Reconcíliate con tu asesino*. La mismísima vicepresidenta del Gobierno vasco, otra mujer, es decir, otra pacifista, Idoia Zenarruzabeitia, inauguró el congreso «Mujeres Generando las Paces». La idea había sido del Instituto Vasco de la Mujer, Emakunde, que no quería dejar de hacer su propia aportación a la solución del «conflicto». La vicepresidenta vasca aprovechó la ocasión para ensalzar a Ahotsak e invitar a seguir sus pasos. «Es una iniciativa encomiable, honesta y valiente», afirmó. Bien, quizá no haya que negar que sea valiente. Dado el número de mujeres de los círculos etarras que hay en la plataforma, las Jo Berry que se integran en ella nunca pueden tenerlas todas consigo, aunque se pongan en su lugar y comprendan sus «razones». Siempre puede romperse el diálogo y que a las etarras les dé por utilizar sus «razones» ahora contra ellas, sus compañe-

ras de Ahotsak, sobre todo, las socialistas, o contra sus familias, amigos o compañeros de partido.

Las mujeres de otros países como la estadounidense Pamela Aall, vicepresidenta del Instituto para la Paz, dejaron sus huellas de pacifismo femenino en el País Vasco. En septiembre de 2006, en su visita a aquella región, Aall reconoció que no sabía mucho de los problemas vascos, pero que opinaba como experta en «procesos de paz». Desconozco si también ha participado como experta en el encuentro entre «participantes» en los conflictos raciales, por ejemplo, en su país. Aall nos dejó su teoría para la posteridad. Contó que si el terrorismo vasco no ha acabado es porque «la incapacidad de los principales partidos para hablar entre sí llevó a pensar erróneamente que no había otro camino para resolver el conflicto que no fuera el de que uno de los lados debía vencer. La falta de comunicación hizo pensar a ETA que la única manera de resolver el problema era la violencia».

Tampoco recuerdo si esta experta estadounidense mencionó al Ku Klux Klan en sus consejos por tierras vascas y lo que, siguiendo sus enseñanzas, dio lugar a su nacimiento, un posible problema de comunicación que le llevó a asesinar negros. Como no recuerdo esa parte, tampoco puedo relatar aquí qué le pudo parecer a esta experta que uno de los bandos, el de los antirracistas, venciera en Estados Unidos, en lugar de haber seguido sus consejos y llegado a un acuerdo entre todos, racistas y antirracistas, y, quizá, a una segregación racial, digamos, parcial o matizada, a medio camino entre un «bando» y «otro».

No a algunas guerras

Poco después del 11-S, la escritora hindú Arundhati Roy publicó varios artículos y concedió algunas entrevistas en las que sostuvo que George Bush era un *alter ego* de Bin Laden y el culpable de los ataques a las Torres Gemelas. Afirmó que no había ninguna prueba de que Al Qaeda fuera la autora de los atentados, que

Bush quería servirse de ellos para despedir trabajadores y suprimir libertades y que la coalición contra el terrorismo era un culto a la violencia mucho peor que cualquiera de los actos de los talibanes. La escritora fue duramente criticada en su país, India. Sin embargo, sus opiniones fueron bien recibidas en un buen número de círculos europeos y estadounidenses.

Roy también publicó un ensayo contra las guerras provocadas por Estados Unidos. El experto en terrorismo Walter Laqueur le contestó que sí, que su relación de guerras en las que había intervenido Estados Unidos era correcta, si bien incluía algunas (Kuwait, Bosnia y Kosovo) en las que intervino en nombre de las Naciones Unidas. Pero, sobre todo, Laqueur le recordó otros datos que Roy había olvidado completamente, los referidos a su propio país, la India. Laqueur le aclaró a Roy que, si hubiera aplicado el mismo rasero a la India, habría observado que se enfrentó a Pakistán en cinco o seis ocasiones, que tuvo disputas militares con China, que intervino en Sri Lanka, que conquistó Goa, que tuvo durante muchos años conflictos en Cachemira y en Punjab, en Nagalad y Bodoland, y en Assam, Tripura y con los nasalitas. En definitiva, concluyó Laqueur, el número de guerras en las que estuvo implicada la India fue ligeramente superior al de Estados Unidos[33].

La escritora Arundhati Roy es un buen ejemplo de la movilización selectiva contra las guerras, es decir, contra algunas guerras. Se trata de otra reivindicación bastante extendida entre asociaciones de mujeres por la paz. El supuesto pacifismo genético femenino se pone, en este caso, al servicio de la movilización antimilitarista. Pero da la casualidad de que la movilización es siempre contra uno de los bandos de las guerras y no contra todos los participantes por igual. Cuando la crítica se hace global, ocurre, en demasiadas ocasiones, la distinción entre el agresor y el agredido, sobre todo si el agredido es alguna malvada potencia occi-

dental, por muy democrática y garante de los derechos humanos que pueda ser.

Es decir, al pacifismo femenino le sale el color político, además de la marca genética. Le ocurre, por ejemplo, a las Mujeres de Negro, una organización nacida en 1988 en Israel para protestar contra la violencia y sus efectos, sobre todo en la población femenina. ¿Qué violencia? La israelí, por supuesto. Al menos, eso es lo que explicaba Lily Traubmam, una judía chilena que se exilió a Israel después del golpe de Pinochet. Participó en el encuentro que esta organización celebró en Valencia en agosto de 2007 y denunció «la sociedad militarizada en la que vive», con controles de seguridad en los bancos, en los supermercados, y con permanente sensación de peligro. También denunció que su hija no había recibido ayudas para comprar una casa por ser objetora de conciencia o que, durante la pasada guerra con Líbano, algunas mujeres fueron despedidas por quedarse en casa al cuidado de sus hijos.

Traubmam olvidó añadir en su denuncia que Israel está en guerra con Palestina y que los atentados terroristas palestinos en territorio israelí son constantes. O que la guerra de Líbano había sido declarada por Hezbolá, no por Israel; que Israel fue la nación atacada, y no al revés. Tampoco mencionó que Israel está sometida, entre otras muchas amenazas, a la más reciente del presidente iraní, para quien ese país debería desaparecer bajo la bomba atómica, bomba que en estos momentos los iraníes están acabando de construir. Pero es que Traubmam acudió a Valencia con sus dos compañeras palestinas con las que promueve a través de una ONG el «fin de la ocupación». La ONG tampoco se ocupa del terrorismo palestino, de Hezbolá o de los proyectos nucleares de Irán.

Para ellas, solo existe una guerra: la que hace Israel a los demás. Y, en ese sentido, en efecto, son pacifistas. Denuncian la úni-

ca guerra que reconocen y al único agresor que condenan. Se trata de un pacifismo ideológico más que genético, pero el elemento femenino de sus protagonistas permite la unión entre el pacifismo genético y el ideológico a través del feminismo, del feminismo de izquierdas, que une a ambos.

Otra mujer perteneciente al mismo grupo Mujeres de Negro, la israelí Debby Lerman, visitó el País Vasco. Como es bien sabido, esta es una visita obligada para todo grupo o representante de pacifismo genético femenino. Lerman, que animó, por supuesto, a dialogar con ETA, aprovechó su visita al congreso «Mujeres Generando las Paces» para denunciar a Israel, para decir «basta» a Israel. Y a quien no podía faltar en un congreso de pacifismo genético, a Estados Unidos, «porque el Gobierno de Israel, con el apoyo absoluto del Gobierno de Bush y el apoyo silencioso e impotente de la mayor parte de las organizaciones europeas, está construyendo una próxima tragedia».

El pacifismo genético femenino tiene, como otros muchos pacifismos, una incompatibilidad, quizá también genética, con Estados Unidos, país con el que se emplea una agresividad siempre llamativa en un grupo pacifista. Haya o no haya relación de esta potencia con el caso denunciado. Por eso, otra pacifista, la colombiana Olga Lucía Ramírez, representante del grupo Ruta Pacífica de las Mujeres, acudió al mismo congreso, para denunciar a Estados Unidos por sus responsabilidades en el terrorismo de su país, Colombia.

No se refirió a los tres grupos terroristas de su país, las FARC, el ELN y las AUC. Tampoco relató sus numerosos secuestros y crímenes. No aclaró que eran grupos formados exclusivamente por colombianos, si acaso con alguna aportación extranjera como la de la holandesa *Ellen* a las FARC, a la que me refería antes. Ramírez quería denunciar otra cosa: que en los últimos años Estados Unidos había aportado 4000 millones de dólares para lo que ella

consideraba «una solución militar». Es decir, entiéndase a Ramírez, que el Gobierno no debería reprimir a los asesinos, ni mucho menos buscar ayuda internacional para hacerlo, sino recurrir al diálogo con participación de toda la sociedad civil. Tampoco aclaró Ramírez cuál sería la modalidad de participación de los cientos de miles de desplazados de las tierras controladas por los tres grupos terroristas o de los que aún viven en ellas en situación de dictadura, fuera de la protección del ejército y de la policía colombianos y de las ayudas internacionales para combatir el terrorismo.

No importa; Ramírez es ante todo pacifista y mujer. Y, como acabamos de ver, ambas condiciones garantizan, aseguran algunas feministas, una mirada clarividente y ecuánime a las guerras y al terrorismo. El resultado habitual es muy semejante al de Esther Marina Gallego, coordinadora del movimiento Ruta Pacífica de las Mujeres, de Colombia. Acudió al Encuentro de Mujeres Líderes Iberoamericanas, celebrado en Madrid en octubre de 2007. Afirmó que la guerra está vinculada al patriarcado y la paz al feminismo, y después clarificó su particular visión feminista de la violencia colombiana. No se trata de un problema de terrorismo, sino de un «conflicto armado» en el que hay «tres actores armados»: la guerrilla, los paramilitares y la fuerza pública, que tienen que llegar a un acuerdo político. Es decir, que el pacifismo feminista consiste, una vez más, en equiparar los grupos terroristas con los gobiernos democráticos.

Tetas para la guerra

Incluso en la guerra, no podían faltar las tetas. Y es que no hay capítulo sobre las mujeres en el que nos podamos librar de las tetas. Aún son la marca del género femenino a efectos de presentación pública. Mientras una buena parte de las mujeres discutimos si somos más o menos pacifistas, si las políticas de Defensa cambian cuando llegan las mujeres a esos ministerios, o si las sol-

dados de los ejércitos muestran las mismas actitudes que ellos, hay otras mujeres que hacen su negocio con las guerras. El de siempre, el tradicional, el de las tetas. Ellas se ocupan de dejar claro que lo propio del género femenino es enseñar las tetas y no plantearnos si las mujeres ocuparán pronto los puestos de generales de los ejércitos o los ministerios de Defensa. Si los hombres van a hacer la guerra, ellas van a enseñar las tetas, la perfecta distribución de género, si de guerras se trata. El mundo, nuevamente en su lugar: los guerreros, por un lado; las animadoras, por otro.

La grotesca imagen, probablemente una de las más aberrantes para las mujeres y para los soldados, no es propia del pasado. Esa es la noticia. Hace muy poco tiempo (verano de 2007), la actriz Scarlett Johansson, más aclamada por sus protuberancias pectorales que por sus trabajos de interpretación, manifestó al diario estadounidense *USA Today* que quería ir a Iraq y que se sentía muy afortunada «por tener la oportunidad de hacer algo por ellos». La actriz no contó a qué asesor de imagen se le había ocurrido el negocio publicitario en cuestión, pero sí tuvo un arranque de sinceridad cuando reconoció que no sabe cantar, por lo que «probablemente, solo subiré al escenario a derrochar un poco de *sex-appeal* y andar por ahí».

La propuesta no recibió ningún comunicado de los responsables militares estadounidenses declinando la oferta por lamentable. Y me temo que no porque supusieran que nunca se llevaría a cabo. Ni siquiera porque no querían darle publicidad. Más bien porque no les parecía nada mal que la imagen del noble ejército estadounidense se adornara con un par de tetas, demostrando una vez más que la heroicidad o la entrega a la patria no están, por supuesto, reñidas con la vulgaridad ni con el sexismo más trasnochado.

También los medios de comunicación del mundo recibieron con entusiasmo la noticia, como es habitual en estos casos. ¿Qué

puede haber de más natural y apropiado que una mujer se vaya al centro del horror a demostrar cuál es el lugar de las mujeres occidentales en sus sociedades y en el mundo? Y, por supuesto, tampoco hubo sugerencia alguna para que el *show* grotesco tuviera, digamos, un equilibrio de género, y algún otro actor preferentemente conocido por sus protuberancias pectorales fuera a Iraq a deleitar a las soldados. Quizá porque pensaron que todas ellas eran lesbianas y estarían felices con Scarlett. Tal vez porque supusieron que a ellas no les interesan los desnudos masculinos, puesto que, como es sabido, las mujeres solo añoran al «hombre interesante» y las soldados prefieren habitualmente una conferencia antes que la exhibición de los encantos de un bello ejemplar del género masculino. O quizá porque al ejército estadounidense le parece degradante que un hombre, todo un hombre, vaya a hacer un espectáculo de pectorales al aguerrido ejército de esa gran nación. Para eso están las mujeres, ¿no?

Y, además, no tenemos más remedio que añadir, a ellas les gusta, como lo prueba el caso de Scarlett Johansson. Aún les gusta. Les hace sentirse como Marilyn Monroe hace cincuenta años en Corea, en otro lamentable *show* de tetas para los hombres de la guerra. Entonces, su espectáculo fue celebrado por todo el planeta, el bombazo publicitario fue colosal, el mito de Marilyn no hizo más que crecer. Y el papel de las mujeres no hizo más que afianzarse. El papel de siempre, quiero decir, el de ama de casa, o, en su defecto, el de Marilyn, el de entretenimiento de los hombres con sus encantos físicos. Claro que se trataba de mediados del siglo pasado.

El problema es que las cosas apenas cambiaron con el paso de los años. España también tuvo su *show* de tetas particular, protagonizado por Marta Sánchez, pero en 1990. En la primera Guerra del Golfo, la cantante se fue a deleitar a nuestros hombres, a los de la fragata *Numancia*. Fue la contribución femenina española

más destacada o, al menos, la más divulgada, jaleada y conocida, a ese conflicto. Nuevamente, el papel y el lugar de las mujeres españolas quedaron claros para ellas mismas y para el mundo.

A pesar de todos estos luctuosos episodios históricos de las diferencias de género en lo que a ejércitos se refiere, las mujeres han comenzado a entrar en los ejércitos. Y hacen otras cosas: empuñan armas y pilotan aviones de guerra. Pero los generales no se han enterado. A ellos los educaron en la filosofía Marilyn. Por eso les parece perfectamente natural, a ellos y a los responsables políticos, someter a esa lamentable degradación a las mujeres del ejército y, de paso, a todo el ejército.

La historia de Sophie Scholl

Pasar de Scarlett Johansson y su vulgar historia a Sophie Scholl y la heroicidad es terriblemente injusto. Reunir a estas dos mujeres en el mismo capítulo parece una burla para Sophie Scholl y para su memoria. Pero la vida está hecha de estos tremendos contrastes. Es una cosa y otra. Los *shows* de tetas y las historias heroicas. La vaciedad más absoluta y la grandeza de quienes honran la historia del ser humano. En el caso de Sophie Scholl, hasta con su propia muerte. Ella constituye uno de los ejemplos más sublimes del otro lado de toda esta historia. La de las mujeres valerosas que han resistido a las dictaduras y a los terrorismos con el mismo arrojo y fuerza que los hombres. La de las mujeres que han hecho historia a través de la resistencia a la violencia totalitaria.

Desconocía la historia de Sophie Scholl hasta que me la hizo descubrir César Antonio Molina en un artículo que publicó el 8 de marzo de 2006 y que aún hoy me conmueve de nuevo cuando lo releo: «Sophie Scholl: la juventud inmolada» (*El País*, 8-III-2006). Desde la universidad alemana en la que Sophie Scholl fuera estudiante, Molina contaba de la siguiente forma la trágica historia de Sophie, de su hermano y de otros estudiantes: «Son casi

todos jóvenes estudiantes que acuden a las clases de la universidad, tal como no hace mucho tiempo lo hacían otros compañeros suyos que fueron bastante menos afortunados: los hermanos Hans y Sophie Scholl. Pertenecientes a un pequeño grupo de carácter pacífico de acción antinazi denominado La Rosa Blanca, se dedicaban a redactar, imprimir y distribuir panfletos. Un día de febrero del año 1943 se adentraron por los pasillos de su universidad cargados de un buen fajo de la sexta y última de sus entregas, y la comenzaron a repartir. En esa hoja mecanografiada y ciclostilada se denunciaba la tiranía hitleriana y se llamaba a los universitarios a comprometerse en la lucha contra aquella barbarie que ya duraba una década y que había destruido por completo la libertad y la ética de medio mundo. Mientras realizaban esta "acción subversiva", un bedel alertó a la policía. Se presentó entonces la Gestapo y ordenó cerrar todas las puertas. La caza duró poco. Hans compartía sus estudios de medicina con su presencia en el frente como enfermero, y su hermana Sophie, maestra de escuela, estudiaba filosofía y biología. Fue la más empeñada en su compromiso con la idea de "resistencia pasiva". Arrestados y condenados a muerte, fueron guillotinados en la cárcel de Stadelheim, en Múnich. Hans tenía veinticinco años, y Sophie, veintidós. Sobre la primera hoja de su sentencia ella escribió, varias veces y en grandes caracteres, la palabra *Freibeit*, es decir, ¡Libertad!».

Junto a Sophie y su hermano, otros compañeros que compartieron su rebelión fueron igualmente asesinados por los nazis. Comparto con César Antonio Molina la idea de que «estos mansos combatientes deberían figurar no solo en la Ludwig-Maximilians-Universität, sino en todas las universidades que existen en el mundo». Pero, además, Sophie Scholl tiene también una significación especial desde el punto de vista femenino: la de una líder que creía en la fuerza de la resistencia, en la capacidad de enfren-

tarse a la violencia totalitaria. Con ello también representó otra ruptura histórica, porque Sophie fue una mujer que estuvo en la primera línea de la batalla, en su caso pacífica, pero batalla. Sophie no ha sido la única. Antes y después hubo otras mujeres, pero fueron una pequeña minoría frente a los hombres que siempre ocuparon y representaron también la fuerza de la resistencia, la batalla de la resistencia.

Dejo a un lado aquí el complejo debate que puede suscitar la cuestión de si la resistencia debe ser pacífica, o pacifista, o debe contemplar el uso de la violencia. La respuesta me parece clara en un sistema democrático. No así en un sistema totalitario. Pero lo que resulta cierto es que toda resistencia tiene la cualidad de enfrentarse a la imposición, y que, en ese sentido, coloca a los resistentes, en este caso, a las resistentes, en un enfrentamiento marcado por el uso de la fuerza. Ellas, de alguna forma, se convierten en líderes de la fuerza, de la fuerza que debe acorralar a los líderes totalitarios, a los terroristas o a los criminales comunes. En tanto que ocupan ese espacio, esas mujeres también cuestionan la fantasía del pacifismo genético.

Por ejemplo, Rita Borsellino, una farmacéutica siciliana que encabeza desde hace años la movilización de la sociedad civil siciliana contra la mafia. Además, está al frente de la oposición de centro-izquierda en la asamblea regional de Sicilia y es fundadora y vicepresidenta de la Fundación Lidera, que se dedica desde 1995 a difundir una cultura antimafia entre los jóvenes sicilianos. Su hermano, el juez Paolo Borsellino, fue asesinado por la mafia en 1992, al igual que el también juez Giovanni Falcone. Ambos fueron los jueces que se atrevieron a sentar en el banquillo por primera vez a diecinueve capos mafiosos.

Ese mismo año, solo en Palermo, hubo 130 asesinatos mafiosos. Desde entonces, la cifra de crímenes ha descendido, pero la mafia mantiene su capacidad de penetración en las propias institucio-

nes políticas y judiciales y, además, su capacidad de control de la población a través del miedo. Borsellino, una mujer de la misma fibra moral que su hermano asesinado, pertenece a esa minoría que se ha atrevido a la resistencia.

En otro lugar y en otro contexto de problemas bastante diferentes, Karen Jespersen, junto a su pareja, Ralf Pittelkow, forma parte de ese grupo de mujeres situadas en la primera línea de la batalla contra las amenazas violentas y totalitarias. Ella es una política socialdemócrata danesa que en 2006 osó publicar un libro junto a Pittelkow, *Los islamistas y los ingenuos*, en el que alertan contra el fundamentalismo islámico que se extiende por Europa. Un imán danés dijo de ellos que «son peligrosos». Y su libro se publicó en 2006 en un país en el que unas viñetas sobre Mahoma provocaron revueltas de fundamentalistas a lo largo de todo el planeta. En el verano de 2007, la policía danesa consiguió detener a varios fundamentalistas que preparaban un gran atentado en Dinamarca, y Al Qaeda anunció recompensas para quien asesinara a los dibujantes de viñetas sobre Mahoma.

En España, la resistencia antiterrorista ha dado lugar a muchos nombres de mujer, todas ellas situadas en el centro de la batalla y dispuestas a enfrentarse a los criminales como líderes de la resistencia antiterrorista. Entre otros muchos nombres, María San Gil, cuya mirada todos recordamos cuando testificó en la Audiencia Nacional durante el juicio contra García Gaztelu, uno de los asesinos de Gregorio Ordóñez. María San Gil presenció el asesinato, y ese día, durante el juicio contra el terrorista, le miró fijamente durante unos intensos segundos. Fue la imagen del terrorismo frente a la resistencia. El terrorista era un hombre; la resistente, una mujer.

Las guerreras protegidas

Las mujeres han entrado en los ejércitos de los países más desarrollados, pero en una buena parte de ellos, como Estados Uni-

dos, Francia, Reino Unido y Alemania, tienen el acceso prohibido a determinados puestos. Básicamente, los de combate. No se conocen protestas por esa discriminación en los citados países. No ha habido una movilización feminista ni de organización alguna de mujeres. Nadie ha llamado la atención sobre el flagrante ataque a la igualdad.

Los hombres quieren proteger a las mujeres. Y aquellos que no están tan preocupados por su integridad física piensan que las mujeres no reúnen las condiciones para el combate. Y, sin embargo, ambos sentimientos y valores no han causado escándalo en las sociedades desarrolladas, donde la igualdad de géneros se ha convertido en un valor democrático esencial.

Y esto es así porque las propias mujeres aceptan en primer término esta diferenciación. El Centro de Investigaciones Sociológicas preguntó en 2006 a chicos y chicas de edades comprendidas entre 16 y 24 años si, en caso de ser soldado profesional, les gustaría que los destinaran a puestos de combate o a puestos auxiliares. Un 90,3 por 100 de los chicos optó por los puestos de combate, mientras que solo un 34,2 por 100 de las chicas eligió esa opción. La opinión general sobre la cuestión del conjunto de españoles representados en la encuesta era algo diferente de la expresada por las chicas, puesto que, cuando se preguntaba a los encuestados si las mujeres deben ocupar puestos de combate, un 84 por 100 contestaba que sí.

Nuevamente, todas las contradicciones de la revolución de la igualdad se agolpan en las mesas de las mujeres. Reivindicación de la igualdad, por un lado, y preferencia por la desigualdad, cuando esta resulta conveniente, más cómoda y ventajosa. Por ejemplo, cuando se trata de elegir entre funciones más o menos peligrosas en el ejército. O también cuando la desigualdad resulta más «femenina», mejor aceptada por la sociedad.

Para una mujer, entrar en el ejército, en primer término, y, además, ocupar puestos de combate, es una opción por lo «masculino», es una ruptura con los valores dominantes, un peligroso y duro ejercicio de demostración de su condición de mujer por encima de lo que parece, la supuesta masculinidad por la que se ha optado al elegir las posiciones típicas de un hombre. Y no hay feminismo que intervenga en este campo para llamar a la igualdad. Porque una buena parte de él cree que la mujer es genéticamente pacifista y debería evitar cualquier contacto con el ejército.

Para ese tipo de feminismo, de la misma forma que Margaret Thatcher era «como un hombre», también las mujeres que ingresan en el ejército son «como hombres», mujeres que han traicionado el auténtico ser de la mujer. Sin embargo, ya hay 14 300 mujeres en el ejército español, o sea, 14 300 mujeres que han infringido las exigencias del pacifismo genético o las definiciones dominantes de la auténtica feminidad. Una buena parte de ellas aspira a llegar a lo más alto del escalafón y a combatir en primera línea si las circunstancias lo requieren. Y las militares españolas pueden hacerlo, puesto que el ejército español es uno de los más igualitarios del mundo, ya que no contempla ninguna restricción para las mujeres.

Los investigadores Angustias Hombrados, José A. Olmeda y Consuelo del Val publicaron un exhaustivo e interesante análisis sobre la incorporación de las mujeres al ejército español donde mostraron que, a pesar de que la admisión de mujeres en la milicia se ha producido aquí algo más tarde que en otros países, España es ya el país de la Unión Europea que tiene mayor porcentaje de mujeres (13,5 por 100) en su ejército en la Unión Europea y el tercero de la OTAN, por detrás de Canadá (16,9 por 100) y Estados Unidos (15,5 por 100)[34].

La admisión de mujeres se produjo en España en 1988, pero en Estados Unidos fue en 1948; en el Reino Unido, en 1949, y en Ca-

nadá, en 1951, mientras que en la mayoría de países europeos tuvo lugar después de la década de 1960. Pero lo que resulta más llamativo es que todos los países tardaron muchos años más en eliminar las restricciones para determinados puestos, hasta las décadas de 1980 y 1990. Y aún hoy, hay países que mantienen algunas de esas restricciones.

La discriminación se mantiene porque no hay ningún debate ni presión social en su contra. Al feminismo no le preocupa. Sí a las propias militares que entran en el ejército con ambiciones comparables a las de los hombres. Su acceso a todas las posiciones se producirá en la medida en que las soldados actuales suban en el escalafón. Cuando esto ocurra, además, mandarán en las guerras. Y entonces ya no las compararán con un hombre, sino con las otras generales a las que sucedieron en el puesto de mando.

7
La superioridad biológica de la hembra

Racismo progresista

Richard Herrnstein y Charles Murray publicaron en 1994 un libro que causó un enorme revuelo. No solo en Norteamérica, sino en todo el mundo. En contra, sobre todo. Incluso se creó en Estados Unidos un comité para analizar el libro por si pudiera ser constitutivo de algún tipo de atentado a los derechos humanos y a la igualdad racial.

El libro se llamaba *The Bell Curve* y su contenido fue calificado por algunos como «la nueva ofensiva racista». La tesis que dio lugar a tanto escándalo era la de las diferencias genéticas entre razas; básicamente, entre los blancos y los negros. Los autores revisaron los datos del Estudio Longitudinal Nacional de la Juventud, realizado regularmente por el Gobierno estadounidense, y observaron diferencias en los resultados de los test de inteligencia de negros y blancos. Los resultados de los blancos eran mejores que los de los negros. A partir de estos datos, los autores afirmaron que la inteligencia se hereda en un porcentaje de casos que se sitúa entre el 40 y el 80 por 100, y que las diferencias no solo se explican por factores externos como la dieta y la educación, sino también por el componente innato, biológico, heredado. Y ahí estaba el escándalo, puesto que, según Herrnstein y Murray, las diferencias entre negros y blancos en los test de inteligencia a favor

de los segundos se deben también a los componentes innatos. O, lo que es lo mismo, a la superioridad biológica de los blancos.

La repercusión del escándalo alrededor de *The Bell Curve* tuvo bastante que ver con el prestigio científico de los autores y con la consistencia argumentativa, respetable, al menos, del libro. Sus teorías tenían la suficiente enjundia intelectual para ser discutidas. Pero, sobre todo, el meollo de todo el debate estaba en el tabú que los autores habían transgredido al plantear una posible superioridad intelectual de base genética de los blancos sobre los negros.

Es bien sabido que tamaña teoría es indefendible desde el punto de vista ideológico en la comunidad científica y en la comunidad democrática. Pero no tanto porque existan también muchas teorías y evidencias científicas en contra. Esa razón por sí sola no evitaría la aparición de teorías contrapuestas. El tabú alrededor de la tesis de las diferencias biológicas entre negros y blancos se debe al hecho de que los grupos racistas y la propia discriminación racial ejercida en su tiempo en algunos países, Estados Unidos entre ellos, contra los negros, sostenía esa supuesta diferencia biológica. La biología se había usado o manipulado al servicio del racismo, por lo que su uso, sospechoso, quedaba proscrito de la investigación.

Dado que la ciencia se puede manipular en cualquier dirección, también en la del racismo, cabe reconocer un sustento ético sólido en el tabú. También resulta comprensible el enorme revuelo causado por *The Bell Curve*. Por las mismas razones, sin embargo, lo que resulta extraordinariamente llamativo es el alto grado de aceptación y la popularidad que han alcanzado otras teorías sobre la superioridad biológica. En otro campo, claro está.

Me refiero a la superioridad biológica de las mujeres. Aquello que en relación con los negros es un atentado contra la democracia y los derechos humanos, se convierte en una interesante, su-

gerente y progresista teoría cuando de diferencias entre hombres y mujeres hablamos. A pesar de que el determinismo biológico, la capacidad de manipulación y, sobre todo, el mensaje de inferioridad sobre otros grupos, en este caso, el de los hombres, sea exactamente el mismo.

Ashley Montagu fue un antropólogo y biólogo británico, nacido a principios del siglo XX en Londres, bajo el nombre de Israel Ehrenberg. Desde muy joven tuvo instinto para la comunicación y la publicidad, por lo que se cambió el nombre al mucho más comercial de Ashley Montagu. Pero, además, era un antropólogo con ideas renovadoras y con valentía para romper algunas de las barreras culturales del siglo en el que le tocó vivir. Montagu fue conocido por cuestionar la validez de la raza como concepto biológico. Pero también por publicar en 1953 *The Natural Superiority of Women*.

El mismo antropólogo que cuestionó el concepto de raza y las teorías de las diferencias raciales, teorizó, en cambio, sobre las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. Y, lo que es aún más interesante, sostuvo la superioridad biológica de ellas sobre ellos. Según Montagu, las mujeres tenemos un sistema inmunológico más poderoso que nos protege mejor y nos permite también una recuperación más rápida de la fatiga, la enfermedad, un *shock* o el hambre. Nuestro cerebro, por otra parte, es más pequeño que el de los hombres, pero con mayor coordinación entre los hemisferios y, como consecuencia, más desarrollado estructural y funcionalmente, y capaz de pensar de manera más profunda e intuitiva que el cerebro masculino. El resultado de todo ello es, según Montagu, que las mujeres somos más perspicaces y tenemos más resistencia y longevidad.

Después de la parte biológica llegaba la ideológica y la política, si damos por supuesto, claro está, que lo relatado más arriba fuera puramente biológico. Montagu proponía una reconstrucción

de los valores y la cultura de la sociedad estadounidense en la que el dominio físico, la agresividad y el consumismo dieran lugar a otros atributos humanos y habilidades. ¿Cuáles? Los femeninos, claro está, o lo que Montagu consideró femeninos. Y aquí pasamos a los valores del autor sobre la condición femenina, el objetivo de la supuesta superioridad biológica. Sencillamente, la maternidad. Según Montagu, la renovación de la cultura estadounidense será protagonizada por las mujeres, puesto que ellas serán las únicas capaces de aportar un nuevo espíritu humanitario, ya que están mejor dotadas para ese fin, por el amor de la madre hacia su hijo.

Dejemos a un lado por el momento la vuelta de Montagu a la tradición a través de la supuesta revolución, o la proclamación de su superioridad biológica en contra de la proclamada superioridad masculina a lo largo de los tiempos para acabar instalado, Montagu y, con él, las mujeres, nuevamente en la tradición. Es decir, en la maternidad, en la función esencial de las mujeres en la historia de la humanidad, la misma que justificó su apartamiento de la igualdad.

Lo más interesante de esta teoría de la superioridad biológica de las mujeres es que no solo no fue rechazada en su tiempo por su biologicismo discriminatorio, sino que ocurrió todo lo contrario. El libro ha sido reeditado varias veces, y una parte significativa de las mujeres y, sobre todo, del feminismo, lo ha recibido con los brazos abiertos. El pacifismo genético al que me refería en el capítulo anterior o las teorías del nuevo liderazgo femenino, también analizados en otro capítulo, tan populares en el feminismo, son una estela de la teoría Montagu.

La teoría de la superioridad biológica de las mujeres no ha causado ningún tipo de escándalo entre todos aquellos que han cuestionado las diferencias entre razas y que sí se han sentido escandalizados por las teorías sobre la superioridad de unos grupos

étnicos sobre otros. Tampoco entre las propias feministas, entre las mismas que sí han denunciado, en cambio, cualquier pretensión de una superioridad biológica masculina.

Hay una razón política e histórica que explica estas contradicciones. Los hombres no han sufrido discriminación en tanto que hombres. La han sufrido, como las mujeres, por otros muchos motivos: su ideología, su raza, su religión o su clase social. Pero no han sido discriminados por ser considerados menos aptos o inferiores que las mujeres. En su caso, no se ha producido una discriminación política y social sustentada, entre otras cosas, en la biología. Y en las mujeres, sí. Lo mismo que entre los negros y algunos otros grupos étnicos. Biología y política han sido conectados para justificar la discriminación. Por lo tanto, la biología ha pasado a ser políticamente peligrosa.

Como no ha ocurrido así en el caso de las mujeres, la biología utilizada en el mismo sentido, en la sustentación de una supuesta superioridad biológica, no solo ha sido considerada inocua, sino también políticamente simpática. Atractiva, políticamente correcta, aceptable, original, rompedora. Y el resultado es otra incongruencia feminista con la que convivimos en las sociedades avanzadas. Escándalo mayúsculo si alguien defiende o, simplemente, balbucea la posibilidad de cualquier tipo de superioridad masculina en cualquier campo, por muy nimio que sea. Feliz celebración y regocijo si quien defiende o balbucea la superioridad biológica lo hace a favor de las mujeres.

El filósofo Fernando Peregrín puso de manifiesto las contradicciones de ese feminismo cuando resaltó que hay corrientes del feminismo que miran con recelo a Darwin y que consideran que el neodarwinismo está sesgado por el sexismo, pero que, al mismo tiempo, han abrazado la creencia de la superioridad biológica de las mujeres para luchar contra lo que conciben como consecuencia del neodarwinismo y su propuesta de supervivencia del más

fuerte, es decir, la dominación histórica de las mujeres por los hombres en las sociedades patriarcales[35].

No se trata de rechazar aquí las investigaciones de la biología o los descubrimientos de la genética. Debemos estar atentos a todo aquello que la investigación sobre nuestra naturaleza biológica pueda decirnos. De lo que se trata es de que apliquemos los mismos criterios a todas las investigaciones y a todas las conclusiones, sean o no agradables para cada grupo social. No descarto la posibilidad de las diferencias biológicas, entre grupos étnicos o entre sexos. Si las investigaciones que las sustentan son rigurosas, deben ser atendidas. Pero tanto si las diferencias son «a favor» como si son «en contra».

El escándalo de Larry Summers

Lawrence Summers es un economista estadounidense considerado por muchos colegas como brillante, aunque a veces excesivamente provocador. Era rector de la Universidad de Harvard cuando, en enero de 2005, estalló el escándalo. Ocurrió en una conferencia que pronunció el 14 de enero de 2005 en la Nacional Bureau of Economic Research. ¿Motivo? Summers disertó sobre las razones que explican el menor número de mujeres en la ingeniería y en diversos campos de investigación científica, como la física o las matemáticas. Summers ofreció cuatro razones, pero su conferencia hizo historia únicamente por una de ellas: por lo que el economista consideró probable diferencia de aptitudes para la ingeniería y para la ciencia de hombres y mujeres. Es decir, por las peores aptitudes de las mujeres para estas actividades.

Summers se refirió a otras tres explicaciones, pero a nadie interesaron. O quizá, no cabe descartarlo, contribuyeron a la irritación de las mujeres que protestaron por su conferencia. Porque Summers destacó, aún más que las diferencias biológicas, la actitud hacia el desarrollo profesional que habían mostrado una buena parte de las mujeres que comenzaron sus carreras profesiona-

les hacía veinte o veinticinco años. Summers sugirió una teoría que comparto y que he desarrollado en capítulos anteriores. La referida a la menor propensión de las mujeres hasta ahora a sacrificar su vida personal o familiar por un trabajo que requiera una entrega casi total. Las posiciones de máximo poder en todos los ámbitos profesionales, destacó, están caracterizadas por esa necesidad de dedicación intensa, y muchas mujeres han renunciado a esa dedicación, mientras que los hombres han optado por ella.

Summers destacó también la socialización en diferentes valores, la causa que consideró menos importante. Y también la discriminación a partir de estereotipos sobre hombres y mujeres y, sobre todo, la tendencia de los grupos de selección, formados en su mayoría por hombres y blancos, a elegir a personas semejantes a ellos mismos y a discriminar, por lo tanto, a las mujeres.

Pero todo eso dio igual. Lo único que interesó y escandalizó de aquella conferencia fue la referencia a las diferencias biológicas y a la superioridad de los hombres en ciencia e ingeniería. Las reacciones y las protestas fueron incesantes en las semanas siguientes. Tres días después, *The Boston Globe* recogió algunas opiniones de mujeres asistentes a la conferencia. Por ejemplo, la de Nancy Hopkins, bióloga del Massachusetts Institute of Technology, que declaró al periódico que, si no hubiera abandonado la conferencia como lo hizo, se habría desvanecido o habría vomitado. Aún en estado de *shock*, al parecer, dos días después también se desahogó en *The Washington Post*. «Sentí que iba a enfermar», «mi corazón latía con fuerza y me quedaba sin aliento».

Además de los mareos y vómitos de Nancy Hopkins, como es obvio muy poco dotada físicamente para sostener un debate o para escuchar teorías contradictorias con las suyas propias, numerosas científicas, grupos universitarios, profesores de diversos campos expresaron sus opiniones sobre Summers. Una buena

parte de ellas eran críticas. Un año después, Summers fue forzado a presentar su dimisión. Su conferencia no fue la causa directa, pero ayudó; sirvió para que la oposición interna que tenía entre los sectores opuestos a sus planes de modernización y renovación de Harvard le diera la puntilla.

En Italia, un grupo de mujeres denunció en 2006 la publicidad de una marca de cerveza. ¿Motivo? El *spot* afirmaba que las mujeres conducen peor que los hombres. Dos imágenes lo expresaban. En la primera, una mujer del siglo XIX deja tras muchos esfuerzos la mitad de su coche de caballos en la carretera. En la segunda, una mujer de la época actual aparca su coche al revés. La voz en *off* concluye: «Algunas cosas, por fortuna, no cambian nunca». No se tiene constancia de que el autor del anuncio fuera obligado a presentar su dimisión, pero sí sabemos que la denuncia contra el *spot* fue presentada.

De la segunda historia se colige que el feminismo tiene muy poco sentido del humor. De la primera, que las hipótesis que sostienen cualquier tipo de superioridad biológica de las mujeres son bienvenidas y que las que sostienen lo contrario son causa de escándalo mayúsculo.

Una buena parte de las investigaciones médicas apuntan en los últimos años hacia la mayor debilidad biológica de los hombres. No solo viven menos que las mujeres. Además, son más vulnerables a la mayor parte de las enfermedades. Es decir, ratifican la teoría Montagu, al menos en cuanto a enfermedades y supervivencia se refiere. Demetrius J. Porche, decano adjunto de la Health Sciences Center School of Nursing de Nueva Orleans, declaró en 2006: «Tenemos unos índices más elevados de mortalidad masculina en todas las enfermedades y no sabemos por qué». Hasta ahora, la explicación preferida era la relativa al estilo de vida, es decir, determinados ambientes laborales, el estrés aso-

ciado a la vida laboral, el tabaco, etc. Pero algunos científicos comienzan a considerar la explicación biológica.

«No es que *puede que seamos el sexo débil*; es que lo somos», afirmó Robert Tan, un especialista en geriatría que pertenece a la junta asesora de la Men's Health Network. Según Tan, incluso con la misma enfermedad, los hombres tienen más probabilidades de morir. Pero, además, el cáncer afecta a uno de cada dos hombres, pero a una de cada tres mujeres. Y los problemas coronarios también afectan más a los hombres que a las mujeres.

Asimismo, es verdad que los hombres adoptan conductas más peligrosas. Tienden a ser más agresivos y corren más riesgos, fuman más y beben más, tienen unas posibilidades tres veces más elevadas de ser víctimas de asesinato, cuatro veces más de cometer suicidio y, de adolescentes, once veces más de ahogarse.

Con todo ese rosario de datos negativos y algunos más que también destacan médicos e investigadores, Montagu ha vuelto a cobrar actualidad y la teoría de la superioridad biológica de las mujeres es sugerida con orgullo y convencimiento, de la misma forma que el especialista en geriatría Robert Tan. No pasa nada; afirmar la superioridad biológica de las mujeres está perfectamente admitido. Nadie pedirá la dimisión de Tan del Men's Health Network.

Por eso, Catherine Ellison se ha sentido también plenamente libre para contar las grandes ventajas comparativas que las mujeres tienen sobre los hombres, debido, dice, a la maternidad. Es la autora del ensayo *Inteligencia maternal. Cómo la maternidad nos hace más inteligentes*, que ha sido publicado en varios países del mundo. Sostiene Ellison que la maternidad produce todo tipo de milagros en el cerebro femenino; entre ellos, agudiza la inteligencia, la capacidad de asumir varias obligaciones a la vez o la de salir airosa de las dificultades. La maternidad, continúa, favorece la inteligencia emocional. Aún se desconoce en el mundo científico

qué es eso de la inteligencia emocional, de la misma forma que se desconoce la maternal; pero ambas cosas, por muy indeterminadas o fantasiosas que sean, son muy bien recibidas por la sociedad y, por supuesto, por las mujeres.

Argumenta también Ellison que los momentos que se comparten con el recién nacido aumentan la capacidad de asimilar e interpretar la información. Y nosotras que creíamos que solo aumentaba la capacidad de colocar pañales o la de sobrevivir al día siguiente tras tres horas interrumpidas de sueño. Pero no, he aquí otra prueba de que cualquier situación, por muy clara y obvia que parezca, es susceptible de las más encontradas interpretaciones. De la más vulgar de todas las madres a lo largo de la historia de la humanidad a la de la maternidad como vehículo para el desarrollo intelectual de Ellison. Con ella descubrimos que, ¡oh, sorpresa!, la maternidad es un ejercicio intelectual, algo así como hacer una carrera universitaria, practicar el ajedrez o investigar dos o tres años en un laboratorio. ¡Atención, empresarios!, es el mensaje, directo e indirecto, de Ellison: la maternidad puede ser tan valiosa como un máster en la más prestigiosa de las universidades.

No importa la base psicológica que la teoría de la inteligencia maternal pueda tener. Probablemente, la misma que la teoría de la inteligencia paternal o la de la inteligencia filial o la de la inteligencia amistosa. Algo que nada tiene que ver con la inteligencia y sí con las emociones o, simplemente, con la destreza con los pañales y los biberones. Pero nada de eso importa. La superioridad biológica de las mujeres y, muy especialmente, las virtudes, ahora también intelectuales, de la maternidad están de moda en la era de la igualdad. Nadie exige tu dimisión por ellas, no hay escritos de respuesta de las universidades y de las organizaciones feministas, no hay polémica en los medios de comunicación. ¿Qué científico va a cuestionar el efecto de la maternidad en la capacidad

intelectual? Hasta ellos, abrumados por este extraordinario descubrimiento, te otorgan una medalla.

El filósofo y la nazi

Ya nos hemos vuelto a encontrar con la maternidad. Salvando las distancias, que nadie me malinterprete, la maternidad es como las tetas. Siempre que se trate de analizar el mundo femenino, una y otra cosa aparecen en algún momento, para bien o para mal.

Y si de lo que se trata es de ensalzar las diferencias biológicas de hombres y mujeres, la maternidad aparece en algún momento como pilar de las más variadas teorías. Algunas más bien cercanas a Ellison, la inteligencia maternal y fantasías semejantes. Pero, sobre todo, la maternidad sigue constituyendo el eje que sostiene toda teoría favorable a la desigualdad y crítica con la revolución igualitaria de los últimos años. Y la paradoja es que esas teorías se sostienen precisamente en la supuesta diferencia biológica de las mujeres que tan buena acogida ha tenido entre las feministas.

El libro de Montagu constituyó un compendio de esa contradicción. Las mujeres son biológicamente superiores. Porque son madres y sus valores maternales pueden cambiar el mundo. Pasado y futuro unidos… en la maternidad. O, de forma más simple, y mucho más retrógrada, Montagu era, a su manera, un innovador, el pasado reivindicado para recolocar a las mujeres en él. A través de la maternidad, por supuesto.

En esa tarea pueden coincidir los más variopintos personajes. Un prestigioso filósofo del City College de Nueva York y una presentadora de televisión, admiradora del régimen nazi, por ejemplo. Como ya se ha mencionado la presentadora se llama Eva Herman y, en el verano de 2007, estaba al frente del principal informativo de la cadena de televisión pública alemana ARD cuando fue destituida fulminantemente por unas declaraciones sobre

el régimen nazi. Herman había declarado al diario *Bill am Sonntag* respecto al Tercer Reich que «hubo cosas muy malas, por ejemplo, Hitler, pero también podían encontrarse algunas buenas, como, por ejemplo, el aprecio y valoración de la figura de la madre».

Herman fue despedida por sus opiniones de simpatía con el nazismo. Sin embargo, nadie pareció preocuparse en la cadena pública alemana por sus opiniones en torno al papel de las mujeres que manifestaba públicamente desde hacía tiempo. Ella propugnaba una vuelta a la era anterior a la igualdad, pero siguió presentando el informativo de la televisión pública sin que nadie se alarmara por semejante discurso antiigualitario. Y es que la maternidad estaba de por medio. Y sobre esa cuestión ni las feministas se aclaran. Quieren una mujer igual y, al mismo tiempo, biológicamente diferente, un cruce entre una feminista radical y Montagu.

Y en ese cruce tampoco saben dónde colocar a Herman, que, al fin y al cabo, a pesar de sus añoranzas nazis incluidas, conecta con Montagu en lo que a maternidad se refiere. Herman ha publicado un libro, *El principio de Eva o por una nueva feminidad*, en el que sostiene que las feministas han engañado a las mujeres modernas, puesto que les han hecho creer que solo si ganan dinero serán alguien. Y lo que ha ocurrido, afirma, es que esa vía de realización a través de jornadas de ocho horas ha convertido a las mujeres en personas «hastiadas, infelices y a las que se les cae el pelo». También cree que hace décadas que las mujeres están violando las leyes que aseguran la supervivencia de la especie y su propia posición en la sociedad.

Una buena parte de las mujeres alemanas estaban indignadas con Herman, incluidas las amas de casa a las que les decía que lo suyo, quedarse en casa, era lo correcto y recomendable mientras ella trabajaba la terrible jornada de ocho horas en la televisión

alemana desde hacía dieciocho años. Quizá porque ella sí necesitaba el dinero o una carrera profesional para ser alguien, a diferencia de las amas de casa alemanas. Tal vez para experimentar sus propias teorías sobre los efectos degradantes de las jornadas de ocho horas. O más bien porque Herman es otra de esas avispadas negociantes que son capaces de vender cualquier crecepelo con la más dura de las caras. De hecho, ha alertado sobre la caída del pelo de las mujeres por haber dejado el hogar. Quizá la teoría del crecepelo no esté muy lejos de la realidad.

Otras mujeres alemanas se resignaron a las arengas antiigualitarias de semejante personaje bajo la hipótesis de que «se le había caído un tornillo» con su parto tardío, a los cuarenta y ocho años. Pero la televisión pública alemana ni siquiera había tenido en cuenta esa hipótesis psiquiátrica para proteger a las mujeres alemanas de esta admiradora del concepto de la mujer del nazismo. Solo cuando el nazismo saltó a la palestra se encendieron las alarmas. Antes, las teorías antiigualitarias de la maternidad no preocuparon a nadie.

Herman presidía los informativos de la desarrollada e ¿igualitaria? Alemania como otro personaje muy cercano a sus teorías sobre las mujeres preside librerías, conferencias o foros universitarios bajo la aclamación general. Se trata de un filósofo, bastante popular en España por su libro *Más Platón y menos Prozac*, y ahora por *El ABC de la felicidad. Aristóteles, Buda y Confucio*. Se llama Lou Marinoff y él también piensa que las feministas nos han engañado. Bien es verdad que lo expresa de una manera bastante más sofisticada que su colega promaternidad Eva Herman. Al fin y al cabo, Marinoff es un reputado filósofo.

También él piensa que hay diferencias biológicas entre hombres y mujeres. La base de sus teorías son la serotonina y los primates, y están expuestas en su último libro, ya publicado en español[36]. Observa Marinoff que hay una proporción mayor de hom-

bres que de mujeres entre los líderes, de la misma forma que hay más mujeres que hombres entre los depresivos. ¿Causa? Las diferencias biológicas. Y, muy en especial, la serotonina. He aquí que, después de tantos años de disquisiciones sobre la desigualdad, nuestro problema, el de las mujeres, es la escasez de serotonina. Afirma Marinoff que los niveles de serotonina están estrechamente relacionados con la felicidad, la confianza y la autoestima. Y que está muy documentado que las mujeres tenemos bastante menos que los hombres de las tres cosas. Por la serotonina. Nos falta serotonina, de ahí la desigualdad.

Y, para probarlo, Marinoff recurre a los primates. Al fin y al cabo, ¿qué mejor modelo para teorizar sobre el papel de los hombres y de las mujeres que el de las relaciones de los primates, que, como es bien sabido, son un grupo un poco especial de humanos que, aunque muy semejante a los estadounidenses o a los propios españoles, ha optado por una modalidad radical de vida ecológica consistente en instalarse en los árboles y negarse a hablar y a escribir o a dar clases de filosofía como Marinoff? Pues bien: nos cuenta Marinoff que, cuando los primates ascienden en su jerarquía de dominio, los niveles de serotonina aumentan en consonancia. Y la historia es circular, puesto que, no lo olvidemos, son los machos los que tienen la serotonina y, por lo tanto, la cualidad para dominar. Los primates machos, nuestro modelo, según Marinoff, se sienten realizados cuando ascienden hasta la posición que les corresponde como protectores y abastecedores en la jerarquía de dominio, mientras que las primates hembras se sienten realizadas cuando consiguen la protección y el abastecimiento de los machos dominantes y cuando cuidan de su progenie.

Y de los primates pasamos directamente a las mujeres, como es natural. Marinoff también piensa, como Herman, que las feministas nos han engañado, que nos han adoctrinado para creer que solo nos realizaremos y alcanzaremos la felicidad si hacemos las

mismas cosas que los hombres. Pero, advierte Marinoff, la biología nos informa de una verdad más profunda: «la maternidad no es una construcción social, sino más bien la compleción de la función natural de la mujer y su pasaporte para la satisfacción verdadera». Y acompaña su advertencia de lo que considera un aviso premonitorio de la antropóloga Margaret Mead sobre los peligros «de arrancar a la mujer del hogar, donde se expresa y florece su naturaleza femenina»: «Las mujeres apartadas de su hogar pasan a ser más despiadadas y salvajes que los hombres [...]. Las mujeres y los animales hembra no juegan. Cuando luchan, lo hacen con fiereza y hasta la muerte». Mujeres del mundo, estáis advertidas, por Eva Herman, por Lou Marinoff y por Margaret Mead: volved al hogar y a parir. Todo lo demás es peligroso y un seguro camino hacia la infelicidad.

Madres virtuosas

La inmensa mayoría de las mujeres de los países desarrollados discrepa radicalmente de la propuesta de la vuelta al hogar de Herman. Pero no parece tan claro que discrepen de igual manera de Marinoff y su teoría sobre la necesidad de la maternidad para la plena realización de una mujer. En realidad, ese valor sigue siendo dominante también en las sociedades desarrolladas.

La diferencia biológica de Montagu y de una parte del feminismo, centrada sobre todo en la maternidad y los viejos valores sobre la función de las mujeres en la sociedad, se reúnen para mantener la maternidad como una condición imprescindible de la auténtica mujer, de la realización de la feminidad. No tener hijos es considerado raro o sospechoso, también en las sociedades más desarrolladas. La diferencia biológica presiona de nuevo a las mujeres para cumplir con su rol clásico.

Y no ha existido ningún período en el que eso no haya sido así, en contra de lo que afirma la psiquiatra francesa Muriel Flis-Trèves, autora del libro *Bébé attitude*. Según Flis-Trèves, hubo hace

algún tiempo un período de gran influencia feminista en el que las mujeres tuvieron una actitud más negativa hacia la maternidad. Pero ahora, afirma, las hijas de esas feministas han reaccionado y quieren nuevamente ser madres, más que antes. Ese período feminista de crítica de la maternidad debió de afectar a cien o doscientas mujeres de las élites universitarias y contestatarias, si es que el efecto fue tan lejos. Porque lo único que logró ese feminismo, y con él una buena parte de las mujeres, fue cuestionar socialmente la presión sobre las mujeres para ser madres. Con un éxito limitado. La presión ha descendido, es cierto, pero aún es relevante en la vida de las mujeres.

Lo que sí ha cambiado, y eso también es relevante, es la actitud social hacia la integración de maternidad y desarrollo laboral. Ahora se presiona a las mujeres para ser madres, pero se entiende que sea una maternidad ligada al desarrollo laboral, por lo que la conciliación se ha convertido en un tema recurrente en todo tipo de debates sobre la inserción laboral de las mujeres.

No es Eva Herman el modelo, sino más bien Ursula von der Leyen, ministra de Familia, Mayores, Mujeres y Jóvenes de Alemania en el Gobierno de Angela Merkel. Se casó en 1986 y tiene siete hijos, y relata que, cuando se fue con su marido a la Universidad de Stanford, donde a él le habían dado un puesto de trabajo, su experiencia allí la marcó: «Cuando me presentaba a trabajos en Estados Unidos, siempre me preguntaban qué hacía además del trabajo, si criaba niños o colaboraba con alguna asociación. Me han dado puestos de trabajo por tener hijos... ¡En Europa me los darían por no tenerlos!».

La ministra alemana no aclaró, cuando relató lo anterior, a qué tipo de trabajos se refería, puesto que en otros países desconocemos esos trabajos que priman la maternidad como un factor muy favorable para la contratación. Tampoco aclaró los pasos que ha dado en su carrera profesional entre niño y niño para llegar a la

posición actual y qué relevancia ha podido tener en dicha carrera el hecho de que, por ejemplo, su padre sea un importante líder del partido demócrata-cristiano en el que ella milita. En definitiva, cuáles son las condiciones exactas en las que es posible el pleno desarrollo profesional mientras se crían siete hijos, dado que para al menos el 95 por 100 de las mujeres esa combinación resulta completamente imposible.

Pero, al margen de las condiciones en las cuales Von der Leyen aboga por la realización maternal de la mujer, lo cierto es que ella, sea con siete o con dos hijos, es el modelo dominante en las sociedades desarrolladas, tanto entre la derecha como entre la izquierda. Ella o el modelo de la realización maternal de la mujer. Mientras tanto, la función paternal de ellos tiene tan poca importancia como en el pasado. La determinación biológica de ellos, su papel en la procreación de los niños, tampoco les conduce ahora a obligaciones para conformar una figura paternal sin la cual no serían bien aceptados socialmente, o valorados de manera más positiva en una selección para un puesto de trabajo, como la ministra alemana. La determinación biológica sigue pesando solo sobre las mujeres y no sobre los hombres. A ellos, a los parientes de los primates, se les estimula al menos a un sinfín de actividades ampliamente diferenciadas de las de ellas.

Y ellas, muchas de ellas, atienden a las exigencias de la determinación biológica, con un papel comparable al de Ursula von der Leyen. La alimentación, natural o artificial, de los bebés representa una interesante muestra del viejo determinismo biológico sobre la maternidad. En una época en la que el desarrollo científico ha permitido una alimentación artificial tan sana para los bebés como la alimentación natural, la alimentación artificial, sin embargo, constituye otro tema cercano al tabú o muy negativamente percibido en la sociedad. Si la presión social que equipara maternidad con feminidad se mantiene muy elevada en nues-

tras sociedades, la que equipara alimentación natural con la condición de madre es más o menos comparable.

De la misma forma que una buena parte de los médicos considera que ser madre a los sesenta y cinco es antinatural, pero no ser padre a la misma edad, también considera antinatural que las madres alimenten con biberón a sus hijos. La biología a la que las mujeres nos debemos entra de nuevo en escena. Se trata de cumplir las reglas de lo «natural». No solo cumplir con la función que la naturaleza nos ha otorgado, sino también hacerlo como la naturaleza lo prescribe. De la misma forma en que se hizo antes del desarrollo científico e igual que lo hacen las primates de Marinoff, nuestro modelo, pues de biología estamos hablando.

Este fortísimo valor social ha sido adornado con todo tipo de teorías, la mayor parte de ellas, si no todas, de una llamativa falta de consistencia científica. Por ejemplo, la que ha insistido en los últimos años en los beneficios de la lactancia materna para afianzar los lazos emocionales con el niño, como si alguien hubiera hecho un estudio que probara que los lazos emocionales entre las madres y niños alimentados artificialmente son más débiles que los existentes entre las madres y los niños amamantados. A pesar de la falta total de esa evidencia empírica, la teoría ha sido repetida por todo tipo de expertos, médicos o divulgadores científicos, sin encontrar ninguna resistencia, tampoco en el campo científico, dada la fortaleza del tabú alrededor de la alimentación artificial.

Junto a ella, todo tipo de supuestos estudios científicos han afirmado la conexión que habría entre la lactancia infantil y la mayor protección contra todo tipo de enfermedades. Nuevamente, no se conoce ninguna evidencia empírica consistente que pueda probar la diferente resistencia a las enfermedades de niños alimentados de una y otra manera y que, sobre todo, hayan vivido en las mismas condiciones sociales, económicas y ambientales. O

de adultos alimentados de una y otra forma, puesto que todos los estudios presentados hasta ahora ignoran todos los demás factores que acompañan a una u otra alimentación.

Pero, además, si esa evidencia científica fuerte sobre la importancia de la lactancia materna para la salud del niño existiera fuera de las innumerables dudas que hoy se plantean, sería igualmente llamativa la insistencia en ella. Por comparación, y me refiero a los beneficios de lo natural, debería haber una campaña constante e insistente sobre los posibles beneficios de la vida en el campo, muy lejos de todo tipo de contaminación, para la vida de los niños. En realidad, la campaña debería ser más intensa, puesto que sí están ampliamente probados los efectos muy negativos de la contaminación en niños y en adultos.

Pero no hay un bombardeo informativo sobre esa cuestión. Ni siquiera alguna investigación aislada. Sin duda, porque la modernización con sus posibles perjuicios es aceptada respecto a la vida en la ciudad. Sin embargo, la modernización aplicada a la lactancia artificial, conectada con el nuevo tipo de vida de las madres trabajadoras, no es aceptada igualmente. Ellas, las mujeres, las madres, estarían obligadas a obedecer las leyes de lo «natural».

La presión ideológica en pro de la alimentación «natural» de los niños y del cumplimiento de la función biológica de las mujeres es tan grande que nadie o casi nadie se plantea la posibilidad de investigar la hipótesis contraria. Por eso es bastante sorprendente que en 2006 se publicara un estudio de la Universidad de Harvard que negaba por primera vez uno de esos beneficios destacados durante mucho tiempo: el de la influencia de la lactancia materna en menores con problemas de sobrepeso años después. Un estudio entre 35 000 niñas sometidas a test desde 1989 mostró que esa tendencia hacia un menor peso solo se mantenía hasta los cinco años y después desaparecía por completo. O que en

2007 se publicara otro estudio en el *British Medical Journal* que afirmara, tras una investigación con 13 000 mujeres, que la lactancia natural no protege a los niños del asma y las alergias, cuando nos habían repetido que así era durante muchos años.

A pesar de los cambios que se están introduciendo, los efectos de toda esta presión son indudables. Nadie se siente culpable por traer sus niños al mundo en el ambiente contaminado de las ciudades. Pero la mayoría de las mujeres se siente culpable, o extraña, al menos, por optar por la lactancia artificial.

La presión de lo «natural» afecta igualmente al parto. De nuevo, desde los dos extremos. Por un lado, la sociedad más tradicional y, dentro de ella, una parte significativa de los médicos, que consideran el embarazo y el parto procesos «naturales» que las mujeres deberían sobrellevar con la aceptación resignada de todos los problemas físicos y sufrimientos que pueda ocasionar. En ese campo se inscribe una buena parte de la polémica sobre lo que se considera un excesivo número de cesáreas y la llamada a un aumento de los partos «naturales».

O, lo que ha sido peor hasta muy recientemente, la renuencia de muchos médicos a anestesiar a las mujeres en los partos, por lo que las féminas han estado obligadas hasta el presente a tremendos sufrimientos para cumplir las leyes de lo «natural». El dato es impresionante, pero solo desde el año 2000 las mujeres tienen derecho en España a solicitar anestesia para el parto. Todas las que fuimos madres antes de esa fecha dependíamos del capricho del médico, o, lo que es lo mismo, nuestros partos tuvieron lugar en muchos casos en medio de insoportables dolores.

Según la revista *The Lancet*, más de ochenta mil mujeres mueren cada año por no tener acceso a una cirugía tan sencilla como la cesárea. En otras palabras, por estar en la fase de naturaleza y plena comunión con las exigencias biológicas. Y, en las sociedades desarrolladas, el debate es si las cesáreas realizadas son de-

masiadas, si se trata de un capricho de las embarazadas o de los médicos, cuando las mujeres y los médicos piden o recurren a las cesáreas, fundamentalmente, por el temor a cualquier complicación para el bebé, por garantizar, a toda costa, la seguridad del niño. Es decir, cuando la cesárea es uno de los avances científicos más importantes para la feliz culminación de la maternidad.

En el otro extremo, el feminismo de la superioridad biológica de las mujeres y de la mitificación de la maternidad llega a las mismas conclusiones de sospecha sobre determinadas técnicas científicas a través de un camino diferente. Se trataría de recuperar la belleza y la trascendencia de la maternidad, de la singularidad excepcional de las mujeres. Y, para ello, habría que recuperar las reglas de lo «natural» o, lo que es lo mismo, fomentar los partos alejados de las máquinas y de las anestesias, volver a la naturaleza, hacer una síntesis de la madre de hace cinco siglos con la mujer contemporánea. Poner, nuevamente, la biología en el primer plano. Y, sobre todo, hacernos esclavas de la biología y de sus determinismos, los que existían antes del desarrollo científico.

El animal más bello del mundo

Cuando de mujeres se trata, hay una acusada tendencia entre los hombres a acordarse de los animales. Sean las primates de Marinoff o cualquier hembra animal de la que las mujeres deberíamos tomar ejemplo en su comportamiento. O sea, «el animal más bello del mundo», aquella definición de Ava Gardner que ha mantenido su popularidad a lo largo de las décadas, quizá porque la tríada mujer-belleza-animal ha tenido siempre una gran aceptación entre los hombres.

La trascendente biología, tan importante para las unas y los otros, pasa de nuevo al primer plano, pero no precisamente en la versión Montagu. Tampoco en la de la maternidad. Sí en otra igual de tradicional que la de la maternidad y también popular, pero esta vez solamente entre los hombres. Se trata de la confu-

sión biológica entre animales y mujeres, en la reducción de las mujeres a su cuerpo, a su condición de bellos animales dotados para adornar la naturaleza.

La mujer-animal no se ha reducido únicamente a las percepciones de determinadas capas populares. Todo lo contrario, la mitificación de la mujer a través del valor de su cuerpo, de su parte puramente animal, ha sido más bien obra de escritores y artistas del más variado pelaje. También ellos han clamado por la superioridad biológica de las mujeres, las han venerado y han expresado una profunda admiración por su perfección en este sentido. Pero siempre que su aspecto exterior fuera aquel que ellos, los artistas, consideraran lo suficientemente bello para acceder a la categoría de objeto de admiración biológica.

Louis B. Mayer fue un genuino representante de este sector de la otra parte del mundo animal, la que da los títulos de perfección en lo que se refiere a la biología. Tras la primera audición de Ava Gardner, afirmó de ella: «no sabe actuar, no sabe hablar, pero es impresionante». El resto de la historia es conocida: ese currículum la llevó al estrellato.

Todo este sector social tan amplio que confunde a las mujeres con los animales para, a continuación, adjudicarles su concepción de perfección femenina, la perfección biológica de la belleza, ha tenido una significativa influencia en lo que muchas mujeres consideran uno de sus principales problemas profesionales: la inseguridad.

En realidad, todas las teorías sobre las diferencias biológicas, algunas tan fundamentadas como la referida a Ava Gardner, descuidan clamorosamente los condicionamientos sociales de las diferencias entre hombres y mujeres. Destacan la manifestación superficial y olvidan los factores sociales.

Por ejemplo, el psicólogo Steven Heine y un colega de la Universidad de British Columbia, en Vancouver, realizaron un experi-

mento que demostraba que las mujeres sacan peor nota si creen sufrir una dificultad innata para las matemáticas. El experimento consistió en que 120 mujeres de unos veinte años fueron divididas en grupos para hacerles un control de matemáticas con un examen previo, una comprensión de lectura, distinto para cada grupo. La primera lectura sostenía que las diferencias de habilidad matemática entre hombres y mujeres tienen un origen genético. La segunda, que las diferencias se deben a la experiencia. Y la tercera, que no existen tales diferencias.

El llamativo resultado de este experimento consistió en que la puntuación del primer ejercicio fue similar en los tres grupos. Sin embargo, las mujeres que leyeron el ensayo sobre las «diferencias genéticas» hicieron el segundo ejercicio, el de matemáticas, claramente peor que las mujeres de los otros dos grupos.

En otras palabras, que los animales, aunque sean «los animales más bellos de la tierra», no destacan precisamente en las matemáticas. Ni en la física ni en el derecho. Se limitan a ser animales. Y si la sociedad, léase, algunos hombres, esperan encontrarse con animales, las mujeres tienden a sentirse como tales. Más o menos como las primates de Marinoff, deseando realizarse conquistando machos que las protejan y no aspirando a ser expertas en matemáticas. Algunas mujeres incluso se sienten animales al estilo Ava Gardner.

Y cuando no son ellas las que se sienten como las primates o como «el animal más bello del mundo», son ellos los que creen que lo parecen, por lo que cualquier cosa que hagan o digan quedará siempre encuadrada en los estrechos límites de las posibilidades animales. Si los más bellos animales del mundo abren la boca, aquello que digan tendrá un interés muy limitado, puesto que, como ya es sabido, los animales se caracterizan por unas acusadas limitaciones intelectuales.

El resultado es que ellas, nosotras, sentimos una acusada inseguridad cuando nos adentramos fuera del campo de actividades de las primates: conquistar la protección del macho y asegurar la reproducción de la especie. Nosotras sabemos que estamos más evolucionadas que ellas, pero eso no basta. Ellos, bastantes hombres, aún están en la era Marinoff. La consecuencia es un problema que era muy bien descrito por la profesora de la Universidad de Harvard Rosabeth Moss Kanter. Es la autora del libro *Confidence: How Winning and Losing Streaks Begin and End* y ha explicado que la confianza consiste en esperar un resultado positivo. Por lo tanto, continúa, si piensas que vas a ser criticada y atacada, si no tienes todos los datos, te retraes. Si te retraes, no lo intentas y no tienes la oportunidad de saber cuánto de buenas son tus ideas. Y afirma Moss Kanter que todas las mujeres prominentes que ha conocido han estado en esa situación de una reunión con muchos hombres pero pocas mujeres en la que ellas hacen un comentario importante y más tarde es atribuido a uno de los hombres de la reunión.

El problema es indudable. Coincido con Moss Kanter. Todas las mujeres hemos experimentado en alguna ocasión esa situación. Y esa tesitura es la base del importante problema de inseguridad y falta de confianza en nosotras mismas que explica, a su vez, parte de nuestros peores resultados en términos de ocupación de determinadas posiciones. Se trata de un círculo vicioso difícil de romper. Nos valoran peor y, además, esa peor valoración nos induce a competir peor.

Ben A. Barres es un neurobiólogo muy respetado de la Universidad de Stanford. En julio de 2006 publicó en la revista *Nature* un artículo titulado «¿Importa el género?». El artículo respondía a la teoría de Larry Summers que un año y medio antes había escandalizado en Estados Unidos, las supuestas diferencias innatas

entre hombres y mujeres como explicación de la menor presencia femenina en Ingeniería y Ciencias Naturales.

Ben B. Barres le respondía: la diferencia no está en el cerebro, sino en el sexismo del mundo científico. Y contaba lo que un día le ocurrió tras una conferencia. Un colega comentó: «Barres ha ofrecido un gran trabajo hoy. Su trabajo es incluso mejor que el de su hermana». Pero el colega desconocía que una década antes Ben se llamaba Barbara y que, con cuarenta y dos años, se sometió a un cambio de sexo. De su experiencia en el mundo científico, primero como mujer y después como hombre, Barres ha contado que, quienes no saben que es transexual, le tratan ahora con mucho más respeto que cuando era mujer: «Desde que cambié de sexo puedo terminar una frase sin que me interrumpa un hombre».

Según el Instituto de Investigaciones de la Universidad de Stanford, el sexo, la educación, las aptitudes técnicas y los conocimientos adquiridos solo suponen un 12 por 100 de los factores determinantes del éxito profesional. El 88 por 100 restante reside en seis principios básicos: actitud positiva, constancia, disciplina, autoestima, capacidad de asombro y disposición para involucrarse, cooperar y comprometerse.

La teoría está clara. El problema es que esos principios no solo dependen de uno mismo, sino también de la percepción que los demás tengan de ti. Es decir, se forman también a través de lo que los demás esperan de uno. Mejor dicho, de una. Y si lo que esperan es que se comporte como un primate o como «el animal más bello del mundo», hay un significativo desfase entre lo que una quiere ser y los demás esperan que sea.

Las ovejas, los babuinos, el ratón de la pradera y la mosca del vinagre

¿Y qué tendrán que ver todos estos animales con nosotras? Pues casi todo, según la moda del poder de la biología que nos domina últimamente. Las respuestas a todas nuestros interrogan-

tes están en ellos. Las claves que durante tanto tiempo buscamos en las relaciones sociales, en los valores, en la dominación masculina, en el machismo y en otros factores sociales, ahora están en las ovejas o en la mosca del vinagre.

Hemos pasado de la dependencia de los hombres a la dependencia de nuestras hormonas. Los libros feministas han sido sustituidos por los libros de biología. Si la moda cunde en los partidos políticos y los gobiernos, las políticas de la igualdad serán sustituidas por las terapias hormonales. Los primates de Marinoff no son un caso aislado. Son legión, y todas las especies del reino animal sirven para buscar explicaciones.

Afirma Louann Brizendine, la autora de *El cerebro femenino*[37], que una madre está alterada desde dentro de sus entrañas por el adorable pequeño forastero que lleva consigo. Lo dice para explicar cómo funciona lo que llama el cerebro de mamá. ¿Cómo? Con comportamientos que nos asemejan a las ovejas, los hámsteres, los micos y los babuinos. Mirémonos en el espejo del hámster sirio, por ejemplo, y obtendremos interesantes respuestas sobre el cerebro de nuestra mamá. ¿Quién nos lo hubiera dicho? Mamá se parece al hámster sirio. O sea, nosotras nos parecemos al hámster sirio, que es probablemente el último modelo ideal en el que pensaron nuestras antepasadas cuando iniciaron la revolución de la igualdad.

Las sufragistas estadounidenses o las inglesas se fijaban en el derecho al voto que tenían los hombres. Louann Brizendine nos recomienda que observemos la hembra del hámster sirio, una animalita que, antes de dar a luz, ignora a los cachorritos indefensos e incluso se los come. Ahora bien: tan pronto pare, reúne a su temblorosa prole, la mantiene alimentada y caliente, la cuida y lame, y hace todo lo necesario para asegurar su supervivencia. Aunque Brizendine no lo aclara, creo que es pertinente añadir que las hámsteres sirias que se comen a los cachorritos indefen-

sos no van a la cárcel, ni siquiera son reprendidas por el resto de hámsteres sirios. En cambio, si nuestras mamas o nosotras mismas nos comemos los cachorritos humanos indefensos, sufrimos pena de cárcel y, además, entre las mamas humanas, ese comportamiento no está muy bien visto. Pero temo que a la autora no le parezca una diferencia lo suficientemente relevante para comparar el cerebro de la mamá humana y la mamá hámster siria.

Pero Brizendine cree que somos pura biología. La inteligencia humana, la que ha construido la sociedad, los valores, la ciencia, es un pequeño detalle sometido al reino de la biología. Para ella, la biología representa el fundamento de nuestra personalidad y de las tendencias de nuestro comportamiento. Y no solo eso; además, es la biología la que nos diferencia de los hombres, puesto que el 99 por 100 de nuestros cerebros es igual, pero existe un 1 por 100 que lo explica todo. Nuevamente, la versión posmoderna y aceptable del racismo. No miren ustedes a los condicionantes sociales, miren a la biología.

«El cerebro femenino está tan profundamente afectado por las hormonas que puede decirse que la influencia de estas crea una realidad femenina. Pueden conformar los valores y deseos de una mujer, decirle día a día lo que es importante». Parecen las afirmaciones de un pensador del siglo XIX y, por supuesto, hombre, pero se trata de una neuropsiquiatra de la Universidad de California, Louann Brizendine.

La sociedad y los valores han desaparecido de la nueva creencia biologista. Al igual que en el siglo XIX, pero con muchas investigaciones científicas de por medio que han dado base científica aparente a las viejas creencias a partir de investigaciones pensadas y construidas para dar cobertura científica a esas viejas creencias.

Por ejemplo, las referidas al miedo, a la percepción del peligro o a la angustia. El saber tradicional afirmaba que las mujeres eran

mucho más miedosas y cobardes que los hombres. Es bien sabido que gritan histéricas si aparece un ratón, y que, si se produce una situación de peligro o amenaza, ellas optan preferentemente por gritar o desmayarse, mientras que ellos se enfrentan aguerridos al agresor para defenderlas. Pues bien: Brizendine aporta, por supuesto, modernas y sofisticadas investigaciones que corroboran que, en efecto, nosotras somos mucho más miedosas. Exploraciones ultrasónicas han mostrado, relata, que los cerebros de las muchachas y de las mujeres se activan más que los de los hombres para anticipar el miedo o el dolor, lo que se traduce en el hecho de que las hembras encuentran más dificultad que los machos en suprimir el miedo ante el peligro o el dolor anticipados.

¿Le habrá contado alguien a esta neuropsiquiatra que las hembras humanas, a diferencia de las hembras hámster, las hembras oveja o las hembras babuino, han sido educadas en la idea de que es femenino, muy femenino, sentir miedo y esperar que te rescate el macho? ¿Le habrán contado que las hembras humanas aprenden que gritar ante un ratón es lo que se espera de ellas? ¿Le habrán contado que una mujer que rompe esa regla de socialización es considerada masculina, poco acorde con su género y encuentra amplio rechazo social, para empezar, en el otro sexo? Quizá, pero se le olvidó de tanto mirar a los hámsteres, a las ovejas y a los babuinos.

Hay muchos más animalitos por ahí capaces de dar respuesta a todos los interrogantes del género humano. Por ejemplo, el ratón de la pradera y la mosca del vinagre, que han interesado especialmente a Eduardo Punset y que nos dan las claves para entender el amor[38]. Sí, el amor, puesto que el amor se explica por los genes. En los humanos como en la mosca del vinagre. Varias universidades han estudiado apasionadamente la mosca del vinagre y, como resultado de tanta pasión, han descubierto un gen llamado *fruitless* que es el que explica el cortejo amoroso. Y aún

más, han descubierto que si desactivan dicho gen en los machos, estos pierden todo interés por las hembras, y que, si lo activan en las hembras, estas ejecutan el ritual de apareamiento del sexo opuesto.

Es decir, si todo se reduce al gen, como con la fascinante mosca del vinagre, este cambio contemporáneo en el que ahora las mujeres también realizan ellas el cortejo mientras que hasta hace poco tiempo lo realizaban los hombres exclusivamente, debe de haberse producido porque nos han activado en algún laboratorio el gen *fruitless* sin que nosotras hayamos tenido conocimiento. ¿Se tratará quizá de un programa secreto del Gobierno estadounidense, siempre metido en alguna conspiración mundial, que quiere saber qué ocurre en las hembras humanas si se les activa el gen *fruitless*? Si seguimos las enseñanzas de la moda biológica, la hipótesis es muy plausible, puesto que las hembras humanas han comenzado a comportarse en el amor como antes lo hacían los hombres. Y está ocurriendo en todos los países más desarrollados. Quizá se trate de aquellos con hospitales con suficientes medios para ser capaces de hacer la operación de la activación del gen *fruitless* en todas las niñas recién nacidas. Que alguien le siga la pista a esa conspiración.

¿Será usted lesbiana?

La biología se ha convertido en la nueva astrología de las últimas décadas. Los hombres y las mujeres de los países más desarrollados, cultos e informados, acuden a la biología como hasta ahora lo habían hecho a la astrología o al tarot. A fin de encontrar respuestas a sus preguntas y a sus angustias. Las hormonas, los genes, llenan las incertidumbres vitales que se sometían antes al dictado de los astros o de las cartas.

Las fuerzas misteriosas del universo son ahora las fuerzas misteriosas de nuestro cuerpo, tan poderosas, tan fantásticas, tan omnipresentes como los astros. Como dijo Liza Minnelli de sus

problemas con el alcohol: «la culpa de mi alcoholismo la tiene un gen». Y ya hay asesinos cuyos abogados están estudiando seriamente la posibilidad de alegar en su defensa el gen asesino, el auténtico culpable de sus crímenes.

Las investigaciones biológicas adquieren en ocasiones un carácter ridículo o grotesco. Como en ese estudio que surgió recientemente sobre las supuestas diferencias cerebrales entre las personas de izquierdas y las de derechas. Los investigadores desconocían el hecho de que hay una importante discusión en la actualidad sobre qué significa ser de izquierdas y qué significa ser de derechas. O que el deseo de cambio puede ser de izquierdas o de derechas, dependiendo del partido que en ese momento esté en el Gobierno y el número de legislaturas que lleva en el poder.

Otras investigaciones son, sencillamente, absurdas. Por ejemplo, aquella que fue publicada en 2007 en la revista *Current Biology* sobre las diferencias de sexos en la preferencia de colores. Resulta que las mujeres prefieren el rosa, y los hombres, el azul, concluyeron los investigadores, dirigidos por una mujer. Para hacer más cómico el asunto, la directora de la investigación, Anya Hurlbert, ensayaba una explicación sobre las preferencias de las mujeres. Procedería, afirmó, de la época remota en que los humanos eran cazadores, y las mujeres, las principales recolectoras, por lo que necesitaban una «especialización visual» que les permitiera identificar los frutos más rojos maduros.

Me pregunto en cuál de las modalidades del Ig Nobel podría incluirse este descubrimiento. Me refiero a la próxima edición. Dentro de dos años podrá presentarse de nuevo, puesto que el equipo promete una segunda parte basada en las preferencias de los bebés. Desconozco si los bebés seleccionados para el experimento serán sometidos a controles previos, como, por ejemplo, haber sido vestidos tanto de azul como de rosa en la fase preparatoria de la prueba. En cualesquiera de los casos, todos esperamos

ansiosos el resultado, dada su trascendencia para la humanidad, sobre todo para explicar las diferencias de género, que, una vez más, son biológicas y nos remiten directamente al hombre, y a la mujer, del Cromagnon.

En la nueva moda biológica, la confluencia de los astros o la suerte de las cartas del tarot pueden ser sustituidas por los test. Muchos de los libros de moda de la biología del *Conócete a ti mismo y a tus hormonas* incluyen sendos test que te ofrecerán algunas claves de la estructura biológica que determina tu vida. Por ejemplo, en uno de los libros que más éxito han alcanzado en este campo, *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*, de Allan y Barbara Pease[39].

Entre las cosas delirantes que las mujeres podemos descubrir en este libro está esa de que, ¡oh, sorpresa!, quizá tengamos tendencias lésbicas. Después de toda una vida creyéndote heterosexual, he aquí que un test sobre tu estructura cerebral puede descubrirte que tienes un cerebro masculino y, por lo tanto, tendencias lésbicas. Aquellas mujeres que aún no lo hayan descubierto por sí mismas, lo harán si responden al test con las respuestas que se esperan de los hombres.

Veamos tres ejemplos tomados del test y observemos qué responde cada mujer a las opciones siguientes:

Pregunta 1. Usted quiere pasar las vacaciones en el campo, pero su pareja quiere ir a la playa. Intenta convencerle de que su idea es mejor y para ello usted:

a) Le dice de forma emotiva lo que esas vacaciones significan para usted: le encanta el campo, y los niños y la familia siempre se divierten allí.

b) Le dice que si accede a ir al campo, usted le estará agradecido/-a y no le importará ir a la playa la próxima vez.

c) Utiliza hechos: el lugar donde usted quiere ir está más cerca, es más barato y hay muchas actividades deportivas y de ocio organizadas.

Pregunta 2. Un amigo tiene un problema personal y ha recurrido a usted. Usted:

a) Se muestra comprensivo.

b) Le dice que los problemas nunca son tan graves como parecen en un principio y le explica por qué.

c) Le ofrece sugerencias u opiniones lógicas para solucionar el problema.

Pregunta 3. A su parecer, ¿qué es lo más importante en la vida?

a) Los amigos y vivir en armonía con todos cuantos le rodean.

b) Ser amable con los demás y mantener su independencia personal.

c) Conseguir objetivos valorados por otros, como su respeto, prestigio y escalar posiciones.

Pues bien: aquellas mujeres que hayan escogido las opciones *c*), quizá lo ignoraran, pero tendrán que saber que, según Allan y Barbara Pease, posiblemente tengan tendencias lésbicas, puesto que han optado por las respuestas netamente masculinas; tienen un cerebro masculino, ya que son racionales, usan argumentos más que emociones cuando quieren convencer, ayudan a sus amigos con reflexiones lógicas y no solo con respaldo emocional y, además, están caracterizadas por un rasgo puramente masculino como el desear lograr poder y prestigio.

Estas y otras sandeces aparecen en este y otros libros parecidos de la nueva astrobiología. Cuando los datos y las investigaciones presentadas son más serios, algunos de los problemas esenciales de fondo siguen presentes. Sustancialmente, la mayoría de esas investigaciones pretende probar hipótesis basadas en las ideas tradicionales sobre los hombres y las mujeres. Los métodos de in-

vestigación se adaptan al logro de la confirmación de esas hipótesis. Bien a través de los propios humanos o, sobre todo, a través de nuestros parientes, los primates, las ovejas, los hámsteres o el ratón de la pradera, entre otros. Los investigadores son felices cuando comprueban que las cosas en las casas de esos parientes siguen como debieran. Las hembras se comportan exactamente como hace mil años, incluso cuando se comen a los cachorros, y los machos siguen dominando la situación. Ellos confirman que las leyes de la naturaleza son inexorables. La revolución igualitaria no podrá cambiar lo que la naturaleza determinó.

8
Sexo, el último tabú de las mujeres

El sexo es cosa de hombres

El último gran reto de la igualdad no se halla en la llegada de mujeres al poder, en la equiparación de los salarios o en el cambio de papeles en el hogar. El último gran reto está en el sexo, el gran bastión pendiente de la igualdad entre hombres y mujeres. Y del que no se habla. El sexo, desde determinadas perspectivas, es tabú. Y para las mujeres, mucho más.

Incluso para las mujeres más cultivadas y avanzadas, el sexo está limitado en su tratamiento a lo socialmente correcto para la condición femenina. Y lo socialmente correcto es diferente para hombres y para mujeres. Me refiero a su tratamiento público, a su asunción como objeto de interés o placer por parte de las mujeres. Me refiero, en primer término, a los límites de la libertad para tratar el sexo, de hombres y de mujeres.

La equiparación de hombres y mujeres en el mundo profesional o en la vida política constituye, de la misma manera, un problema de equiparación en el ámbito público. En el ámbito privado, las relaciones entre hombres y mujeres no han discurrido de forma paralela. Las mujeres han tenido poder en ese ámbito mucho antes que en el público. En ocasiones, mucho poder, tan grande como el de los hombres. De la misma forma que muchas mujeres musulmanas se quitan los velos en el hogar y se equiparan a los hombres en ese ámbito mientras que en público marcan

su inferioridad, las mujeres de los países más modernizados han mantenido posiciones en el hogar muy diferentes a las públicas. En el espacio privado no tienen los mismos velos que las cubren en público. Las diferencias que marcan su inferioridad son marcadamente menores.

El contraste se produce del mismo modo en el sexo. Las relaciones en el sexo y respecto al sexo en el ámbito privado de hombres y mujeres están mucho más cercanas a la igualdad que las que ocurren en el ámbito público. Es en ese ámbito público en el que la voz de las mujeres está restringida por las estrictas reglas que limitan su expresión y su comportamiento y que no limitan, sin embargo, la de los hombres.

Con motivo de la muerte de Francisco Umbral, Raúl del Pozo publicó en *El Mundo* (29-VIII-2007) un artículo titulado «Un coño en la solapa». Con ese título reproducía una historia escrita por el propio Umbral en *Amores diurnos* acerca del día en que acudió a una cena con un coño en la solapa y la conversación sobre el particular que, contaba Umbral, mantuvo con el nuncio de Su Santidad. Reflexionaba Raúl del Pozo que tal vez por esa y otras historias parecidas, Umbral se murió sin entrar en la Academia.

Por esa y otras historias parecidas, una mujer sería expulsada del espacio público, no solo de la Academia. Este sería únicamente uno de los cientos de sitios donde su presencia resultaría incómoda. Y tampoco entraría en un periódico. Ni por aquello que relató Umbral ni por lo que tituló Raúl del Pozo. Ciertamente, «Una polla en la solapa» no podría ser publicado en ningún periódico serio español. Ni francés, ni alemán. Y aún más cierto, ninguna mujer osaría escribir título o relato semejante para un periódico. Un hombre puede llevar un coño en la solapa, pero ¡ay de la mujer a la que se le ocurra ponerse una polla en la solapa o escribir sobre ello!

El tratamiento público del sexo, sea periodístico, literario, narrativo en cualquiera de sus formas, o, simplemente, opinativo en cualquier espacio, no solo el de los medios de comunicación, presenta reglas muy diferentes para hombres y para mujeres. Tanto si se trata de las versiones vulgares o chabacanas como de las más sofisticadas o refinadas.

No quiero entrar en este debate en la cuestión moral de si uno u otro tratamiento del sexo es el más correcto o el adecuado, si cualquier texto literario o periodístico sobre «los coños en las solapas» es interesante, pertinente o deseable. Lo que me interesa resaltar es el otro lado de este debate, el de la prohibición en la práctica para las mujeres de entrar en ese terreno, el terreno de la exhibición pública de la sexualidad como sujetos deseantes, como personas que usan el sexo o que deciden sobre el sexo, y que lo hacen, además, con total libertad de expresión.

Por supuesto, la exhibición pública de la sexualidad es un aspecto esencial del papel de las mujeres contemporáneas. Pero se trata de una exhibición que no tiene nada que ver con la tratada más arriba. La exhibición propia de las mujeres contemporáneas es la tradicional, la de los objetos de deseo de los hombres. La misma que la que se realiza en los burdeles con escaparate a la calle de Ámsterdam, pero en versión sofisticada y moderna. La misma de toda la historia de la humanidad.

La exhibición pública que las mujeres no han realizado y los hombres sí, la que diferencia aún de forma radical el papel público de ambos sexos, mucho más que su desequilibrada presencia en el poder o en la cúpula de las empresas, es la exhibición como sujetos que consumen sexo, que hablan del sexo y que tratan a los hombres como objetos de deseo exhibidos públicamente en sus reflexiones. Que los tratan, en definitiva, «como pollas en la solapa». Eso, por el momento, no existe.

Y para que no exista, se aduce una teoría que mantiene una inusitada fuerza, no solo entre los hombres, por supuesto, sino también entre bastantes mujeres, con una parte del feminismo en primera línea de la creencia. Se trata del mito del hombre sexual y la mujer emotiva. Es el equivalente, en el terreno sexual, del mito de la mujer bella y del hombre interesante. De la misma forma que existe el mito de la mujer bella que los hombres desean frente al hombre interesante, aunque feo, que las mujeres desean, existe el mito del hombre sexual y la mujer emotiva.

El mito del hombre sexual y la mujer emotiva prescribe que los hombres tienen un fuerte instinto sexual, mientras que las mujeres están dominadas por las emociones y los sentimientos. Es decir, para ellos la sexualidad es central y la desean al margen de los sentimientos y de las emociones, la necesitan como pura sexualidad, no en conexión con otros elementos. El mito de la mujer emotiva prescribe, sin embargo, que la sexualidad femenina es muy diferente, que ellas no pueden disociar la sexualidad de los sentimientos, que priman los sentimientos sobre el sexo. En otras palabras, los hombres necesitan sexo y las mujeres necesitan amor.

Ellos y ellas son diferentes, dice el mito. La teoría entusiasma a los hombres tanto como el mito del hombre interesante. Les produce una enorme tranquilidad, puesto que les asegura que ellas se conducen en la vida a través de los sentimientos, no de la sexualidad. Es decir, que tienden a ser fieles, que buscan el amor, o la protección, o la seguridad, pero no el sexo. Que el sexo es, en todo caso, un vehículo para el auténtico objetivo femenino: el amor. Que no tenderán a tener aventuras sexuales, pues el sexo no es su interés primario. Que las aventuras sexuales serán difíciles, ya que ellas necesitan sentimientos previos. Que ellas, en definitiva, son valores seguros que permanecerán a su lado sin que las tentaciones sexuales interfieran en su vida y pongan en peli-

gro su fidelidad. Incluso más: que ellas les serán fieles también en el pensamiento, puesto que la supuesta necesidad del sexo con sentimientos las inhabilita también para las fantasías sexuales.

Si a todo lo anterior le añadimos el mito del hombre interesante, la mujer ideal en tanto que sujeto pasivo y seguro ha sido creado y fijado. Ellas se enamoran de hombres interesantes, no dan importancia a su aspecto físico y, además, en el sexo, se decantan por los sentimientos. Por lo tanto, los hombres son para ellas seres espirituales que atraen en función de sus valores y de sus sentimientos, no en función de su físico y de su actividad sexual.

Ellos son cerebro y corazón, para ellas, mientras que ellas son cuerpo y tetas, para ellos. Esta es la teoría pública dominante sobre el sexo en las sociedades más desarrolladas. Muy conveniente, obviamente, para ellos, y muy poco conveniente para ellas.

La nueva biología del comportamiento, tan de moda en los últimos años, aporta la base supuestamente científica a la teoría del hombre sexual y de la mujer emotiva. Casualmente, la biología confirma el prejuicio históricamente dominante sobre las diferencias entre hombres y mujeres. Louann Brizendine, la autora de *El cerebro femenino*, relata la teoría biológica tan conocida sobre un cerebro masculino en el que los centros relacionados con el sexo son el doble de grandes que las estructuras similares en el cerebro femenino. La consecuencia de la diferencia de tamaño, afirma Brizendine, es que los hombres piensan a todas horas en el sexo, mientras que las mujeres lo hacen mucho menos. Mientras que el 85 por 100 de los varones de veinte a treinta años, explica, piensa en el sexo bastantes veces al día, las mujeres lo hacen una vez, a lo sumo, tres o cuatro veces en sus días fértiles.

Brizendine no se extiende en ese último punto, pero la otra consecuencia obvia de tal «constatación biológica» es que la sexualidad de ellas está estrechamente ligada a la reproducción. Para ellas, el sexo es reproducción; para ellos, placer. Y, dada la rela-

ción de la sexualidad femenina con la fertilidad, deberíamos llegar también a la conclusión de que la menopausia eliminaría casi en su totalidad su interés por el sexo o que las mujeres que no pueden tener hijos por cualquier factor físico que lo impidiera apenas tendrían vida sexual. ¿Quizá tampoco las mujeres que no quieren tener más hijos, puesto que el instinto sexual de ellas es el reproductivo? Las suposiciones biológicas a las que nos llevarían teorías como la expuesta por Brizendine son numerosas. Todas, en el mismo sentido, en la estrecha ligazón de la sexualidad femenina a la procreación, a su función clásica.

Los autores de *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*, los representantes más típicos del biologismo de la diferencia, lo explican aún más crudamente. Vuelven a la testosterona. Ellos tienen más testosterona, explican; por lo tanto, el deseo sexual masculino es mucho más poderoso. ¿Razón? Pues bien: como siempre en asuntos de biología, volvemos a las cavernas, a los primates, a las ovejas o a los babuinos, perfectos modelos para entender el comportamiento de los humanos civilizados. Todo se explica por el instinto de asegurar la continuidad de la especie humana. Ellos tienen un enorme deseo sexual y, sin embargo, explican Allan y Barbara Pease, en la línea de las creencias sexuales vigentes desde hace varios siglos, la naturaleza no creó ninfómanas.

Dejemos por el momento a un lado la discusión sobre el concepto de ninfómana. Lo que ambos autores quieren decir con este concepto moral es que no hay mujeres con un enorme deseo sexual como los hombres. ¿Motivo? La maternidad y la crianza. Ellas están diseñadas por la naturaleza para cuidar de su prole. El padre conejo, dicen, no tiene que estar con su prole para cuidarla. La madre coneja, sí. Igual que la madre humana, una parienta de la coneja, como es bien sabido, que también se queda con su prole mientras ellos, sean conejos u hombres, se dedican a satis-

facer, sea con conejas o con hembras humanas, su gran apetito sexual.

Por otra parte, luego vienen las emociones y los sentimientos, tan importantes en ellas. En este punto, el determinismo biológico deja siempre a un lado a ovejas, conejos o babuinos, por motivos obvios. No se ha podido constatar que también las ovejas, las conejas o las babuinas tengan necesidades sentimentales imprescindibles para el sexo y que solo copulen cuando ellos les han declarado previamente su amor eterno.

A falta de esos referentes entre nuestros parientes animales, siempre tan atractivos para explicar los instintos sexuales de los humanos, la teoría de la emotividad y sentimentalismo femenino se alimenta de sí misma, de la fantasía que son capaces de aportar todos los teóricos de la materia. Para explicarlo, se vuelve al amor. En este punto, cuando de diferencias entre el hombre sexual y la mujer emotiva se trata, se insiste en la idea de que el amor es una cuestión mental. Para ellas, por supuesto. En ellos todo es cuestión de testosterona y reproducción de la especie, al igual que ocurre con los conejos. O con los gallos, capaces de copular en un día con cincuenta o sesenta gallinas diferentes.

Pero lo nuestro, lo de las mujeres, es una cuestión de amor, y muy mental, muy racional, en otras palabras. Nos cuentan los del determinismo biológico que, en este caso, debemos volvernos hacia la psicología, la de las mujeres. Y que, en ellas, factores psicológicos como la confianza, el cariño o el bienestar son esenciales para crear las condiciones necesarias para que el cerebro produzca el cóctel hormonal. Sin embargo, en los hombres el cóctel se produce con toda facilidad, más o menos como en los conejos. El sexo y la psicología, en ellos, no se conecta. En ellas, sí. En las humanas, por supuesto, ya que en este punto el ejemplo de las conejas no parece tan atractivo a los biólogos. No se ha sabido que las conejas o las babuinas necesiten sentir confianza, cariño y co-

sas semejantes para tener relaciones sexuales. Tampoco se ha podido averiguar de las gallinas.

De hecho, no se ha podido averiguar de ninguno de nuestros parientes animales. Mejor dicho, de las parientas, puesto que, en el caso de los hombres, se da por supuesto que su comportamiento sexual es igual que el de los parientes animales. En las mujeres, sin embargo, la teoría vale para todo, menos para explicar el deseo sexual. Quizá porque la ausencia total de sentimientos en las parientas animales suscita una enorme inquietud a los biólogos que teorizan sobre esa cuestión.

La idea de la mujer con un comportamiento sexual desconectado de los sentimientos, semejante al de los hombres, ha producido y produce un enorme temor a los hombres. Esa posibilidad hace de las mujeres unos seres tan independientes y potencialmente tan infieles como ellos. Las convierte en personas que podrían adoptar el comportamiento masculino tradicional, aquel en el que serían ellos los que se convirtieran en objetos sexuales, elegibles solo si son atractivos sexualmente, o desechables si no lo son. Y serían ellas las que elegirían, las que tomarían las decisiones. Ellas, en otras palabras, asumirán el mando en el terreno de las relaciones sexuales, de las relaciones cotidianas de género.

La posibilidad de que eso pudiera ser así ni siquiera se plantea entre los biólogos o los divulgadores de la biología. Ellos insisten en los sentimientos. Lo hace Eduardo Punset, quien, en una entrevista, afirmaba que para alcanzar el orgasmo las mujeres necesitan una inhibición emotiva, puesto que, al contrario de lo que ocurre en el varón, en la mujer debe haber una desconexión con las grandes angustias, ansiedades y problemas. Por eso, afirmaba también, «una viagra para una mujer no es posible porque su libido es eminentemente mental».

Los hombres sienten pánico ante la posibilidad del placer sexual femenino desconectado de los sentimientos. Y las mujeres, y,

entre ellas, nuevamente una buena parte de las feministas, les ayudan en el mantenimiento del mito de la mujer emotiva. Cuando ellas hablan del sexo en público, también insisten en los sentimientos. Los biólogos, que saben mucho del comportamiento de los conejos, pero poco sobre la sociología de las relaciones entre géneros, desconocen en este punto que lo que ellas y ellos manifiestan de manera pública sobre el sexo, sea en las encuestas, en los medios de comunicación, en las más diversas investigaciones, está profundamente determinado por los valores sociales. En el terreno sexual, con una fuerza aún mayor que en otras esferas de las relaciones sociales.

De la misma forma que cuando a un hombre le preguntan por las veces que a lo largo del día piensa en sexo, la respuesta socialmente conveniente es «muchas veces», para una mujer la respuesta socialmente conveniente es «pocas veces», «apenas» o «nada». De la misma forma que cuando a un hombre le preguntan por su relación con el sexo, la respuesta socialmente conveniente es la que se presenta desconectada con los sentimientos, en las mujeres la respuesta socialmente conveniente es aquella que prima los sentimientos. Y de la misma forma que cuando a un hombre le preguntan por su disposición a una aventura sexual, la respuesta socialmente conveniente es positiva, si a una mujer le plantean la misma posibilidad, la respuesta socialmente conveniente es la negativa. No vayan a llamarle maricón y no vayan a llamarla puta.

De los hombres se espera que se comporten como los conejos; de las mujeres, que se comporten como mujeres. De ellos se espera una exhibición de instinto sexual; de ellas, una exhibición de sentimientos. Ellos serán considerados masculinos si responden de esa manera; ellas serán consideradas femeninas, socialmente aceptables, deseables como mujeres, si responden de la otra manera. Como mujeres y no como conejas.

En este punto, algunos hombres, otra vez los defensores de las diferencias biológicas, introducen la tesis de la superioridad biológica de las mujeres. Igualitaria y progresista en apariencia, la tesis es de nuevo profundamente tradicional y sexualmente represiva. Ellas serían superiores, ahora en el sexo, puesto que estarían más evolucionadas que los animales. Ellos, no; ellos estarían aún más cerca de los animales. La supuesta superioridad sirve así para explicar que él es sexual mientras que ella es intelectual, por lo que ellos seguirán ocupando su puesto de disfrute físico de la sexualidad, mientras que ellas seguirán reflexionando sobre el sentido de la vida.

La fuerza del tabú en este terreno es doble. Para las mujeres, no solo se trata de conformar determinada imagen social. Además, se trata de conquistar al otro sexo, de ser tan femenina como se espera de ellas. Una mujer que se atribuya los mismos deseos sexuales que ellos, que considere que su parecido con los conejos y con esos seres tan poco evolucionados con los que ellos insisten en compararse es semejante al de los hombres, será rechazada por masculina.

Hace no mucho tiempo, Juana Gallego escribía sobre lo que considera «el mito de la irreprimible e irrefrenable sexualidad masculina» y ponía un punto de vista más positivo sobre el papel de las mujeres modernas dentro de este mito. Afirmaba que ya no existe la mujer que acepta estoicamente los escarceos amorosos de su compañero, sino que muestra el mismo comportamiento, tanto si se trata de mantener la fidelidad como la ausencia de ella. También escribía que la mujer desea hoy disfrutar su sexualidad en la misma medida que el hombre y no concede ni acepta que deba hacer concesiones sexuales[40]. Y, sin embargo, me parece que el modelo tradicional, el de la mujer reprimida y dependiente del varón sexual y dominante, es aún notablemente frecuente. Por ejemplo María España, la viuda de Francisco Umbral,

el escritor que representó el machismo hispano. Pocos días después de la muerte de este, afirmaba en una entrevista sobre las numerosas aventuras sexuales de su marido: «Esas han sido las dos mujeres, de tantas que hubo a su alrededor, que llegaron demasiado lejos. Las demás... ¡qué más da! Yo no soy orgullosa y comprendo que un escritor debe vivir muchas cosas y yo no podía limitarle».

En ese contexto, muchas mujeres siguen alimentando el mito de la mujer emotiva, temerosas del rechazo que cualquier otra idea provocaría, deseosas de conformar la feminidad que se espera de ella. En ese ambiente en el que la fuerza del mito de la mujer emotiva y el hombre sexual reina en las sociedades más desarrolladas, el discurso público, las imágenes sobre el deseo y la sexualidad, están dirigidas casi siempre a los hombres y casi nunca a las mujeres.

En otoño de 2006, un periódico español vendió una colección de cine porno. Lo llamaron Cine de Medianoche. Pero lo más interesante no estaba en el título ni en las películas que seleccionaron para la colección. Lo auténticamente interesante fue la publicidad de la colección. Todas las carátulas de los DVD vendidos y la publicidad del periódico mostraban fotografías de mujeres desnudas. Durante varios días el periódico presentó fotografías de mujeres desnudas, como si los lectores estuvieran compuestos exclusivamente por hombres. O por lesbianas. Pero, además, dado que faltaban los hombres de las escenas porno en la publicidad, cabía pensar que o bien la colección era de porno lesbiano y estaba dirigida preferentemente a lesbianas, hipótesis débil por el limitado público potencial al que podía llegar, o bien ocurría lo habitual en estos casos: que los diseñadores de la campaña pensaron que el sexo era para consumo exclusivo masculino y que ellas tenían el único papel de objeto incluido en ese consumo. Sobre las lectoras, el periódico debió de determinar, como también

es habitual en estas circunstancias, que se trata en todos los casos de «mujeres emotivas» interesadas exclusivamente en el sexo que practican con la pareja que les dice que las querrá para toda la vida.

Nuevamente, la gran diferencia del papel de hombres y mujeres en los valores construidos a través del arte y de los medios de comunicación está en el sexo. Ellas son objetos y ellos son sujetos. Incluso cuando ellas son sujetos, lo son de forma diferente a ellos. Hace no mucho tiempo, una conocida empresa dedicada a la cirugía estética realizó una gran campaña de publicidad en los periódicos españoles para promocionar las operaciones estéticas. El 90 por 100 de las fotografías mostradas lo eran de mujeres, lo que ni siquiera se correspondía con el porcentaje real de hombres y mujeres operados, puesto que ellos constituyen ya el 20 por 100 al menos de los clientes. Pero el aspecto más interesante de esa publicidad era otro, el mismo que el de la colección de cine porno. Se trataba de lo que las fotografías mostraban. En el caso de las mujeres, tetas y culo insistían en salir en una y otra fotografía. En el caso de los hombres, únicamente un pudoroso pecho.

Ellos eran un cuerpo, lo que se esperaba de una publicidad de cirugía estética. Ellas, en cambio, eran sexo. Es el esquema habitual del tratamiento que reciben los cuerpos de hombres y mujeres en los medios de comunicación y en todo tipo de expresión artística. Incluso cuando las autoras son ellas. Ellas son siempre convertidas en objetos sexuales. Ellos son presentados únicamente como sujetos deseantes.

Hasta los propios hombres destinatarios de estos papeles están cansados. Con motivo de su salida en España, la revista *Esquive* encargó un estudio a la consultora Millward Brown sobre los consumidores de revistas masculinas. La consultora hizo esta encuesta en septiembre de 2007 entre 400 hombres españoles ma-

yores de dieciocho años. Y ofreció las siguientes conclusiones, con toda seguridad muy sorprendentes para los directores de medios de comunicación. Ocho de cada diez encuestados consideró que las revistas masculinas se centran demasiado en mujeres y sexo. Un 50 por 100 consideró que era «obsesivo o exagerado» el reclamo sexual como arma de venta. El 75 por 100 señaló que le gustaría ver en esas publicaciones a hombres que destacaran por su inteligencia, éxito social o éxito empresarial; un 5 por 100, que preferiría ver a hombres que triunfen por su aspecto físico, y un 20 por 100, que prefiere ver mujeres en sus portadas.

Lo cierto es que comienza a percibirse un cambio en las revistas masculinas. Es muy interesante, por ejemplo, lo que podemos observar en la revista *Vogue* para hombres que salió no hace mucho tiempo en Estados Unidos. Sus portadas nada tienen que ver con las revistas tradicionales masculinas. Sus objetos de interés son los propios hombres, sus intereses, sus objetivos. Y las portadas, los hombres atractivos y triunfadores de los negocios, de la política o de la cultura. Hasta ahora, sin embargo, la gran divisoria entre las revistas masculinas y femeninas ha sido el elemento sexual. En la mayoría de las masculinas, las mujeres, preferentemente desnudas o semidesnudas, acaparan las portadas. El reclamo es sexual. En las femeninas, en cambio, son las propias mujeres las que llenan las portadas. El reclamo es la belleza, la moda o los personajes femeninos de éxito en las ocupaciones tradicionales: modelo, actriz o mujer de... Ellos consumen sexo y ellas consumen productos para estar más atractivas para llegar a convertirse en los objetos sexuales deseados por ellos.

La divisoria reproduce el mito del hombre sexual y la mujer emotiva y los tabúes femeninos. Para ellas, la mirada sexual en forma de portada ocupada por hombres semidesnudos es poco presentable. Para ellos, el cuerpo femenino como reclamo es deseable. En realidad, aunque el tabú sexual funciona preferente-

mente sobre las mujeres, también existen presiones sobre ellos. Las portadas dedicadas a la propia belleza de los hombres, a asuntos de hombres, sin mujeres semidesnudas como reclamo central, son consideradas poco masculinas. ¿Quizá gays? Es la sospecha que pesa sobre el hombre heterosexual que consume revistas masculinas de entretenimiento que no sean eróticas o pornográficas.

Una gran parte del cine y de la televisión reproduce todavía este esquema del hombre sexual y de la mujer objeto, en muchos casos hasta límites grotescos que, sin embargo, siguen funcionando como referente de la normalidad de ambos sexos en lo que a sexo se refiere. Las escenas sexuales en las que el cuerpo de ellas es diseccionado por la cámara, mientras que el de ellos aparece oculto o solo ligeramente sugerido, son innumerables. Casi todas. Y los personajes masculinos convertidos en objetos sexuales en su más completo sentido, a través de su cuerpo y no a través de la figura del hombre interesante, son prácticamente inexistentes. La mayor parte del cine que se hace es, en términos sexuales, una variación de aquel *Instinto básico* protagonizado por Sharon Stone: una vagina como centro neurálgico de la historia, una mujer alrededor de una vagina, y unos hombres, actores y espectadores, consumidores de la vagina aderezada con un poco de guión complementario. Si la vagina es presentada con la suficiente maestría sexual, la película puede ser incluso un éxito y los críticos hombres le darán todos los parabienes, como ocurrió en este caso, aunque la historia que adornara la vagina fuera de calidad lamentable. Pero queda la vagina, lo único que importa. Al director, a los espectadores, a los críticos. Hombres, quiero decir.

Cuando es la mujer la creadora, las cosas no cambian demasiado en este terreno, en el de la sexualidad. Cambian, ciertamente, los papeles de hombres y mujeres en el resto de actividades sociales. Apenas lo hacen en el sexual. El tabú persigue a las crea-

doras como lo hace con las mujeres del resto de las élites o de las mujeres más formadas. Es la última barrera que ni siquiera ellas son capaces de superar.

El cine, la publicidad, la televisión, la literatura, los periódicos, toda la producción cultural e intelectual del siglo de la igualdad reproduce constantemente el mito del hombre sexual y de la mujer emotiva o, simplemente, de la mujer objeto sexual. Dado que ellos, los sujetos sexuales, requieren de un objeto para realizar sus impulsos biológicos, ellas, las mujeres emotivas, pasan a convertirse en una buena parte de la producción cultural en mujeres sexuales, pero completamente pasivas, creadas, fotografiadas, difundidas desde la mirada y para la mirada de los hombres sexuales.

Y las supuestas mujeres emotivas, el resto de humanidad al que no va dirigida esa producción cultural, la aceptan sin ningún reparo porque están atrapadas en un endiablado círculo vicioso. Quieren seguir siendo aceptadas como auténticas mujeres. Nadie debe saber que, en realidad, son biológicamente muy parecidas a los hombres. Es un secreto que, por el momento, debe quedar en su intimidad. Solo lo conocerán los hombres de esa intimidad, mientras los biólogos y las feministas teorizan sobre los conejos o sobre el amor, según convenga.

Las ninfómanas y los seductores

«Ninfómana» es la palabra que mejor define la desigualdad sexual de las mujeres. Es una palabra que está reservada a ellas. Indica una patología, un problema de comportamiento, una perversión. Se refiere a un desenfrenado apetito sexual. De las mujeres. Las mujeres que lo manifiestan son consideradas ninfómanas, mujeres con un problema psicológico o biológico.

Los hombres que manifiestan el mismo desenfrenado apetito sexual son considerados, sin embargo, seductores. Manuel Vicent hizo hace unos meses un retrato de uno de esos seductores. Se

trataba del escritor Adolfo Bioy Casares, cuyo perfil tituló «Un seductor ante el espejo». Quizá, si se hubiera tratado de una mujer, el título habría sido «Una ninfómana ante su espejo». Vicent contaba de él, del seductor, que «cazar mujeres al ojeo y ser muy querido, al margen de los libros, fue su primer oficio», o que «Bioy estaba siempre con el arma cargada en estado de revista y por sus brazos pasaron innumerables mujeres, casadas y solteras, unas muy finas y otras bataclanas [...]. A veces jugaba una simultánea, como en el ajedrez, con dos o tres amores al mismo tiempo. En una partida avanzaba un peón, en otra se comía un alfil, en otra hacía jaque mate» (*El País*, 12-VIII-2007). Añádase a la partida simultánea anterior que Bioy también estaba casado, si bien no tenemos constancia, al menos en el artículo anterior, de que también tuviera sexo con ella.

Bioy Casares tenía, seguramente, los rasgos de lo que se considera una ninfómana, a juzgar por el perfil dibujado por Vicent, un tipo ocupado una buena parte de su tiempo en «cazar mujeres» y simultanear varias al mismo tiempo. Un tipo centrado en el sexo. Vicent lo admira por eso. Se trata de la caza de un conquistador, de un triunfador, de un auténtico hombre, cuanto más ninfómano, más hombre. La sexualidad intensa es, en Bioy Casares, un elemento que engrandece su figura, que lo hace más novelesco, aventurero, interesante, atractivo. Sus mujeres y su intensa actividad sexual son la medida de su fascinante personalidad, de su poderío como hombre. Cuantas más mujeres diferentes han pasado por su cama, más atractivo parece el escritor a sus biógrafos. Elegante, exquisito, inteligente, encantador, así es ese Bioy Casares obsesionado por coleccionar mujeres y encuentros sexuales.

Vicent ni siquiera lo rebaja al más vulgar adjetivo de «mujeriego». Lo deja en la máxima categoría del hombre de intenso apetito sexual, un seductor. El adjetivo de «mujeriego» tampoco indi-

ca enfermedad o problema mental alguno en los hombres. También es socialmente natural que un hombre sea mujeriego, pero cuando se queda en tal cosa, en un simple mujeriego, su interés desmedido por el sexo queda náufrago de la elegancia y la exquisitez que la superior categoría de seductor le otorga.

En realidad, la diferencia entre una cosa y otra depende más bien de los trajes que vista el equivalente masculino de las ninfómanas. Si se trata de un hombre elegante, refinado y de gran gusto, como Bioy Casares, es ascendido a la categoría de seductor. Si se trata, en cambio, de un hombre vulgar, incapaz de distinguir un traje elegante de uno que no lo es, y de nulo interés intelectual, el adjetivo al que puede aspirar es al de mujeriego.

Pero ambas cosas, seductor y mujeriego, son conceptos que se aplican al mismo tipo de hombre, al hombre con un extraordinario interés por el sexo practicado con el mayor número posible de mujeres diferentes, y que lo persigue con una gran inversión de tiempo, imaginación y esfuerzo.

Ellas, las mujeres que, como Bioy Casares, se dedican a «cazar hombres» y a practicar sexo con todos aquellos que son capaces de conquistar, son llamadas ninfómanas. El adjetivo aún sigue en el *Diccionario de la Lengua Española*, sin que, al parecer, nadie haya reparado en lo grotesco del concepto. La falta de interés no es extraña, puesto que la idea de la ninfómana está aún sólidamente instalada en las sociedades de la liberación sexual. Y mientras los biólogos del comportamiento y una buena parte del feminismo sigan alentando la idea de la mujer emotiva, la ninfomanía como perversión puramente femenina permanecerá.

Probablemente, el producto cultural que más ha hecho en los últimos años por la destrucción del concepto de ninfómana sea la serie televisiva *Sexo en Nueva York*. O más bien, antes de la serie, las columnas del *The New York Observer* de Candace Bushnell que inspiraron la serie televisiva. Sus columnas, sus personajes y

la serie televisiva a la que dio lugar son el punto de vista de una de las pocas mujeres que han osado cuestionar los mitos sobre la sexualidad. La ruptura de Bushnell se produce, en primer término, en la creación de unos personajes que hablan del sexo en términos parecidos a los hombres, del sexo como placer que a ellas les interesa tanto como a los hombres. Pero, sobre todo, la gran ruptura de los personajes de Bushnell es su personaje de Samantha Jones, interpretado por la actriz Kim Catrall. La frase con la que el personaje es representado por la creadora es «Las mujeres son para la amistad; los hombres, para follar».

La serie ha fascinado a millones de mujeres a lo largo del mundo, no solo en Estados Unidos, quizá porque presenta con más claridad que nunca en el espacio público la mujer sexualmente protagonista en términos muy semejantes a los hombres. La mujer que en la cultura hasta ahora dominante, aún dominante, es una ninfómana, se convierte en la serie en una seductora, una mujer a la que el sexo le entusiasma y a la que, sobre todo, al igual que a Bioy Casares, le gusta practicarlo con todos los hombres diferentes posibles. Samantha Jones es, seguramente, el personaje femenino más revolucionario creado en las últimas décadas, más que cualquier otro personaje de tipo político o cultural. Ella, Samantha Jones, rompe el último tabú de las mujeres, el tabú sexual.

Samantha Jones es una mujer con éxito profesional, con tres buenas amigas, simpática, inteligente, muy apreciada por sus amigas, interesante, divertida, con un gran corazón. Y, además, le gusta «cazar hombres». Disfruta con el sexo y habla de ello con sus amigas, como lo hace de su trabajo o del último motivo de la tristeza. La antigua ninfomanía femenina se ha convertido en una opción más de la normalidad cotidiana y sexual de las mujeres. Samantha Jones es una chica cualquiera, con los mismos problemas, inquietudes y valores que sus tres amigas de la serie. La

única diferencia es que a ella le gusta «cazar hombres» o, al menos, le gusta cazar hombres diferentes con más frecuencia que a sus amigas.

De ella, cualquier periodista podría escribir lo que uno de ellos escribiera en un reportaje sobre los jueces y fiscales que trabajan en España sobre la corrupción urbanística. A uno de esos hombres, un juez, Miguel Ángel Parramón, el periodista lo definía como sigue: «Es un hombre abierto, casado dos veces y divorciado otras tantas. No es extraño que afirme, con gran sentido del humor, que sus dos *hobbies* son el deporte y las chicas». O sea, algo así como Samantha, cuyos *hobbies* son la ropa y los chicos. Claro que aún no imagino una presentación pública de una jueza española cuyos dos *hobbies* fueran la ropa y los chicos. Ninguna jueza, ni española ni estadounidense, lo afirmaría en público. Ningún periodista osaría escribirlo. A no ser que quisiera hacer daño a la carrera de la jueza.

Incluso Samantha es una ejecutiva del mundo publicitario. Ni a Candace Bushnell le pareció que una chica como Samantha fuera juez o, pongamos, alcalde. Y, sobre todo, Samantha es un personaje de la imaginación de una escritora. A efectos públicos, los personajes como Samantha no existen. De momento, se mantienen en la intimidad.

Vendedoras modernas de sexo

Las mujeres que muestran públicamente su sexualidad no tienen nada que ver con Samantha. La mayoría de ellas constituye más bien una versión moderna de las bailarinas del *saloon* de las películas «del Oeste». La modernidad debe aplicarse únicamente a sus atuendos o, sobre todo, al hecho de que, en una buena parte de los casos, son ellas mismas las que controlan su negocio. Pero su actividad y su papel son semejantes. Las bailarinas del *saloon* moderno venden imágenes de sexo, estímulos sexuales, escenas

de sexo para los hombres del *saloon*, que son ahora espectadores de cine, de teatro, de televisión o usuarios de Internet.

Paris Hilton es una de estas vendedoras de sexo modernas. Hace algún tiempo filmó un *reality show, The simple life*, junto a su amiga Nicole Richie. Para promocionarlo, días antes, alguien, supuestamente ajeno a Hilton, colgó en la Red un vídeo titulado *Una noche en Paris*, en la que Paris Hilton mantenía relaciones sexuales con su novio de entonces, Rick Salomon. Algún tiempo después, nuevos materiales sexuales de esta avispada chica de *saloon* moderno llegaron de nuevo a la Red. Nuevamente, «contra su voluntad». Casualmente, Hilton guardaba en un almacén miles de fotografías y vídeos de contenido sexual. Casualmente también, olvidó pagar el alquiler del almacén. Y el dueño subastó su contenido, que fue colgado en una página *web*. Hilton presentó una demanda contra la página *web* que recordaba mucho a las demandas que presentan otras muchas vendedoras de sexo contra revistas para las que han posado desnudas, demandas que, como ya es ampliamente conocido, son también pactadas con dichas revistas, junto al precio de los desnudos.

Las vendedoras de sexo modernas no siempre lo venden abiertamente. El juego del sexo robado es un aditivo habitual en muchos de sus negocios, a veces para preservar otras facetas de lo que habitualmente consideran sus «carreras artísticas». Otras, para contribuir a la venta del sexo con las dosis de publicidad añadida que reportan las supuestas batallas judiciales. Como en el caso de aquellas fotografías, también supuestamente robadas, que denunciaba la española Elsa Pataky hace algún tiempo. Ella, una de las vendedoras de imágenes sexuales más conocidas en España, aparecía desnuda en unas fotografías de altísima calidad y de largo trabajo de posado, que luego denunciaba como tomadas contra su voluntad y sin su conocimiento. Quizá porque aún aspira a ser algo más que una chica de *saloon* y debe acompañar

de excusas todas aquellas actividades económicas propias de esos lugares.

Otra forma habitual con que las vendedoras de sexo moderno negocian con el sexo son las campañas contra las pieles. En realidad, las supuestas campañas contra las pieles son campañas para la venta de desnudos femeninos con argumento social incluido. En este caso, la coartada del sexo robado se sustituye por la coartada de una protesta. Una protesta contra las pieles. La protesta es siempre protagonizada por todo tipo de modelos y actrices que solo conocen una forma de hacerlo: desnudándose.

Se trata habitualmente de modelos o actrices con una carrera «artística» algo más consolidada que la de Elsa Pataky y para las que la única manera de hacer negocios de este tipo es en el contexto de argumentos sociales. La actividad sigue siendo la misma: venden sexo, pero el envoltorio es mucho más sofisticado. Por supuesto, las campañas tienen un enorme éxito. No contra las pieles, evidentemente. Éxito en tanto que productos sexuales. Los medios de comunicación del mundo entero reproducen las fotografías. También a ellos los argumentos sociales les ofrecen una buena coartada para ofrecer sexo bajo un epígrafe que habla de otra cosa completamente alejada de la fotografía y el producto, y que lo hace publicable en un medio no dedicado al sexo.

Todas estas campañas de promoción de productos sexuales aparecen bajo el nombre de una asociación llamada PETA (Gentes para el Trato Ético a los Animales). No se conoce ninguna investigación sobre la asociación, sobre sus intereses y sobre el origen y financiación de esas campañas, que no son, ni mucho menos, campañas de protesta contra las pieles. Pero la investigación no ha interesado por el momento a nadie, puesto que el negocio de la venta de productos sexuales conviene a todos: a quienes hacen campaña, a las chicas que la protagonizan y a los medios de comunicación que la difunden.

En otros muchos casos, los negocios de venta de sexo son completamente abiertos y transparentes en sus intenciones. Uno de los mejores ejemplos es el imperio *Playboy* de Hugh Hefner, que no solo se limita a la revista, sino a otras muchas actividades relacionadas con el sexo, como páginas de Internet o programas televisivos en los que Hefner mezcla realidad y ficción. Los personajes de sus productos se convierten en ocasiones en su propia vida, como su convivencia con tres *chicas Playboy* en una mansión de Los Ángeles por cuyas fiestas han pasado muchos personajes conocidos de Hollywood, incluido el actual gobernador de California, Arnold Schwarzenegger.

«*Playboy* es la respuesta a la estricta educación metodista de mis padres. Teníamos prohibido el alcohol y hablar de sexo era tabú, igual que mostrar los sentimientos y cualquier contacto de tipo corporal. Mi madre no me besaba para no transmitirme bacterias. No perdí la virginidad hasta los veintidós años», ha declarado Hefner para explicar los orígenes de la inspiración de su negocio. Quizá tantos tabúes y tanta represión infantil y juvenil expliquen que Hefner haya desarrollado un negocio basado en el tabú de la sexualidad femenina, sin conejitos para el consumo femenino. Con gran éxito, por otra parte, puesto que la educación sexual de los estadounidenses o de los europeos no se diferencia mucho de la de Hefner, no en la inexistencia de besos maternos o en la prohibición de hablar de sexo, pero sí en la prohibición de hablar de sexo desde el punto de vista de las mujeres.

Otros negocios sexuales se basan en el supuesto interés de «experiencias reales». En este terreno, las exprostitutas o similares que reconvierten el negocio original en un libro, página *web* o película son numerosas. Como la brasileña Raquel Pacheco, que ha tenido un enorme éxito con la publicación de los encuentros sexuales con sus clientes. Primero los contó en una página *web*, después escribió un libro y más tarde hizo una película. La prosti-

tución constituye hoy una vía de muchas actividades rentables en los medios de comunicación y en todo tipo de actividades culturales.

Bajo la coartada, en este caso, de la experiencia real, todo tipo de medios de difusión encuentran de nuevo una forma de ofrecer sexo moralmente camuflado como una historia de vida. Y ellas, las vendedoras modernas de sexo, convierten en este caso el *saloon* tradicional en una respetable producción cultural.

La prostituta fascina a los creadores del cine o de la literatura. Es una forma de consumir imágenes de sexo de forma socialmente aceptable, a través del cine y no a través de un club de prostitución. La película *Canciones de amor en Lolita's Club* es uno de los cientos, miles de películas sobre prostitutas, la actividad femenina que más ha interesado a los cineastas. La película se confunde con la realidad. Ha sido rodada en un club auténtico de prostitución. El cine, de esta forma, presenta el producto sexual en su versión más cercana a la realidad y más excitante para los espectadores. Hombres, claro está. Es una película más de las innumerables en las que las vendedoras modernas de sexo y los Hugh Hefner que controlan los negocios reproducen los papeles públicos aceptados de la sexualidad femenina y masculina. Ellas como objeto de consumo y ellos como compradores.

En ocasiones, los creadores de este tipo de productos tienen tentaciones de teorizar. Alguno, incluso, se atreve a reflexionar sobre la mujer contemporánea. El resultado puede ser desternillante. Con motivo de la campaña de promoción de su película *Yo soy la Juani*, el director Bigas Luna declaró del personaje de su película: «Ella es el prototipo de mujer del nuevo siglo». Las declaraciones aparecían al lado de otra fotografía muy similar a las que comentaba en un capítulo anterior. Pero otra. No es que yo repita un comentario sobre la misma fotografía en este capítulo. El problema es que este director repitió una fotografía como la ya co-

mentada anteriormente. Mientras decía eso del prototipo de la mujer del siglo XXI, la imagen nos mostraba el prototipo, a la actriz de la película, con apariencia de no tener más de veinte años, pero vestida con un modelo infantil, con aire de jugar a la fantasía sexual de la colegiala, sentada en un pedestal, mientras él, el director, nuevamente vestido hasta el cuello y con aire de ser su abuelo, le agarraba la mano, no precisamente como lo haría el abuelo real de la actriz.

El prototipo de mujer del siglo XXI representado por una jovencita vestida de fantasía sexual de colegiala sostenida por un abuelete con aspecto de consumidor de cine erótico. Es el resumen de una fotografía, pero también de una buena parte de los productos culturales de la actual centuria. Y, sobre todo, de la imagen predominante de las mujeres en los medios de comunicación y en la vida pública desde el punto de vista sexual.

Cuando la mujer pasa de jovencita de boca abierta sostenida por ancianos a mujer dominante de la situación, su papel incluso puede empeorar. Otra confusión entre la supuesta mujer contemporánea y la mujer de *saloon* es el de las presentadoras de los programas de divulgación sexual. Programas televisivos o radiofónicos de este tipo han tenido mucho éxito en los últimos años con mujeres al frente de su conducción.

En España, la psicóloga Elena Ochoa se hizo enormemente popular por una serie de divulgación del sexo. El éxito se debía, en primer término, a la novedad de un programa que hablaba abiertamente de sexo. Pero también al hecho de que quien lo presentaba era una mujer, es decir, a que, en aquel escenario, aparentemente neutral y aséptico, ella jugaba a ser el vehículo por el que los espectadores, nuevamente los hombres, por supuesto, unían su conocimiento de las enseñanzas del programa con las fantasías asociadas a quien las contaba, una mujer. Por supuesto, una

mujer atractiva. El sexo tenía cuerpo de mujer, rostro de mujer. El sexo estaba dirigido a los hombres.

Más tarde, Lorena Berdún repitió la fórmula, de una forma más atrevida que Elena Ochoa. Berdún, también psicóloga, se convirtió repentinamente en sexóloga, sin que hayamos podido constatar que ampliara sus estudios de psicología con nuevos cursos de sexología. Estos fueron más bien los cursos prácticos que hizo en su serie televisiva interpretando otra versión de las vendedoras modernas de sexo. Su función no era divulgar el sexo, sino hablar de sexo a través del cuerpo y del rostro de una mujer. Para ellos, los hombres.

O a través de la voz. Porque en Francia, Brigitte Lahaie, en la cadena de radio RMC Info, representa un personaje parecido. El de la divulgadora de sexo para hombres. En su caso, no ha estudiado psicología. Su carrera fue la de actriz de cine porno. Ahora aconseja a los hombres franceses sobre su vida sexual, con gran éxito de audiencia. Y, por supuesto, las llamadas de sus oyentes, hombres, claro está, solo tienen el coste de una llamada telefónica nacional o local, depende del origen. El precio es infinitamente más barato que el de una línea erótica.

Cuando a las vendedoras modernas de sexo se les pregunta por sus sentimientos, por sus reticencias para desnudarse, responden habitualmente algo muy parecido a lo que dijo la actriz Keira Knightley con motivo de una entrevista para promocionar su campaña para Chanel: «No, ninguna; me siento muy bien con mi cuerpo. No soy nada puritana». Las mujeres, sean Knightley, que no ha centrado su negocio en las imágenes de sexo, o las que sí lo han hecho, todas se sienten bien con su cuerpo. Con su cuerpo públicamente desnudo que, ellas saben, es el estado natural de las mujeres en los productos culturales. Lo que se espera de ellas. Pero ellas no son nada puritanas. Como Hefner, que se rebeló contra el puritanismo de su familia y se puso a enseñar desnudos

de mujeres como forma de rebelión. Ellas se enseñan a sí mismas como forma de liberación. El desnudo femenino ha acabado con el puritanismo. Con el de los hombres, exclusivamente. El puritanismo sobre el desnudo masculino se mantiene incólume.

¿Hay hombres en el cine porno?

La revista *Metrópoli* (núm. 178, 28-IX/4-X-2007) incluía un artículo sobre el Festival Internacional de Cine Erótico de Barcelona. El contenido principal del reportaje era un amplio despliegue fotográfico sobre actrices de cine porno. Seis de ellas posaban desnudas para la revista. Como Baby Sonia, de la que contaban que posee un récord mundial: haberse sacado veinte metros de collar de perlas de la vagina. O Zuleidy, que es actriz porno porque es su vocación desde los dieciséis años y que sueña con trabajar con Bigas Luna. O Sara May, que declara: «si no hubiese hecho cine porno, igual nunca hubiese hecho un lésbico con otra chica». O Mónica Vera, a la que le gustan «las películas con guión». Etcétera.

Un año antes, las televisiones ofrecían amplios reportajes de este festival. Las imágenes se componían de los espectáculos organizados por los promotores fuera de las salas de exhibición. Todos ellos estaban protagonizados por mujeres semidesnudas que componían números eróticos en los diversos escenarios dispuestos en el pabellón donde se celebraba el festival.

Un libro sobre porno, que obtuvo el XXXV Premio Anagrama de Ensayo, *La ceremonia del porno*, de Andrés Barba y Javier Montes, ilustraba su portada con otra mujer semidesnuda a la que un hombre fotografía.

La conclusión de reportajes y fotografías es evidente. Al parecer, en el porno no hay hombres. Los personajes del porno son mujeres. Exclusivamente. Por razones que no alcanzamos a imaginar, ellos no aparecen en este tipo de películas, por lo que debemos suponer que la actividad sexual que muestran está protago-

nizada únicamente por mujeres. Caben varias hipótesis. La primera, que la fantasía sexual masculina más importante sea la de las escenas lésbicas, por lo que la industria del porno haya decidido dedicarse exclusivamente a ellas. O, también, a las escenas de mujeres con diversos objetos sexuales. O, segunda hipótesis, ¿quizá el cine porno estará dirigido solo a las lesbianas? ¿O la fantasía sexual preferida de las mujeres heterosexuales es también la del sexo entre mujeres, aunque ellas lo practiquen con hombres?

Toda la serie de disparatadas hipótesis anteriores son ilustrativas de la información que se ofrece del cine porno en todo tipo de medios de comunicación. La información es, sencillamente, grotesca, y sintomática de la perversa lectura que se hace sobre el consumo sexual diferenciado de hombres y mujeres. La información esconde a los hombres, que, de nuevo, están prohibidos para el común de las mujeres. Ellas, las actrices porno, son exhibidas por cualquier revista como *Metrópoli* para que el lector, no necesariamente consumidor de cine porno, pueda apreciarlas en su elemento: el sexo. Ellos, los actores porno, son escondidos y censurados sistemáticamente en los medios de comunicación. En las escasas ocasiones que aparecen, lo hacen vestidos, no como objetos sexuales para las mujeres. Ellas, no lo olvidemos, según la tradición, son emotivas y no tienen interés en ver hombres desnudos. Es por ello que la revista *Metrópoli* decidió que ninguno merecía una fotografía.

Probablemente, esa parte del feminismo que arremete contra el cine porno no lo ha visto nunca y la única información que posee sobre él son los reportajes que los medios de comunicación ofrecen sobre este tipo de cine. A través de esos reportajes han llegado a la conclusión de que el cine porno degrada a las mujeres, puesto que las utiliza como mero objeto sexual.

Mercè Otero, de la asociación Ca la Dona, lo explicaba de la siguiente manera: «La pornografía siempre ha provocado en el mo-

vimiento feminista una gran división. Es un problema de límites, que se complica al tratarse de un negocio que convierte el cuerpo de la mujer en un objeto de compra y venta. Pero por otro lado está la libertad de la mujer de dedicarse a lo que quiera. Lo que se debe hacer es proteger a la juventud y que no se forme una imagen falsa de la sexualidad».

Me temo que Otero conoce la industria porno a través de reportajes como los descritos más arriba. Probablemente, aún no sabe, y dada la información existente, no se lo reprocho, que en el cine porno también actúan hombres. Aún más, ellos salen desnudos y practican sexo exactamente igual que ellas. Y, lo que es más interesante, la tradicional línea divisoria entre el sexo para hombres y las emociones para las mujeres desaparece por completo en el porno. Este es el único lugar contemporáneo donde, claramente, ellos son un objeto de consumo sexual igual que ellas.

En relación con el sexo, el porno es, en realidad, el lugar más igualitario para hombres y mujeres. Mucho más igualitario que el resto del cine. Ellas y ellos asumen los mismos roles. Y, sobre todo, para los espectadores, el cine porno no presenta las diferencias del resto del cine. Ellas, las espectadoras, pueden consumir objetos sexuales masculinos igual que ellos, algo que muy rara vez ocurre en el cine no porno.

La crítica feminista a los productos porno solo puede basarse en el desconocimiento. En algunos casos, seguramente también es debido al hecho de que una parte del feminismo coincide con el biologismo del comportamiento y el mito de la mujer emotiva. Al fin y al cabo, hay un feminismo enormemente tradicional respecto al terreno moral y a los mismos papeles sociales de las mujeres.

Y, sobre todo, las críticas del papel de las mujeres en el porno procedentes del feminismo están relacionadas sobre todo con el puritanismo. El puritanismo, como escribía más arriba, se aplica

sobre todo a las mujeres. En este caso, al consumo de sexo por parte de las mujeres. Seguramente, el factor más escandaloso para este tipo de feminismo conectado con el puritanismo es que, en el porno, ellas asumen el mismo papel que ellos. Se convierten en seres sexuales, algo casi por completo vedado entre los valores públicos dominantes.

Aún es casi secreto, pero resulta que a ellas también les gusta el porno. Según *Internet Filter Review*, un tercio de las internautas que visitan sitios web para adultos son mujeres. Según la web altl040.com, 9,4 millones de ellas acceden mensualmente a estas páginas. Según la revista *Glamour*, un 87 por 100 de las mujeres en edad comprendida entre los 27 y los 39 años disfruta del porno como parte de sus hábitos sexuales. Tal como recoge un informe de *Internet Filter Review*, un 17 por 100 de las mujeres se declara adicta a la pornografía. Y un 13 por 100 de ellas, frente a un 20 por 100 de ellos, admite haber visto material de este tipo en sus horas de trabajo.

A juzgar por datos como los anteriores, parece evidente que las mujeres han conseguido traspasar la censura de los medios de comunicación y se han enterado de que en el cine porno sí salen los hombres. Y, además, lo consumen. Dado el volumen de producción de este tipo de cine, más de diez mil títulos nuevos cada año frente a los cuatrocientos que producen los grandes estudios de Hollywood, está claro que el interés por el porno es común a ambos sexos. Que las mujeres consumen porno igual que los hombres.

No es nada extraño. Lo extraño, en relación con el tratamiento del sexo, es que las mujeres consuman el resto del cine, que aún acudan a las salas comerciales a ver cine hecho para hombres. Algo así como si acompañaran a sus parejas a espectáculos de desnudos femeninos. No es muy habitual. Pero sí es frecuente, sin

embargo, que las mujeres acudan a los cines a ver muchas películas caracterizadas por el mismo tratamiento sexual.

El problema del cine porno, realmente revolucionario en cuanto a comportamientos sexuales femeninos se refiere, es, en realidad, el problema moral que rodea este tipo de producto. Para hombres y para mujeres. Probablemente, buena parte del rechazo feminista a este cine se deba también a este problema moral. A los límites que cabe poner a la exhibición de los cuerpos o del sexo.

Una parte significativa de la sociedad rechaza el cine porno o los productos porno porque habrían traspasado los límites de lo moralmente admisible. A su favor hay, casi seguro, argumentos consistentes. Por ejemplo, si consideramos un escándalo la desnudez en un espacio público, ¿por qué no consideramos un escándalo la exhibición, no ya de la desnudez, sino del sexo, en espacios igualmente públicos como Internet o muchas cadenas televisivas?

Y, sin embargo, uno de los principales problemas a los que se enfrenta el rechazo moral de los productos porno es el del establecimiento de los límites. ¿Qué es moralmente admisible y qué no lo es? ¿Qué es más degradante para un hombre o para una mujer? ¿Por qué una película porno debería ser prohibida o censurada y no, por ejemplo, el contenido de la revista *Metrópoli* que reseñaba más arriba?

La revista *EP*(*S*) presentaba en una de sus portadas de noviembre de 2006 lo que titulaba como «Universo femenino. Un homenaje del fotógrafo Gérard Rancinan a las mujeres». Una fotografía ilustraba en portada el supuesto homenaje a las mujeres: dos jovencitas completamente desnudas se besaban[41]. No recuerdo ninguna protesta de asociación feminista alguna por la exhibición de una escena porno en la portada de esta revista. Tampoco por la exhibición de una escena tan claramente destinada al ex-

clusivo consumo masculino a través del ridículo título del «homenaje a las mujeres».

Al margen del estridente machismo de la citada portada, la cuestión que planteaba es la de los límites de lo moralmente rechazable y de lo que no lo es. ¿Lo es el cine porno, pero no esta escena porno, puesto que constituye la portada de una revista seria o de divulgación no especializada en el sexo? Las preguntas se pueden extender hasta el infinito. En la inmensa mayoría de los casos, los objetos de este tipo de fotografías o de películas son desnudos femeninos o imágenes femeninas difícilmente distinguibles del cine porno.

En realidad, la diferencia principal entre una buena parte de las imágenes sexuales de las mujeres en los medios de comunicación no dedicados al sexo y las imágenes de las mujeres en el cine porno es que, en el primer caso, ellas constituyen sistemáticamente objetos sexuales. Y en el segundo caso, no, puesto que su papel sexual es parejo al de los hombres. Y, en todos los casos no considerados oficialmente porno, la pregunta, siempre, es por qué la imagen desnuda de una mujer en actitud sexual, por ejemplo, en la prensa sensacionalista británica no es considerada porno, y las imágenes en ese tipo de películas, sí. En las primeras faltan los hombres, sí, como en la portada de *EP*(*S*). Pero ese es un problema exclusivamente para la igualdad de las mujeres, no para la moral.

En torno a los límites, Andrés Barba y Javier Montes recogían en su interesante libro *La ceremonia del porno*[42] la siguiente sentencia, que, relatan, sentó las bases de la corriente anglosajona de jurisprudencia en estos asuntos. Se trata de las palabras del juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos Potter Stewart, recogidas en una sentencia de 1964 que zanjaba el caso «Jacobellis *vs.* Ohio», en el que se dirimía el derecho de las autoridades federales a prohibir la difusión de una película supuestamente porno-

gráfica en salas comerciales: «Quizá no podría definir con toda claridad el concepto [de porno]; pero lo reconozco cuando lo veo».

Barba y Montes reconocen que Stewart tenía su parte de razón, pues «uno mismo está forzado a admitir que no sabría muy bien definir del todo *su* pornografía, pero que la reconoce de inmediato cuando la ve: una multitud de señales fisiológicas y una cierta obnubilación mental suelen ayudar». Probablemente, tanto Stewart como Barba y Montes, hombres los tres, habrían llegado a la conclusión de que reconocían *su* pornografía en la portada de *EP*(*S*) descrita más arriba. La pornografía para ellos está diseminada, aunque sea en muy pequeñas dosis como esta, por todo tipo de lugares «decentes». La pornografía para mujeres está casi exclusivamente escondida en los productos considerados abiertamente porno. Ellas solo pueden reconocer *su* pornografía en esos lugares. En los demás, aún les está vedada.

Salvad a las prostitutas

Seguimos con el feminismo y seguimos con la moral. Y con otro debate complicado, porque, al igual que el debate del porno se plantea muy pocas veces en los espacios políticos, sociales o culturales habituales, tampoco el debate sobre la prostitución tiene mucha cabida en nuestra sociedad. Desde el punto de vista moral, presenta los mismos problemas y dilemas que la industria del porno.

Pero hay una diferencia. Los sectores críticos con el porno, sea por cuestiones morales o por el papel de la mujer, no se proponen salvar a las actrices porno. Sin embargo, esos mismos sectores que también se oponen firmemente a la prostitución, sí pretenden salvar a las prostitutas. Mientras que piensan, respecto al porno, que las mujeres o los hombres que se dedican a él lo hacen libremente, sin embargo, dan por supuesto que no ocurre

igual en la prostitución, que la inmensa mayoría de las prostitutas se dedican a esa actividad forzadas, contra su voluntad.

Dada la inexistencia de diferencias respecto a la actividad, sexo a cambio de dinero con hombres con los que no tienen ninguna relación sentimental, la interpretación diferenciada de la voluntad que estaría detrás de unas y otras mujeres es llamativa. Podríamos pensar que reside, en realidad, en la cantidad de dinero. Las actrices porno no trabajarían en contra de su voluntad, puesto que el dinero que perciben es considerable. Las mujeres que ejercen la prostitución, en cambio, sí, puesto que en una buena parte de esa actividad la cantidad de dinero percibida es mucho menor.

La hipótesis anterior da una idea de que el debate sobre la prostitución es, sustancialmente, un debate moral, planteado desde el punto de vista moral de aquellos que juzgan la prostitución y desde el punto de vista de la voluntad, libre o forzada, de las prostitutas.

La psicóloga forense Odette Terol afirmó en las jornadas «Derechos humanos, prostitución y su impacto sobre la mujer», celebradas en septiembre de 2007, que los efectos físicos y psicológicos de la prostitución son devastadores en las mujeres que la practican, que las prostitutas sufren un estrés postraumático irreparable y superior al de los veteranos de la guerra de Vietnam. También afirmó que el 90 por 100 de las prostitutas ejerce esta actividad contra su voluntad. Y añadió que incluso ese 10 por 100 que dice ejercerlo libremente está forzado, puesto que tiene unas personalidades desestructuradas por abusos sexuales o violaciones anteriores que deja en esas mujeres una baja autoestima. Y aún más, insistió la psicóloga, empeñada en eliminar cualquier posibilidad de acto voluntario entre las prostitutas, las prostitutas de lujo tampoco son libres: la mayoría tiene antecedentes de abusos.

Estas y otras afirmaciones sobre la prostitución son bastante habituales y se aceptan sin excesiva crítica a pesar de que se presentan, como en el caso anterior, sin ningún tipo de datos que las apoyen. Se desconocen, por supuesto, las encuestas y estudios psicológicos entre las prostitutas de España o del resto del mundo que hayan podido demostrar las teorías de Terol. Pero no importa; las teorías encajan en el amplio sector social que siente un profundo rechazo moral hacia la prostitución, muy especialmente entre un sector del feminismo. En este tipo de teorías sobre los traumas de las prostitutas, tampoco se incluyen jamás las teorías de los traumas de quienes compran sexo. ¿Tendrán los hombres que acuden a prostitutas un estrés postraumático comparable a los veteranos de la guerra de Vietnam? ¿Cuántas visitas a las prostitutas son suficientes para causar ese estrés? ¿Y podrían sufrir los consumidores de cine porno algún tipo de estrés menor? Probablemente, Terol piensa que sí. Al menos, esa sería la continuación lógica de sus afirmaciones.

La teoría del 90 por 100 de prostitutas que trabajarían contra su voluntad es habitual en muchos foros de mujeres. La actriz y presentadora Mabel Lozano realizó un documental en 2007 sobre la prostitución, *Voces contra la trata de mujeres*, en el que afirmó que un 90 por 100 de las mujeres que trabaja en el negocio del sexo lo hace contra su voluntad. Nuevamente no presentó estudio alguno que sostuviera tal afirmación.

Cuando en 2007 se discutió en España, en la Comisión Mixta Congreso-Senado de los Derechos de la Mujer, la posibilidad de regular la prostitución como en Alemania o en Holanda, la portavoz socialista en la ponencia, Lourdes Muñoz, manejó el mismo porcentaje de prostitución forzada, 90 por 100. Partido Popular y Convergencia i Unió no pusieron en duda el porcentaje, y los tres partidos acordaron votar a favor de un informe que sostiene que la prostitución está estrechamente ligada al tráfico de mujeres y a

la explotación sexual y que no cumple los requisitos de dignidad básicos para ser considerada un trabajo.

Sin embargo, las prostitutas que opinaron sobre esta cuestión, agrupadas en la asociación Hetaira, presentaron otra visión muy diferente de la cuestión. Margarita Carreras, de cuarenta y dos años, prostituta desde los dieciocho, y sin síntoma alguno de estrés postraumático, afirmó: «Soy prostituta porque me da la gana, porque este es un país libre, porque me sale muy rentable, porque lo prefiero a limpiar y porque trabajo como quiero y cuando quiero». Y también añadió: «Muchas personas toman decisiones sobre nuestras vidas sin tenernos en cuenta, como esas diputadas y senadoras. ¿Con cuántas prostitutas han hablado? Con ninguna. El Congreso nos trata como si fuéramos ineptas, como personas sin voz ni voto. Eso sí que es desprecio».

Carolina Hernández, también prostituta, afirmó: «Yo he escogido libremente lo que hago, y no hay nada indigno en la prostitución. ¿Quiénes son esas parlamentarias para decir algo así? Nadie puede cuestionar mi dignidad. Estamos cansadas de tanto paternalismo, de que hablen por nosotras, avergonzadas de esas conclusiones. Ni siquiera se nos ha escuchado».

Aún más, el colectivo de prostitutas Hetaira afirmó que, según sus datos, el 85 por 100 de las mujeres que se prostituyen en Madrid lo hace libremente. Al igual que la psicóloga Terol, o Mabel Lozano, o las diputadas, la asociación de prostitutas tampoco presentó ninguna investigación que sostuviera sus cifras. Ahora bien: ¿quién conocerá mejor ese negocio, la psicóloga, la presentadora, las diputadas o las propias prostitutas?

Poco antes del Mundial de Fútbol de 2006, celebrado en Alemania, el Consejo de Europa pidió a la Federación Internacional de Fútbol (FIFA) que condenara explícitamente el tráfico de mujeres que se preveía masivo para ese Mundial. El Consejo había actuado a instancias de varias ONG alemanas que calculaban que

decenas de miles de mujeres se verían obligadas a prostituirse en las ciudades donde se iba a celebrar el Mundial. Calcularon que entre 30 000 y 60 000 mujeres serían forzadas a la prostitución.

La eurodiputada Elena Valenciano apoyó la iniciativa con un artículo en el que argumentaba que el elevado número de mujeres extranjeras que nutría la industria del sexo alemana (entre el 80 y el 85 por 100) hacía dudar de una elección libre y de un acceso a las fronteras sin ningún tipo de ayuda (*El País*, 3-III-2006). Valenciano introducía un argumento ampliamente aducido para sustentar la tesis de que la prostitución es forzada en la mayoría de los casos: el hecho de que la practiquen mayoritariamente las inmigrantes.

No se ha conocido hasta ahora tesis semejante alguna aplicada a otras profesiones en las que los colectivos de inmigrantes son mayoritarios. Por ejemplo, los trabajadores domésticos. Crecientemente, los jornaleros agrícolas en determinadas zonas. O los camareros. O los peones de la construcción. En todas estas actividades se da por supuesto que se produce una elección voluntaria por parte de los inmigrantes de aquellos trabajos desechados por los trabajadores nacionales. Eso sí, en un número significativo de casos, en condiciones de ilegalidad y, además, de explotación económica.

La catedrática de Derecho Penal de la Universidad de Granada María Luisa Maqueda Abreu se preguntaba por esa misma época dónde se hallaban los datos que mostraran que la prostitución es forzada. Pero, además, añadía unas preguntas que definen a la perfección los condicionamientos morales de este debate: ¿cuál es la prostitución que se quiere abolir desde el Estado?, ¿la callejera, la de los burdeles y los clubes, que son las formas más visibles?, ¿o se busca desmontar el mercado de la pornografía, las cabinas, las líneas eróticas, los anuncios y los reclamos de servicios

relacionados con el sexo? ¿Dónde fijar la línea de lo indigno y lo degradante? (*El País*, l-IV-2006).

Otro catedrático, Carlos Rodríguez Braun, planteó la misma pregunta: ¿por qué se sanciona la prostitución más que la pornografía? Y apuntó una sugerente explicación sobre la pretensión de catalogar a las prostitutas como víctimas forzadas a hacer lo que hacen: la de una sociedad moderna incapaz de asumir que la liberación sexual no haya acabado con la prostitución, cuando se pensó que esa liberación traería consigo el fin de una actividad que se había entendido como consecuencia de la represión sexual (*Expansión*, 10-IV-2006).

En el fondo de la pretensión de salvar a las prostitutas que distingue tanto a una buena parte del feminismo como a otros movimientos más conservadores de mujeres hay también una profunda influencia del mito de la mujer emotiva, de la represión femenina de la sexualidad, de la interiorizada percepción de que una actitud sexual tan disociada de los sentimientos no puede ser propia de una mujer equilibrada, mentalmente sana, realmente femenina, una mujer acorde con la feminidad y los valores que se esperan de ella. La idea de que una mujer que practique el sexo a cambio de dinero, sin ningún tipo de sentimientos que lo acompañen, debe de sufrir, como diría la psicóloga Terol, una grave alteración psiquiátrica.

Cuando en la primavera de 2007 Deborah J. Palfrey, *madame* de un gran burdel de lujo de Washington, fue procesada por fraude fiscal, se conocieron las identidades de muchas de las prostitutas que trabajaban en ese burdel y también de muchos de los clientes. Una de esas prostitutas se suicidó cuando su nombre se hizo público. Se llamaba Brandy Britton, tenía cuarenta y tres años y era profesora de sociología. No pudo soportar que se conociera su vida oculta de prostituta.

Pero ella, como el resto de prostitutas que trabajaban en lo que era hasta ese momento un próspero negocio, no padecía estrés postraumático. Se trataba de mujeres de vida respetable que querían aumentar sus ingresos. Palfrey contó: «las más solicitadas de la plantilla eran una teniente del ejército, una importante agente inmobiliaria, una doctora del hospital de Georgetown y una secretaria de la conocida firma legal Akin Gump. Era gente que necesitaba dinero extra y me pedían si podían tener este trabajo una vez por semana».

Las distinguidas prostitutas solo querían dinero. A cambio de sexo. ¿Cómo explicará el biologismo del comportamiento esta extraña conducta femenina? Me temo que no encontrarán modelos válidos en los conejos o en los babuinos. Ni el feminismo podrá argüir la violencia contra ellas. Más allá del debate moral, lo que tanto la prostitución como la industria del porno muestran es una completa ruptura con algunas de las viejas creencias sobre la sexualidad femenina. Demasiado inquietantes para el feminismo, para la sociedad más tradicional y, sobre todo, para los hombres.

EDURNE URIARTE BENGOETXEA (Frúniz, Vizcaya, 1960) es una politóloga, profesora universitaria y columnista española. Catedrática de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad Rey Juan Carlos (URJC) de Madrid, anteriormente fue profesora en la Universidad del País Vasco (UPV). Ha sido columnista de *El Correo, Expansión, Punto Radio* y, en la actualidad, escribe en *ABC* y en la revista *Mujer Hoy*. Es comentarista política de los programas de la cadena radiofónica COPE *Así son las mañanas* y *La linterna*, así como del programa *El gato al agua* de la cadena de televisión Intereconomía, así como las tertulias políticas de 13 TV y en las de *Los desayunos de TVE* y *El debate de la 1*. Además, tiene un blog, *El Blog de Edurne Uriarte*, en la página digital del diario *ABC*.

Fue miembro de la ejecutiva del Partido Socialista de Euskadi-PSOE, fundadora del Foro Ermua y participante en movimientos de resistencia a la organización terrorista ETA. Abandonó el PSOE y pasó de posiciones de izquierda hacia la derecha ideológica por su decepción con el papel del Partido Socialista tanto en la lucha contra ETA como en la defensa de la idea de España en el

País Vasco. Fue presidenta y fundadora de la «Fundación para la Libertad».

En diciembre de 2000 fue el objetivo de un atentado terrorista fallido de ETA en el propio campus de Lejona de la Universidad del País Vasco (UPV). En 2001, obtuvo una cátedra de Ciencia Política en la UPV, no exenta de polémica pues el candidato perdedor Francisco Letamendia organizó una campaña de protesta que algunos medios de comunicación presentaron como «un choque entre los espíritus de Ermua y de Lizarra».

Es autora de varios ensayos, conferenciante y comentarista política en diversos medios de comunicación. Fue *Eisenhower fellow* de España en 2001. Posee la Medalla al Mérito Constitucional. En 2010, ganó el Premio de Periodismo Carmen Goes por los artículos publicados en *Mujer Hoy*.

Notas

[1] Pascal Brückner, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 1996, pág. 31. <<

[2] En el *Libro Negro de la Condición de la Mujer*, dirigido por Christine Ockrent, Aguilar, Madrid, 2007, pág. 86. <<

[3] Pippa Norris y Joni Lovenduski, *Political Recruitment*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. <<

[4] Pippa Norris, *Passages to Power. Legislative Recruitment in Advanced Democracies*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997. <<

[5] Robert Lerner, Althea Nagai y Stanley Rothman, *American Elites*, Yale University Press, Nueva Haven, 1996. <<

[6] Celia Valiente, Luis Ramiro y Laura Morales, «Mujeres en el Parlamento: un análisis de las desigualdades de género», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 21, julio-septiembre 2003. <<

[7] Antonio Elorza, *Umma. El integrismo en el islam*, Alianza, Madrid, 2002, pág. 347. <<

[8] Anna Mercadé, *Dirigir en femenino*, Gestión 2000, Madrid, 2007. <<

[9] Raphaëlle Bacqué y Ariane Chemin, *La femme fatale*, Albin Michel, París, 2007. <<

[10] Benedetta Craveri, *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*,

Siruela, Madrid, 2006. <<

[11] *L'Express*, 23-29 noviembre 2006. <<

[12] <www.centroreinasofia.es>. <<

[13] Azadeh Kian-Thiébaut, «Las lapidaciones en Irán», en *El Libro Negro de la condición de la mujer*, Aguilar, Madrid, 2007. <<

[14] Inge Scholl (ed.), *Los panfletos de la rosa blanca*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005. <<

[15] *XL Semanal*, 4 de febrero de 2007. <<

[16] Naomi Wolf, *The Beauty Myth*, Vintage, Londres, 1991. <<

[17] *Yo Dona*, 11 de agosto de 2007. <<

[18] Maureen Dowd, *¿Son necesarios los hombres?*, Antoni Bosh Editor, Barcelona, 2006. <<

[19] Lo relata una de las autoras de la investigación, Isabel Diz Otero, en el libro que ha editado con Marta Lois González, *Muje-*

res, instituciones y política, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2007. <<

[20] *Mujer Hoy*, 21-27 de abril de 2007. <<

[21] *Mujer Hoy*, 20-26 de enero de 2007. <<

[22] *Mujer Hoy*, 20-27 de abril de 2007. <<

[23] *L'Express*, núm. 2923,12-18 de julio de 2007. <<

[24] *Yo Dona*, núm. 121,25 de agosto de 2007. <<

[25] *L'Express*, 13-19 de septiembre de 2007. <<

[26] *El Magazine* de *El Mundo*, núm. 401, 3 de junio de 2007. <<

[27] *Yo Dona*, 28 de julio de 2007. <<

[28] Ronald Inglehart y Pippa Norris, «El verdadero choque de civilizaciones», *Foreign Policy*, ed. española, agosto-septiembre 2004. <<

[29] Matías Antolín, *Mujeres de ETA*, Temas de Hoy, Madrid, 2002. <<

[30] Rogelio Alonso, *Matar por Irlanda*, Alianza, Madrid, 2003. <<

[31] *Newsweek*, 14 de noviembre de 2005. <<

[32] Jean Shinoda, *Mensaje urgente a las mujeres*, Kairós, Barcelona, 2006. <<

[33] Walter Laqueur, *La guerra sin fin*, Destino, Barcelona, 2003. <<

[34] Angustias Hombrados, José A. Olmeda y Consuelo del Val, «La incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas: el caso

español y su percepción pública en perspectiva comparada», <www.realinstitutoelcano.org>. <<

[35] Fernando Peregrín, «Evolucionismos heterodoxos», *Letras Libres*, diciembre de 2004. <<

[36] Lou Marinoff, *El ABC de la felicidad*, Destino, Barcelona, 2006. <<

[37] Louann Brizendine, *El cerebro femenino*, RBA, Barcelona, 2007. <<

[38] Eduardo Punset, *El viaje al amor*, Destino, Barcelona, 2007. <<

[39] Allan y Barbara Pease, *Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas*, Amat Editorial, Barcelona, 2000. <<

[40] *Claves*, núm. 56. <<

[41] *EP(S)*, núm. 1573,19 de noviembre de 2006. <<

[42] Andrés Barba y Javier Montes, *La ceremonia del porno*, Anagrama, Barcelona, 2007. <<

ÍNDICE

Contra el feminismo 2

1. ¡ME DISCRIMINAN! 4

La coartada de la discriminación 1

La ideología de la discriminación 1

El techo de cristal… de las mujeres: madre, ama de casa o modelo 1

Isabel Preysler y el «paparazzo» 1

Si a la discriminación, si es multicultural 1

2. MUJERES DE…, HIJAS DE… Y MUSAS. LAS TENTACIONES DE LA DEPENDENCIA 42

Ella es mía 1

Quiero ser musa 1

No sin mi marido… o sin mi novio 1

Ni siquiera a las elecciones 1

Tampoco sin mi papá 1

A los hombres les gustan independientes, pero se casan con las dependientes 1

3. LA PRINCESA RESCATADA. LAS TENTACIONES DE LA DEBILIDAD 77

«Pretty Woman» 1

Lo llaman terrorismo machista 1

La bella anoréxica 1

Eternamente niña 1

«My Fair Lady» 1

¡Socorro, me acosan! 1

4. LA DICTADURA ESTÉTICA, DE ELLOS Y DE ELLAS 111

Las piernas de Condoleezza Rice 1

El mito del hombre interesante 1

El libro gordo de las tetas grandes 1

Betty, la heroína del siglo XXI 1

La tentación vive en «Vogue» 1

Con la boca abierta 1

¡Dios mío, ya no me miran! 1

5. MUJERCITAS AL PODER 145

A nosotras no nos gusta mandar 1

Las azafatas y el campeón 1

Las consortes del poder 1

«Liberté, égalité, feminité» 1

Brujas y ambiciosos 1

El velo en el cerebro 1

6. EL PACIFISMO GENÉTICO 181

La cuota femenina de la violencia 1

Un premio Ig Nobel de la Paz 1

Reconcíliate con tu asesino 1

No a algunas guerras 1

Tetas para la guerra 1

La historia de Sophie Scholl 1

Las guerreras protegidas 1

7. LA SUPERIORIDAD BIOLÓGICA DE LA HEMBRA 218

Racismo progresista 1
El escándalo de Larry Summers 1
El filósofo y la nazi 1
Madres virtuosas 1
El animal más bello del mundo 1
Las ovejas, los babuinos, el ratón de la pradera y la mosca del vinagre 1
¿Será usted lesbiana? 1
8. SEXO, EL ÚLTIMO TABÚ DE LAS MUJERES 251
El sexo es cosa de hombres 1
El mito del hombre sexual y la mujer emotiva 1
Las ninfómanas y los seductores 1
Vendedoras modernas de sexo 1
¿Hay hombres en el cine porno? 1
Salvad a las prostitutas 1
Autora 289
Notas 291